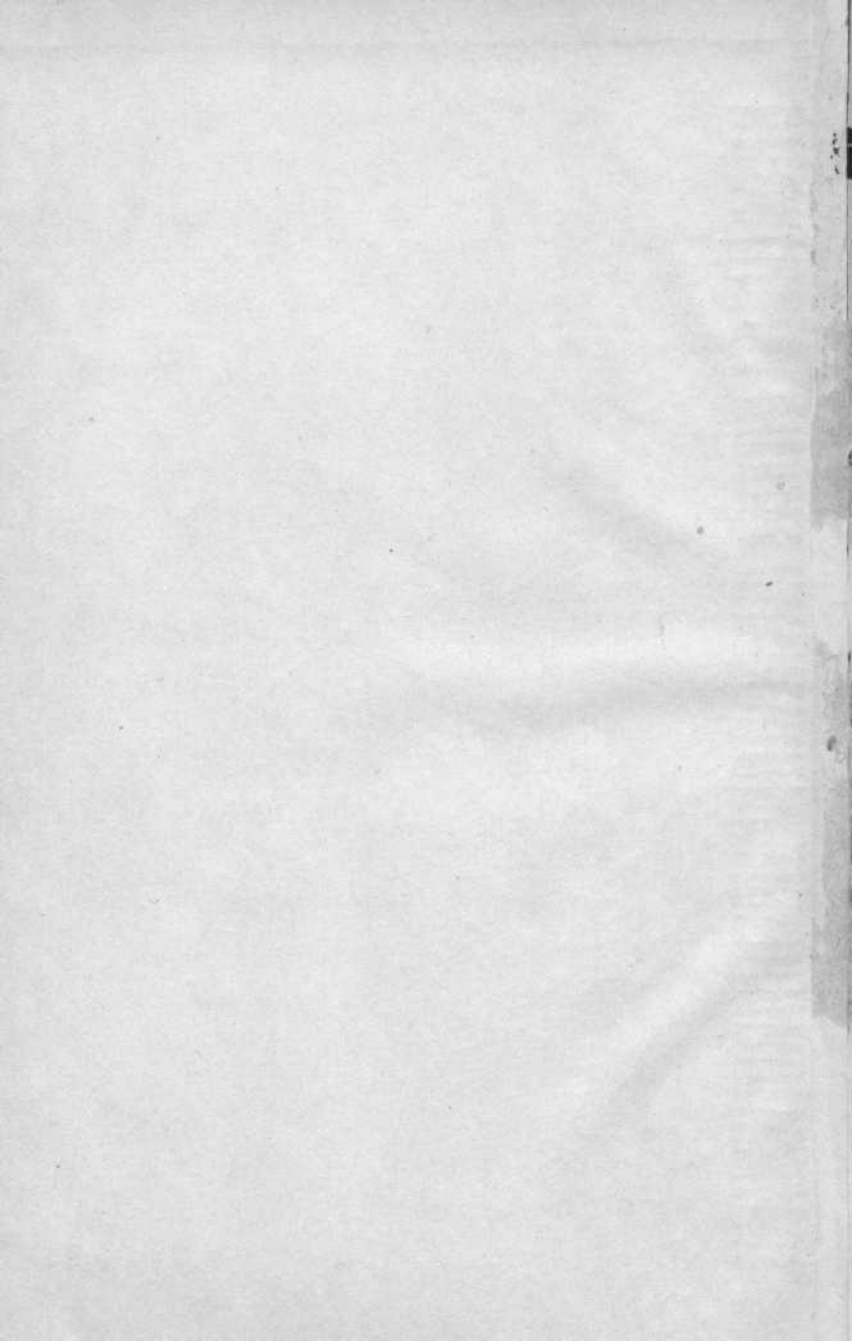


DG
Com

T. 1396685

C



EL BASTARDO DE CASTILLA

(Segunda parte de Men Rodríguez de Sanabria)

EL BASTARDO DE CASTILLA

Por don Juan de Dios Rodríguez de Castro

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

EL BASTARDO DE CASTILLA

(NOVELA HISTORICA)



EDITORIAL TESORO

Avda. José Antonio, 43

MADRID

FERNANDEZ Y GONZALEZ

EL BASTARDO DE CASTILLA

DERECHOS RESERVADOS

(NOVELA HISTORICA) FEBRERO 1953



EDITORIAL TROSA

Talleres Gráficos Juan Torroba.—Madrid

R. 179270

CAPITULO PRIMERO

Quien en el momento en que don Pedro salía de Sevilla con sus caballeros y sus lanzas hacia Vizcaya, negando su atención al regio cortejo, que según costumbre del rey era ostentoso, hubiera vuelto sus miradas hacia la ciudad y las hubiera levantado a la altísima torre de Santa María, hubiera podido ver en el dintel del arco de la campana mayor y debajo de ella, un bulto negro, pequeño, semejante a un águila que, cansada de su vuelo, se hubiera detenido para restaurar sus fuerzas en la gigantesca torre. Aquel bulto era maese Blas Corchuelo, campanero de la iglesia Mayor y padre de Andrés; uno de nuestros antiguos conocidos, en fin.

Maese Blas, merced a su encumbrada posición había visto durante más tiempo que otros al rey don Pedro y a su comitiva durante su marcha; al sonar los primeros toques de las trompas de guerra del rey, había trepado a la torre, había visto cuanto había acontecido, y luego, uno tras otro los escuadrones formados delante del alcázar esperando al rey.

No tardó en aparecer don Pedro, entre el infante don Juan y Men Rodríguez, seguidos de sus ricos hombres y sus guardias mayores. Maese Blas conoció perfectamente y como si los hubiese tenido a pocos pasos, a pesar de la inmensa altura de la torre, al rey, a Men Rodríguez, a Juan Fernández de Hinestrosa y al infante don Juan.

—He allí tres miserables—exclamó—, he allí tres bribones, cada uno de los cuales merece una horca. ¡Ah! ¡Ah! Por cierto que yo nunca hubiera pensado que al fin de mi vida aborrecería a tres tan altos y poderosos señores; he allí un rey ladrón, que roba las mujeres del pueblo y las seduce, y las guarda para sus vicios de una manera tenebrosa; y el señor Men Rodríguez de Sanabria, que parecía tan leal, tan caritativo, tan bueno; es verdad que mi hijo y yo comemos aún de los dos florines que nos dió la noche del motín, y que con ellos pudiera haber comprado preesas mejores que las que se llevó, y diez espadas como la de las siete cruces de Andrés; es verdad que sin esos dos flori-

nes nos hubiéramos muerto de hambre, porque el señor Juan Fernández de Hinestrosa es otro bribón...

—No hay que culpar al señor Juan Fernández, padre—dijo una voz juvenil detrás del jorobado.

—¿Que no hay que culparle?—dijo maese Blas, volviéndose y mirando con ternura a Andrés Corchuelo, que estaba tras él apoyado en las greñas del esquilón mayor—; ¿y por qué no te ha recibido en su servicio? Tú eres demasiado agradecido, Andrés; no saber quejarte de una persona cuyo pan has comido.

—El señor Juan Fernández de Hinestrosa, bien lo sabéis padre, envió a buscarme; vos no sabíais donde yo paraba, cuando estaba en Jerez; el señor Juan Fernández necesitaba ocupar mi plaza y la ocupó; cuando fuí a verle me contestó que tenía su servidumbre completa y no podía aumentarla; cada cual gobierna su casa a su modo; no es culpa suya que yo sea desgraciado.

—Sí, sí, es verdad—exclamó con acritud el jorobado—, el señor Juan Fernández puede muy bien aumentar sus robos y sus cohechos y sus picardías; puede engordar cada día más a la sombra de la Padilla; pero no puede aumentar su servidumbre con un escudero valiente y buen mozo como tú, que eras la honra de su servidumbre y, sobre todo, que le has servido bien.

—En verdad, padre, que si yo hubiera dicho al señor Juan Fernández de Hinestrosa que no tenía con qué sustentarme, me hubiera admitido a su servicio; pero yo no le busqué más que para hacerme presente, porque puede ser que alguna vez le necesite.

—¿Conque es decir, Andrés, que no ha consistido en el señor Juan Fernández?—dijo con severidad el viejo.

—No, padre, no; me importa estar libre, no quiero salir de Sevilla.

—¿Y qué harás, desdichado? Sin pan, sin esperanza...; yo, importo poco..., soy viejo..., estoy cansado de vivir...; ¡pero tú..., tú, Andrés!

—Ni vos, ni yo, padre—dijo el joven—. Sin salir de Sevilla encontraré medios para procurarnos el sustento. pero tú..., tú, Andrés!

—Serán honrosos, padre; por ahora aún tenemos para mucho tiempo.

—¡Para mucho tiempo! De los dos florines consabidos sólo nos quedan algunos maravedises.

—Pero a mí me quedan treinta maravedises de oro del

dinero que me dió doña Sol de Vargas en Jerez para comprar armas y caballo. Además, cuando se acabe este dinero me pondré a dar lecciones de espada en el Humilladero.

—¡Doña Sol de Vargas!—exclamó el viejo, a quien Andrés había contado las aventuras de su viaje—; ¡doña Sol de Vargas...! ¡Una gran señora que te ama, que es hermosa, honrada y posee lo bastante para que puedas ser feliz...!

—No hablemos de eso, padre—exclamó Andrés, interrumpiendo a maese Blas, que como todos los padres prescindía del amor y solo pensaba en las ventajas positivas tratándose de su hijo—, no hablemos de ello... Amo a Beatriz y, si me he doblegado hasta cierto punto a la afición de doña Sol, si me he fingido enamorado de ella, ha sido pensando en lo que me pueda servir para librar a Beatriz del rey.

—Sin embargo, Beatriz está oculta, no se sabe dónde para.

—Puedo saberlo de un momento a otro—dijo Andrés, sacando, como confirmación, de su escarcela la cruz de plata que le había dado algunos días antes la vieja Berta.

—¡Beatriz! ¡Beatriz!—dijo maese Blas, moviendo tristemente la cabeza—. Beatriz será tu perdición, hijo mío.

—¿Mi perdición Beatriz...? No, no; Beatriz me ama, no tengo duda de ello...; creo en su amor, como creo en la misericordia de Dios.

—Ese amor te matará.

—Pero ese amor, padre, es mi vida...; entre ella y yo existe algo que yo no puedo expresar bien; que nos une, que nos arrastra al uno en pos del otro. Cuando yo pienso en Beatriz, estoy seguro de que ella piensa en mí, y esto sucede siempre, porque su recuerdo, cada vez más vivo, cada vez más adorado, no se separa de mí; hay una voz hablando continuamente a mi alma que me dice: «Espera...», y yo espero..., y desde que tengo esa esperanza, me asusta el peligro, me asusta la ausencia, todo lo que puede imposibilitarme de llegar a ella; yo espero un día en que pueda sorprender a los que la guardan, llevarla conmigo, huir con ella, ocultarla con más cuidado que a ella me la ocultan; vivir para ella y sólo para ella..., y para vos, padre mío.

—¡Yo! ¿Qué importo yo..., viejo, inútil y cansado, estorbo viviente, carga enojosa? A mí me basta con mi to-

rre, con mis campanas..., sepa yo que eres feliz y lo soy también... Además, yo sólo desafío a la miseria..., ¡pero tú, tú...! te lo repití, Andrés: ese amor te será fatal... Beatriz está rodeada de misterios. ¿Quién sabe quién es Beatriz? ¿Quién sabe los inconvenientes que te alejan de ella sin contar con el amor del rey, y la torcida y sospechosa conducta de Men Rodríguez de Sanabria?

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó palideciendo el joven.

—Recuerda bien cómo se nos presentó ese mancebo; yo le encontré al pie de la torre, allí—y el campanero señalaba un lugar al pie de la torre—, entre la multitud que hervía; al principio desconfié de él, pero luego tuvo bastante arte para engañarme, y le traje conmigo; acuérdate Andrés; el señor Sanabria estuvo con nosotros demasiado llano, demasiado franco la primera vez que nos conocía; tú le tuviste por un amigo, a mí me hizo llorar y arrepentirme de haber desconfiado de él.

—¿Quién sabe, padre, quién sabe?

—¿Que quién sabe? Y dime: ¿no le vi yo al día siguiente, cubierto de galas y brocados, altivo y grave como un ricohombre, con estoque dorado y espuelas y cadena de oro, acompañado de ese cuervo vil, de esa ave de mal agüero, el escribano Alvar Yáñez? ¿No fué él quien dió al rey la llave de la torre, de la cual se sirvió para sacar del aposento de asilo a doña Aldonza Coronel? Durante el entierro del miserable don Jofre Díaz de Astorga, todo el mundo le vió al lado del rey; es cierto que entonces no llevaba más galas que tu vestido azul; pero esto no impidió que él fuese el primero que desnudó su espada por don Pedro, hiriendo al arcediano en el momento que éste quiso asesinar al rey; después..., después yo he buscado, he indagado, he preguntado, me he metido por todas partes; he sabido que el tal noble es el ojo derecho del rey..., que durante la permanencia de doña Aldonza Coronel en la torre del Oro se la guardó; que durante el motín promovido por doña Aldonza no se separó de la cámara de la Padilla; que durante todo este tiempo ha vivido en casa del infante don Juan de Aragón, sin separarse un momento de él, galanteando a su esposa, doña Isabel Núñez de Lara; siendo el espía, el alma, la sombra vigilante del rey; esta mañana, él fué quien salió al encuentro del desgraciado maestro de Santiago; él fué quien volvió a rienda suelta; después yo le he visto desde aquí en el patio del alcázar,

ayudando al infante don Juan, a ese infame lobo, a echar fuera del alcázar a la servidumbre del maestre; yo le he visto también desde aquí y alternativamente en la cámara del rey y en la de doña María de Padilla a través de las ventanas abiertas; luego desde aquí también he visto una cosa horrible. Mira, hijo mío, mira—y señalaba al alcázar a una galería situada a un extremo del gran patio—, ¿alcanzan tus ojos a ver lo que hay allí, en la puerta de la sala de Azulejos? ¿No ves un bulto tendido boca abajo, sobre una balsa de sangre manchado el blanco manto? ¿No lo ves? Pues yo lo veo perfectamente como si lo tuviera ahí, debajo de mí, en ese saliente de la torre, a poca distancia. Mira, Andrés, mira y, si consigues ver, estremécete.

Andrés se puso la mano derecha ahuecada a manera de antejo delante del ojo derecho, cerró el izquierdo, y mediante aquella concentración, su vista alcanzó a ver los detalles que le indicaba su padre.

—Allí ha comido el rey hace una hora..., pero antes, antes... ¡Oh Dios mío!, escucha...: yo he visto al maestre allí, acorralado; cercado, huyendo de acá para allá de los ballesteros, caer a golpe de maza; he visto entretanto al rey, en aquella ventana, excitando a sus verdugos, con el cuerpo lanzado fuera, extendiendo sus brazos que temblaban, y ha llegado hasta mí el ronco sonido de su voz, a pesar de la distancia, terrible, vago, perdido, como esos truenos lejanos que nos anuncian la tormenta; he oído los gritos desesperados del maestre, los alaridos de los ballesteros y el profundo silencio que rodeaba todo esto, porque como si Dios hubiera querido que ninguna voz humana se uniese a la voz de los asesinos, Sevilla, tan ruidosa, tan alegre siempre, callaba..., callaba, y su silencio se oía como se oye el silencio de los cementerios... Cuando el maestre cayó, mi mano temblaba asida al badajo de la campana mayor; ¡tuve tentaciones de doblar a muerto!, ¡de hacer hablar a todas las campanas en el momento del crimen, como si la voz de Dios hubiese lanzado su maldición sobre la cabeza del asesino por medio de las lenguas de hierro de su santuario...! Pero tuve miedo..., el rey me hubiera hecho matar..., y yo necesito vivir..., vivir para ti, Andrés. Solté el badajo de mi buena, de mi sonora María, y las campanas no hablaron, porque quien les había de dar voz tuvo miedo.

—¡Padre!, ¡padre!, cuando el rey ha matado a ese hombre—dijo gravemente Andrés—, habrá tenido razones para ello.

—¡Razones! ¡Razones para matar a su hermano?—exclamó con horror el campanero—. El mundo podrá encontrar razones que disculpen ese asesinato, pero un hombre que tenga corazón no puede encontrar ninguna.

—Padre: el maestro era hijo de doña Leonor de Guzmán y hermano del conde de Trastámara. Sevilla entera sabe ya la muerte del maestro por boca de los reyes de armas del rey, pero sabe también que el maestro, sin licencia de su señoría, ha roto la tregua con Aragón, asaltando y tomando a escala franca el castillo de Jumilla, que se había entregado al aragonés. Entretanto se debate el mejor derecho, el rey ha declarado traidor delante de sus reinos al maestro de Santiago, y su corte ha callado, ha doblado la cabeza delante de esa muerte y ha murmurado en voz bajo: «Don Pedro ha sido cruel, se ha cebado en su propia sangre, pero ha hecho justicia.»

—¡Justicia! ¡Justicia! ¿No le bastaba con encerrarle en una torre? Por ejemplo, allá en el castillo fuerte de Alcalá—y el campanero señalaba el magnífico castillo que a dos leguas de distancia alzaba en el horizonte sus muros torreados y cuyas ruinas se reflejan hoy aún en las aguas del Guadaira—, allí, bajo aquellos fuertes muros, en el encierro más lóbrego, pudo sepultarle en vida, excusándose el arrojar sobre su conciencia y a la faz de sus reinos una sangre inútil.

—Padre—dijo con alguna impaciencia Andrés, que participaba del carácter feroz de la época, y como soldado valiente rechazaba los términos medios—, el rey sabe muy bien que a un hombre vivo se le saca por traición, o por engaño, del más fuerte encierro, y que en ciertos casos el mejor calabozo es la tumba; el rey sabe muy bien que a los poderosos sólo debe herírseles en la cabeza.

—Dejemos este asunto, Andrés—dijo el jorobado—; nunca nos entenderemos. Tú ves las cosas de otro modo que yo: eres soldado, andas siempre entre gente brava y nada tiene esto de extraño; yo desde la muerte de tu madre estoy solo...; enteramente solo...; la soledad, la desgracia, la miseria, han formado mi corazón; porque la soledad es un desierto infinito; porque la desgracia purifica el corazón, matando las pasiones; porque la pobreza, condenándonos a las necesidades, nos hace pensar mucho... Para un desgraciado no hay otro consuelo que Dios, y nunca se escucha la voz de Dios mejor que en la desgra-

cia, en la miseria. No hablemos más de eso, pues como te he dicho, pensamos de distinto modo. Yo miro más alto que tú, tengo más experiencia que tú; por lo tanto quiero salvarte de ti mismo, quiero alumbrarte el camino y señálarle el peligro.

—Ningún peligro me apartará de Beatriz.

—Te apartan ya los hombres y las cosas.

—Lucharé.

—Caerás.

—Pero al caer sabré que he hecho cuanto ha estado en mi mano; no me quedará el desconsuelo y la vergüenza de decir: «La he perdido por cobarde.»

—¡Andrés!, tus amores con Beatriz han traído sobre ti las miradas de los poderosos; acuérdate de Men Rodríguez.

—¡Otra vez ese hombre!—exclamó con enojo Andrés.

—Ese hombre se introdujo en nuestro pobre aposento con el alma llena de traición; ese hombre era un espía del rey, que amando a Beatriz...

—Sois muy mal pensado, padre...; la desgracia y la miseria os han hecho desconfiado.

—Me han enseñado a conocer a los hombres.

—Sin embargo, vos mismo creísteis en la generosidad, en la buena fe de Men Rodríguez.

—Me engañé—exclamó decididamente maese Blas—; Men Rodríguez es tan miserable como todos los favoritos del rey.

—¿Y por qué pensar así? Puede muy bien suceder que el rey le haya conocido después que nosotros, que le haya apreciado, que haya visto en él un alma noble, generosa, leal y le haya alzado de repente; nada se puede decir tratándose del rey; del mismo modo que a primera vista se enamora perdidamente de una mujer, del mismo modo que mata por justicia propia y con la rapidez del rayo, por una sospecha, por un indicio, por recelo, ha podido hacer un ricohombre de un simple hidalgo, si le ha creído digno de sus mercedes o a propósito para servirle.

—¡Oh! ¡A propósito para servirle! ¡Esto sí! Todos los tiranos necesitan instrumentos ciegos, interesados... ¡Si tú hubieras visto lo que he visto yo...!

—¿Y qué habéis visto, padre...?

—He visto a Men Rodríguez preparando a sangre fría el asesinato del maestro, ayudando al infante don Juan; después le he visto pasar junto a ese cadáver, indiferente,

como si se hubiera tratado de un perro, y entrar en la cámara de los Azulejos, donde comía el rey...; y ahora..., ahora..., mira... —y le señalaba la puerta de Adohar, por donde a la sazón salía la comitiva—, mira, va al lado derecho del rey como su mejor vasallo.

—Es decir, ¿que el señor Men Rodríguez no se queda en Sevilla?

—El rey no sabe separarse de él; mira su vesta roja..., se distingue a pesar de la distancia; juraría que no me engaño: Men Rodríguez al venir a vernos venía con deliberada intención... ¡Y yo imbécil que le creí, que confié en él y le conté la historia de tus amores con Beatriz!

—Hicisteis mal, puesto que era un desconocido; pero por lo demás, aunque no hayamos vuelto a ver a ese caballero, yo no pienso de él como vos; a su edad, padre, no se sabe dar a la mentira el acento de la verdad.

—¿Y por qué, si no mentía, no has logrado verle en casa del infante don Juan?

—La servidumbre del infante, padre, es insolente, y no ha permitido dar noticia al señor Men Rodríguez de mi deseo.

—¿Pero por qué no ha venido él mismo, si es cual tú le crees? ¿No encontró aquí lo que había menester? ¿No te llamó su amigo? ¿No tenía obligación de devolverte tu espada, tus galas...?

—¡Padre, padre!, yo tengo también en ese caso la obligación de devolverle los dos florines con que aún estamos viviendo.

—¿Pero y mi llave...? ¿La llave de la torre..., la llave merced a la cual nos fué, sin duda, robada doña Aldonza?

Esta réplica de maese Blas no tenía respuesta; todo parecía acusar a Men Rodríguez, y Andrés, en realidad, desconfiaba de él; estaba resuelto a pedirle una explicación de las singularidades que le rodeaban y que tenían un contacto íntimo con Beatriz: pero era demasiado honrado para fijarse en un punto cualquiera en que apoyarse, no teniendo por pruebas más que conjeturas; todo consistía no en que Men Rodríguez hubiese olvidado al pobre escudero, sino en que la casualidad había impedido que se encontrasen. Andrés no había logrado atravesar la barrera de criados del infante don Juan; Men Rodríguez había ido algunas veces a la habitación del campanero y nunca le había encontrado en ella. Distráidos ambos con sus asuntos, jóvenes los dos,

enamorados, los dos descuidados, no habían apurado los medios de verse y no se habían visto.

Maese Blas, receloso de suyo, no dudaba en calificar a Men Rodríguez, poniéndole a nivel de los servidores más envilecidos del rey; Andrés no descendía a tanto, pero atribuía gran parte de sus desgracias al conocimiento que Men Rodríguez tenía de sus amores con Beatriz, y un odio naciente empezaba a germinar en su alma.

CAPITULO II

—¿Y qué piensas hacer, Andrés?—dijo después de un momento de silencio el campanero—. ¿Estás decidido a hacerse maestro de espada?

—Allá veremos. Como os he dicho, aún tengo algún dinero..., después, veremos.

—Entonces vamos a comer..., ya es hora..., ¡ya lo creo...! Ya el sol se ha puesto; hoy he atrasado mi comida lo menos seis horas... ¡Ya se ve! Estoy aquí desde la muerte del maestre... No he acertado a separarme de mi acechadero... y tengo hambre...; sí, por cierto, mucha hambre; vamos a comer.

—He comido ya, padre.

—¿Que has comido!

—Sí, me ha convidado a comer un amigo en el barrio de San Bernardo y le espero en la torre.

—¡Ah!, ¡ah!, tienes cita... ¿Y qué amigo es ése que vive en el barrio de San Bernardo, donde sólo se encuentran gente aviesa, matones, rufianes y mujeres de vida libre...?

—Es el señor Pedro el Negro; un valiente mozo con quien he trabado conocimiento estos días por causa de Beatriz.

—¡Andrés, Andrés, tú te perderás!—dijo tristemente el viejo.

—¿Y quién os ha dicho, maese, que se perderá vuestro hijo?—exclamó a la sazón una voz detrás de ellos.

Volviéronse Andrés y su padre y vieron ante sí a Pedro el Negro, no con su buriel de peregrino, sino galán y bizarro, a la usanza de la gente brava de aquellos tiempos. Mírole atentamente maese Blas, y después de un momento de silenciosa observación le dijo:

—¿Y sois vos quien me aseguráis que mi hijo no se perderá?—exclamó—. Paréceme, compadre, que no podréis decir otro tanto de vos mismo.

—¡Bah, señor campanero!—dijo Pedro el Negro—; vos, como estáis acostumbrado a mirar desde tan alto, no veis bien las cosas.

—Por lo mismo que miro desde muy alto, veo muchas cosas a un tiempo; veo, por ejemplo, un rey que adelanta, furioso como un lobo hambriento, en busca de nueva sangre, dejando allá una víctima en su camino—y al mismo tiempo el campanero señalaba una nube de polvo que se levantaba a lo lejos sobre el camino de Alcalá, causado por la cabalgata del rey, y a la puerta de la sala de los Azulejos del alcázar.

Entonces vió otro pavoroso cuadro: algunos hombres, alumbrados con linternas, porque en aquella parte ya empezaba la noche, levantaron al maestre, le pusieron en una caja, la cerraron y cargaron con ella. Uno de aquellos hombres, teniendo junto a sí una linterna y auxiliado por otro que le suministraba agua de la fuente, lavaba la sangre. Aquel hombre era el agonizante Sancho.

—¡Sí, lava, lava, verdugo!—exclamó roncamente maese Blas deslizándose por las greñas del esquilón al suelo—; pero por mucho que laves, y aunque consigas borrar esa sangre de la tierra, no la borrarás del libro de la justicia de Dios.

—¿Y no os parece que esa sangre pide venganza, maese?—dijo Pedro el Negro, siguiendo asido del brazo de Andrés, al viejo, que se encaminaba lentamente a la primera rampa.

Maese Blas comprendió perfectamente la intención del bandido, y contestó:

—Mi hijo hará lo que quiera, como vos, compadre; pero pareceme que la venganza contra el rey don Pedro debe dejarse a Dios; Dios es más fuerte que él... Entretanto, ved dónde ponéis los pies, porque el terreno está resbaladizo y cubierto de lodo de sangre. Entretanto, yo estoy en mi aposento. ¿Queréis entrar, compadre? Los amigos de mi hijo lo son míos.

—Os lo agradezco, señor Blas; pero Andrés y yo tenemos quehaceres urgentes, nos esperan; no temáis por vuestro hijo, está en buenas manos.

—¿Vendrás esta noche, Andrés?—dijo con el cuidado de un padre el campanero.

—No lo sé—contestó el joven.

—Que se haga la voluntad de Dios—repuso tristemente

maese Blas, y luego, no pudiendo contenerse, como si le torturara el alma un presentimiento funesto, se colgó al cuello de su hijo, que se inclinó, le besó en la frente y le dijo conmovido—: Adiós, hijo mío, adiós—y desasiéndose de Andrés, se entró precipitadamente en su mechinal.

Andrés vaciló un momento y adelantó un paso hacia la puerta de la habitación de su padre; pero Pedro el Negro, que le tenía asido, tiró de él y le dijo:

—No tenemos tiempo que perder; el señor Alvar Yáñez nos esperará impaciente.

—¡Pobre viejo!—exclamó Andrés, enjugándose una lágrima; y siguiendo a Pedro el Negro, bajaron a buen paso las ya oscuras rampas de la torre.

Apenas habían descendido un tanto, cuando apareció en la puerta de su aposento maese Blas, calada sobre los cabellos canos una grasienta caperuza.

—¡Oh!, ¡oh!—exclamó—. ¿Y quién piensa en comer? Es necesario que yo sepa a dónde va mi hijo y lo sabré; por el hilo se llega al ovillo... Sí, pardiez..., y si se trata de alguna intriga, veremos si yo sé también intrigar—y echando tras esto la llave a la puerta, se puso en seguimiento de su hijo.

Cuando llegó al pie de la torre, le vió a lo lejos, junto a una esquina de la casa del arzobispo, acompañado de Pedro el Negro y hablando con un hombrecillo vestido de negro; la perspicaz vista del campanero conoció a aquel hombre, a pesar de la distancia.

—¡Ah!, ¡ah! Es el señor Alvar Yáñez; el bribón que lanzó a mi hijo a las aventuras en que se encuentra metido y le obligó a ir a Jerez en deservicio del rey... ¡Y el cuervo infame está apoderado aún de mi hijo!... ¡Oh!, es necesario desenredar esto y lo desenredaré.

Después de algunos momentos de conversación, al parecer animada, Andrés, Alvar Yáñez y Pedro el Negro se pusieron en marcha, tomando su camino por la calle de la Boceguinería. Maese Blas se puso en su seguimiento, y así, el uno tras los otros, pasaron la calle indicada, la del Mesón del Moro, la de los Encisos, la de Santa María la Blanca y, saliendo a las murallas, torcieron a la izquierda dejando al frente la puerta de Adohar; siguieron adelante, y dejando la puerta de Carmona a la derecha, se detuvieron delante de una casita blanca, rodeada de jardines, en el muro de los Navarros. Alvar Yáñez se adelantó y llamó;

poco después se abrió la puerta y entraron, uno tras otro, el escribano, Andrés y Pedro el Negro.

Era ya de noche. Maese Blas se ocultó en un ángulo de la calle en el hueco de una puerta, con la mirada fija en uno de los dobles ajimeces de la casa donde había entrado su hijo, en el que brillaba una luz, y tras cuyos vidrios de colores se veía destacarse de tiempo en tiempo la sombra de una mujer.

En la época de nuestra acción se conservaban aún en Sevilla muchas casas árabes, y a este género de arquitectura pertenecía una que don Simuel Leví, obligado por las circunstancias, había procurado a Leila, porque Leila era la dueña de la casa del muro de los Navarros que con tanto interés atalayaba maese Blas Corchuelo.

Aquella casa había pertenecido sucesivamente a ricos judíos, y como originarios de una raza oriental, se amoldaron por una larga dominación a las costumbres árabes, que les habían transmitido de una manera tradicional sus antepasados, hasta el punto de no diferenciarse de sus antiguos señores más que en la religión, la lengua y el traje; seducidos por la belleza de las construcciones árabes, habían conservado aquella preciosa casa en un estado flamante, por decirlo así, a pesar de haber transcurrido ciento diez años casi desde el 25 de noviembre de 1248, en que fué conquistada a los moros Sevilla por el rey Fernando III el Santo, cuarto abuelo del rey don Pedro.

La situación aislada de esta casa a un extremo de la ciudad, el jardín que la rodeaba con sus árboles frutales, sus arriates de flores, sus fuentes, sus cuadros de verdor, sus bellos apartamientos y su soledad, la hacían un retiro delicioso tan a propósito para ser habitado por quien, cansado de luchas y desengaños, huyese del mundo, como para quien, sensual y sibarita, quisiese apurar los placeres y los goces de la vida sin que ningún ruido ni impresión exterior viniesen a turbar los misterios de su voluptuosidad.

La entrada principal de esta casa era un ancho portalón árabe, abierto y elevado en los tapiales del huerto que correspondían a la calle de San Esteban; un verde muro de cipreses, unidos y compactos, impedía por su altura que la casa fuese vista desde la calle y aun desde las habitaciones o terrados más altos de las casas fronterizas. Asimismo, a los dos lados del jardín, un obstáculo semejante impedía que fuese visto desde las casas laterales; la única parte del edificio que podía verse desde la calle era un pabellón octógono situado sobre el callejón del muro de los Navarros.

En este pabellón había un postigo en el lado central del octógono, con un doble ajimez encima, que era en el que brillaba la luz que observaba el campanero, y un ajimez semejante en cada uno de los lados que podían verse desde fuera.

En cuanto al interior, ya refiriéndonos al jardín, ya al edificio, todo era bello, simétrico, ejecutado con gusto exquisito. Flores y árboles aromáticos de Oriente, en el primero; en el segundo, galerías caladas, labradas, pintadas, doradas, con aleros de cedro o alerce, ataujías, follajes y demás primores del gusto árabe, sobre delgadas columnas de alabastro; en el interior, cámaras, camarines ornamentados con una profusión maravillosa, cúpulas artesonadas, pavimentos de mármol y mosaicos, fuentes corrientes, alfombras, tapices, divanes; velos de seda y oro; todo pequeño, todo lindo, todo voluptuoso; verdadero templo de un ídolo que necesitaba ser muy hermoso para estar en armonía con la hermosura del edificio.

Parece extraño que una tal joya, por pequeña que fuese, la ofreciera de «*motu proprio*» la codicia de don Simuel a Leila, cuando ésta le exigió, entre otras cosas, una casa apartada y solitaria en pago de un secreto; pero cuando digamos que la revelación de Leila de tener en su poder cartas del infante moro Abu'l Sayd, cartas que, conocidas por el rey, podrían dar con don Simuel en una horrible sima de desgracias, en cuyo fondo encontraría indudablemente una muerte horrorosa, comprenderemos que se decidiera a contemporar con Leila, a doblegarse a sus caprichos, sirviéndole para esperar un día en que por un descuido de aquella singular mujer pudiese emanciparse de la esclavitud que la fatalidad le había impuesto, dándole un golpe de gracia.

Leila conocía perfectamente sus ventajas sobre el judío y las explotaba, haciéndose de él en la parte numeraria un tesorero y en la política, por decirlo así, un instrumento ciego.

Dados algunos toques insignificantes, una noche entraron dos literas por el postigo: en ellas venían Beatriz y una aya vieja, que fueron instaladas en un lindo departamento situado en un ángulo en la parte interior del edificio sobre el jardín. Poco después llegó otra litera, entró, y de ella salió una mujer cubierta con un manto, que fué conducida por Isabel a otro departamento enteramente opues-

to, apartado, incomunicado del que que ocupaban Beatriz y Berta, su anciana acompañante.

El pabellón que correspondía al muro de los Navarros y algunas habitaciones adyacentes estaban incomunicados con el resto de la casa, y le habitaban únicamente Leila e Isabel.

Del mismo modo, por el postigo sólo entraban y salían Leila e Isabel y las personas a quienes llamaba Leila; estas personas se reducían a cuatro, sobre cada una de las cuales formaba un ángulo del plan de Leila.

Eran el señor Pero Lope de Padilla, ballestero mayor del rey, antiguo admirador, como saben nuestros lectores, de la joven; don Simuel Levi, que a su oficio de tesorero del rey se había visto obligado a añadir, por más que le fuese violentísimo y odioso en un grado indecible, el de tesorero de Leila; Alvar Yáñez y Pedro el Negro eran instrumentos ciegos que rara vez veían a la joven, pues recibían sus órdenes por medio de don Simuel Levi o de Isabel, y las obedecían porque se les pagaban espléndidamente sus servicios.

Merced al talento satánico de Leila, Pero Lope de Padilla estaba enteramente a su merced, loco de amores por ella; don Simuel Levi, aterrado, obedecía temblando sus órdenes; Alvar Yáñez, halagado por la recompensa, ponía a su disposición sus dobles relaciones en Aragón y en Castilla, su experiencia de pícaro, sus malas artes y su travesura de escribano. Pedro el Negro, incitado por Isabel, y más que por esto por el oro que caía como un raudal continuo en sus manos, mantenía a su sueldo los trescientos feroces hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Leila, pues, tenía un palacio, una corte y un ejército. Pero reducido todo, todo misterioso, todo oculto, y bastante, sin embargo, para desarrollar y dar cima, en un caso dado, a sus proyectos.

Don Simuel se aterraba a la vista de este estado, de estos gastos, de esta marcha ruinoso. Aunque los mil castellanos, las joyas que había traído a Castilla Leila y otras robadas por ella en la cámara del rey, constituyesen una suma respetable, lo bastante para afrontar por largo tiempo estos gastos, don Simuel, que, a pesar de su astucia rabiña y de su larga experiencia en intrigas, no había llegado a vislumbrar el punto de parada adonde se encaminaba Leila, se estremeció pensando en el momento en que aquel tesoro diese cabo y se apelase a sus arcas. Nunca mejor que

entonces don Simuel hubiera abandonado Castilla, España y aun Europa; pero sus posesiones en los reinos de don Pedro eran inmensas, inmenso el débito que con él tenía contraído el rey, y más que inmenso, cruel, pánico, el miedo que le inspiraba Leila, por aquello de las traidoras cartas, escritas en hora malhadada por él al infante Abu'l Sayd.

Leila conocía perfectamente sus ventajas y trataba a don Simuel de una manera lastimosa. La probabilidad de que éste fuese su esclavo, aventurada por Leila cuando se encontró con el hebreo en el alcázar y empezó a exigirle a este título onerosos servicios, se había convertido en una realidad: el tesorero del rey era esclavo de Leila; esclavo sin voluntad, dominado por el terror, atado de pies y manos y constituyéndose cada día más esclavo, porque cada día Leila le obligaba a hacer una nueva traición al rey, cuya prueba tenía una exquisita habilidad de procurarse.

Las minas del alcázar, las puertas secretas, la revelación de importantes secretos del rey, una infinidad de pruebas, en fin, eran otros tantos lazos que ataban a don Simuel a la voluntad de Leila. Leila conocía demasiado al judío; sabía que don Simuel no se detendría en exterminarla en el momento en que tuviese seguridad de emanciparse con su muerte; por lo tanto, Leila había tenido bastante astucia para hacer creer al viejo y experimentado rabino que no era una persona aislada, sino el eslabón de una cadena de enemigos poderosos, unidos estrechamente contra el rey.

Don Simuel, pues, temió verse envuelto en un torbellino si rompía aquel eslabón, y tembló, calló y obedeció. Todo consistía en que Leila había sabido apoderarse de la situación y tenía firmeza y talento para sostenerse en ella.

Al fin, venida por su astucia a Castilla, emancipada por el amor de Pero Lope del poder de Al-Mondhir, libre de una persecución por la muerte de éste y del judío Abraham, disfrazada, convertida en un ser misterioso, paje en casa de doña Isabel Núñez de Lara, espía invisible en el alcázar, apoderada de hombres que en su respectiva posición valían mucho, poseedora de importantes secretos, segura por estos mismos secretos de que los que le servían le hiciesen traición, perdida, o por mejor decir, escondida en Sevilla, siendo alternativamente, en público, paje de doña Isabel Núñez de Lara, y en secreto, tras los muros de su casa, una mujer hechicera y tentadora, Leila ocupaba una posición fuerte, por decirlo así, desde donde asestaba con seguridad sus tiros sobre las personas que habían tenido la desgracia de causar su odio o de ponerse en su camino.

Por lo demás, los vecinos ignoraban quién vivía en aquella casa tan cerrada siempre, siempre tan silenciosa, a excepción de algunas noches en que se escuchaba a altas horas la sonora y dulcísima voz de una mujer que cantaba, acompañándose con un laúd, romances de amores.

Sólo se veían entrar y salir de día por la puerta principal dos esclavos mudos ocupados en el servicio, que, como no podían hablar, guardaban de una manera desesperante un silencio obligado sobre los misterios de aquella casa.

La vecindad de Leila, como todas las vecindades, sintió una viva curiosidad por saber las interioridades de aquella casa tan silenciosa; acercáronse a observar y a espiar, y al fin lograron ver salir un día por el postigo a don Simuel Leví. Esto fué un clarísimo rayo de luz para los vecinos, que al fin tuvieron a qué atenerse. Según ellos, lo que en aquella casa se guardaba era una amante del riquísimo judío; y parecía confirmar esta opinión el dialecto extranjero y a todas luces oriental de los cantares de la dama misteriosa.

Una vez obtenida una solución, la curiosidad vecina cesó; aquella era cosa demostrada; los esclavos mudos no eran más que los guardas de una mujer, ni aquella linda casa otra cosa que un nido de amor.

CAPITULO III

En la tarde del mismo día en que aconteció la muerte del maestro de Santiago, Leila, como hemos dicho en otro lugar, se trasladó del alcázar a su casa de la calle de San Esteban y entró en ella por el postigo.

Isabel, vestida con un gracejo maravilloso, con un vestido de seda verde, bordado, excesivamente corto, un pañuelito sobre los hombros, un avantalillo blanco a la cintura, unas medias encarnadas y un pequeño zapato negro con lazos dorados en que se encerraba su encorvado pie; desnudo el brazo hasta el hombro, desnudo el cuello hasta el seno, y tendidas a la espalda las anchas y largas trenzas de oro de sus cabellos, saludó sonriendo a Leila, la abrazó y la besó con una hechicera coquetería en la boca.

—¿Sabéis, señor Gastón—le dijo con acento picaresco—, que estáis hermosísimo y que me voy sintiendo un tanto

cuidadosa por vuestras largas ausencias? ¿En qué os habéis ocupado todo el día, caballero? Sabed que tengo celos...; ¿pero qué es esto?; ¿por qué ese disgusto?... ¿Ha enloquecido al fin de todo punto doña Isabel Núñez de Lara por el señor Men Rodríguez?

Isabel, que había empezado a hablar ligeramente, acabó por dar a su acento una entonación de severidad cuidadosa.

—¡Doña Isabel, doña Isabel!—exclamó Leila con un acento profundamente reconcentrado, mientras subía lentamente unas estrechas escaleras—. ¡Maldígala Dios, amén!... ¡Le ama..., sí, le ama!; yo lo sabía bien... Pero no se lo había dicho hasta ahora...; y esta mañana... Y él..., él..., ¡miserable!...; él la ama también, la adora..., la adorará siempre... ¡Oh Dios mío, Dios mío!, ¡maldita sea la hora en que le vi!... No sé por qué me he enamorado de ese hombre..., yo que he despreciado a príncipes y a reyes...

Al decir estas palabras se detuvo delante de un gigantesco espejo de acerd en el fondo de un precioso gabinete donde había entrado.

—¡Oh!, estoy sufriendo un infierno—dijo contemplándose en la límpida superficie—, me parece que mi rostro se aja, que tengo canas en mis cabellos, que mis labios se decoloran, que me voy poniendo fea con una rapidez horrible... Y esa doña Isabel..., ¡tan hermosa!, ¡cada día más hermosa!... Sé que no puedo luchar con ella..., me vencería.

—Indudablemente..., si siempre tuvieses el rostro como hoy, Ana mía; estás desencajada, pálida, ojerosa.

—Es que he visto cosas horribles..., horribles de todo punto... Yo creía tener más valor..., ¡pero esa sangre!..., ¡esa sangre!...; ¡sangre, al fin, de Alonso el Onceno!... ¡Oh, oh! Y una sangre inútil... Pero eso..., no..., el maestre me hubiera estorbado..., podría haberme estorbado..., y luego, ¿no he jurado yo a la sombra de mi madre la muerte de los hijos de doña Leonor de Guzmán y de la reina doña María...? Sí..., sí...; pero... no hablemos más de esto, Isabel...; escucha..., necesito cambiar de traje..., necesito estar hermosa..., vísteme.

Isabel abrió un armario riquísimo y sacó de él ropas de mujer; desnudó de sus vestidos de paje a Leila, y empezó a vestirla.

—Ponme en los cabellos perlas y diamantes; necesito algo que brille al lado de esta palidez..., que la alumbre; saca el cofre de mis joyas, mi justillo de brocado escarlata y mi falda azul bordada de aljófar.

—¿Tienes cita con Men Rodríguez, Ana?; ¿te has decidido al fin...?

—Men Rodríguez cabalga ahora mismo al lado del rey hacia Vizcaya, y estará a algunas leguas de aquí. No, no es eso..., pero espero a otra persona...

—A otra persona...

—Sí, al señor Juan Tenorio.

—¿Al señor Juan Tenorio, Ana? ¿Sabes quién es ese hombre...? ¿Te atreverás a recibirle sola...?

—Te juro que el señor Juan Tenorio no tendrá junto a mí más poder que un niño.

—Es audaz, valiente...

—¿Olvidas que yo soy al mismo tiempo hombre y mujer...?

—Es verdad, pero...

—Si no alcanzo a hacerme respetar como mujer, que es indudable, me haré respetar como hombre. ¡Oh!, tú no me conoces, Isabel..., tú no conoces mi vida... Desde mi infancia me han acostumbrado a la fatiga..., me han hecho fuerte y valiente, he visto correr delante de mí la sangre en las batallas, y más de una vez he sentido la dura punta de la lanza. Si el señor Juan Tenorio se atreve a tratarme como ha tratado hasta ahora a las mujeres, peor para él, porque probará un escarmiento; y peor para mí..., porque sabré que mi hermosura, mi voz, mis miradas, no alcanzan ya a inspirar un amor respetuoso.

—¿Y cuándo vendrá el señor Juan Tenorio?

—A la queda.

—¿Y viene solo?—dijo con intención Isabel.

—No; vendrán con él Andrés Corchuelo y Pedro el Negro. Pintóse una expresión de alegría en el semblante de Isabel.

—¿Aún amas a ese hombre?—dijo Leila, notando el contento de la joven.

—Sí; le amo y le amaré.

—En verdad que no encuentro la razón de ese amor.

—El amor no tiene razones; dime, ¿por qué amas tú a Men Rodríguez?

—Men Rodríguez es un caballero.

—¿Y dejarías de amarle si de caballero bajase hasta bandido?

—¡Oh, no!

—Pues bien, Ana; yo amo a Pedro porque le amo; esto es todo lo que puedo decirte.

- ¡Estaba escrito!—exclamó misteriosamente Leila.
- Escucha, Ana—dijo Isabel—; estoy ofendida contigo.
- ¿Ofendida conmigo? ¿Y por qué? ¿No te amo yo?
- No, no me amas cuando desconfías de mí y me recatas secretos; eres para mí un misterio.
- No hace mucho lo era para mí misma.
- ¿Qué eres, pues? Dios lo sabe. Hombre y mujer a un tiempo; mora y cristiana; hechicera, sabia, músico, poeta... Te llamas Gastón, Leila, Ana. Eres hombre cuando vistes de hombre, y sería difícil, difícilísimo, que nadie entonces adivinase en ti una mujer.
- Sin embargo, ha habido alguna que lo ha adivinado.
- ¡Doña Aldonza Coronel! ¡A doña Aldonza la ayudaron los celos! !
- Pero doña Aldonza no revelará a nadie este secreto.
- Ese no es secreto. Lo saben el señor Pero Lope, don Simuel Leví, Alvar Yáñez y Pedro el Nengro.
- Los cuatro callarán porque los cuatro son esclavos míos.
- ¡Oh! Confieso que no te comprendo y que algunas veces me causas miedo; pareceme que sólo un espíritu del otro mundo puede disponer del poder que tú tienes. ¡Oh!, si es fácil conocer en ti la mujer cuando eres paje, ¿quién conocerá al hombre cuando eres mujer? Escucha, Ana, tú tienes celos de doña Isabel de Lara y miedo a su hermosura... Pues bien, esos celos son cobardes; ese miedo, infundado; tu hermosura es tal, que deslumbra; la mirada de tus ojos quema; tu boca, cuando suspira, inflama... De seguro, si tú te dejaras ver de Men Rodríguez en uno de esos momentos de languidez con que asesinas al pobre balletero mayor, Men Rodríguez caería enamorado a tus pies, se olvidaría de doña Isabel..., de todas las Isabeles del mundo. ¡Si eres un portento, Ana! Es necesario tener lástima del pobre Pero Lope. Cada día se pone más flaco y más feroz.
- Pero Lope de Padilla es un hombre todo materia, lodo... Pero Lope no mira el alma, sino el cuerpo. Si por desgracia mía yo le hubiese amado con el olvido de mí misma con que amo a Men Rodríguez, después de satisfechos sus brutales instintos, me hubiera tratado como a una esclava...; peor aún: como trata a su caballo y a sus lebreles. Si yo aliento los amores de ese hombre es porque para mí es un instrumento precioso...
- ¡Siempre misterios!

—Acaso llegue un día en que yo rasgue para ti ese velo tenebroso y te diga: mira; entonces me conocerás y te estremecerás, Isabel. Tráeme mi perfumero.

Isabel trajo a Leila un precioso cofrecito de sándalo incrustado de oro con esmaltes y arabescos, y la joven sacó de él algunos frasquitos y los vertió en sus cabellos, en su seno, en sus ropas; después de esto se levantó y se miró de nuevo al espejo.

—Merced a mi atavío—dijo—, aún parezco hermosa..., sí, sí; aún puedo pasar; pero es horroroso. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡vieja a los veinte años!

Leila era en extremo descontentadiza; nunca su belleza había sido más resplandeciente, más intensa, por decirlo así. La palidez nerviosa y mate de sus mejillas la aumentaba; sus ojos tenían un brillo, y una profundidad tal su límpida mirada, tal expresión de amor, de vida, de poder, de fijeza, que hubieran hecho estremecerse a un cadáver. En fin, el amor, el sufrimiento, la lucha, habían dulcificado la dureza habitual de su semblante, reemplazándole con la aspiración de la esperanza y la languidez del cansancio.

Sus trajes, sus joyas, la esbeltez y la valentía de su talle y de sus formas; la elegancia de su apostura, la distinción de sus maneras, hacían de ella una dama delicada, magnífica, enteramente en contraposición del paje, de formas robustas, mirada clara y sonrisa cruel y sarcástica.

Para representar al paje, bastábale a Leila excitar sus odios: la venganza y las malas pasiones la endurecían; para representar a la dama, bastábale con pensar en su amor contrariado, en sus delicias ansiadas, en su aislamiento, en su origen, en su desesperación. Entonces era la mujer que sufría, suspiraba y lloraba. Para representar estos dos extremos Leila tenía que hacerse una violencia, su verdarero carácter estaba en medio de ellos; siempre era una mujer con pasiones enérgicas y aspiraciones voluptuosas...; una amalgama extraña de virilidad, de debilidad, de vicio, de pureza. Un fenómeno humano puesto en lucha, por resultado de una educación anómala, con las leyes naturales. Don Simuel Leví, que al parecer estaba iniciado en los misterios del origen de Leila, decía con razón que el infante Abou'l Sayd había criado en ella una pantera.

Leila dió a su prendido el último toque, se miró por última vez, con disgusto, al espejo, y dijo a Isabel:

—Cuando venga el señor Pero Lope de Padilla, entreténle en tu aposento...

—Es decir, que me haces cargar con el fastidio de escucharle.

—Despídele con cualquier pretexto.

—Eso será mejor; pero puede quedarse esperando frente al postigo. ¿Y si ve entrar al señor Juan Tenorio?...

—El señor Juan Tenorio entrará por la calle de San Esteban. Avisa a Melchor, abre la puerta interior y cuida de que ni pueda ver ni ser visto.

—Bien, ni verá, ni le verán. Pero recuerdo que me has dicho que esperabas.

—Sí, a don Simuel...

—Y además...

—Sí, luego a Alvar Yáñez, a Pedro el Negro y a Andrés.

—¿Y cuándo vendrán?

—Don Simuel, de un momento a otro... En cuanto venga hazle entrar. Después, Pedro el Negro; los otros dos que esperen en las habitaciones bajas.

Tras estas palabras Leila abrió una puertecilla y entró en otra cámara; siguióla Isabel, encendió las lámparas, porque ya oscurecía, y dejó sola a Leila.

Apenas estuvo sola Leila, cerró cuidadosamente todas las puertas de la cámara donde se encontraba, corrió delante de ellas sus dobles tapices, y cuando estuvo segura de que no podía ser vista, abrió con tres llaves un arca de hierro y sacó de ella un rollo de pergaminos, fué a una mesa, se sentó junto a ella y los extendió, examinándolos uno por uno.

—¡Ah, Juan Diente, infeliz Juan Diente! ¡Y tú, sobre todo, terrible don Pedro! ¿Cómo ibas a pensar tú que estos pergaminos, en que dejabas tantas cabezas a merced de la ferocidad de tu macero de confianza, iban a ser otros tantos instrumentos de mi venganza? ¡A nadie culpes, rey, más que a tu torpezal!

Y en efecto, nuestros lectores vieron que don Pedro dió a Juan Diente un rollo de pergaminos en blanco, pero firmados y sellados y con todas las formalidades de rigor, para que su macero, a quien dejaba encargado de su justicia, rellenara, sentenciando a los traidores, fuesen quienes fuesen; pero lo que entonces no vieron nuestros lectores es que Leila espiaba desde su acechadero y que, valiéndose luego de su astucia diabólica, lograba sustraer aquellos pergaminos a Juan Diente, sin que éste pudiera sospechar ni quién, ni dónde, ni cómo se los habían quitado, limitándose a ponerlo en conocimiento de su señor y ofreciéndole su cabeza. Don Pedro le perdonó, sin pensar siquiera que aquello pudiera traer su ruina.

Leila, pues, tenía en sus manos un arma formidable, de que haría uso inmediato, ya que, sin esperar más, la joven escribió en uno de aquellos pergaminos con una letra menuda, pero hermosa, redonda y clara.

—Halaguemos la avaricia de don Simuel—murmuraba mientras escribía—; siempre es bueno interesar a los que nos sirven, y además es necesario no apretar tanto a la avaricia, que estalle. Don Simuel se dará por muy contento con este albalá y aprontará de buena gana el dinero que necesito para no tocar a mi oro... Además..., además, don Simuel: este pergamino en tus manos... es un lazo más con que te sujeto. ¡Una firma del rey, en blanco, robada! ¡Vamos, es necesario confesar que Dios o el diablo me ayudan!

Leila apartó a un lado aquel pergamino ya escrito y tomó otro.

—Según me ha dicho Pedro el Negro de vuelta de su viaje a Bilbao, los diputados Antón de Landu y Pero de Ochandiano llevan la voz en el Concejo..., son confiados, cándidos, hidalgos y firmes y reservados como buenos vizcaínos; muy celosos de sus fueros y resueltos a no cejar un palmo de terreno cuando se trate de ellos...; pero si yo hago que el rey les escriba por mi mano... con un poco de astucia; veamos.

Leila tomó un papel y escribió un borrador; rayó, añadió, volvió a escribir y borrar, y al fin leyó con satisfacción el resultado.

—Es un golpe seguro, seguro de todo punto; el rey lleva malas intenciones a Vizcaya, pero es necesario que vuelva con peores. Es necesario que recele y que en su recelo mate... Sí, es preciso que mate..., que siga matando... Lo quiero yo, lo necesito..., y matará..., matará... Esta es su sentencia de muerte—y Leila, con mano firme y rápida, copió en una de las reales cédulas en blanco lo que había escrito en el borrador.

Apartóle con el otro, enrolló los sobrantes, los guardó de nuevo en el arca, cerró, y luego puso las tres llaves en el cajón de la mesa, que cerró también cuidadosamente, guardándose su pequeña llave en una bolsita que pendía de una cadena de oro sobre su seno. Después empezó a pasear agitada a lo largo en la cámara, como quien espera impaciente; de tiempo en tiempo se acercaba a los vidrios de colores de la ventana, y miraba al fondo del callejón; su sombra era la que veía maese Blas Corchuelo desde su acechadero.

Al fin llamaron quedito a una de las puertas de la cámara. Leila abrió. Era Isabel.

—Ya ha venido don Simuel—dijo.

—¿Y los otros?

—Los otros vinieron antes; pero como no debía entrar Pedro hasta que hablases con don Simuel, he aprovechado el tiempo, recordando con él nuestros asuntos.

—Que entre don Simuel, y está atenta para cuando te llame.

Isabel se alejó saltando, y poco después se oyeron los tardos pasos del tesorero del rey, que entró en la cámara adelantando con el paso receloso de un zorro que penetra en una madriguera extraña.

—Hazme la merced de cerrar esa puerta, amigo mío—le dijo Leila—, y de correr el tapiz.

El hebreo obedeció y se acercó a la joven, cubriendo con una astuta sonrisa el disgusto con que siempre obedecía a Leila.

—¡Un angel de hermosura!—exclamó juntando las manos y mirándola con una expresión de beatitud.

—No ha mucho, Simuel, no pensabas del mismo modo—dijo la joven.

—¿Qué quieres, Leila, hija mía?—repuso el rabino sentándose familiarmente—; te confieso que tus primeras peticiones me asustaron; pero la experiencia me ha hecho conocer que se te puede servir sin trabajo; no exiges demasiado y, sobre todo, sé que ayudándote no aventuro nada y que llegará un día en que me pagues con usura lo que te anticipo; tú no eres una mujer vulgar..., no, por el Dios de Jacob y Abraham... Tú eres una mujer fuerte, tan fuerte como la más fuerte de la Escritura; Jezabel y Judith no se hubieran atrevido a hacer tanto como tú.

—Te admiro, Simuel—dijo Leila.

—¿Y por qué esa admiración?—dijo con un tanto de cuidado el hebreo.

—Admiro en ti la hipocresía con que sabes encubrirte... Otra, en mi lugar, confiaría en tus palabras; confiándose, se perdería..., te daría ocasión para que pudieses darle el golpe de gracia... Yo, Simuel, te conozco, me valgo de ti, pero con prudencia; te uso, pero no abuso... Por ejemplo, hoy necesito dinero...

—¡Que necesitas dinero!—dijo con un acento indescribible el judío—. ¡Y luego dices que no abusas! ¡Poderoso señor de Israel! Aún no hace un mes que estás en esta casa, y ya me he visto obligado a empeñarme con mis amigos y parientes para satisfacer tus pedidos; no basta que fuese tesorero del rey, era necesario que también lo fuese tuyo... y esto no puede continuar así; no, de ninguna manera; me

—exprimiréis tanto, que al fin no sacaréis de mí más que sangre.

—Cuando te pido dinero, te procuro los medios de que lo tengas.

—¡Que me procuras los medios!—exclamó con asombro el judío.

—Sí, por cierto; ¡qué te parece de este albalá, don Simuel?—y la joven presentó al tesorero uno de los pergaminos que había escrito.

El semblante del judío dejó ver una expresión de avaricia satisfecha, en la cual, sin embargo, había alguna mezcla de cuidado.

—¡Un albalá a mi favor de cien mil maravedises de oro!... ¡Esto es una riqueza, una verdadera riqueza!... ¡Oh, oh!, y no hay que dudar; ésta es la firma del rey, ésta la de su secretario Cañizares, éste el sello de la cancillería, el sello real; un albalá en forma; bien mirado, aunque yo haga uso de él, no haré más que lo que debo; el rey me tiene perjudicado..., altamente perjudicado... En cualquier mercadería o contratación en que hubiera empleado mi dinero hubiera ganado más que presentándose al rey... ¡Cien mil maravedises de oro!... Pequeña indemnización, sin embargo..., y, además, ¿cuánto me va a costar este albalá, Leila, hija mía?

—Poca cosa; siempre te quedarán dos terceras partes de su valor.

—¡Dos terceras partes!—exclamó el judío disgustado—; ¿y qué nuevo empeño tienes en que te sea necesario invertir treinta mil y más maravedises?

—Tengo muchos y grandes empeños—dijo Leila indolentemente.

—Sepamos.

—El rey va a Vizcaya; pero, según creo, ahora se dirige a Aguilar, donde dicen que está su hermano don Tello.

—Y bien, ¿qué tiene que ver eso?...

—Mucho; el rey va de prisa, pero por muy de prisa que vaya, puede llegar a Vizcaya antes que él un hombre a la ligera, solo, a quien no entorpecerán ni sus hombres de armas ni sus acémilas ni su servidumbre. Pero, para que este hombre llegue con alguna delantera, será necesario que encuentre caballos preparados en cada jornada; yo quiero que ese hombre llegue en cuatro días a Bilbao.

—¡En cuatro días! ¡Poderoso Dios de Sabaot! Para eso se necesita gastar un tesoro en caballos.

—Con cuarenta buenos corredores que se revienten hay

bastante... Esto monta a una razonable cantidad... pero es preciso; además es necesario que ese hombre lleve dinero..., mucho dinero.

—¡Leila, Leila!; cuidado con lo que haces, hija mía; páreceme que quieres ponerte de una manera decidida delante del rey.

—¿Y qué te importa?

—Importarme..., nada..., nada, en verdad...; pero esto es ya demasiado... Si te aproximas mucho podrá suceder que te descubras, y si te descubres...

—Cuando yo me descubra, ¡ay del rey de Castilla!

—Eres una loca, Leila.

—Di más bien que tú eres un cobarde.

—¡Y te atreves a llamar cobardía a la prudencia! ¡Poder de Dios! Pues si yo no hubiera sido tan prudente, ¿dónde estaría ahora?

—Puesto que a fuerza de prudencia te has enriquecido, sigue siendo prudente, Simuel.

—¡Y mi prudencia consistirá en servirte a ciegas!—exclamó con acento de cólera mal contenida el judío.

—Y tanto—repuso la implacable joven—, como que si un día sospecho que me haces traición, eres hombre muerto.

—¡Hija de Satanás!—murmuró contrariado el judío.

—Eres el lobo más voraz y más descontentadizo que conozco; lo quieres todo para ti—dijo Leila, comprendiendo las últimas palabras del judío por el movimiento de sus labios—. Tú quisieras que todos fuesen ciegos para que no viesen tus picardías..., servirte de todos, medrar con todos; estás ya tan viciado, que todo servicio te parece penoso aunque se te pague a peso de oro; pues mira, don Simuel, hasta ahora el rey no te ha exigido más que dinero, y te ha dejado engordar; por cada moneda que le das, guardas ciento, pero guárdate de que un día el rey se arroje sobre ti y te oprima el vientre hasta hacerte reventar, porque vomitarás lo que le has robado; y ese día llegará pronto o tarde o nunca, según yo quiera, según me sirvas.

—Pero Leila, hija mía—dijo temblando el judío, que comprendía perfectamente su situación—, ¿te he negado algo hasta ahora?

—No basta que no me niegues; el miedo hace milagros; quiero no que se me sirva, sino que se me ayude franca y lealmente; quiero un amigo, no un esclavo, ¿lo entiendes? En la situación en que nos encontramos necesitamos el uno del otro; tú necesitas más de mí que yo de ti; sin embargo, podemos

hacer mucho dinero; yo tengo el pensamiento, los medios; tú, el dinero, que es el poder.

—¡Siempre el dinero!—pensó don Simuel, que no podía resignarse a gastar de una manera tan rápida, ni aun con los mejores auspicios de ganancia, tesoros que tanto tiempo y tantos sustos le había costado reunir.

—Mientras tenga poder el rey don Pedro—continuó Leila, que parecía adivinar hasta los más recónditos pensamientos del judío, lo que no era difícil, porque su semblante, cuando se trataba de dinero, era lo más elocuente del mundo, dejando enteramente descubierta su alma—, mientras el rey no caiga, ni tú estás seguro del tormento y de la horca, ni yo de la muerte, por más que esté provista de armas de buena ley; por lo tanto, Simuel, nada debemos economizar para dar en tierra con el rey; después no faltará quien nos pague cumplidamente nuestros servicios.

—¿Y en qué piensas para llegar a ese caso?—dijo el tesoroero, que confiaba en el odio que Leila profesaba al rey.

—Podemos echar sobre don Pedro tres enemigos terribles.

—¡Tres enemigos!

Sí, podemos apesurar la guerra de Aragón y hacerla formidable, dando medios de hacerla a don Enrique de Trastámara, en nombre de Pedro IV; podemos ofender a Francia de una manera mortal y hacer que Francia ayude al rey de Aragón o a don Enrique, como mejor le convenga: Francia necesita de todo punto una guerra exterior para echar de sí las hordas de aventureros que la inundan con motivo de su guerra con los ingleses y de sus bandos civiles, y aceptará con placer cualquier motivo.

—¿Y qué medios tienes tú para arrojar a Francia contra don Pedro?—dijo el judío, mirando con asombro a Leila, que a cada momento se agigantaba más a sus ojos.

—El día que sea necesario—continuó la joven—, no faltará motivo; además, en Francia preparo otro enemigo a don Pedro.

—¿Y qué enemigo es ése?

—El infante Abu'l Sayd.

—¿Y qué puede hacer Abu'l Sayd, dominado, desterrado, temeroso del rey Mohamed V?

—Abu'l Sayd será muy pronto rey de Granada.

Movió el judío la cabeza en ademán de duda.

—¿Ignoras acaso el estado en que se halla el vecino reino moro?

—¡Leila! ¡Leila! Tú estás ofendiendo a Dios con tu soberbia.

—Escucha, Simuel: ¿cuánto dinero crees que puedes sacar de los recaudadores con tal que te dé algunas de las cédulas reales que tengo en blanco?

Brillaron de codicia los ojos de don Simuel, pero se contuvo.

—Puede sacarse algo, pero no mucho, los recaudadores están acostumbrados a hacer malas cuentas y, cuando se les trata con rigor, todo se reduce a que huyan cuando se les pidan, llevándose los caudales: esto es más cómodo; así hacen cuenta redonda. Poco, muy poco se podía sacar por ese medio.

—¿Crees tú que Abu'l Say no nos pagaría con usura un préstamo que le hiciésemos?

—De seguro, si llegaba a ser rey; pero esto es muy difícil.

—No lo creáis así hace un mes y la prueba de ello son las cartas que entregaste para el infante al embajador Al-Mondhir, de que yo tuve medios de apoderarme.

—Sí en verdad; entonces podía haber sido; Abu'l Sayd creía obtener por mi medio una alianza con don Pedro, que, declarando la guerra, hubiera distraído a Mohamed y le hubiera debilitado; pero, por más que yo significué al rey que el mejor medio de hacer posible la conquista de Granada era quebrantar al reino con la guerra exterior y desunirle con la guerra civil, se obstinó en conservar la fe de sus tratados de alianza con Mohamed. De seguro, si el rey de Granada fuese atacado, don Pedro volaría en su socorro.

—Pues es necesario que la guerra civil arda en Granada.

—¿Y cómo?

—Tenemos como elementos la ambición de la sultana viuda, ya de su hijo Ismail y la de Abu'l-Sayd; urdamos una trama y en ella vendrán a caer los que queramos que caigan, como las moscas en una tela de araña.

—Esa trama no puede tejerse más que con oro.

—Pues téjela, Simuel, y te doy una, dos, tres cédulas reales.

Inclinó por un momento la cabeza don Simuel, meditabundo, y pareció como que ajustaba cuentas consigo mismo.

—Esta conspiración nos va a costar mucho.

—Pues bien; saca lo que hayas menester de las rentas del rey, poniéndote de acuerdo con los receptores.

—Necesito seis cédulas.

Leila se levantó, fué al arca donde las guardaba y entregó seis cédulas al judío.

—Necesito además un hombre de confianza.

—Lo tendrás.

—¿Cuándo?

—Mañana lo enviaré a tu casa; sin duda necesitas a ese hombre para que vaya a Granada.

—Sí—contestó Simuel.

—Pues bien, cuento con quien nos servirá a las mil maravillas.

—No estaría de más que avisásemos a don Enrique, y para ello necesitamos otro hombre.

—Le tenemos también—afirmó Leila.

—¿Y cómo se llaman esos dos hombres?

—Pedro el Negro y Alvar Yáñez.

—¡Hum!—exclamó con desconfianza el judío.

—Nada tenemos que temer de ellos—repuso Leila—, les tengo tan sujetos como a tí. Creo que hemos concluido. Recordemos ahora bien; es necesario ante todo que un hombre parta al momento a Vizcaya... eso corre de mi cuenta... Pero es necesario pagar el valor de los cuarenta caballos... Yo te enviaré a Pedro el Negro con letras mías mañana mismo. Además darás las instrucciones necesarias a ese hombre y harás que marche a Granada...; yo me entenderé con Alvar Yáñez en cuanto a lo de Aragón y tú le pondrás en estado de obrar. Quedemos, pues, con venidos.

—Creo que no te quejarás de mí.

—No por cierto. Simuel, tú eres muy complaciente y muy generoso, cuando puedes ganar ciento por diez, y serías capaz de hacer traición por ello a tu padre... Pero guárdate de hacérmela a mí, porque el día que me hagas traición, mueres.

—¡Oh! ¡Oh! Leila, hija mía, eres desconfiada como una raposa... cuando debías amarme y mirar mis hechos sin tanta prevención...; todo consiste en el dinero...; ¡maldito sea el dinero...! ¡Cuántos apuros, cuántos sobresaltos, cuántos peligros para lograr ver reunido al fin un pequeño montón de oro! Pero adiós, la noche avanza y si hemos de adelantar algo es necesario que empiece a dedicarme al negocio.

—Adiós, Simuel; sírveme bien y te hago doblemente rico de lo que eres.

Don Simuel salió tras estas palabras y mientras bajaba las escaleras que conducían al postigo murmuraba:

—Decididamente, no conozco a esta mujer; hace dos años, cuando estuve en Granada y fué a las Alpujarras, a procurar el cobro de algo de lo que me debe Abu'l Sayd, recuerdo que me llamó la atención por la singularidad de su mirada, por su valentía y por la pureza con que hablaba el castellano; recuerdo que el infante la apreciaba en mucho; y que, además, me la presentó como la mejor joya de su tesoro; antes cuando era niña, se llamaba Amina (fiel), hermoso nombre; pero después el infante tuvo razones para llamarla Leila, que significa noche. No, y la maldita es oscura como un abismo. Me tiene sujeto como a un ratón, y tiemblo...; esa mujer me será fatal..., es necesario servirla ciegamente, servirla de todo punto...; sirvámosla, pues, pero al primer descuido... Ella ha hecho traición a Abu'l Sayd... Pero por qué quiere ponerle en el trono...? ¡Oh! ¡Oh! Andemos despacio, no puede pasarse mucho tiempo con esa mujer sin verse rodeado de misterios.

Y como acabase de bajar la escalera y viese a la puerta de una habitación baja a Isabel, que tenía entre las manos una lamparilla, exclamó:

—¡Vive Dios, que estás cada día más hermosa, muchacha! Y te sientan mejor, mucho mejor la saya y el avental que las calzas de paje; es verdad que aquello tenía sus ventajas... ¿No es esto cierto, señor Pedro...? ¿Qué diablos hacéis ahí, buen mozo, escondido tras de Isabel? ¿Tenéis miedo de que os la roben? Vamos, tranquilizaos. Creo que arriba os esperan; tú, buena alhaja, ábreme y que Dios os dé muy buenas noches.

CAPITULO IV

Apenas había salido de la casa don Simuel, cuando Leila hizo llamar a Pedro el Negro.

El bandido no era tan asustadizo como el tesorero del rey y esto consistía en que nada tenía que perder más que la vida, y hacía mucho tiempo que la había puesto a la suerte en un juego a todo trance con la justicia y con todo lo que podía llamarse buenamente justo. Así es que entró con cierto desembarazo marcial en el aposento en que

estaba la joven y se despojó lentamente de la gorra, quedando de pie, pero en una actitud que nada tenía de humillante ni de servil. Leila le miró fijamente durante un momento.

—¿Estás satisfecho en mi servicio?—le dijo.

—Y tanto como lo estoy, señora: sois el mejor capitán que he tenido hasta el día; pagáis bien y corriente y se huelga; los muchachos están ya quejosos de no conocer a quien tan bien les paga y, sobre todo, de estar ociosos.

—En cuanto a conocerme, guárdate de indicarle si quiera que es una mujer la que los tiene a su servicio. Una imprudencia podría producirte una desgracia: tiempo tendrán sobrado para demostrar si tienen tantos bríos para ganar el dinero, como para gastarlo. Ahora bien, ¿que has visto en Vizcaya?

—He visto que hay entusiasmo por el rey.

—¡Entusiasmo por el rey!—dijo meditabunda Leila—, sin embargo, no ha pasado mucho tiempo desde que rechazaron con las armas en la mano el pendón real.

—¡Oh! Entonces, según me han dicho, había en Vizcaya un hombre valiente, noble, poderoso, que sabía sustentar la honra del pendón señorial de los vizcaínos: ese hombre se llamaba Pedro de Avendaño. Los vizcaínos le amaban y le respetaban, porque su espada era la espada de sus fueros. Ahora es distinto: ese mismo Avendaño, a quien los naturales llamaban el padre de la patria, ha sido traídoramente asesinado por don Tello, que sintió envidia por el amor que le demostraban los vizcaínos. Os juro, señora, que el rey va en la mejor ocasión posible al señorío; le aciamarán señor a grito herido, repicarán las campanas y don Pedro, para unir a su corona ese rico y valiente pedazo de tierra española, no tendrá necesidad más que de jurar las libertades y franquicias de Vizcaya.

—¿Y han sido los diputados Antón de Landu y Pero de Ochandiano los que os han dado tales noticias?

—Sí, señora.

—De modo que si esos diputados recibiesen instrucciones reservadas del rey...

—Las cumplirán eficazmente.

—Bien: ¿has hecho la prevención de caballos que te dije?

—Aquí tenéis la lista, señora, de las jornadas, al fin de cada cual hay un caballo de refresco.

—Cuarenta y cinco cabalgaduras. Bien. ¿Has tenido bastante dinero con el que te di?

—Sí, señora, y aun me ha sobrado, después de los gastos del viaje.

—Bien: es necesario que vayas a casa de don Simuel Leví, llévale la cuenta de esos caballos, cóbrala, y tráeme la cantidad que te entregue.

—Muy bien, señora.

—Además de eso, ponte a las órdenes del tesorero del rey.

—Me pondré.

—Te mandará que vayas al reino de Granada, y te dará dinero e instrucciones; antes de partir es necesario que yo sepa cuanto te haya dicho don Simuel.

—Lo sabréis.

—Pues bien: di al señor Alvar Yáñez que suba.

Poco después el escribano estaba profundamente inclinado delante de la joven.

—Sentaos, señor escribano, sentaos; un hombre como vos no debe permanecer de pie delante de mí como un escudero. Necesito pedir os consejo.

—Creo, señora—dijo Alvar Yáñez, levantando los ojos con cierta expresión ambigua hasta el semblante de Leila—, que Dios os ha dado más prudencia que hermosura, aunque esa hermosura sea la mayor que yo haya visto hasta ahora. Mandadme, pues, y no me pidáis consejos.

—No, no ciertamente, señor Alvar Yáñez; vos sois prudente, sagaz y experimentado. Necesito un hombre de confianza que lleve a Vizcaya un mensaje de gran importancia. ¿Creéis vos que este mensaje podrá confiarse al señor Andrés Corchuelo?

—Si sabe obligársele, señora, aceptará; si acepta, cumplirá fielmente su encargo, porque es honrado y leal.

—¿Y creéis vos poder obligarle?

—Acaso, acaso..., de seguro—dijo después de meditar un momento el cartulario.

—Es decir, que a vuestro modo de ver, es cosa hecha.

—Hecha de todo punto.

—Pues bien, tomad—dijo Leila, dando enrollado a Alvar Yáñez el segundo pergamino que había escrito.

—¿Y qué es esto?

—Una cédula real, que el señor Andrés Corchuelo debe entregar al diputado del consejo de Vizcaya, Antón de Landu.

—¿Y debe saber Andrés lo que conduce?

—De ningún modo.

—Alvar Yáñez guardó el pergamino.

—¿Y con qué palabras ha de entregar el señor Andrés esta cédula?

—Simplemente con éstas: «Antón de Landu (le dirá), se me ha dado con gran secreto para vos por una alta persona este escrito en Sevilla.» Después se retirará y se volverá inmediatamente.

—¿Y cuándo debe partir el señor Andrés?

—Mañana al amanecer: al pie de la torre de la iglesia Mayor encontrará un caballo; cuando llegue a cada uno de los puntos marcados en una lista que le entregará la persona que tenga el caballo, encontrará otro caballo de refresco, es necesario que haga el camino en cuatro días. Estamos a 29 de mayo...; el 2 de junio ha de llegar a Bilbao.

—Muy bien, señora, y lo mismo que encontrará caballos, ¿encontrará pagados los gastos de camino?

—No, tomad y entregadle ese dinero.

Leila dió a Alvar Yáñez una bolsa llena de monedas de plata. Este se levantó creyendo terminada la entrevista.

—No, no, esperad—dijo Leila—; aún quedaba lo más importante: ¿cómo estáis de relaciones, de inteligencias con Aragón?

El escribano palideció.

—Nada temáis: lo sé todo, sé que sostenéis inteligencias con el rey de Aragón por medio de su hermano el marqués de Tortosa; no tan sólo lo sé, sino que tengo pruebas. Contestadme, pues, francamente, y meditad que yo soy enemiga del rey de Castilla para que podáis fiaros de mí.

—El rey de Aragón...—dijo lentamente Alvar Yáñez, dando vueltas a su gorra—; el rey de Aragón... quisiera..., desea la paz... pero de una manera decorosa... El rey de Castilla exige de un modo que no da lugar a cubrir las apariencias; pide el extrañamiento de Aragón y de todos sus estados del conde de Trastámara y de otros principales caballeros de Castilla; pide, además, que se le entregue el cuerpo del almirante Francisco Perellos...

—En fin, don Pedro pide mucho porque desea la guerra, rechaza la mediación de Guido de Bolonia, nuncio del Papa, que decididamente protege a don Pedro IV, y éste hace todo lo posible porque se estremezca al solo pensamiento de una guerra en que sabe que su enemigo llevaría desde el principio la peor parte.

—El rey de Aragón teme la guerra porque no tiene flota para defender sus islas, ni soldados para guardar sus fronteras, ni un solo florín para sus arcas; a no ser por esto, el rey don Pedro no andaría tan jactancioso con Aragón. Si tuviese dinero... soldados tendría; ahí están Beltrán Duguesclin y sus famosas compañías Blancas; y en cuanto a naves, los genoveses no desean otra cosa sino que haya quien les tome a sueldo una flota para ponerla a su servicio: aventureros por mar y aventureros por tierra.

—Si consiste en dinero, vos mismo iréis a ofrecérselo.

—¡Yo!—exclamó Alvar Yáñez—. ¿Y a nombre de quién?

—Sea real y efectiva la entrega del dinero, y nada importa saber quién le procura; podéis decirle que son nobles enemigos de don Pedro, y que sólo ocultan su nombre porque, temerosos del buen suceso, temen arriesgar su vida.

—Mirad, señora, que éste es asunto de muchos millares de florines.

—Pues bien, no importa, id, id; informaos del número a que monta la suma necesaria y volved. He aquí—añadió después de haberse levantado y de haber abierto el arca, entregando un puñado de florines de oro al escribano—; he aquí para que hagáis dignamente vuestro viaje como un enviado de la nobleza enemiga del rey. Partid mañana; trabajad, informaos, estipulad; pero no enviéis mensaje ninguno, volved vos mismo y entendedos conmigo. Esto era cuanto tenía que deciros.

—Guárdeos, pues, Dios, señora.

—No olvidéis el envío del señor Andrés Corchuelo a Bilbao. Id con Dios; no quiero volveros a ver sino para entregaros el dinero que necesite el rey de Aragón.

—Quedad con Dios, señora.

Alvar Yáñez salió asombrado, aturdido.

—¿Quién es esta mujer—decía—, que así manda, así paga y así emprende tan arduos y comprometidos asuntos?... Su edad..., cierto aire de familia que hace tiempo me ha parecido descubrir en ella... Pero ¡bah!, ni una prueba, ni una sola prueba... ¡Y bien! Paga en moneda limpia y corriente..., pues sirvámosle..., sí, sirvámosle; de todos modos no podemos estar más vendidos al diablo que lo que estamos—y dando vueltas a estos pensamientos llegó al piso bajo.

Andrés se paseaba contrariado y taciturno y no reparó en Alvar Yáñez hasta que el escribano le tocó en el hombro.

—Alegraos, mancebo—le dijo—; la fortuna os abre los brazos y os trata como a un hijo querido.

—¿Pues qué sucede?—dijo anhelante Andrés.

—Estáis en la mejor ocasión del mundo para alcanzar a doña Beatriz.

—¿La habéis visto?

—No seáis impaciente; el cielo no se gana sino a fuerza de sacrificios; venid, amigo mío, venid conmigo.

Alvar Yáñez y Andrés salieron de la casa. A pesar de esto, maese Blas, que se había encaramado en un punto de que daremos razón más adelante a nuestros lectores, no siguió a su hijo.

Inútil es decir que Alvar Yáñez redujo a cuanto quiso a Andrés Corchuelo en nombre de su amor, a pesar de que debía estar escarmentado de la mala pasada del escribano cuando el asunto de Jerez.

Apenas había quedado sola Leila, cuando se levantó el tapiz y apareció Isabel.

—¿Ha venido?—preguntó la joven.

—Sí.

—¿El señor Juan Tenorio?

—Sí; pero le he hecho esperar... Bueno será que empiece encontrando dificultades... y es mancebo que no debe estar acostumbrado a ellas... No, pardiez,...; se ha impacientado y ha puesto un gesto que a poco más me hace reír.

—Pues tiempo tendrá de impacientarse, te lo juro.

—Impacientese en buen hora; es necesario que ese buen mozo sepa que no todos los caminos son fáciles y andaderos—y se sentó reposadamente al lado de Leila.

—¡Ah!, se me olvidaba—exclamó alegremente—; tienes suerte, Ana mía. ¿De quién dirás que es esta carta?

—¿De Men Rodríguez—exclamó, polideciendo, Leila.

—Siempre Men Rodríguez... Estás loca, loca de remate... Men Rodríguez no te conoce.

—Es verdad. No conoce más que al paje Gastón, a quien aborrece.

—¿Y quién tiene la culpa de que el señor paje se haya hecho aborrecer de él?

—Pero esa carta...

—Esta carta es del señor Pero Lope de Padilla: se le conoce en la letra gorda y bárbara del sobre. «A la muy noble, virtuosa y magnífica señora doña Ana.» El señor balletero mayor está loco. Además, el escudero que la ha traído me ha dado de parte del señor Pero Lope este diamante.

Leila tomó la carta, rompió el sello y la leyó.

—¡Don Tello y don Juan muertos!... ¡Oh, oh!—exclamó Leila profundamente—. ¡Doña Isabel viuda!... ¡Libre!... ¡Ah!, haz entrar al señor Juan Tenorio, Isabel.

—¿Te parece que ha esperado bastante?

—Sí, sí, hazle entrar.

Isabel salió, y Leila tomó un largo puñal de uno de los cajones de su mesa y le ocultó debajo de los almohadones del diván, al alcance de su mano.

No tardó en llegar Juan Tenorio.

—¿Me permitís, señora?—dijo, levantando en tapiz de la puerta.

—Pasad, caballero, pasad—dijo Leila con acento lánguido.

Tenorio pasó; a primera vista comprendió la joven que el repostero mayor del rey había dado importancia a aquella visita; aunque su atavío era sencillo, no dejaba de ser rico y elegante.

En cuanto al semblante, era el siempre noble y simpático semblante del repostero mayor, semblante que servía, por decirlo así, de disfraz a su alma. En vano quiso comprender Leila un movimiento de sorpresa, de interés, de conmoción, de admiración o de desdén en Tenorio. Su semblante estaba impenetrable. Saludó de la manera más natural a la joven, y con una noble soltura fué a tomar un sillón.

—No, no—dijo Leila—, sentaos aquí, caballero...; hay sitio para los dos.

—Perdonad, señora, yo ignoraba que me tuvieseis en tanta estimación—dijo audazmente Tenorio.

—Sí, os estimo—dijo sonriendo dulcemente Leila—; mi hermano Gastón me ha hablado tanto de vos, que he tenido deseos de conoceros. ¡Ya se ve! Se cuentan de vos maravillas.

Tenorio miró profundamente a Leila y la encontró tan indiferente con él como él se mostraba con ella.

—Esa mujer es mi espejo—se dijo—; veamos si me reproduce en todas mis situaciones.

—¡Ah, señora!—exclamó el seductor veterano, por decirlo así, dando algún sentimiento a su voz y a su semblante—, ciertamente que es una gran felicidad para mí...

—¿Y qué es para vos una felicidad, caballero?—dijo Leila sin alterar su expresión anterior.

Tenorio no esperaba aquella extraña interrupción, y se desconcertó, pero sin dar señales exteriores de ello.

—Pues es una felicidad que una mujer tan bella...

—Expliquémonos francamente, porque odio las situaciones falsas, caballero... ¿Ha cometido mi hermano alguna torpeza que os autorice a pensar?...

—Vuestro hermano, señora, me ha dicho...

—Que yo no tenía inconveniente en permitirlos que me visitaseis bajo ciertas condiciones, y que puesto que vos deseabais conocerme y que yo soy una dama independiente, por la muerte de mis padres y por mis riquezas, podía muy bien recibirlos, admitiros a mi amistad y aun servirme de la vuestra.

—Creed, señora, que yo ignoraba todo esto.

—¿Se habrá permitido acaso Gastón...?

—Vuestro hermano, señora, es un mancebo que me encanta y que no sé por qué me arrastra tras sí; me parece más franco que vos, más decidido que vos.

—Entre mi hermano y yo existe la diferencia que debe siempre existir entre el hombre y la mujer; pero en el fondo, en la realidad, somos tan semejantes que parecemos dos en uno.

—En efecto, vos sois el retrato de vuestro hermano.

—¿Tan semejantes os parecemos?

—Os diré, señora; existe entre vosotros dos la diferencia que existe siempre entre el hombre y la mujer. El es también más joven que vos, y su hermosura tiene mucho de duro y sombrío, mientras que la vuestra...

—¡Os parezco hermosa!... ¡Bah! Venís muy galante o muy engañado, caballero.

—Permitidme, señora—exclamó Tenorio que ya empezaba a impacientarse—, quien os llama hermosa, no es mi corazón, sino mi razón...; dejadme, pues, que siga... Decía que la hermosura de vuestro hermano, es punzante, hace daño, se ve detrás de ella un alma profunda como un abismo, a pesar de sus pocos años; a mí me agradan los valientes y los audaces, y vuestro hermano lo es; vos, por el contrario, señora, tenéis una mirada dulce, una hermosura tranquila, una virtud asustadiza..., sois el extremo opuesto de vuestro hermano. En cuanto a lo que vuestro hermano me ha dicho...

Leila se reclinó en uno de los almohadones y miró intensamente a Tenorio; parecía que una ligera conmoción pasaba como un relámpago por el semblante del hermoso y audaz repostero mayor al choque de su mirada.

—¿Y qué os ha dicho mi hermano, señor Tenorio?

—Me ha hablado de una hermana suya, a quien cier-

tos asuntos de familia obligaban a recatarse; me ha hablado de su hermosura hasta tal punto que he tenido deseos de conocerlos.

—Pues, mirad, me habían dicho que hacía mucho tiempo no deseabais nada.

—Tengo una fama lastimosa, señora—dijo indolentemente Tenorio—, debida a fáciles aventuras pasadas ha mucho tiempo y que, sin embargo, se citan aún por los necios y los desocupados... Pero en realidad señora, mi indiferencia consiste en que no he encontrado aún una mujer digna de ser amada.

—¡Ah! ¡Pobres mujeres!

—Soy franco, señora; generalmente nos arrastra hacia una mujer un sentimiento misterioso, que parece que nos une a ella, que nos confunde con ella, al choque de una mirada.

Leila, a despecho de Tenorio, que se esforzaba en vano por no dejarse arrastrar, llevó la conversación por donde quiso y le convino. Era tal su astucia en este terreno que hubiera desconcertado al hombre más dueño de sí.

Así que se hubo convencido de que el cortesano sería un instrumento más a su antojo, la conversación decayó, despidiéndose don Juan con el espíritu turbado y el corazón enloquecido; derrotado y confuso.

Cuando Isabel, que fué llamada para que le acompañase hasta la puerta, volvió, Leila le preguntó indolentemente:

—¿Se ha ido ya?

—Sí, y va enamorado, loco; como que me ha dicho antes de salir: «Si logras que tu señora esté a mi disposición por tu medio, te hago rica.»

—¿Conquistador vulgar!

—Me dió un bolsillo que rechazé.

—Ese hombre es mío, Isabel.

—¿Y qué piensas hacer de ese hombre?

—¡Oh! Ese hombre me servirá más de lo que piensas. ¿Has llevado la cena a Beatriz?

—Sí.

—¿Y cómo está la pobre niña?

—Llorosa y pálida. Esta noche ha vuelto a preguntarme por Andrés.

—¡Desventurados amores!... Y al fin, al fin... Pero mientras el rey viva...; nada me hace sufrir tanto como

ella. Evité verla, porque su vista y sus lágrimas me atormentan... ¡Oh! ¡Si no fuera por el rey!...

—El rey la ha hecho rica, noble...

—No hablemos más de esto, Isabel...; necesito que me acompañes. Ven a vestirme.

—¿Pero adónde vamos a estas horas?

—Ven.

Leila e Isabel salieron de la cámara, que quedó silenciosa y oscura. Entonces se oyó un ligero ruido de las vidrieras del ajimez del centro, como si alguien anduviera en los vidrios.

Si queremos saber qué era lo que producía aquel ruido, sólo necesitaremos volver a la parte afuera del ajimez y mirar lo que en él sucedía. Un bulto informe está subido en el alféizar del ajimez y asido a la columna. No se concebía que hubiese podido subir hasta allí, aunque no era grande la altura, sino por medio de los salientes, y de los adornos del ladrillo agramilado del postigo y, aun así, con gran peligro. Era maese Blas Corchuelo, que se ocupaba en desemplomar un vidrio. Cuando lo hubo logrado, sacó cuidadosamente el vidrio, introdujo la mano por el claro, asió la falleba y abrió.

Inmediatamente saltó dentro de la cámara, y volviendo a colocar el vidrio, armó el engaste. Luego adelantó a tientas y se encontró tras un tapiz. No tardó en verse luz tras una puerta, y Leila e Isabel entraron en la cámara y pasaron por ella: iban vestidas de hombre y envueltas en largas capas. La cámara quedó de nuevo a oscuras. Poco después maese Blas oyó abrirse y cerrarse el postigo y los pasos de las dos mujeres que se perdieron a lo largo del callejón de los Navarros.

CAPITULO V

—Heme aquí metido en un verdadero atolladero—decía el encorvado, adelantando a tientas por la cámara—; aquí está Beatriz: bien, es necesario que yo la vea; pero ¿dónde está? Yo no conozco esta casa, y si hay perror—maese Blas se estremeció—, si hay perros; ¡bah!, lo peor que puede sucederme es morir, y todo se arrostra por un hijo..., todo, hasta la cólera de Dios.

El jorobado adelantó algunos pasos más, palpando las paredes y dió con una puerta; al entrar, un fuerte olor de

riquísimos perfumes le hizo aspirar con delicia el ambiente.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó—. De cuántas delicias se rodean los ricos; con lo que esa mujer gasta en perfumes habría para alimentar una familia; pero ¿quién es esa mujer?... Es muy hermosa... y ella hablaba del rey..., de Beatriz.

Mientras Blas Corchuelo pensaba de este modo, seguía andando y palpando a oscuras; por fortuna suya aquella parte de la casa estaba como hemos dicho incomunicada del resto; el esclavo que guardaba el postigo estaba sin duda dormido y los pasos del campanero eran demasiado recatados para que se sintiesen. En vano maese Blas buscó una escalera por donde descender al piso bajo, ni una puerta por donde ponerse en comunicación con el resto de la casa; había tropezado con algunas, pero estaban cerradas; maese Blas llevaba consigo utensilios de encender, pero no se atrevió a hacer luz, temiendo que la luz le denunciase. Temía, además, permanecer demasiado tiempo en aquella habitación y dar lugar a que volviese aquella Ana, aquella dama que había llegado a inspirarle miedo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó—. ¡Estar aquí en la misma casa que Beatriz y no poder verla; esto es desesperante, horrible! Pero yo la veré; sí, la veré aunque me viese obligado a romper con las uñas y los dientes una de estas puertas..., aunque me fuese preciso permanecer aquí oculto detrás de un tapiz, debajo de un lecho. ¡Añ!

El campanero palpando la pared había tropezado con una ventana, se alzó, miró y vió que era un ajimez semejante a aquel por donde había entrado, y le entreabrió silenciosamente. Entonces vió con alegría que aquel ajimez no daba a la calle, sino sobre un jardín, merced a la luz de una linterna con que se alumbraban tres hombres. Y maravillóle al mismo tiempo la presencia de dos de aquellos hombres en el jardín; era el uno Pedro el Negro, el otro el agonizante Sancho.

Pedro el Negro llevaba el mismo traje de aventurero de siempre. Sancho, despojado de sus vestidos cenicientos, parecía más pequeño y más grueso; no llevaba más armas que un puñal, pero largo hasta el punto de que atendiendo a su estatura podía servirle de espada, y arrollada debajo del brazo, una cosa como escala.

El tercer hombre era un negro robusto, de expresión estúpida; llevaba en la mano una enorme linterna y al cinto un puñal, del que pendían algunas llaves. Aquel hombre

era mudo, puesto que hablaba con él por señas el agonizante Sancho; por aquellas señas, maese Blas comprendió que se trataba de un robo.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó—. He aquí las gentes con quienes se reúne mi hijo y que acabarán por perderle... Pero Andrés debe ignorar... Sí, sí, de todo punto...; es demasiado honrado para hacerse camarada de un ladrón... No, no, él sin duda no conoce a este hombre. Pues bien, yo se lo daré a conocer... Observemos... ¿Adónde va esa gente?

El bandido, el agonizante y el negro, se acercaron recatadamente al muro de la casa, se deslizaron junto a él y se perdieron doblando un ángulo. Maese Blas pretendió en vano oír; nada se escuchaba; el último reflejo de la linterna y el último y leve rumor de los pasos de aquellos hombres se habían perdido enteramente. Maese Blas quedó entregado a la mayor ansiedad; sabía que en aquella casa estaba Beatriz; sabía, por las señas que les había sorprendido, que se trataba de un robo; acaso los ladrones tropezarían con Beatriz y «Quién sabe—se decía el campanero—, lo que podrá suceder; lances se han visto en que los ladrones, para evitar una alarma, han muerto a las personas que han encontrado al hacer un robo, para evitar que griten». Maese Blas, pues, escuchó con toda la atención posible, temiendo oír un grito, un estruendo cualquiera que le indicase que se había cometido un crimen.

Pasó, sin embargo, algún tiempo y nada se oyó. Entretanto aquellos tres hombres habían llegado a la puerta principal de la casa, abierta sobre el jardín, y el esclavo había abierto aquella puerta. Al entrar, Pedro el Negro, se detuvo.

—¿Estás seguro—dijo al esclavo—, que tus compañeros no pueden sorprendernos?

El negro se puso la mano extendida apoyando el pulgar en la boca como quien indica que ha bebido, y luego dobló la cabeza, la apoyó en la mano y cerró los ojos.

—¡Ah! Han bebido el vino que te di y duermen.

El negro hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y estás seguro de que han salido las dos?

El negro afirmó de nuevo.

—¿Dónde están las dos damas?

El esclavo hizo indicación a Pedro el Negro y a Sancho de que se descalzasen, cosa que él no tuvo que hacer porque estaba descalzo. El bandido y el verdugo se quitaron los zapatos y los sujetaron en sus cinturones. Después el

negro se puso en marcha. Imposible hubiera sido al oído más perspicaz percibir el ruido de los pasos de aquellos tres hombres. Atravesaron un bellissimo vestíbulo, sustentado en columnas; la galería izquierda de un pequeño y precioso patio, en cuyo centro se oía el monótono murmurar de una fuente, y al medio de ella pararon delante de una puerta, que el esclavo abrió sin ruido. Inmediatamente encontraron una escalera, la subieron y se encontraron en la parte alta de la galería, y delante de otra puerta.

—¿Es aquí?—dijo Pedro el Negro al esclavo, que afirmó.

El bandido miró por el vano de la cerradura. Al fondo, después de una antecámara oscura, a través de los tapices de una puerta, se veían dos mujeres sentadas junto a una mesa. Aquellas dos mujeres eran Beatriz la hermosa y la vieja Berta.

El negro introdujo un hierro en la cerradura y abrió. Por recatadamente que quiso hacerlo, la puerta rechinó. Las dos mujeres al oír aquel ruido volvieron asustadas el rostro.

—Apagad la luz y permaneced aquí—exclamó rápidamente el bandido.

La luz se apagó y Pedro el Negro penetró lentamente.

—¡Ah! ¡Un hombre!—exclamó aterrada Beatriz, al verle aparecer entre los tapices de la puerta de la cámara.

—Sí, pero un hombre que viene a salvaros, hermosa Beatriz, y del cual no debéis recelar—dijo Pedro—. La señora Berta me conoce desde hace mucho tiempo, y os puede responder de mí.

—Sí, ciertamente que te conozco, Pedro...; sé que eres un bribón a propósito para cualquier fechoría, del que en vano he querido apartar a Isabel. ¿Es ella la que te ha abierto nuestra puerta, hijo?

—Isabel está entregada en cuerpo y en alma a doña Ana, a esa mujer que ha salido no sabemos de dónde, y que saca el oro y los diamantes de las entrañas de la tierra. Con Isabel no hay que contar... Si yo no la he arrebatado ya de esta casa, es porque me convenía servir a doña Ana. Pero en cuanto a vosotras, señoras, es distinto. Yo sé que estáis en poder de doña Ana contra vuestra voluntad.

—¿Y quién te lo ha dicho?—exclamó severamente la vieja.

—Hay cosas que se dicen ellas mismas. Al día siguiente de la noche en que os arrebatamos al señor Garcí Díaz:

de Albaracín, encontré quemada vuestra casa..., como quien dice, quemado el rastro...; pero Isabel, sin saberlo, me ha puesto otra vez sobre él, poniéndome al servicio de esa doña Ana. Yo sospeché al momento que estabais aquí. Además yo había conocido al esclavo que guarda la puerta principal en casa de don Simuel Leví; sabía que era un bribón de quien se podía disponer...; he gastado algún oro y algunas palabras, y heme aquí.

—¿Y qué interés tenéis en buscarme?—dijo Beatriz.

—Soy amigo del señor Andrés Corchuelo.

—¡De Andrés!—exclamó Beatriz pálida de emoción, de sorpresa—. ¿Os envía Andrés?

—Sí, señora, él me envía...; además, aunque no me enviase, sabe la abuela Berta que yo siempre la he querido bien..., y luego esa doña Ana nos tiene sujetos a todos: somos sus esclavos, por lo que he llegado a comprender; la señora Berta no es lo que parecía: posee grandes secretos, secretos que sin duda, ayudándola yo, pueden servirle de mucho.

—Es decir—exclamó Berta—que en estos momentos estás apoderado de esta casa.

—Sí.

—¿Y qué es de doña Ana?

—Doña Ana está fuera y no volverá en toda la noche.

—¿Y adónde iremos?—dijo Beatriz.

—¡Oh! Por eso no quede: os aseguro que no volverán a dar con vos.

Beatriz miró con ansiedad a Berta.

—¿Y podremos fiarnos de ti?—dijo la vieja.

—Ya sabéis que yo siempre os he querido y luego..., si hago esto, es por el bueno de Andrés, que desfallece y que no sabe vivir sin su Beatriz.

—¿Y por qué no ha venido Andrés?

—No se ha atrevido...; no es para estas cosas..., espera fuera.

—¡Oh! Me espera—exclamó Beatriz, dando un paso hacia la puerta.

—Nuestras seguridades, Pedro—dijo Berta.

—¡Oh! Yo no tengo seguridades que daros... Si no queréis venir, quedaos... Se os ofrece la libertad y, sin embargo, la rehusáis; en buena hora: yo he cumplido con lo que debo a la amistad de Andrés... En mi no consiste, adiós—y el bandido, con gran naturalidad y aplomo, se volvió para salir.

—¡Oh! ¡No, no! Esperad...—dijo Beatriz reteniéndole—; doña Berta meditará que en ninguna parte podemos estar más cautivas que aquí... y esa mujer, esa mujer me causa miedo, señora.

—Sin embargo, esa mujer te ama; no podemos dudar de ello; te protege..., nada te falta...

—Sin embargo..., ¿por qué me separó de él?

—¡Quién sabe!

—Guardaos de que esa mujer no os entregue al fin al rey—dijo el bandido.

Esta observación causó una profunda sensación en Berta, porque coincidía con sus temores; ella no había podido comprender la razón por qué Leila se había apoderado de Beatriz; no podía explicarse por qué sostenía aquel doble carácter de hombre y de mujer, ni de dónde sacaba el oro que arrojaba a manos llenas; el cariño profundo que demostraba a Beatriz, su tierna solicitud por ella, la confundían en un laberinto de dudas; muchas veces creía que aquellas caricias no eran otra cosa que un lazo que se tendía a la joven, para confiarla, para disponer de ella, sin violencias ni hechos repugnantes; muchas veces creyó que aquella mujer no era otra cosa que un instrumento del rey, y la observación de Pedro el Negro la confirmó en ello.

—¿Y dices que el señor Andrés nos espera?

—Sí; por el momento es necesario salir de aquí, y mientras yo termino algunos otros quehaceres que tengo en esta casa, esperaréis en la habitación del esclavo que me ha introducido.

Berta inclinó la cabeza pensativa, y al fin dijo:

—En tus manos nos entregamos, Pedro, pero ten presente que si nos haces una traición, no me faltarán medios para vengarme. Cobijate, hija mía, y vamos.

Beatriz no pudo contener su alegría; desalada buscó su manto y el de Berta, se lo puso a la vieja, se cubrió y asiéndose de ella la arrastró fuera de la cámara. Berta temblaba; no se le escondía que el paso que daba era altamente aventurado; Pedro el Negro marchaba delante de ellas. Cuando salieron a la galería, Beatriz retrocedió al ver a maese Sancho y al esclavo.

—¿Qué hombres son éstos?—dijo.

—Son el esclavo que nos ha introducido y un amigo que me acompaña—dijo Pedro el Negro.

Beatriz se tranquilizó y siguió adelante, atravesaron la galería, bajaron las escaleras y al cabo salieron al jardín;

le atravesaron y el negro abrió un pabellón, a manera de portería, situado junto a la entrada principal de la casa que correspondía a la calle de San Esteban. Entraron y el esclavo encendió una bujía.

—Aquí nos esperaréis algún tiempo—dijo Pedro el Negro—. No os mováis de aquí, aunque oigáis ruido en la casa. Eso supondrá que hemos sido sorprendidos; y por si eso sucede os traemos aquí, donde es más fácil la huida. Entretanto, nada temáis.

—¿Tardaréis mucho?—dijo anhelante Beatriz.

—No; tardaremos lo menos posible y, como es forzoso concluir cuanto antes, os dejamos—y sin decir más el bandido y los otros dos salieron; Pedro el Negro cerró con llave la puerta.

—¡Oh!—exclamó Berta al verse encerrada—; creo que hemos hecho muy mal en venir aquí...

—¡Mal! ¿Y por qué hemos hecho mal?—exclamó Beatriz.

—Espera, espera, aquí hay una celosía que da al jardín...; mira, mira por dónde van; no se dirigen a la casa sino al costado de la izquierda.

En efecto, aquel era el camino que habían tomado Pedro el Negro y Sancho, guiados por el esclavo, que se detuvo al pie del ajimez en que estaba aún observando el campanero.

—¡Oh!—dijo maese Blas, han dejado dos mujeres allá en aquella habitación: aún hay luz tras aquella celosía. Si será ella una de aquellas dos mujeres? ¿Pero qué quieren esos hombres? Arrojan una escala a este ajimez... ¡Ah! ¡Ah! Quieren subir... ¡Si me encontrasen! ¿Y dónde esconderme? ¡Dios mío!

En efecto, Pedro el Negro procuraba asegurar los garridos de una escala a la columna del ajimez. Un terror pánico se apoderó de maese Blas, que huyó a tientas hasta el fin de la galería en que se encontraba, y no hallando salida se plegó, se encogió y procuró achicarse, desfigurando cuanto pudo su forma humana, con las piernas y los brazos plegados y la cabeza escondida en un ángulo. Poco después oyó rechinar la vidriera, y luego el doble aunque tenue ruido de dos personas que saltaban dentro de la galería. El reflejo de una luz llegó hasta el campanero, que se estremeció todo y creyó morir.

En efecto, Pedro el Negro y Sancho habían penetrado por el ajimez de la galería; sin duda conocían perfecta-

mente el plano de la casa, puesto que no vacilaron, entrándose por la primera puerta que encontraron a la izquierda, sin reparar, absortos en su empresa, en la figura de maese Blas, que hecho un ovillo, estaba acurrucado en el fondo de la galería, que quedó de nuevo a oscuras.

—¡Oh! ¡Oh!—dijo el campanero—. ¡Si yo me atrevisese!... Han dejado puesta la escala; sin duda estos dos bribones, aprovechan su ausencia y vienen acaso a robar... Están solos y se entretendrán algún tiempo... Sí, sí..., puedo atreverme...—y decidiéndose, se levantó, atravesó cautelosamente la galería y se asomó al ajimez.

Por el momento nada vió, porque la noche era oscura, y se aprestaba ya a bajar por la escala, cuando notó que la escala se atirantaba como bajo el peso de una persona, haciéndole sentir un dolor agudo; al atirantarse la escala, en el momento en que examinaba si estaba bien sujeta a la columna del ajimez, le había cogido la mano izquierda que en vano se esforzaba por libertar; había quedado retenido, preso, y la persona que causaba aquella tensión subía.

Era el esclavo a quien Pedro el Negro había dejado de guardia; por algún tiempo el esclavo se resignó a su destino, pero luego su avaricia le hizo pensar en que iba a cometerse un robo y en que podría sacar indudablemente más parte presentándose que esperando donde le habían dejado; y como la avaricia es una de las pasiones que con más fuerza obran sobre nosotros, el esclavo, sin más, se acercó al muro, asió la escala y trepó.

Maese Blas, sujetó de repente de una manera imprevista por una mano, como un lobo en una trampa, meditó con terror que si aquel hombre tropezaba con él, no le dejaría probablemente bien parado, y aunque nunca había vertido sangre se decidió a matar antes que a morir; desnudó el puñal y sacando fuerzas de flaqueza, armado con ese terrible valor que en situaciones dadas suele apoderarse de los cobardes, esperó en silencio, sin exhalar un solo gemido, a pesar de que la presión en que se encontraba su mano izquierda le hacía sufrir un dolor agudísimo.

Al fin el negro tendió una robusta mano a la balastrada del ajimez y subió otro travesaño de la escala.

Maese Blas le sintió junto a sí, se erizaron sus cabellos, se cubrió de sudor frío; cerró los ojos e hirió; tres veces descargó el brazo y le alzó; las tres veces sintió que el puñal se clavaba en un objeto resistente, que, sin embargo,

cedía; oyóse a la primera puñalada un grito horrible, y sintieronse esfuerzos poderosos por sostenerse; al fin el negro se desasíó de la escala y cayó desplomado al pie del muro.

El brazo izquierdo de maese Blas dejó de estar oprimido; entonces se puso apresuradamente sobre la balaustrada, se descólgó por la escala y, cuando estuvo abajo, para asegurar más su huída, procuró desasir los garfios del aljiz, lo que logró después de algunos esfuerzos. Dejó la escala en el lugar en que había caído, y por un impulso involuntario, irresistible, fué a reconocer el hombre a quien había matado. Acercóse a él y le examinó.

—¡Oh! ¡Era el negro!—dijo—. Recuerdo que este hombre llevaba un haz de llaves en la cintura... ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! Aquí están.

Tomó las llaves y se encaminó a paso rápido al pabellón situado junto a la puerta, y tras cuyas celosías aún se veían las sombras de las dos mujeres que miraban al jardín.

Entretanto, Leila, habiendo llegado al alcázar por un camino subterráneo que ella había descubierto, observaba desde un acechadero la cámara en que se hallaban doña María de Padilla y doña Isabel Núñez de Lara. Las dos damas conversaban con el descuido que les permitía la seguridad de encontrarse solas. Leila tomó buena nota de cuanto oyó, pues no otra finalidad había tenido esta salida de su casa.

No era la primera vez que hacía esto. Necesitaba sembrar la discordia en torno al rey y uno de sus blancos era el honor de doña María. Aprovechando momentos de descuido, había penetrado por una puerta secreta en la alcoba de la egregia dama y repetidas veces había dejado encendidas cartas de amor. Doña María había mandado que se vigilase, pero, ignorante de los pasadizos y entradas secretas no había logrado impedirlo.

Las cartas habían ido a parar al fuego y nada más había ocurrido. Pero esta vez Leila, además de la carta había dejado, como olvidado, su birrete.

Esto era ya grave, pues no se trataba ya de que se sobornara a alguien de la servidumbre particular de doña María; era el propio interesado el que entraba allí, y tenía que ser a través de las paredes, porque ese día la vigilancia había sido estrecha y continua en todos los accesos a la cámara regia. Tal impresión produjo esto en doña María

de Padilla, al entrar en su alcoba, que exhaló un grito y cayó desmayada.

Acudió la servidumbre; una de las dueñas salió por el alcázar pidiendo socorro, encontrándose con don Juan Tenorio, que venía casualmente a dar una vuelta por el alcázar. Acudió el caballero, abrióse la puerta del dormitorio y se encontró a doña María tendida sin sentido. Mientras las damas la atendían, Tenorio tendió sus ojos ávidos por todas partes. Guardó con disimulo la última carta de Leila, que estaba leyendo sobre la mesa doña María cuando descubrió el birrete y allí había quedado. Luego tomó también el birrete y, diciendo que se lo llevaba para averiguar de quién pudiera ser y castigar al atrevido, se despidió manifestando sus deseos de que aquello no fuera nada. Y ebrio de alegría porque la mujer hasta entonces sin tacha de Sevilla había dado un escándalo, salió del alcázar y en poco espacio llegó a la cercana calle del Moro Muerto, donde vivía.

Con no menor contento llegó Leila al postigo de su casa del muro de los Navarros. Abrió y subió seguida de Isabel. El negro que había encontrado en el piso bajo enteramente incomunicado con el resto de la casa, estaba profundamente dormido. Las dos jóvenes pasaron junto a él sin hacer reparo en esta circunstancia. Era ya tarde y Sevilla, entregada al sueño, no lanzaba de sí el más leve rumor. Era aquél un silencio solemne.

Cuando entró en la cámara cuyos ajimeces correspondían al callejón del muro de los Navarros, Leila se dejó caer sobre el diván; a pesar de su fuerza y de su energía estaba cansada, más por las emociones que había experimentado que por fatiga material. Isabel tomó la capa de Leila y la arrojó con la suya y con su gorra sobre un sillón; hizo un gracioso mohín, se acercó por detrás a Leila y la besó: luego huyó, riendo como una niña. Leila quedó sola, entregada a sus pensamientos y no sabemos adónde hubiera ido a parar si no se le hubiese presentado de repente Isabel, pálida y consternada.

—¿Tú no has guardado, Ana—le dijo—, las joyas que dejaste sobre la mesa?

—¿Que si he guardado yo?...—dijo Leila—. No te comprendo.

—Sobre la mesa quedaron el collar de diamantes, las perlas de tu tocado, los brazaletes, las arracadas, el cofre de tus joyas, con muchas de las más ricas...

—Bien, ¿y qué?—dijo Leila, notando la mortal palidez que cubría el semblante de Isabel.

—Ven conmigo... Ven... y juzga por ti misma.

Leila se levantó y siguió a paso lento a Isabel, que había entrado precipitadamente en la habitación que servía de pieza de tocador, como diríamos hoy, a Leila. A la primera mirada todo lo comprendió: la riquísima mesa de ébano estaba enteramente limpia: por un exceso de mala intención, de perversidad, aquella mesa había sido rayada y maltratada profundamente como por un puñal; el gigantesco espejo de plata bruñida que se asentaba sobre ella, estaba maltratado y abollado enteramente: Leila comprendió que la habían robado. Sin alterarse, sin gritar, sin palidecer, fué a un ángulo del aposento donde había un arca de hierro: en una de sus cerraduras quedaban vestigios, estos, arañazos relucientes que probaban que se la había querido forzar.

—¡Oh! ¡Por fortuna es demasiado fuerte!—exclamó sombríamente Leila—. Los ladrones no han tenido tiempo... Pero ¿quiénes son esos ladrones?... Aquí debe haber una traición.

—¡Oh! ¡Ana! ¡Ana mfa!—exclamó Isabel llorando—. Yo te juro...

—¿Y quién te acusa?... ¿Quién sospecha de ti?...—exclamó con acento vibrante Leila...—y sin embargo puede ser que una imprudencia tuya...

—Yo no he dicho a nadie... Yo no he hablado con nadie...

—Pero tu amante..., ese Pedro el Negro.

—¡Ana!—exclamó, picada en su orgullo, Isabel—. Pedro el Negro podrá ser todo lo que quiera... pero no es ni asesino, ni ladrón.

—Bien; bien: quiero creerlo... Sin embargo..., si ha sido él, que se guarde... Lo que me han robado vale un tesoro..., vale muchos miles de doblas; pero por el Dios de Moisés, de Abraham y de Jacob, te juro que tarde o temprano el ladrón caerá en mi poder.

—¿Pero por dónde han entrado?—exclamó aterrada Isabel—. ¿Quién sabe si estarán ocultos en la casa?

—No, no; un ladrón en cuanto da el golpe huye.

—¿Quién sabe? ¿Quién sabe si no habiendo podido abrir el arca, se habrán ocultado para sorprendernos?

—¡Ojalá que no hubiesen desaparecido!—exclamó con una expresión feroz Leila—. ¡Oh!, ¡oh!, entonces sabría si

era un robo aislado, o es ésta una traición de la cual fuese necesario temer las consecuencias: es necesario ver dónde esa gente ha entrado: alumbrame, Isabel, y ve delante.

Las dos jóvenes recorrieron toda la casa y descubrieron, hasta donde les fué posible, cuanto había ocurrido. Afanadas andaban en comprobar si había algo más, cuando Leila se sintió asaltada por un pensamiento súbito.

—¡Oh! ¡Beatriz! ¡Doña Aldonza!—exclamó, y partió como una exhalación seguida de Isabel; atravesó el jardín, el vestíbulo, el patio; subió las escaleras, atravesó la galería alta y lanzó un rugido de rabia al ver abierta la puerta de la habitación de Beatriz. Calenturienta, loca, terrible, penetró dentro: nadie había.

—¡Oh! ¡Me la han robado también!—exclamó con un acento para reproducir el cual no habría actriz posible—. ¡Me la han robado! ¡Beatriz! Beatriz, hermana mía!—gritó, revolviéndose furiosa por la cámara.

—¿Tu hermana?—exclamó asombrada Isabel...

—Sí, mi hermana! ¡Mi pobre hermana!—exclamó Leila llorando, acaso por la primera vez... ¿Qué importa que lo sepas?... Mi hermana, el único ser para quien mi corazón ha sido dulce y bueno... ¡Y me la han robado!... ¡El rey! ¡Sí, sin duda el rey! ¡Miserable, infame! ¡Oh! ¡Oh! Es necesario buscar, indagar... incendiar si es necesario a Sevilla...; es necesario que Beatriz aparezca..., es necesario que yo la tenga a mi vista, que la pueda proteger... ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¿No eres tú el Dios de las justicias y de las venganzas? ¿Por qué no me dejas ser tu brazo sobre la tierra?

El pensamiento de Leila se rehizo y en él brilló por un momento contestando a su pregunta la luz de su conciencia; vió a don Fadrique muerto y ensangrentado; a doña María de Padilla desmayada en su dormitorio; presentóle un porvenir de crímenes, un largo camino ensangrentado, y Leila tembló: tuvo miedo. Pero el miedo la irritó y, sin poderle arrojar de sí, exclamó con un acento, sólo comparable al de la blasfemia del primer réprobo:

—¡Bien! ¿Qué importa? ¡Sangre, sangre! Hasta que me vea obligada a nadar en un lago rojo. Me la piden mi madre, mi hermana, mi amor, mis celos... No puedo herir al padre...; pues bien, heriré a los hijos; los heriré, sí, aunque haya de caer a la par herida por la mano de Dios.

Luego su vigoroso temperamento dominó su terror, su

cólera, sus pasiones y las sepultó en el fondo de su alma; su semblante se mostró de nuevo tranquilo, aunque pálido, y su temblor cesó. En cambio Isabel estaba estremecida de espanto.

—Es necesario pensar a sangre fría—exclamó Leila—: la cólera es una mala consejera, contengámonos pues, vamos a ver lo último que nos queda que ver: veamos si nos han robado también a doña Aldonza. Y, saliendo de la habitación que había pertenecido a Beatriz, dió la vuelta a la galería y luego a otra puerta que estaba cerrada simplemente por fuera con un cerrojo. Abrió, tomó la lámpara de manos de Isabel, y entró de puntillas. Doña Aldonza dormía profundamente en el fondo de la cámara y su magnífica hermosura estaba embellecida con una hechicera sonrisa, que respondía sin duda a sus sueños.

—¡Oh! Sin duda sueña en él—exclamó Leila, cuyo semblante tomó una expresión cruel—. ¡Oh! Sí... Es una sonrisa de amor y ella no ama a nadie..., a nadie más que a él... ¡Le ama como yo!... Necesito deshacerme de esta mujer, pero no me desharé de ella aprovechándola—y salió.

Ya entrada la mañana, Pedro el Negro vino a entregar a Leila el dinero que le había dado don Simuel y a recibir instrucciones. Nada encontró Leila en el semblante ni en el acento del bandido que le hiciera sospechar que era autor del robo; nada vió Pedro el Negro en Leila que le revelase ni la más ligera impresión por aquel hecho. Cuando salió dispuesto y despachado para partir definitivamente a Granada, pensaba para sus adentros:

«Nada me ha dicho; luego desconfía de mí; no he podido ver a Isabel, y esto es una nueva prueba de que se me tiene en cuenta. Y luego ¡no saber quién ha matado al negro!... ¡Quién se ha llevado a Beatriz y a la bruja Berta!... ¿Habrá sido ella?... ¡Oh! ¡Oh! Maese Sancho no hablará: yo lo fío; no le conviene hablar; pero si ellas están en poder de esa mujer... ¡Oh! ¡Oh! Pero ahora voy a Granada..., llevo conmigo un tesoro..., y fácil me será informarme antes de volver si debo desconfiar o no.»

Pedro el Negro entró en la casa de vecindad de la calle de Maese Rodríguez; metió, encerrado a solas en su aposento, en una maleta las joyas que había robado a Leila, cargó con ella, la puso por sí mismo a la grupa de su caballo y, tomando consigo doce de sus aventureros, más por resguardar su tesoro que por sí mismo, les man-

dó armarse y montar a caballo y salió aquel mismo día hacia Granada.

A la misma hora, y después de haberse concertado con Leila, Alvar Yáñez partió para Aragón, después de haber dado parte a la joven de que Andrés Corchuelo había partido al amanecer para Vizcaya.

CAPITULO VI

Era el 2 de junio del mismo año, y ya bastante entrada la noche. En una gran cámara de una casa situada en el inextricable laberinto de callejuelas de Bilbao la Vieja, y delante de una mesa cargada de papeles, alumbrada por un enorme velón de hierro, que por sus ancladuras y adornos se apreciaría hoy como una joya, había un hombre como de cincuenta años. Estaba envuelto en un ropón a dos colores azul y negro, y sus cabellos grises estaban encubiertos por el birrete rojo, distintivo de los magistrados de la época; su semblante representaba a primera vista una probidad indudable, una candidez suma, un valor entusiasta, una energía a toda prueba, y todo esto caracterizado y envuelto por una marcada expresión de benevolencia y de franqueza.

Aquel hombre se llamaba Antón de Landu, y era, a más que esposo de una respetadísima dueña y padre de seis fornidos y terribles hijosdalgo y de cuatro hermosísimas doncellas, diputado del noble y libre consejo de Vizcaya, que sólo tenía un señor en la forma, puesto que sus verdaderos señores eran sus libertades y sus fueros.

Ningún señor, ni aun los señores de los lugares de be-hetría, estaba más contenido, más reducido a la nulidad como persona particular que el señor de Vizcaya; es cierto que era un poderoso señor feudal, y que como los otros señores, sus iguales, tenía la investidura de horca y cuchillo, de pendón y de caldera; pero no podía degollar, ahorcar, atormentar, azotar, enrojar, ni empicotar, ni levantar bandera, ni llevar ejército, ni declarar la guerra, ni ajustar la paz sino con arreglo al fuero del señorío, admirable fuero, no guardado en pergaminos, sino transmitido tradicionalmente de generación en generación, grabado indeleblemente en el corazón de los vizcaínos y sostenido siempre con un valor heroico.

Si el rey de Castilla tenía vasallos en Vizcaya era uno solo: el señor feudal; señorío transmitido por herencia, con el concurso de la diputación guardadora de los fueros, diputación omnipotente que no reconocía señor que influyese en sus deliberaciones cuando ejecutaba el fuero al aire libre, con la sencilla majestad de los tiempos patriarcales, bajo la sombra del venerado árbol de Guernica.

Antón de Landu era, pues, uno de los padres de la patria.

El buen magistrado, en la situación en que le presentamos a nuestros lectores, estaba indudablemente apurado, y sudaba, como suele decirse, la gota tan gorda, no por el calor, que en aquella estación aún no se dejaba sentir en Vizcaya, sino por el contexto de unos pergaminos que volvía y revolvía y dejaba y trocaba y volvía a tomar y trastocar, y que le tenían confuso, irresoluto, atolondrado en una palabra.

Y como estaba atolondrado, no pensaba de una manera tal que podamos transmitir sus pensamientos a nuestros lectores, porque eran una verdadera madeja enmarañada. Si hablaba no era otra cosa que monosílabos y frases incoherentes y aun así en vascuence, lengua tremenda que se jacta de ser primitiva y una de las que menos analogías tienen con las demás.

Traducidos aquellos monosílabos y frases, se reducía a: «Esto es grave...; sí..., ciertamente... ¡Oh!..., pues, no..., no puede ser... Los fueros... Pues, sí..., es preciso... Ante todo..., sí..., ante todo... el fuero..., el fuero..., las libertades... ¡Oh! ¡Oh!»

Y volvía y revolvía y tornaba a revolver los pergaminos, y cada vez se embrollaba más.

—Francia... Navarra... Castilla... ¡Oh! ¡No! Nadie, nadie... En un caso... ¿Pero a quién?... ¿Cómo?... Excluido don Tello...

Antón de Landu se envolvió al fin del todo, arrojó con cólera los pergaminos, se levantó, echando violentamente hacia atrás su sillón de roble, que rechinó contra el pavimento de piedra de una manera desapacible, y se puso a andar a grandes pasos por la cámara, que era extensa y amueblada con una sencillez verdaderamente vizcaína. Y aunque había dejado los papeles, no por eso había dejado de sudar y de pensar, o por mejor decir, de procurar poner su pensamiento en un punto de vista conveniente, para salir del atolladero en que se encontraba.

—Y bien—dijo al fin, cansado ya de luchar inútilmente—: don Tello está prófugo; el señorío, sin señor; el fuero le acusa..., se trata de elegir otro señor...; pues bien: la diputación de Guernica y allí..., uno no ve lo que ciento; esto es... No sé a qué se ha venido a mí con estas cosas.

Antón de Landu suspendió su monólogo, porque habían resonado graves pasos en la antecámara y, al volverse, encontró en la puerta a otro hombre casi de su misma edad, aspecto y traje, salvo que el ropón del recién venido era enteramente azul, y de que asomaba bajo él la contera de una ancha espada.

—Dios te dé muy buenas noches, Antón—dijo el visitante.

—Bien venido seas, Pedro—repuso el visitado.

—¿No sabes lo que sucede, Antón?—dijo sentándose sin ceremonia.

—Y tanto como lo sé: don Tello ha huído.

—Sí. Don Tello huye de nuestras leyes y hace bien en huir; que no se presente entre nosotros, porque sería cosa de pedirle cuenta de Pero de Avendaño. Pero no es eso lo más importante; se teme que venga a apoderarse del señorío el rey de Castilla: hace algún tiempo que gentes de don Pedro recorren el señorío, que se introducen en las casas, que prometen...

—¿Y qué prometen?...

El sostenimiento de los fueros y de las libertades, con tal de que ayude al rey de Castilla en sus guerras.

—Mira—dijo Antón, acercándose a la mesa y mostrándole los pergaminos que tanto le habían hecho sudar—; eso mismo promete Francia; eso mismo promete Aragón. Por otra parte, los concejos de Bermeo, Lequeitio, Portugaleta, Durango, Balmaseda, todos, todos claman porque se prenda el cuerpo de don Tello y se le juzgue con arreglo al fuero por la muerte de Pedro de Avendaño.

Pedro de Ochandiano miró profundamente y uno por uno aquellos pergaminos.

—Tienen razón, y reclaman según fuero...—exclamó al fin.

—¿Según fuero? No...; han debido reclamar a la diputación y no a mí.

—Eso quiere decir que te han elegido asaso porque te creen el más decidido por los extremos, porque creen que tú harás más que otro y en menos tiempo.

—¡Yo!... Pues a la verdad..., no sé..., nada se me ocurre que hacer.

—Pensemos, pues, con calma—dijo Ochandiano, tomando un pesado sillón y sentándose al par que Antón de Landu que ocupaba el suyo—: la fuga de don Tello y, sobre todo, el crimen que ha cometido, matando contra fuero a Pedro de Avendaño, requería una determinación pronta y decisiva: es preciso elegir un señor...

—¿Y a quién?...—dijo Landu—. No hay que pensar en un rey; un rey querría tratarnos como a sus otros vasallos y nos haría estar siempre con las armas en las manos, para defender nuestras libertades.

—¿Y a quién hemos de elegir? ¿En dónde encontraremos el derecho?

—En la casa de Lara.

—¡En la casa de Lara! La traición de don Tello la hace imposible.

—Pero a más de doña Juana Núñez de Lara, aun nos queda su hermana doña Isabel.

—¿Su hermana doña Isabel? ¡Es decir, que haremos nuestro señor a ese caballero sin fe, a ese miserable infante don Juan de Aragón!

—Si don Juan de Aragón no respeta nuestros fueros—dijo con energía Antón de Landu—, ya sabemos lo que pesan una cervillera y un hacha de armas.

—Nunca ha sido prudente que los pueblos, confiados en su fuerza, entreguen sus libertades a un hombre ambicioso y tirano... Es más conveniente elegir al que más seguridades ofrece de rectitud y de justicia... Un pueblo puede ser sorprendido, dominado..., y ¡ay! si llega un día en que vea pisados sus derechos y pierda la seguridad de su fuerza... Un poder despótico siempre tiende a menoscabar las leyes, a interpretarlas en su provecho y llega un día en que al fin se sobrepone a ellas; para lograrlo apela a la corrupción... Evitemos que la corrupción nos toque...; en todo caso, aunque seamos bastante fuertes para no temer a la tiranía, siempre debe evitarse la sangre. ¿Crees tú que la madre que perdiese un hijo en defensa de la patria, no nos acusaría de haber dado motivo con nuestra imprevisión a que la sangre de su hijo se vertiese? No, de ningún modo: ¡el infante don Juan!...; un hombre que ha hecho traición a su hermano, que ha renegado de su madre, que ha puesto a precio a su esposa, no es el hombre a quien

pueden reclamar por señor los vizcaínos... No, no..., de ningún modo.

—Pretendes evitar la guerra y, si no elegimos al infante don Juan, la guerra será necesaria, precisa.

—Necesaria! ¡Precisa!... ¿Y por qué?

—No podemos elegir señor, porque excluía la familia de Lara, nuestro señor es el rey de Castilla.

—¿Y bien, qué mejor señor quieres, Antón?

—¡Nuestro señor don Pedro!

—Sí.

—¿Don Pedro el cruel y el ajusticiador?

—¡Don Pedro el valiente y el justiciero!—exclamó levantándose con energía Ochandiano.

—Un hombre que, según nos han dicho los que han venido huyendo de sus iras a ampararse a la sombra de nuestras libertades, acaba de matar a su hermano don Fadrique y, teñido aún con su sangre, viene en busca de su otro hermano don Tello!

—¿Y quiénes han sido los que tal nos han dicho?—exclamó Ochandiano sentándose lentamente—. No hay más que verlos; todos tienen el rostro de traidor. ¿Y qué era don Fadrique? Un miserable como don Tello. ¿Qué haríamos nosotros con éste, si le hubiéramos a las manos? Le haríamos morir con arreglo al fuero. Si le mata el rey don Pedro no hará otra cosa que satisfacer nuestra justicia.

—El rey don Pedro es violento.

—Cuando se le hostiga.

—El rey don Pedro es sanguinario.

—Con los traidores.

—El rey don Pedro es avaro.

—Necesita dinero para combatir la rebeldía.

—¿Sabes que, para vizcaíno, defiendes con demasiado calor al rey castellano?

—¡Creo, Antón, que no pensarás que cuando le defiendo pienso en medrar!

—Yo no he dicho eso..., ni lo he pensado..., pero creo que te equivocas.

—El rey don Pedro ante todo es justiciero... Si el rey don Pedro ha dado ejemplo de violencia y de crueldad, le han provocado; entre nosotros no tendrá motivos... Además de que el rey don Pedro no pasará de ser nuestro señor y, al fin, es más noble tener un señor que de nadie es vasallo, que otro que es dependiente, que tiene que pagar tributo y rendir pleito homenaje y está sujeto a una in-

fluencia superior... Ganamos con un rey, sólo tenemos un señor; con un noble tenemos dos señores: él y su señor feudal.

—El rey don Pedro, empeñado como está siempre en guerras, nos pedirá servicios.

—El señor de Vizcaya, como su feudatario, está obligado a dárselos.

—El señorío resistirá.

—El señorío lo aclamará por sí mismo.

—El señorío ha rechazado ya sus lanzas...

—Entonces era distinto: don Pedro no tenía razón, venía contra fuero.

—Quien contra fuero venía, cuando le abramos las puertas de nuestra casa, contra fuero obrará.

—No obrará porque ya está escarmentado.

—Esto debe meditarse mucho.

—No hay nada que meditar, Antón, porque esta es la voluntad de Vizcaya.

—Vizcaya se engaña.

—Engañese en buena hora; pero no tengamos nosotros la pretensión de saber más que un pueblo entero.

—Las locuras de un hombre solo, por perjudiciales que sean, no lo son tanto como las locuras de un pueblo.

—Pero un hombre solo nada puede, si un pueblo no le ayuda; y, por el contrario, cuando todo un pueblo quiere, arrolla y despedaza a quien se le opone.

—¿Conque es decir que tendremos por señor a un rey?

—Tendremos por señor a un hombre que en sus reinos podrá ser árbitro de la vida y de la muerte de sus vasallos, pero que entre nosotros no será otra cosa que lo que han sido hasta aquí los señores de Vizcaya.

—Hágase la voluntad de Dios.

—Y en todo caso, si el rey quisiese matar nuestras libertades, nuestro suelo nos ayudaría con sus montañas y nuestros hijos con sus brazos, Antón; Vizcaya puede decir sin temor a un rey: «Sé nuestro señor», porque, aunque ese rey sea tan poderoso como Carlomagno, meditará mucho antes de obligarnos a golpear nuestro viejo escudo y hacer sonar de nuevo la bocina de Roncesvalles.

Apenas había acabado de pronunciar Pedro de Ochandiano estas palabras, cuando resonaron en la calle las pisadas de una cabalgadura, y poco después tres retumbantes golpes producidos por el enorme llamador de la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser a estas horas?—dijo Antón de Landu levantándose.

—Alguno de tus hijos que vuelve.

—No, todos mis hijos están en casa; hemos rezado juntos las oraciones de costumbre y, como todas las noches, les he dado mi bendición para separarme de ellos.

—Un hidalgo castellano dice que quiere verle, señor—dijo un escudero asomando la cabeza a la puerta.

—¿Y no le has abierto al momento? ¿Desde cuándo acá se hace esperar a nuestras puertas a un extranjero?

—Es que como se dice por las plazas que...

—Abre, abre al momento, José, si no quieres que yo te abra los cascós.

El escudero partió como un rehilete.

—El pobre está, como todos, receloso e impaciente—dijo Ochandiano.

—Eso prueba que los castellanos no son muy bien recibidos por todos.

—Por el contrario, se teme que los castellanos traidores vengan a revolver nuestra casa; pero suenan pasos y espuelas: he ahí a nuestro hombre.

En efecto, un hombre con traje de camino, empolvado hasta por encima de la gorra, acababa de aparecer en la puerta y, descubriéndose, dijo desde ella:

—¿Dan licencia vuestras señorías?

—Aquí no hay más señoría que la señoría de Vizcaya, mancebo—dijo afablemente Antón de Landu—: y es tal nuestra señoría que a todos nos hace iguales; entra, pues; cúbrete, siéntate y dinos francamente a qué vienes.

El invitado adelantó y se cubrió, pero no se sentó. Era Andrés Corchuelo, en cuyo estado jadeante se notaba que no había dejado de correr sino con muy pocos descansos, desde su salida de Sevilla, y estaba rendido y molido.

—¿Quién de vosotros es—dijo—el diputado Antón de Landu?

—Yo soy—contestó el nombrado.

—Jues bien, Antón de Landu: una alta persona castellana me ha dado para vos estas letras.

—Y qué persona es ésa?

—No puedo decíroslo... Es más, no lo sé... Cumpló lo que se me ha mandado, y como debo partir después de haber cumplido mi mensaje, os deseo mucha salud y me vuelvo; guardéos Dios.

—No, ¡voto a!...—exclamó Landu—. Estáis cubierto de

sudor y de polvo... ¡Bah, es necesario descansar!... De otro modo el trabajo sería la muerte... ¡Hola! ¡Oh! Juan, Cristóbal, aquí.

Se presentaron dos escuderos.

—Es inútil, debo salir al momento de Bilbao, y necesito apresurarme, si no he de encontrar cerradas las puertas. Adiós, pues, nobles señores: vosotros que sois tan libres no queráis atender la libertad de otro hombre. Quedad con Dios.

—Ve, pues, en paz, mancebo; pero ten cuidado de decir que, si no has encontrado hospitalidad en mi casa, es porque no has querido.

—Gracias, gracias, nobles señores... Indudablemente valéis más..., mucho más que los ricoshombres castellanos... Me he detenido más de lo que debía... Adiós.

—El te ayude—contestó Landu.

Andrés salió acompañado de los dos escuderos; Antón de Landu y Pedro de Ochandiano quedaron por un momento mirándose con sorpresa.

—¿Adivinas tú lo que es esto?—dijo el primero, dando vueltas al pergamino enrollado que tenía en la mano, y del cual pendía un sello de plomo.

—No, en verdad... Pero pronto puedo salir de dudas.

—Ese mancebo que acaba de salir —en efecto se oían en aquel momento las pisadas del caballo de Andrés que se alejaba— tiene el semblante noble y franco: es uno de esos hombres a quienes se ama a primera vista...; pero su precipitación..., lo misterioso de su mensaje..., las muestras que traía de haber venido a matarrocín...

—En tu mano tienes salir de dudas, y para que puedas hacerlo con libertad, te dejo.

—¿Cómo dejarme? ¡Medrados estamos! Cada nuevo pergamino que recibo me causa miedo; a más, éste tiene pendiente el sello real de Castilla... Veamos.

Antón rompió la cera colorada que cerraba el pergamino, y la primera palabra que vió escrita en letras gordas, fué:

El rey...

—Nos trata ya como sus vasallos—exclamó roncamente el receloso Landu.

—Sigue, sigue, Antón—dijo Pedro de Ochandiano: por una palabra no se juzga de un escrito.

Antón de Landu prosiguió:

El rey don Pedro de Castilla, a sus buenos amigos los

diputados de Vizcaya Antón de Landu y Pedro de Ochandiano, su salud y prosperidad.

—¡Oh! ¡Oh! También para ti—exclamó Antón de Landu, a cuyo rostro había subido cierta llamarada de orgullo, al verse llamar amigo por aquel terrible rey don Pedro, en el cual no quería tener un señor.

—Ya ves—dijo gravemente Ochandiano—; el rey don Pedro no puede andar más vizcaíno con nosotros; nos llama amigos...; pero ya que para entrambos es esa carta, sigue leyendo, Antón.

Bien sabréis, y si no lo sabéis hoy, lo sabréis mañana, que yo me encamino con algunas lanzas a Vizcaya...

—¡Ira de Dios!—exclamó Landu—. ¿Oyes? Dice que viene con lanzas...

—Sigue, Antón, sigue...

Antón siguió.

Pero esas lanzas no se enristrarán contra las libertades de Vizcaya: la rebeldía de mis nobles me obliga a no salir de mi corte sino rodeado de un ejército: y aunque bien sé que la lealtad de los vizcaínos...

—¡La lealtad!—exclamó interrumpiéndose de nuevo el lector.

De nuevo Ochandiano pronunció su flemático: «Sigue, Antón», y Antón siguió:

...y aunque bien sé que la lealtad de los vizcaínos es tal que podría andar entre ellos libre y sin armas, las circunstancias en que se encuentra el señorío, muerto Pero de Avendaño, licenciadas sus milicias, fugitivo y acusado su señor, amparados en él una multitud de rebeldes a mi persona y avocados a la frontera los aventureros con que don Tello pensaba esclavizarlos, creo prudente adelantar con mis buenos capitanes y hombres de armas, no como un rey conquistador, ni aún como vuestro señor, siendo así que para esto último me asiste un derecho, sino como un amigo que viene en ayuda de los fueros y franquicias de sus buenos amigos de Vizcaya.

—¡Bien, bien!—dijo conmovido el noble y sencillo Antón de Landu.

—¿Lo ves, Antón, lo ves?—dijo Ochandiano, cuyo semblante mostraba cada vez una expresión más reservada y cuidadosa.

Landu siguió.

Creo, pues, que debo entrar al frente de mi ejército, pero esto no será si vosotros no queréis; en el momento en

que un sólo vizcaíno se ponga delante de mis soldados, mis soldados retrocederán y volverán a pasar vuestras fronteras.

—Los vizcaínos no rechazarán hoy al rey don Pedro—murmuró en acento ininteligible Ochandiano—, y esto es un mal..., es una infracción de los fueros hecha por la fuerza.

—¿Qué dices, Pedro?

—Nada, digo, Antón; sigue.

Creo que los vizcaínos antes de entregarse de nuevo a la casa de Lara, casa que tan fatal les ha sido, preferirán tenerme por señor...

—¡Oh! Esto es mucho decir—exclamó interrumpiendo su lectura Landu.

—Sigue, sigue, Antón—exclamó ya impaciente Ochandiano—, y acaba de una vez.

...preferirán tenerme por señor; pero esto sería un abuso; un acto ilegítimo; porque el esposo de doña Juana Núñez de Lara haya sido un miserable, indigno de la valiente lealtad de los vizcaínos, no prueba que lo sea del mismo modo, por más que se puedan tener grandes y fundados recelos, el infante don Juan de Aragón, esposo de doña Isabel Núñez de Lara, a quien por exclusión de don Tello, como hermana menor de doña Juana, corresponde de derecho el señorío. Así, pues, atendiendo a que un pueblo debe ser justo, si quiere ser gobernado en justicia; atendiendo a la inviolabilidad de vuestros fueros y a las razones que militan en pro de doña Isabel Núñez de Lara, espero que apuraréis toda vuestra influencia para que don Juan de Aragón sea aclamado señor de Vizcaya por el derecho de su esposa. No os den cuidado los vicios, las infamias y los crímenes del infante; esos crímenes le han puesto bajo nuestra justicia; por ser vuestro señor no deja de ser nuestro vasallo, y la justicia se cumplirá, y muy pronto. Entonces os quedará por señora doña Isabel, y caso de que vuestros fueros, de que no estoy muy enterado, se opongán a que seáis regidos por una mujer, yo daré a doña Isabel marido tal, que no tengáis por qué quejaros; antes bien os deis por contentos y satisfechos. Esto espero que hagáis por mi mediación; de no hacerlo, tened en cuenta que apoyaré con todas mis fuerzas los derechos de doña Isabel Núñez de Lara, mi noble prima, y os trataré como tratarse debe a un pueblo rebelde. Otrosí; guardad un profundo silencio acerca de lo que os escribo, y ni aun a mí mismo, en-

tendedlo bien, hagáis relación de este escrito, porque lo tomaría a deservicio y tendría el sentimiento de retiraros mi amistad; pero obrad como os digo que obréis: haced gritar al pueblo debajo de mis balcones por doña Isabel Núñez de Lara, y tened en cuenta que, cuando tal os ruego que hagáis, es pensando sólo en vuestra prosperidad y en vuestras libertades. Guárdeos Dios. De mis reales alcázares de Sevilla a veinte y nueve días del mes de mayo, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil trescientos y cincuenta y ocho años. Yo el rey. Yo Mateos Ferrández, escribano de cámara del rey mi señor, la refrendé por su mandado.

—Dame, dame, Antón—dijo Ochandiano.

Landu le entregó la cédula.

—No está escrita de mano del rey—dijo Pedro de Ochandiano—; y sin embargo, ésta es su firma, éste su sello; ésta la firma de Mateos Ferrández, y éste, sin disputa, el sello de la cancellería...; he visto esto muchas veces en cartas y cédulas del rey dirigidas a la señoría de Vizcaya...; y ¿cómo el rey ha podido hacer refrendar y signar una carta particular, secreta?

—¡Oh! Eso es muy sencillo: el rey tendrá pergaminos en blanco autorizados para casos urgentes o secretos.

—Y si esto es tan secreto, ¿cómo no escrita toda la carta de puño del rey?...

—¡Oh! Quién sabe: tales secretarios de confianza puede tener...

—Sí, es cierto..., pero...

—Y luego el rey nos ha aconsejado lo mismo que yo te decía...: ante todo la legitimidad, lo justo...; después, si el rey corta o magulla la cabeza al infante don Juan, y casa con otro a la doña Isabel...; sí, sí..., el rey y yo pensamos del mismo modo.

—Pues bien, pensemos así todos..., al cabo todo se reducirá a que se vierta alguna sangre.

—Mis hijos saldrán mañana con cartas mías para Durango, Balmaseda, Lequeitio, Bermeo y Marquina: tú encárgate de Bilbao.

Sí, sí; en fin nada se arriesga más que lo que se arriesgaría de otro modo, y el rey sabe sin duda lo que hace. Quedamos pues...

—Por supuesto: doña Isabel será aclamada y en su nombre el infante don Juan.

—Adiós, Antón.

—Adiós, Pedro.

Ochandiano salió, y poco después se oyó la puerta de la casa que se cerraba. Antón de Landu recogió, en tanto, cuidadosamente los pergaminos, los guardó en un macizo y robusto armario y se encaminó a su alcoba.

—¡Vive Dios!—dijo, bostezando y empezando a desnudarse, que me han quitado un horrible peso de encima... Sí, sí..., yo pensaba bien... y una prueba de ello es que el rey de Castilla piensa como yo—y después de esto se metió en la cama, rezó algunas oraciones y antes de concluir las se durmió.

CAPITULO VII

Siete días bastaron a don Pedro para llegar desde Sevilla a Aguilar de Campóo, en el reino de León, donde sabía que estaba don Tello, a la vista de Vizcaya, esperando a que calmase la irritación de los ánimos, exasperados por la muerte de Avendaño, y volver de nuevo a su señorío, armado de razones o de influencias para disculpar aquel asesinato, que tan irritados contra su señor tenía a los vizcaínos.

Una rapidez tal como la había demostrado en su marcha el rey era maravillosa para aquellos tiempos; esto representaba marchas apresuradas y continuas, sin dilación ni reposo; porque no puede suponerse que hubiese caballos de refresco para el rey, su servidumbre y sus lanzas, como los hubo para Andrés Corchuelo.

Don Pedro contaba con esta celeridad para sorprender a su hermano don Tello, de que hacía mucho tiempo ansiaba deshacerse. Don Pedro no se creía seguro sino cuando no existiese ningún hijo de doña Leonor de Guzmán, ningún infante nieto del rey don Alonso de Portugal, nadie que pudiera buenamente, en un caso dado, alegar un derecho a la corona de Castilla. La muerte del maestre de Santiago no había sido, pues, más que el principio de un plan meditado largo tiempo antes, en el que se encontraban por igual el recelo y la venganza. El único pensamiento de don Pedro desde que pudo ver su situación y la de sus vasallos desde su verdadero punto de vista, fué el de cimentar el poder del despotismo real sobre el polvo del poder feudal. De aquí lo terrible de sus ejecuciones, de aquí sus actos restrictivos, de aquí la velocidad con que corría en busca de don Tello.

Don Pedro tenía por seguro haber a las manos a don Tello; pero no había contado con un poder que se levanta de una manera fatal delante del plan mejor combinado y le des-

truye: la casualidad. Una casualidad hizo que, al entrar en la villa de Aguilar don Pedro, le conociese un escudero de don Tello; el leal servidor corrió a prevenir a su amo, que, sin detenerse un momento, saltó en un caballo, salió de la villa por un extremo a tiempo que el rey entraba por otro, y huyó, hundiendo las espuelas en los flancos de su caballo, suelta la rienda, aquejado por un terror pánico.

Receloso de Bilbao don Tello, se encaminó a Bermeo, compró a un pescador, se metió en una barca y sólo pensó en poner el mar entre su hermano y él. Don Pedro llegó poco después a Bermeo, entró en un buque y dió caza a don Tello hasta la altura de Lequeitio, donde los vientos contrarios le obligaron a abandonar, rugiendo de cólera, el alcance de su enemigo, que no se creyó seguro hasta que pisó las playas de Bayona.

Ni siquiera había intentado sublevar en nombre de los fueros aquel señorío que dos años antes había rechazado victoriosamente el estandarte real, y que ahora, sin desnudar una espada, dejaba entrar al rey don Pedro a la cabeza de un ejército. Aquellos audaces montañeses, indispuestos con don Tello por la muerte de Avendaño, el hombre más popular de su tiempo, vieron con placer a un rey que se presentaba como vengador de aquel delito.

El rey cuidó de no alarmar el susceptible espíritu de independencia de los vizcaínos; hablóles con el más profundo respeto de sus fueros; deciales que sólo había ido a libertarles de un señor odioso, y que dejaba en entera libertad a la diputación del señorío de elegir uno nuevo. Político consumado ya por la experiencia, don Pedro necesitó pocos esfuerzos para apoderarse del ánimo de los vizcaínos y entusiasmarlos en su favor. Su juventud, su carácter, tan simpático unas veces, como era odioso y terrible otras; su energía, su valor, ganaron la confianza de los vizcaínos, y ya no se pensaba por nadie en otro señor que en el rey de Castilla.

Esto, que no pasaba inadvertido a los ojos del infante don Juan, le tenía constituido en un disgusto y en una zozobra continuas; engañado por las promesas del rey, empezando a desconfiar de ellas, instaba al rey continuamente para que le pusiese en posesión del señorío, haciendo valer sus derechos ante los vizcaínos. Seguro el rey del éxito, para dar una muestra de su protección, convocó perentoriamente a la diputación de Vizcaya, que pocos días después se reunió, según costumbre, al aire libre bajo el árbol de Guernica, para elegir señor.

El mismo rey, acompañado del infante don Juan, de Hínestrosa, de Pero Lope de Padilla y de Men Rodríguez de Sannabria, asistió a la asamblea; diez mil personas estaban agrupadas alrededor del sagrado árbol a cuya sombra, investidos con la soberanía nacional, deliberaban los diputados.

El rey tomó la palabra, y en un largo discurso, cuidadosamente estudiado, les recordó, reconociendo primero la absoluta independencia de la asamblea, la dominación de la casa de Lara, desde Lope de Zuria, nobilísimo caballero, descendiente de los reyes de Escocia, que habiendo defendido heroicamente la independencia de los vizcaínos en el siglo IX, venciendo en Arrigorriaga el ejército del rey de León, don Alonso Tercero el Grande, mandado por su hijo el infante don Ordoño, fué elegido señor por voto libre de Vizcaya en 862, continuando su raza en la posesión del señorío, hasta doña Juana de Lara, que acabada de ser destituida; representóles que doña Isabel, su hermana, tenía un derecho incontestable, como descendiente en igual línea del dicho Lope de Zuria, y acabó proponiéndoles por señor al infante don Juan de Aragón, esposo de doña Isabel Núñez de Lara.

Mientras el rey habló, dominó el más profundo silencio, hasta que, esforzando su voz don Pedro para ser oído de todos, dijo:

—¡Vizcaínos! ¿Queréis por vuestro señor a don Juan, infante de Aragón, por el derecho de su esposa doña Isabel Núñez de Lara?

Entonces se levantó un verdadero alarido, imponente y amenazador lanzado por diez mil bocas:

—¡No! ¡No!—exclamaron en un grito unánime—. ¡No más Laras! ¡Ni ahora, ni después, ni nunca queremos otro señor que el rey de Castilla! ¡Viva don Pedro, nuestro señor! ¡Viva!

—¡Vizcaya te aclama su señor, rey de Castilla!—exclamó la diputación a una voz.

—¡Viva nuestro señor, don Pedro de Castilla!—repitió de nuevo y con más fuerza la multitud, el señorío entero, agrupado alrededor del árbol de Guernica.

Esta exclamación espontánea no era otra cosa que la expresión del buen sentido y del orgullo de los vizcaínos: ya que les era preciso tener un señor, querían que no fuese vasallo de nadie. Don Pedro, sin aceptar ni rehusar, agradeció a los vizcaínos el homenaje que le rendían y que, según su expresión, estaba muy lejos de esperar. Y como al retirarse el infante hiciese al rey cargos por ello, don Pedro le dijo:

—Primo: ya habéis visto que he estado hablando una hora en favor de vuestros derechos, lo que no acostumbro, porque aborrezco los discursos largos; habéis visto también que no he aceptado ni soltado palabra ni prenda por la cual estos montañeses pueden tenerme por su señor; además, la diputación ha sido reunida muy perentoriamente por daros gusto y han faltado algunos concejos, entre ellos el de Bilbao; vamos ahora allá y me prometo hacerme entender mejor de los bilbaínos.

Don Juan, aunque perdida la esperanza, hubo de aceptar la disculpa del rey y aquel mismo día partieron para Bilbao. Don Pedro, por la voluntad nacional, era ya legítimo señor de Vizcaya, y sólo le faltaba recibir su investidura, jurar los fueros y libertades del país.

Sólo quince días habían pasado desde la muerte de don Fadrique y seis desde la fuga de don Tello, y ya don Pedro, sin haber desnudado la espada era señor de Vizcaya. Corría el 13 de junio de 1358; era por la mañana y el rey se entretenía, jugando a las tablas con Men Rodríguez de Sanabria, en una cámara del palacio señorial, en que le habían aposentado en Bilbao.

Aquella cámara, magnífica y extensa, con paredes ricamente entapizadas y techo dorado de ensambladura del gusto bizantino, sólo tenía dos puertas y un gran balcón con balaustrada de mármol, que daba sobre la plaza de San Antón. Al frente de este balcón se veía el puente de San Antón; que ponía en comunicación, salvando la ría, al nuevo Bilbao con Bilbao la Vieja; en el costado de la derecha se alzaba la casa del concejo, y en el de la izquierda la iglesia de San Antón.

Desde muy temprano, por el puente, por las bocacalles, por todas las avenidas de la plaza, había fluído y refluído una multitud ruidosa e inquieta; don Pedro había mirado con prevención aquel movimiento, había mandado a Gutier Ferrández de Toledo que tuviese apercebidas sus lanzas, y a Hineirosa que no perdiese un momento de vista al infante don Juan.

Y no era esto sin fundamento; los espías de que siempre iba prevenido le avisaron que Bilbao entero estaba de parte del heredero de doña Isabel Núñez de Lara; que se hablaba desembozadamente de ello en las tabernas, en las casas y hasta en las calles, y que se protestaba de la elección de la junta de Guernica. Esto no significaba otra cosa sino que Antón de Landu y Pedro de Ochandiano, creyendo cumplir las instrucciones del rey, habían influído de una manera poderosa en las masas.

Don Pedro, que, como saben nuestros lectores, no tenía noticia de tales instrucciones, atribuyó el estado de las cosas a amaños del infante don Juan, y, pensando prudentemente, no podía ser de otro modo; los acontecimientos habían venido a confirmar el dicho de los escuchas del rey y aquellas masas, que como una verdadera marea, en continuo flujo y reflujo venían a agitarse delante del alcázar, dejaban oír un sordo murmullo en que no era difícil de percibir el nombre de doña Isabel y de don Juan. Esto tenía al rey inquieto, taciturno y abstraído de tal modo, que cometía torpezas imperdonables en el juego, hasta el punto de verse apurado Men Rodríguez para no ganar al rey.

—Decididamente, Sanabria—dijo don Pedro—: no estoy para jugar, conozco los esfuerzos que haces para no ganarme, te me pones delante de una manera desembozada, dejémoslo por ahora.

—Como quiera vuestra señoría.

—Sí, sí, más tarde continuaremos; ve a buscar a Hines-trosa.

Men Rodríguez salió y el rey se acercó al balcón, miró a la plaza por entre los tapices. La plaza hervía de gente, era un mar de cabezas sobre el que se oía un murmullo sordo como el del oleaje antes de la tormenta.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Conque esas tenemos, señores vizcaínos? ¿Conque es decir que vosotros, que tenéis fama de tan firmes y tan graves, sois como todos los pueblos: esto es, veleas que se vuelven en la dirección del aire que corre? ¡Hola! ¡Hola! Pues bien; si ahora sopla la influencia de don Juan, veremos como esa influencia se sostiene... Al cabo, al cabo mis escuadrones y mis ballesteros son un viento tan bueno como cualquier otro..., cuidad no me canse y rompiendo por todo ponga la maza sangrienta de mi bravo Juan Diente sobre vuestros fueros hechos trizas. Los fueros de las ciudades y de las villas son ni más ni menos que los de la nobleza, otros tantos jirones arrancados a la púrpura real, y si nosotros no recomendamos enteramente nuestra púrpura, es porque aún nos contenemos ante el pueblo... Pero que el pueblo no oiga las huellas de los ricoshombres..., porque entonces llenaremos de fruto las hocas y las picotas señoriales.

Don Pedro calló y lanzó una larga y profunda mirada sobre la multitud, que se estrechaba cada vez más contra el palacio.

—¡Oh! No tienen armas—dijo—, pero no importa: esta es una verdadera sedición, una rebeldía, porque al fin el se-

ñorío, representado por su diputación, me ha elegido señor.

En aquel momento, fué que hubiese crecido el concurso, fuese que empezase a impacientarse, empezaron a oírse distintamente voces de:

—¡Que nos den nuestro señor!

—¡Viva el infante don Juan!

—¡Viva doña Isabel Núñez de Lara!...

Y crecían las voces y con ellas la cólera del rey.

—¿Sabes qué significa esto?—dijo, dirigiéndose a Hinestrosa, que acababa de entrar en la cámara con Men Rodríguez.

—Esto significa, señor—dijo Juan Fernández de Hinestrosa—, que Antón de Landu y Pedro de Ochandiano, los dos ciudadanos más ricos de Vizcaya, han tomado por su cuenta, según me han dicho, hacer que el infante don Juan sea señor de Vizcaya.

—¡Oh! ¡Oh! Pues no han pensado mal. Oye, Hinestrosa, manda a avisar a esos dos poderosos señores, que yo deseo verlos al momento y que los espero. Además, vete a la posada del infante don Juan y tráetele contigo. ¡Hola! ¡Eh! ¡Gutier Ferrández!

Al llamamiento del rey entró el guardia mayor de los escuderos hidalgos.

—¿Qué esperas, Hinestrosa?—exclamó don Pedro con cólera—. Ve y haz lo que te he mandado; necesito salir pronto de este asunto— Hinestrosa salió—. Tú, Gutierre—añadió el rey—, ármate, ponte al frente de mis escuadrones en el patio, y espera por si es necesario dar una arremetida a esos buenos voceadores montañeses. Ve —Gutierre salió—. Y tú, Sanabria, haz venir a mis ballesteros y a mi corte; hazles esperar en la antecámara y vuelve.

El rey quedó de nuevo solo, y volvió a ponerse en observación tras los tapices; la multitud seguía rugiendo y agrupándose contra el palacio; de repente, allá al fondo de la plaza, notóse una ondulación inmensa, y sobre las cabezas de la multitud, apareció un jinete a quien seguían otros cuatro. La expresión de una alegría singular, «suí generis», alegría terrible que hubiera causado espanto al hombre más feroz, apareció en el semblante del rey.

—Es Juan Diente—murmuró con voz opaca.

En efecto, era Juan Diente, que, cubierto con la cota de armas del rey y seguido de cuatro jinetes, adelantaba lentamente entre las masas, diciendo de tiempo en tiempo.

—Paso, hidalgos, paso: su señoría el rey me espera.

Aquel «su señoría el rey», a que no estaban acostum-

brados los vizcaínos, les sonaba tan mal, que el bravo ballestero se veía obligado a oír irreverentes murmullos, que le hacían a su vez murmurar:

—¡Ah! ¡Mal rebaño de cabras monteses! ¡Vuestra soltura vendrá a parar algún día en estrechura! ¡Ira de Dios! ¡No queréis rey! ¡Cuidad que, huyéndole, no os dé el diablo con un rey en las narices!

Por de contado que Juan Diente pronunciaba entre los suyos sus murmuraciones realistas, que, a ser oídas, le hubieran producido una réplica tal que no hubiera quedado en situación de hacer más justicias. Esto lo conocía perfectamente el ballestero, y como la valentía no excluye la prudencia, callaba, pero no sin murmurar por ello y sin mostrar el semblante más feroz y contrariado del mundo. Y así, adelantando lentamente y excitando de buena manera a los bilbaínos a que le hiciesen paso, llegó al fin a la puerta del palacio, de la cual, a pesar de estar abierta y sin guardia armada, no había pasado un solo hombre. La plaza era suya y la ocupaban; pero respetaban el terreno de propiedad particular, con ese admirable respeto a la ley que siempre ha distinguido a los vascongados.

Juan Diente echó pie a tierra, entregó las bridas a uno de los jinetes que también habían desmontado y, tomando de la grupa de su caballo una caja negra que estaba sujeta por unas correas, adelantó con ella por el ancho zaguán, subió las escaleras y poco después estaba con la misteriosa caja delante del rey.

—¿Has cumplido mis órdenes?—le dijo don Pedro.

—Sí, señor—contestó el ballestero.

—Pronto, muy pronto has concluído.

—Nueve días para llegar, señor, dos para ejecutar y cuatro para venir.

—¿Todos?

—¡Todos! He aquí la lista, señor, certificada por los señores alcaldes de la Casa y Corte de Salamanca.

—¿Y qué traes en esa caja?

El ballestero la puso sobre la mesa, la abrió y con la tapa levantada la presentó al rey.

Contenía dos cabezas humanas amaratadas, lívidas, alcanforadas, según la manera de los árabes, colocadas, como un estuche, y con los semblantes para arriba. Don Pedro arrojó una mirada fría, impasible, sobre las cabezas, y exclamó con acento natural, como si no se tratara de un asunto tan terrible:

—¡Bien, muy bien! Hace mucho tiempo que debíais estar así Alfonso Tenorio, Lope de Bendaña; hubiéramos excusado vosotros muchas traiciones y yo mucha impaciencia, mucha cólera. Gracias, mi buen Juan, muchas gracias.

El balletero cerró la caja.

—¿Me manda vuestra señoría alguna cosa?

—Sí; sí por cierto, que te mando; por muy cansado que estés, con más gusto descansarás si más te cansas —el rey escribía entretanto—; toma, y obedece lo que ahí está escrito.

Juan Diente deletreó el pergamino, y dijo:

—Muy bien, señor.

—Vete.

CAPITULO VIII

Juan Diente salió, y al salir se cruzó con Men Rodríguez, que entraba, y le saludó con afectuoso respeto; el joven devolvió, sin violencia, su saludo al balletero.

—¿Están ahí todos, Sanabria?—dijo el rey, que había vuelto a mirar a la plaza desde los tapices.

—Sí, señor—contestó Men Rodríguez.

—Pues he allí que por el puente de San Antón vienen a caballo los dos graves diputados Landu y Ochandiano... ¡Ah! ¡Ah! Y por la parte de la iglesia el infante don Juan con su servidumbre, acompañado de Hinestrosa... ¡Diablo, y cómo gritan esos desalmados!

Y en verdad, los bilbaínos, al ver al infante, gritaban a grito herido:

—¡Viva nuestro señor don Juan de Aragón!—y el infante, rebotándole el gozo por el semblante, adelantaba lentamente como en una marcha triunfal, y saludaba a la multitud, agitando a derecha e izquierda su rica gorra.

El, Hinestrosa y los cuatro escuderos que le acompañaban, invirtieron un cuarto de hora largo en atravesar la plaza, en cuyo tiempo, el pensamiento del rey tuvo espacio bastante para ponerse negro a fuerza de sombrío; cuando llegaron a la puerta del palacio, don Pedro se volvió a Men Rodríguez.

—Haz entrar a mí servidumbre.

Sanabria fué a la puerta, y dijo:

—Señores, su señoría el rey recibe.

Inmediatamente entró la escasa servidumbre que había traído el rey, compuesta de los de más confianza de su cámara; apenas llegaban a diez, que se agruparon en silencio en un ángulo:

—Juan de Ontiveros—dijo el rey—, llega.

Uno de los caballeros se acercó a don Pedro, que le habló rápidamente al oído, después de lo cual Ontiveros volvió con los otros y les habló también.

—Sanabria—dijo el rey—, sigamos nuestra partida.

Generalmente el rey, cuando estaba próximo algún grave acontecimiento, apelaba a las tablas, su juego favorito, para disimular su impaciencia. Sentóse el rey, y quedando Men Rodríguez de pie al otro lado de la mesa, empezaron el juego; los caballeros cuchicheaban desde su puesto. Poco después, un camarero anunció a los diputados de Vizcaya Antón de Landu y Pedro de Ochandiano.

—¿Nos has mandado llamar, rey de Castilla?—dijo con su ruda franqueza Antón de Landu.

—Sí, mis buenos amigos—contestó el rey sin levantar la vista del tablero y haciendo al mismo tiempo una jugada—, os he mandado llamar para que podáis certificar como testigos de lo que aquí va a suceder—y sin hacer más cuenta de los dos diputados siguió en el juego.

Transcurrió un corto espacio y el mismo camarero anunció al infante don Juan, que dejando fuera sus escuderos por etiqueta, entró acompañado de Juan Fernández de Hínestrosa.

—Guarde Dios a vuestra señoría—dijo con acento alegre el infante.

—Dios os guarde, primo—contestó el rey—; permitidme un momento; este buen Sanabria se ha hecho tan jugador que me pone en estrecho...; pues no..., no sé por dónde voy a salir..., esto es cosa perdida.

Estaba tan acostumbrado el infante a estas extravagancias del rey, que, sin reparar en ello y como su alegría le hacía comunicativo, se acercó a los caballeros de la servidumbre, que palidecieron al acercársele don Juan. El infante iba cubierto de brocados y, como para dar una muestra de confianza a los vizcaínos, había atravesado entre ellos sin más armas que una pequeña pero preciosa daga de corte. Después de haber cambiado algunas palabras con la alta servidumbre, Ontiveros se acercó a él y tomándole como en confianza la daga le dijo:

—¡Por mi vida que nunca he visto una tan rica alhaja!

—¿Os agrada!—exclamó don Juan que estaba de gracias—: quedaos pues con ella...

—¿Cómo, señor?

—Quedaos..., solamente es de sentir el poco valor de la prenda...

—Siendo vuestra, señor...

—Guardadla, pues, y no hablemos más de ello.

Don Pedro, que no había perdido una acción ni una palabra, aunque parecía enteramente absorto con el juego, fuese por acaso o por intención, al ver desarmado a don Juan exclamó con acento colérico:

—Lo dije...; era preciso un milagro para no perder..., no puedo descuidarme contigo, Sanabria.

El infante y todos se volvieron hacia el rey excitados por aquel incidente.

—Empecemos otra partida, y veamos si soy tan desgraciado en ella como en la anterior. Entretanto, primo don Juan, salid al balcón y calmad la impaciencia de los buenos vizcaínos que os aclaman. Decidles que pronto, muy pronto, les daremos señor...

El infante comprendió de una manera favorable las palabras del rey, se encaminó al balcón, abrió los tapices y se avanzó a la balaustrada.

El rey detuvo su juego y miró de una manera sombría, que hizo estremecerse a todos los que estaban en la cámara, al infante don Juan, que no podía verle porque estaba vuelto de espaldas y harto distraído con las aclamaciones de que era objeto. El infante hizo ademán de hablar y todos callaron. Al ruido interior sucedió un silencio tan profundo como si no hubiera nadie en la plaza.

—¡Gracias! ¡Gracias en nombre de mi esposa, cuyos legítimos derechos defendéis, buenos y nobles vizcaínos!—dijo el infante don Juan—. Yo os demostraré, gobernándoos en justicia, que sé apreciar el valor con que defendéis vuestra independencia y vuestros fueros.

—¡Qué habláis de lealtad, ni de fueros, ni de independencia, infante don Juan de Aragón!—exclamó el rey, con ambas manos puestas sobre la mesa, avanzando el cuerpo y la cabeza lívida y colérica, vuelto hacia don Juan.

El infante se volvió y palideció al ver el fatal aspecto del semblante del rey.

—Entrad, entrad, ¡vive Dios!, infante—exclamó dominando la cólera el rey—, y no digáis más sandeces.

—¡Cómo, señor! ¿Pues no me habéis mandado?...

—Os he mandado que digáis a mi señorío de Vizcaya que pronto le presentaríamos su señor.

—¡Vuestro señorío!—exclamó aterrado el infante.

—¡Sí: mi señorío! Señorío adquirido por la voluntad de Vizcaya, representada por su noble diputación reunida ayer bajo el árbol de Guernica con arreglo al fuero... Ayer fui aclamado señor... y vos sublevado hoy a los bilbaínos presentándoos como señor de Vizcaya a una junta ilegal, tumultuaria, contra fuero, sois un traidor.

—Vuestra señoría me aseguró...

—Yo no os he asegurado nada, yo no podía aseguráros nada... Lo que puedo aseguráros y os aseguro es que habéis obrado vuestra última traición. Y sin escuchar la réplica del infante, se volvió hacia una puerta y gritó con la voz opaca por la cólera:

—¡Hola! ¡Juan Diente! ¡A mí!

Inmediatamente se abrió la puerta y el formidable Juan, seguido de algunos ballesteros entró en la cámara inundándola, por decirlo así, de terror. Al mismo tiempo se cerró con estruendo y por manos invisibles la puerta de entrada y Juan de Hinestrosa quedó delante de ella con la espada desnuda.

—¿Qué me quiere vuestra señoría?—exclamó Juan Diente, en medio del silencio horrible que había causado su aparición.

—Toma la cabeza de ese traidor—y le señalaba al infante don Juan.

Juan Diente, harto acostumbrado a estos empeños, se lanzó sobre el infante con la ferocidad de un toro, y le descargó un golpe en la cabeza: aturdido el infante, fué a ampararse de Juan Fernández de Hinestrosa, que le puso al pecho la punta de su espada; los ballesteros, entonces, se arrojaron sobre él y le acabaron de matar.

—¿Qué ferocidad es ésta?—exclamó adelantando hacia el rey en medio del terror general Antón de Landu, con una valentía que podía llamarse temeridad.

—Esto es hacer justicia—respondió el rey—. ¡Ah! ¡Ah! ¿Vosotros no conocéis la manera de hacer justicia del rey don Pedro? Pues bien: atended, porque aún no he concluído. ¡Hola, ballesteros! Asid del infante, y una vez que los buenos ciudadanos de Bilbao tienen tantos deseos de verle, arrojadle en medio, a fin de que se satisfagan.

Juan Diente y Gonzalo Recio asieron del cadáver, fueron al balcón, al que ya les había precedido el rey, y arro-

jaron el cadáver a la plaza, en tanto que el rey gritaba en medio del silencio general:

—¡Vizcaínos! ¡Ahí tenéis al que pretendía ser vuestro señor!

El cadáver cayó pesadamente en medio de la multitud, en la que algunos se vieron obligados a abrir rápidamente un estrecho espacio para evitar el golpe, espacio que vino a ser para el infante una especie de sepultura abierta por su malhadada popularidad. Inmediatamente el rey después de haber abarcado con una sombría mirada a la multitud, se apartó del balcón: entró en al cámara y dijo a sus cortesanos:

—Salid.

Todos salieron, y como Landu y Ochandiano les siguiesen, el rey les dijo:

—No, vosotros no, mis buenos amigos: quedaos, necesito hablar algún tiempo con vosotros.

—A pesar de que en el acento de don Pedro vibraba el furor mal contenido, los dos diputados se volvieron sin muestras de turbación ni de miedo.

El rey cerró la puerta de la cámara y les dijo:

—Tomad asiento.

Los dos diputados, en silencio, tomaron dos escabeles, los colocaron a uno y a otro lado del sillón, que ya ocupaba el rey, y se sentaron.

—Creo—dijo don Pedro—, dominando lo convulsivo de su voz, que nunca he tenido delante dos más valientes y leales vasallos.

Antón de Landu hizo un movimiento.

—No os extrañe el que os llame vasallos, amigos míos; puesto que si bien sólo soy vuestro señor por vuestra libre voluntad, no por eso es menos cierto que tengo sobre vosotros señorío: en cuanto a lo de que sois valientes y leales, me lo demuestra la tranquilidad con que estáis delante de mí, después de haber visto lo que acabó de hacer con don Juan de Aragón, y la manera descubierta con que habéis influido en que el pueblo de Bilbao grite en favor del infante; de seguro, vosotros habréis querido servirme: estoy seguro de ello: los traidores que a todas partes me siguen, son demasiado astutos y experimentados para no haber abusado de vuestra noble credulidad. Estoy viendo en tu semblante, Antón de Landu, muestras indudables de que no me engaño; estás reventando por hablar..., pues bien, habla.

—Es que no puedo hablar—dijo gravemente Landu.

—¡Que no puedes hablar...! ¿Has prometido acaso?...

—Nada he prometido, pero se ha contado con mi honor, y mi honor jamás faltará a las esperanzas de quien en él confie.

—Pero no puede invocarse al honor, cuando se trata de amaños..., amaños que no podían ser tolerables, sino cuando yo os hubiera dicho: haced esto...

—Recuerda, rey don Pedro—exclamó profundamente Ochandiano—, recuerda tus hechos, y si nos has tomado por instrumentos de una venganza, has obrado mal..., muy mal..., yo te lo digo...

El rey se alzó, irritado y receloso...

—¿Qué queréis decir de que yo os he tomado por instrumentos de una venganza?... ¿Pretenderéis acaso que yo os haya mandado que levantéis a Bilbao en favor del infante don Juan? ¿Acaso alguno de los de mi servidumbre os ha sorprendido...? ¡Hablad, vive Dios, hablad, porque yo veo aquí un misterio tenebroso que necesito esclarecer...! ¡Hablad, yo os lo mando..., yo os lo ruego!

—Ninguno de tus servidores ha hablado con nosotros—dijo Landu.

—¿Y no recuerdas, rey don Pedro—dijo Ochandiano, mirando profundamente al rey—, haberte puesto en comunicación con nosotros?

—No—contestó el rey—, yo he venido a Vizcaya, porque Vizcaya estaba sin señor; yo he aceptado el señorío porque Vizcaya entera me ha aclamado; y cuando he visto a los habitantes de Bilbao aclamando a grito herido a don Juan de Aragón por el derecho de doña Isabel Núñez de Lara, he pensado que sólo una traición podía haber hecho tanto.

—¿Y estás seguro, don Pedro, de que nos hayan sorprendido traidores?—dijo Landu.

—Sí, sí; a no ser que vosotros hayáis sido traidores al fuero, oponiéndoos a lo determinado por la diputación.

—¿Traidores nosotros?—exclamó Pedro de Ochandiano—. No; los traidores están en tu corte, en tu cancillería, en Castilla...; entre nosotros, no.

—¿Qué habláis de cancillería?—preguntó don Pedro, en cuya cabeza brotó una sospecha.

—Dame esa cédula, Antón, dámela—dijo Pedro de Ochandiano—, si él ha escrito y nos la ha enviado, si es que quiere disimular con nosotros y cegarnos, sabrá que le he-

mos ayudado noblemente...; si este escrito es falso, podrá buscar a los traidores que así usan de su poder real.

—Dadme, dadme—exclamó el rey, arrebatando a Antón de Landu la cédula que algunos días antes le había entregado Andrés Corchuelo y que acababa de sacar de su escarcela.

Al ver un pergamino enrollado, y pendiente de él el sello real, las sospechas del rey se confirmaron, se dominó, desenrolló lentamente el pergamino y lo leyó. Ni una contracción, ni un movimiento, pudieron revelar a los dos diputados la terrible cólera que la lectura de aquella cédula causaba al rey; por el contrario, cuando hubo acabado de leerla la enrolló, la puso en su cinturón, y dijo sonriendo a los dos diputados:

—Bien sabía yo que podía confiar en vosotros... y os doy gracias por vuestra solicitud en servirme... Era necesario deshacerse de cualquier modo del infante, y ayudándome a ello, me habéis ayudado a hacer justicia; gracias, amigos míos, gracias... Nunca olvidaré el afecto que me habéis mostrado y os recompensaré.

Antón de Landu miró asombrado a Pedro de Ochandiano, que guardaba una prudente reserva.

—Ahora bien—dijo el rey—; es necesario que completéis vuestra obra, haciendo comprender a los bilbaínos que, matando a un hombre que se atrevía a llamarse su señor y promovía sediciones, hemos obrado con el fuero en la mano... Id..., id, amigos míos, y antes de que parta de Vizcaya, que será muy en breve, volvedme a ver.

El rey fué a la puerta de la cámara y la abrió; los dos diputados salieron.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó Landu—. No me gusta la doblez de ese rey... No ha cesado hasta que nos ha arrancado esa cédula... Y esto me ha ofendido... ¿Acaso no estaba segura en mis manos?

—¿Quién sabe lo que es esto, Antón?—murmuró Ochandiano—. El rey disimula, y creo...

—¿Que es falsa la cédula!

—Creo que el rey hará muy bien en seguir matando hasta que no quede en sus reinos un solo noble con bandera—y después de estas palabras, los diputados callaron y salieron del palacio señorial.

Apenas quedó solo el rey, desenrolló de nuevo el pergamino, le leyó y le volvió a leer, y libre de miradas extrañas, exhaló toda su cólera, toda su ferocidad.

—¡Hola!—dijo al fin llamando—. Haced venir a Men Rodríguez de Sanabria y Juan Fernández de Hinestrosa.

Poco después estaban allí los dos favoritos; el rey había guardado el pergamino en su escarcela y se paseaba agitado.

—Escucha, Hinestrosa—dijo—: monta al momento a caballo; llévate contigo algunas lanzas y a Roa.

—¿Y qué he de hacer en Roa?

—En Roa habita la reina viuda doña Leonor de Aragón, madre del infante don Juan; es necesario impedir por el momento que llegue a su noticia la muerte de su hijo... Ve; métela en una litera, y sin permitir que nadie la hable, llévala a Castrojeriz; yo te enviaré allá uno de mis ballesteros, para avisarte lo que han de hacer...; pero al momento, al momento.

—Al momento, señor, pero...

—¿Pero qué?...

—El señor Men Rodríguez podría...

—Al señor Men Rodríguez le necesito para otro asunto. Vé.

—Guárdeos Dios, señor.

Hinestrosa salió.

—Y tú, Sanabria—continuó el rey—, también a caballo y a Sevilla.

—¿Y qué he de hacer en Sevilla, señor?

—Prender a doña Isabel Núñez de Lara, y llevarla al alcázar de Jerez a que haga compañía a doña Blanca de Borbón.

—La prenderé, señor—dijo Men Rodríguez, ahogando un gemido y poniéndose pálido como un difunto.

—Bien, sí; es preciso; yo te recompensaré esta prisión, Sanabria, más que te he recompensado hasta ahora.

—¡Ah, señor!

—Doña Isabel es nieta, hija, hermana y esposa de traidores..., y sus hijos serían traidores también..., traidor su esposo si volviera a casarse.

—¡Señor! ¡Señor!

—Vé, mi buen Sanabria, ve y préndela.

—La prenderé...

—En cuanto a lo demás, mi bueno, mi leal Sanabria, yo te tengo preparada tal esposa, que nada perderás en el cambio.

—Pero señor..., si fuera posible...

—Préndela, Sanabria, préndela: lo quiero y lo mando.

Men Rodríguez salió y, antes de pasar de la puerta de la cámara, se vió obligado a cubrirse los ojos con las manos para ocultar sus lágrimas. Iba herido de muerte, herido en el corazón. Aquel mandato era una nueva crueldad del rey don Pedro, que se quedó murmurando:

—Si la prendes y me la entregas, ya sé que puedo confiarte sin temor mi corona y mi cabeza... Si huyes con ella... ¡Oh! ¡Si huyes, habré perdido mi último sueño... Sabré que no hay en torno mío ni un solo vasallo leal... y entonces, entonces combatiré solo...; concluyamos... ¡Juan Diente! ¡Hola! ¡Juan Diente!

Algunos minutos después entró el balletero, que tembló de pies a cabeza al notar la sombría y profunda mirada que dejaba caer a plomo sobre sus ojos el rey.

—¿En qué he ofendido a vuestra alteza, señor?—dijo, no pudiendo dominar por más tiempo su ansiedad.

—Tentaciones tengo, Juan, de arrojarte por aquel balcón—dijo lentamente el rey.

—Decidme por qué, señor, y si me convencéis de traidor, me hundiré el puñal en el pecho.

—Decide tú. ¿Qué has hecho de las veinte cédulas que te di en Sevilla?

Ya dije a vuestra alteza que me las habían robado.

—Pues mira: el ladrón ha sabido aprovecharse del hurto: ésta es una de las cédulas que te entregué... Lee..., lee y ve con cuánta perversa intención está escrito su contenido... ¡Y pensar que un hombre a quien yo he tratado, no como a un vasallo despreciable, no como a un esclavo vil, no como a un verdugo, sino como a un confidente, sino como un amigo; pensar que un hombre a quien he dejado leer día por día en mi conciencia, me ha vendido, me ha burlado!...

—¡Señor!—exclamó con cólera Juan Diente.

—Sí, sí, eso es; tras la traición la rebeldía: yo debía esperar esto; sí, debía esperarlo porque Dios o el diablo se han propuesto ponerme a prueba. ¿Conque es decir, que de nadie puedo fiar? ¿Conque es decir, que me veré obligado a dormir con un ojo abierto, puesta la mano en la espada, atento a todo, haciéndolo todo por mí mismo? ¿Conque es decir, que toda la sangre que he vertido es inútil, puesto que el mismo que sabe cuán poco retrocedo ante el castigo, se burla de él y me desafía? ¡Y aun se atreve a permanecer junto a mí! ¡Y no huye! ¡Y no tiembla! Esto es, sí, esto es: se me cree imbécil, se cree que sólo mato

por ferocidad. ¡Se cree que con facilidad se me engaña! ¡Dios de Dios! Que digan lo que quieran pero es preciso, ellos o yo; acabemos de una vez; o no me queda un solo traidor con cabeza, o pierdo la mía a manos de los traidores... ¡Contesta, habla, confiesa, miserable! ¿Crees que yo sea tan débil que te tenga miedo?

Juan Diente temblaba.

—Pues mira; por muy valiente que seas, por mucha confianza que te inspire la lisura con que te trato, ten en cuenta, Juan, que sin ser rey, me bastaría ser lo que soy como hombre para tomar desagravio de ti, a pesar de tu ferocidad de toro.

—¡Lo sé, señor; lo sé, y me estáis haciendo temblar! ¿No lo véis, señor?

—Pero tiemblos de cólera. Tú no sabes, como yo, mostrar semblante sereno cuando dentro de mi pecho ruge la tempestad... Leo en tu semblante como en un libro abierto.

—Leéis mal, señor, cuando no veis que esta cólera es contra los que robándome... ¡no sé cómo me han puesto en el caso de oírme llamar traidor! ¡Oh! ¡Si yo los descubriera!...

—Pues descubre al ladrón, descúbrele, Juan, porque si no le descubres, si no me lo presentas..., oye, no te mataré..., no..., porque tú temes la muerte..., pero te ataré del cuello como a un perro a una columna de palacio, y te escribiré con la punta de mi puñal en la frente la palabra traidor... ¡A caballo! ¡Al momento! ¡Ve a Sevilla! ¡Observa! Tú sabes demasiado quiénes son las gentes que tienen interés en vencerme. ¡Oh! Si me presentas a quien te ha robado...

—Os lo presentaré—y apenas dichas estas palabras, salió fuera de sí de la cámara, haciendo palidecer a los que le encontraban al paso, con su semblante feroz, en que iba retratada la muerte.

—¡Oh!—dijo el rey—. Cuando encuentre al ladrón será tarde...; yo podría sustituir el sello de la cancillería en el momento..., pero esto ofrece serias dificultades..., es peor..., mucho peor... No, no, de ningún modo...; en todo caso daremos el último golpe: sentenciaremos en masa la nobleza, le arrancaremos sus maestrazgos, sus encomiendas, sus fortalezas, sus banderas, sus tesoros...; le arrancaremos las garras y los dientes; la sangraremos y la pondremos atada a los pies del pueblo... Siempre hay ese recurso; veremos si podemos o no—y el rey se sentó en la me-

sa, apoyó la cabeza entre sus manos y quedó profundamente pensativo, con la vista fija en la sangre del infante don Juan, que formaba un charco en el pavimento.

CAPITULO IX

Inmediatamente que concluyó su comisión en Vizcaya, Andrés Corchuelo se volvió a Sevilla, invirtiendo en la vuelta triple tiempo que el que había empleado en la ida: así es que entró en Sevilla el día 14 de junio, uno después de la muerte del infante don Juan.

Encaminóse en derechura a la casa del escribano Alvar Yáñez, pero la vieja que le servía le dijo que su amo estaba ausente. Fué a la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo, y como encontrase cerrada su vivienda y preguntase por él, le dijeron que se hallaba fuera de Sevilla.

Entonces dejó el caballo en que había vuelto en una posada, y se encaminó a la torre de la iglesia Mayor. Cuando hubo llegado a la puerta del aposento de su padre, vió al pobre anciano inclinado sobre un fogón, soplando el fuego en que hervía una tartera. Por algún tiempo Andrés pudo contemplar, sin ser visto, el semblante de su padre, que enrojecía la llama, y se estremeció: en los diez y seis días que había durado su ausencia, el pobre maese Blas había envejecido diez años y parecía un octogenario. Andrés hizo algún ruido, para no sorprender de una manera demasiado imprevista a su padre, y el viejo alzó los ojos y le vió. Un momento después estaba colgado de su cuello.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío, que me lo devuelves!—exclamó—. Yo te creía preso, muerto, qué sé yo... Pero no te ha sucedido nada, ¿no es verdad?

—¿Y qué podía sucederme?

—Es que yo lo sabía todo..., todo...; sabía que ibas a Vizcaya a llevar unas letras al diputado Antón de Landu... No, no lo he olvidado...; que esas letras tenían por objeto una traición al rey.

—¿Y quién os ha dicho eso?—preguntó asombrado Andrés.

—Es que cuando se tiene un hijo a quien se ama y se le ve reunido con mala gente, se le sigue, se le espía; y, cuando se le sigue y se le espía bien, se averigua mucho... Por un hijo se llega hasta verter sangre.

—¡Padre!—exclamó Andrés.
 —Sí, sí—dijo maese Blas—; se vierte sangre...; y cuando un hombre como yo, hombre de paz, casi de iglesia, porque hace cuarenta años que vivo entre clérigos, vierte sangre..., ¡oh!, ¡oh!, se sueña todas las noches con un cadáver, se despierta con terror, se oyen gemidos y los cabellos se ponen más blancos y la piel se arruga más.

—Pero ¡padre!... Vos... ¿Cómo habéis podido?

—Comamos, comamos ante todo, Andrés; mi potaje ha dado ya su último hervor y tú vienes cansado, según todas las apariencias. Comamos, y luego mira: luego irás a una taberna y comprarás vino..., le traerás..., y bebiendo te contaré..., sí..., te contaré...

—Pero padre, vos nunca habéis bebido vino.

—Sí, sí, es verdad, hijo mío; nunca lo he bebido... pero yo sé que el vino embriaga..., yo sé, porque lo he visto, que un ebrio no siente nada, nada más que la embriaguez... Y, aunque me repugnaba al principio, me he embriagado para no sentir.

—¿Pero qué misterios son éstos?... Me estáis dando tormento, padre...

—Pues mira; nada te diré hasta que haya bebido...; el vino me da valor.

—¡Oh! Pues si no es más que por eso..., allá abajo..., al pie de la torre, está la taberna de maese Diego...

—¿Tienes dinero, Andrés?

—Sí, dinero y sobrado.

—¡Mira!...—dijo con triste satisfacción el viejo, y mostró a Andrés un puñado de oro.

Andrés se estremeció, creyendo que su amor de padre había llevado a maese Blas hasta el crimen; pero le pareció horrible pedir cuentas a su padre y descendió rápidamente.

—¡Oh! ¡Oh! Yo no tendría valor para decirle a sangre fría: «¡La has perdido!»—quedó murmurando maese Blas—. No, no..., es necesario beber valor... y le beberé... Aquí no se ve bien..., encenderé mi lamparilla... ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué placer! Al fin tengo aquí a mi hijo... y luego yo sé que, si pierde el amor de Beatriz, tiene el de una noble dama... Luego, sí, lo último..., la carta a lo último...; preparemos la mesa..., afortunadamente mi potaje es abundante..., y luego no es un potaje de pobre..., tiene muchos trozos de jabalí... ¡Oh! ¡Oh! Es un verdadero banquete... Preparémoslo todo para que mi Andrés no tenga que esperar—el viejo

se entregó con un placer febril en que había mucho de temor a los preparativos de aquella pobre comida, que para él era un banquete.

Andrés no se hizo esperar: venía pálido y cuidadoso y traía en las manos una pequeña bota de vino, que puso sobre la mesa.

—Sentémonos y comamos—dijo maese Blas, sentándose y empezando su comida por una larga libación.

Andrés bebió también, aunque más mesuradamente, y empezó la comida; maese Blas repitió sus libaciones, y al fin, excitado por la curiosidad y el cuidado de Andrés, le refirió cuanto saben nuestros lectores que pasó la noche del 29 de mayo en casa de Leila.

Para nosotros, respecto a doña Berta, a Beatriz la Hermosa y a maese Blas, aquellos acontecimientos llegan hasta el momento en que el campanero, después de haber matado al esclavo, y arrancándole las llaves, se encaminó al pabellón donde habían quedado encerradas doña Berta y Beatriz.

Maese Blas, ya casi ebrio, continuó:

—Parecíame que el muerto iba tras de mí, que gritaba...: «¡Al asesino!, ¡al asesino!» Tenía mucho miedo, mucho; un miedo que me mataba. Pero, sin embargo, mi miedo no era bastante para hacerme olvidar aquellas dos mujeres que estaban allí encerradas en aquella habitación... Yo veía sus sombras detrás de la celosía... Cuando llegué, aquellas dos mujeres huyeron al fondo de la habitación... Yo me acerqué y miré adentro... ¡Oh! Entonces hubo un momento en que perdí el miedo porque..., porque...

El campanero se detuvo y se embocó de nuevo la bota.

—¿Por qué?—dijo impaciente Andrés.

—Porque una de aquellas dos mujeres era Beatriz.

—¡Beatriz!

—Sí; entonces rompí con mi puñal la celosía, que era muy endeble, y penetré en la habitación. Al verme las dos mujeres arrojaron un grito de placer y la vieja Berta me dijo:

—Sin duda os envía Dios.

—No, no, le envía su hijo—exclamó Beatriz.

—Dios o el diablo, les contesté; pero éste no es tiempo de andar en réplicas; de un momento a otro puede venir ese infame Pedro el Negro.

—Pero Pedro el Negro ha venido a salvarnos enviado por vuestro hijo—exclamó Beatriz.

—Pedro el Negro ha venido a venderos, repuse, y sin esperar a más respuestas las hice salir al jardín, busqué las llaves de la puerta de la casa que da a la calle de San Esteban, salimos y una vez fuera de la casa nos dimos a correr, pero nuestra carrera fué corta... Antes de llegar a la primera esquina, sonó un silbido: cuatro hombres se apoderaron de las dos mujeres, y luego de mí, me vendaron los ojos y la boca, y cargaron conmigo.

—¿Y qué fué de ellas? ¿Qué fué de vos?—preguntó anhelante Andrés.

—De ellas no sé..., en cuanto a mí, me llevaron en vilo..., anduvieron conmigo algunas calles y me metieron en una casa, donde me dejaron encerrado y a oscuras. Luego... amaneció; la luz del día entró por un ventanillo situado junto al techo, y oí ruido de voces y de grilletes... Estaba en la cárcel...; los malvados, fingiéndose vecinos honrados, me entregaron al alcaide de la cárcel, como si se hubiera tratado de un vagabundo.

—No, no; debió haber más que esto... El alcaide, si no se hubiera tratado de una alta persona, os hubiera interrogado... el alcaide os engañaba, os mentía... Sin duda se le había mandado que ocultase la verdad.

—Sea como quiera, el alcaide me dió por libre, pero tarde... Cuando no podía impedir que fueses a Vizcaya... Tú ya habías partido y te había visto salir por la puerta de Adohar.

—¡Pero Beatriz, Beatriz! ¿No habéis vuelto a saber de ella?—exclamó desesperado Andrés.

—Hijo mío—dijo el campanero...—Dios no quiere que sea tuya Beatriz.

—¿Que Dios no quiere?—exclamó colérico Andrés.

—¡No te irrites, hijo mío! Bebe, bebe como yo; el vino hace olvidar todo, hasta el amor... Vamos..., escúchame...; recuerda bien...: lo primero que se opuso a tus amores fué el infame deseo que concibió por Beatriz el arcediano de San Gil; quisiste vengarte de él y el arcediano te dió una estocada... En el lecho aún, sobrevino el señor Men Rodríguez de Sanabria...

—¡Oh!—exclamó Andrés en acento amenazador.

—Encargas al señor Men Rodríguez que busque a Beatriz, y Men Rodríguez la entrega al rey,..

—¡Oh! ¡Oh!—repitió Andrés.

—Luego por un acaso salvas del rey a Beatriz, y te la arrebatan no sé cómo, pero el caso es que la pierdes de

nuevo..., y en fin, en fin..., tu pobre padre te sigue cuidadoso; sorprende por tu causa terribles secretos; se introduce, por ti también, en una casa extraña, y después de matar a un hombre, encuentra a Beatriz, cree salvarla de nuevo y se la arrebatan. Esto está claro... Dios no quiere que Beatriz sea tuya..., y luego..., luego, Andrés... ¡Esa doña Sol de Vargas que te ama tanto!...

—No me habléis de eso, padre; os lo suplico.

—Pero tengo necesidad de hablarte... Escucha... Hace dos días vino un escudero y me dijo: «¿Sois el padre del señor Andrés Corchuelo?» Como yo sabía que tú andabas en rebeldías contra el rey, aquel hombre al preguntarme por ti me asustó, y debí demostrar mucho mi susto, cuando me dijo: «Nada temáis..., ningún peligro le amenaza por esta parte..., esta carta..., tenedlo presente y decídselo, viene de Jerez.»

—¡De Jerez!—exclamó el joven.

—Sí, señor; de Jerez de la Frontera. Y, aunque nada más me dijo el escudero, yo supuse y estoy cierto de que esta carta es de doña Sol de Vargas, la camarera mayor de la reina, que en ella te da, sin duda, grandes pruebas de amor...—y maese Blas se levantó y se encaminó tambaleando, porque el vino le había puesto pesada la cabeza, a uno de los armarios que había en la habitación; le abrió y sacó de él una carta en pergamino cuidadosamente rollada, perfumada, envuelta en un paño de seda, y atada con un cordón de oro.

Andrés se apoderó de la carta y la leyó ávidamente. Por fuerte que fuera su amor a Beatriz, era tanta la dulzura, tanto el fervoroso rendimiento con que se expresaba doña Sol de Vargas, pues de ella era la carta, que el mancebo no pudo menos de sentirse emocionado.

Terminada la lectura quiso comentar el contenido con su padre; pero éste, vencido más por el vino que por el cansancio, se había dormido sobre la mesa. Metiéndole con cuidado en el lecho, y luego, vuelto el pensamiento a Beatriz, salió a la calle. Era poco más del mediodía. Dirigió sus pasos a la casa del muro de los Navarros; pero la encontró silenciosa y nadie respondió a sus llamadas. Recordando que, según su padre le había dicho, la misteriosa doña Ana se parecía al señor Gastón como una gota de agua a otra, dirigióse a la casa de doña Isabel Núñez de Lara, sin tener tampoco razón de nada. Así invirtió tres días más, hasta que, cansado, una mañana, con gran contento de su padre,

montó a caballo y salió de Sevilla por la puerta de Jerez.

Nosotros también, dejando por algún tiempo a la reina de Andalucía, a la famosa y nunca bien, como se debe, ponderada Sevilla, nos trasladaremos, siguiendo a Pedro el Negro, al castillo de Cadiar, situado en el riñón de las montañas Alpujarras.

Dentro de su recinto de guerra había, como en todas las fortalezas árabes, un alcázar, uno de esos encantados recintos, donde los feroces guerreros moros se entregaban durante la paz a la molicie y a los placeres, entre paredes afiligranadas y matizadas, bajo cúpulas maravillosas y al lado de claras fuentes, mientras el aire se saturaba con las suaves emanaciones de los perfumeros.

El alcázar de Cádiar, aunque pequeño, era una de esas joyas arquitectónicas del gusto árabe que parecen inspiradas por el genio de las delicias. Retirado en él, esperando una ocasión para arrojarle sobre Granada y ocupar la maravilla de las maravillas, la Alhambra, con sus torres Bermejas, su Generalife y sus Alijares, en daño del actual rey Mohamed V, vivía un hombre ambicioso, cuyo nombre hemos citado más de una vez durante nuestra relación.

Este hombre era el infante moro Abu'l Sayd, tan rebelde al rey de Granada como lo eran al de Castilla sus hermanos bastardos y lo fué el infante don Juan al rey de Aragón. La rebelión impulsada por los brutales instintos de ambición y de independencia, característicos de la Edad Media, en que todos los poderes sociales luchaban con igual encarnizamiento por emanciparse, dominando a los demás, la rebeldía, repetimos, estaba, como suele decirse, a la orden del día en todos los países de Oriente y Occidente; cada reino de Europa estaba devorado por la guerra civil, y de la misma manera los pequeños reinos de Africa y el gran imperio de Damasco eran continuo teatro de sangrientas usurpaciones.

El día 8 de junio de 1358 en uno de los gabinetes del alcázar de Cádiar, tendido sobre un diván, teniendo a sus pies a una hermosa esclava y escuchando gravemente a dos venerables xeques, había un hombre como de treinta y dos años, vestido con la sencilla severidad de los primeros caudillos del pueblo árabe.

La reunión de Abu'l Sayd y de los dos xeques tenía todas las muestras de un importante consejo; en una mesa situada junto al diván había algunos papeles que a vueltas de su conversación con los xeques leía a trozos el infante,

—¡Conque es decir—preguntó al fin Abu'l Sayd—, que la sultana Kinsu'l-Llemal ha obrado de modo que ha puesto de parte de su hijo Ismail a todos los descontentos!

—Sí, noble y poderoso señor—dijo uno de los xeques—; pero, desgraciadamente, no podemos aprovechar esta ocasión, y todos los esfuerzos y las intrigas de la sultana serían inútiles.

—¡Inútiles! ¿Y por qué, Jacob? Acaso no contamos con la Alhambra, estando de parte de la sultana, como lo está, el emir de la guardia africana Mussu'l-Alí-Athar.

—El emir sólo ha consentido en hacer traición al rey, mediante las espléndidas promesas de la sultana—dijo Jacob—; si esas promesas se cumplieran, todo era asunto de una insurrección, de desnudar únicamente las espadas. Mohamed huiría asustado a refugiarse en la alcazaba de Albaicín, de donde una vez apoderados de la Alhambra, sería fácil arrojarle... Pero la sultana ha gastado ya en hacer parciales a su hijo hasta el valor de su última joya, y nada le queda, nada... Cuenta con nosotros; pero reunido tu tesoro al nuestro, apenas podríamos reunir la décima parte de la suma ofrecida a Mussu'l-Alí-Athar.

—¿Y no encuentras ningún medio?

—Ninguno, señor.

—Ni tú, Jucef—añadió el infante dirigiéndose al otro xeque.

—Ya hemos agotado todos nuestros recursos, señor; primero, las armas; después, el oro; por último, las ofertas; nos vemos reducidos a este castillo; en nuestro alrededor sólo hay enemigos; nuestros soldados se reducen a un centenar de lanzas, que mañana no nos servirían porque no tenemos con qué pagarlas ni viveres con qué alimentarlas. Nos vemos en el caso de pasar al Africa y ponernos a sueldo del rey de Fez o del de Túnez.

—¡Pasar al Africa!—exclamó, incorporándose primero y levantándose después con energía Abu'l Sayd—. ¡Huir! ¡Declararnos cobardes! ¿Acaso os habréis reducido a la condición de débiles mujeres cuando así teméis morir dentro de un arnés, empuñando la espada, enrojecida en sangre enemiga? ¿Y habremos lidiado como buenos en Algeciras y en Tarifa, para aterrarnos después y volver cobardes el rostro a la muerte? ¡No!, ¡no! ¡Sobre el derecho de la sangre que nos falta tenemos el derecho que nos da el libro de Dios para levantarnos contra los que, indolentes y débiles, dejan desplomarse los últimos restos del imperio musulmán en Es-

paña! Combatimos por Dios, por el acrecentamiento de su ley, y nuestro derecho es sagrado. ¿Y hemos de retroceder porque nos falta dinero? Nuestros soldados son fuertes y valientes; desnudemos de una vez la espada y salgamos hambrientos de Cádiar, como sale el águila de su roca, para caer sobre la vega de Granada; allí hallaremos manjares en hartura y oro bastante para levantar ejércitos en las alquerías y en los palacios de esos descreídos renegados de Dios, que dejando a los cristianos se han enervado con los deleites y se han enriquecido con la usura; lancémonos puesta la esperanza en Dios, y triunfaremos. ¿En qué fundar las hazañas, si no nos atrevemos a afrontar la lid sino llevando a nuestras espaldas un ejército poderoso, y en nuestros reales, acémilas abrumadas por el peso del oro? Y si caemos en la lucha, ¿no es más noble morir como valientes, que vivir de un modo miserable agobiados por la vergüenza de la fuga?

—Es que no lidiamos sólo contra Mohamed—dijo Jacob—, sino contra un rey poderoso: contra don Pedro, el cruel tirano de Castilla, que sostendrá al rey que tan torpemente ha comprado su amistad y su alianza. Los adelantados del rey de Castilla ocupan nuestros castillos fronterizos, y apenas pongamos el pie en el alto del Padul, apenas hayamos visto la vega, las atalayas de Mohamed habrán llamado cuatro mil lanzas castellanas que nos arrollarán, por nuestra escasa fuerza, como el segador corta la mies. Marchemos, sin embargo, señor; despleguemos nuestra bandera, muramos sobre el campo de pelea, si así lo quieres; pero considera que la temeridad no es de valientes, que la fortuna es mudable y lo que te niega hoy, acaso vendrá a ofrecértelo mañana.

Abu'l Sayd se sentó lentamente, y luego dijo con voz lenta y gutural:

—Demasiado sabía yo desde el principio de la lucha que no era a Mohamed V a quien combatía, sino a Pedro el Cruel; por lo mismo he querido atraerme su amistad y, des-
esperado de ello, he apelado al último recurso, he hablado a su ambición y a su orgullo, y sólo me ha respondido con insultos, porque su orgullo y su ambición están satisfechos con el vergonzoso vasallaje que le rinde Mohamed y los ricos dones que le envía; por último, he tentado sus vicios, enviándole una mujer capaz de enloquecer a un morabito olvidado del mundo... y esa mujer, que es mi amor, la única que ha logrado dominar mi corazón; esa mujer, que es un

tesoro de hermosura, de ciencia, de valor, de pureza; esa mujer, Leila, me ha burlado: mi embajador Al-Mondhir ha muerto ahorcado, y Leila ha desaparecido.

Parecía que éste era el punto vulnerable del corazón de Abu'l Sayd, puesto que el recuerdo de Leila le entristeció y casi le desalentó.

—Con ella no temía nada—murmuró después de un momento de silencio—; con ella me burlaba del peligro; era a un tiempo mi corazón y mi cabeza; por ella vencí en Tarifa; por ella me he sostenido; siempre en las situaciones más apuradas encontraba un medio de salvación, cuando no de triunfo; era más prudente que el más anciano de mis wacires y más valiente y más terrible que el más fuerte de mis walfes; yo contaba con que ella, si no me amaba, me sería leal... yo contaba con su ambición; yo la hubiera hecho sultana, sin haberme jamás acercado a su lecho; hubiera respetado sus caprichos, la violencia de su carácter... Pero haberla perdido...; sí, sí, me ha hecho traición..., acaso se ha enamorado de ese maldito rey don Pedro..., y ni una noticia suya... Por el Dios altísimo y único..., la pérdida de Leila ha dado conmigo en tierra... Conozco que me falta, sin ella, fuerza en el corazón, actividad en el brazo... y luego, luego... estoy desesperado; por encontrarla, aunque tuviese que ir a los senderos del desierto, daría mi alma a Satanás.

Los dos xeques callaron, aterrados por aquella impiedad que hubiera hecho persignarse a un cristiano.

—Y la encontraré, sí, la encontraré—dijo Abu'l Sayd, levantándose y paseando lentamente por la cámara, pronunciando sus palabras como si hablase consigo mismo—. Un astrólogo me ha dicho que la encontraré, pero que el encontrarla me será fatal; y bien, ¿qué me importa? Apodéreme yo de ella, y después..., después, suceda lo que quiera.

Abu'l Sayd siguió paseándose; la esclava, abandonada junto al diván, jugaba lánguidamente con una bandolina, arrancando de sus cuerdas metálicas débiles armonías, y los dos xeques callaban. De improviso rompió el silencio el sonido de una corneta tañida por tres veces a las puertas del castillo; sin embargo de lo cual, Abu'l Sayd, acostumbrado a estos ruidos, no suspendió su meditación ni su paso; pero por resultado, sin duda, de este llamamiento, se abrió recatadamente una de las puertas de la cámara, y un africano dijo desde ella:

—¡Señor, poderoso y noble señor!

Abu'l Sayd miró de una manera interrogador al africano. Aquella mirada equivalía a una pregunta terminante, y el esclavo se apresuró a contestar.

—Un cristiano, que dice venir de la corte del rey de Castilla, solicita hablarte, magnífico señor.

—¡Un cristiano que viene de la corte de don Pedro!—exclamó el infante—. Hacedle entrar... al momento... Vete tú, Wadhiah—exclamó, dirigiéndose a la esclava, que se levantó indolentemente y salió en paso lento—; vete tú también, Jucef; pero quédate tú, Jacob, que entiendes el habla de los castellanos.

CAPITULO X

Jucef salió y quedaron solos el infante y Jacob. Abu'l Sayd se sentó en la posición en que se hubiera colocado un rey en su trono; Jacob permaneció de pie a alguna distancia de él en una actitud respetuosa, y poco después se abrió la puerta y entró un hombre cubierto de los pies a la cabeza con una armadura castellana, sin armas y vendados los ojos. Cuando el xequé, por orden del infante, le quitó la venda, quedó al descubierto el ambiguo semblante de Pedro el Negro. El bandido lanzó en torno suyo una mirada recelosa.

—Poderoso señor—dijo—: un amigo de vuestra señoría me envía desde Castilla a entregarte estas letras.

—¿Qué dice ese hombre?—preguntó en árabe el infante a Jacob.

—Dice—contestó en árabe el xequé—que le envía a ti desde Castilla un amigo tuyo con estas letras—y dió al infante un rollo que le había dado Pedro el Negro.

Abu'l Sayd rompió los triples sellos de cera encarnada, debajo de los cuales había dos pergaminos. El uno decía así, en escritura árabe:

Al elegido de Dios para acrecentar su ley y santo nombre, al valiente, al grande, al vencedor infante Abu'l Sayd, a quien Dios prospere: Sabrás cómo por estas tierras, cansados de sufrir la tiranía y las violencias y las muertes del rey don Pedro, desesperados de vencerle por nosotros mismos, hemos pensado en ti, cuyo claro nombre vuela fuera del reino de Granada; sabemos que para vencer al rey Mohamed sólo te falta ayuda, y te enviamos lo que podemos

enviarte: oro. Con estas letras va un libramiento contra Muzay-ben-Kaleb, mercader en el Zacatín de Granada, de sesenta mil doblas jucefinas.

Al leer esto, el infante desenrolló el otro pergamino, le leyó, y a pesar de su gravedad, lanzó un grito de alegría y se levantó del diván.

—Mira, Jacub, mira—exclamó—; Dios me ayuda, Dios recompensa mi constancia; ya tenemos oro bastante para comprar a ese maldito walí de la guardia berberisca de Mohamed; toma, toma y lee.

—¡Ah!, ¡ah!, mucho se alegran—dijo para sí el bandido—; acaso sin saberlo les he traído un tesoro; ¡pero bahl! ¿Qué me importa? Vivamos todos...; aquí sin miedo de que me descubran por una casualidad, podré vender el tesoro de doña Ana... ¡Ah!, ¡ah!, no hay cosa como las guerras y las enemistades y los amaños para medrar. Estos moros son ricos...; pues bien, si yo me atreviese..., esperemos a que concluyan.

El infante y el xeque se habían retirado a un ajimez y seguían allí su plática en voz baja, temerosos de que Pedrú el Negro entendiese el árabe.

—En verdad—dijo el xeque—, tenemos un tesoro: la libranza es buena, es de nuestro fiel amigo don Simuel Leví; pero no podemos asegurar que sea él quien nos la envía; este dinero puede haber sido puesto en un poder...; no, él no lo envía..., el libramiento viene para que yo le cobre, y don Simuel no me conoce...; y esta letra..., esta letra tan bella... ¡Ah!, ¡ah!, buscabas a Leila... y este pergamino nos la entrega: este pergamino está escrito por ella.

—¡Por ella!, ¡por ella!—exclamó el infante, arrebatando a Jacub el pergamino—. No, no; ella habla y escribe bien la lengua de los creyentes, y aquí hay grandes defectos..., estos pergaminos están, sin duda, escritos por un mozárabe.

—Se ha querido desfigurar la letra sin conseguirlo enteramente...; pero hay un medio: prendamos a ese hombre.

—Es un embajador...

—No importa; una prisión secreta... Veamos si encontramos sobre él alguna prueba...

—Te engañas, Jacub, de seguro te engañas; ¿a qué había de recatarse ella de mí? Y si es mi enemiga, ¿a qué enviarme socorros?

—¡Es verdad!—exclamó convencido el xeque—; no sé por qué he creído... y aún dudo...; pero... al fin de esta carta se te exigen, señor, duras condiciones.

—¡Condiciones! Naturalmente, el que hace un servicio le hace por algún interés... que me obligue a romper por las fronteras de Castilla—añadió leyendo—en el momento en que sea rey de Granada, ¡Oh!, ¡oh!, esto lo haría yo aunque no me lo impusiesen por condición; en el momento en que el rey Mohamed sea lanzado del trono, don Pedro revolverá sobre Granada... Pues bien; antes de que nos embista será preciso embestir... Jacub, pregunta a ese cristiano quién le envía.

Jacub transmitió la pregunta.

—Ignoro quién me envía, señor—contestó el bandido—, como ignoro el contenido de las letras que he puesto en vuestras manos.

El diálogo siguió en la misma forma.

—Y ¿cómo puede ser que no conozcas a la persona que te ha enviado?

—Aunque lo sepa, puesto que no lo he dicho, es porque no lo debo decir—contestó con cierta dignidad el bandido.

Abu'l Sayd, que, como buen príncipe musulmán, era excesivamente déspota, frunció el entrecejo y dijo con acento displicente algunas palabras que Jacub transmitió al bandido.

—El infante mi señor—le dijo—, te da las gracias por la fidelidad con que has desempeñado tu encargo, y respeta los motivos que te obligan a callar el nombre de quien te envía. Puedes descansar en el castillo el tiempo que quieras; vete.

—Un momento, noble señor, un momento; concluída mi comisión, quiero deciros algo que me atañe particularmente.

—Habla.

—El año pasado cuando el rey entró por las tierras de Aragón, iba yo en su ejército como soldado en la toma de Ariza; durante el saqueo encontré un cofrecillo lleno de ricas joyas... una buena presa... Sólo he vendido algunas alhajas de poco valor, con las que he vivido hasta ahora; pero no he podido vender las de valor; Castilla está muy pobre para que pueda hallarse comprador a tales prendas...

—El rey don Pedro tiene inmensos tesoros—dijo el xeque.

—Pero el rey don Pedro es codicioso de lo ajeno y temí que me despojase.

—¿Y qué quieres?

—Los príncipes moros son muy ricos y muy espléndidos: ¿querría vuestro señor comprarme esas joyas que he traído conmigo?

Jacub habló en árabe con el infante.

—¿Son diamantes tus joyas?—dijo Jacub a Pedro el Negro.

—Diamantes, perlas, balajes, esmeraldas...

—¿Y dices que las traes contigo?

—Sí.

—Algún robo hecho en Castilla que no se ha atrevido a vender allí—pensó Jacub adivinando la verdad, y luego añadió en voz alta:

—Mi señor desea ver ese tesoro, cristiano.

—Acompañadme, pues; porque como he venido hasta aquí con los ojos vendados, no sabré llegar hasta mi gente.

Jacub le vendó de nuevo los ojos, y salió con el bandido. Abu'l Sayd quedó solo relejendo los pergaminos.

No tardaron en volver el xeque y el bandido; éste traía bajo el brazo un cofrecillo de sándalo, en el cual, antes de que quitase Jacub la venda a Pedro el Negro, fijó una mirada indescriptible el infante Abu'l Sayd.

En aquel lindo cofrecillo había reconocido un objeto que le era muy familiar, y ahogando un grito de alegría, dijo en árabe al xeque:

—Hemos encontrado a Leila; pero prudencia, mucha prudencia, Jacub; porque el castellano parece astuto.

Cuando Jacub dejó libres los ojos a Pedro el Negro, nada vió en el semblante de los dos moros que pudiera alarmarle.

—Veamos tus joyas, cristiano—dijo Jacub.

Pedro el Negro abrió el cofrecillo con una pequeña llave de oro que sacó de su escarcela y le mostró al infante Abu'l Sayd. La primera alhaja que éste tomó fué un magnífico collar de perlas, cuyo broche era un rosetón de brillantes con un escudo esmaltado en el centro; aquel escudo era el blasón real de los reyes de Granada; esto es: un escudo en campo rojo con banda diagonal de izquierda a derecha saliendo de la boca dos dragantes, con el mote «Le galid ile Allah» (sólo Dios es vencedor), esmaltado con caracteres africanos de oro.

—Es el alhaite de la sultana Halewa, que encontramos en los reales enemigos en Algeciras y que yo regalé a Leila—dijo en árabe el infante, sin que un solo músculo de su semblante se contrajese.

—¿Agrada esa alhaja a vuestro señor?—dijo Pedro el Negro, que no había entendido ni podía entender el dialecto extranjero del infante.

—Sí, por Dios—dijo Jacub—; y tanto le agrada que, so-

bre darte su precio, te recompensará por haberle procurado la posesión de alhajas de tanta estima. Veamos las otras.

El bandido, que ya contaba en su imaginación los miles de brillantes doblas de oro que debían producirle las alhajas robadas a Leila, las mostró una tras otra al infante, que en cada una de ellas vió la confirmación de que aquel hombre conocía a la mujer a quien tanto amaba y de que podía darle noticias de su paradero. Todas aquellas joyas habían sido regaladas por él a su esclava favorita, y si algo turbaba su placer, era el temor de que Leila hubiese sido asesinada.

—Pero no—se dijo—; ella es demasiado experta para dejarse sorprender, y muy valiente para que este miserable la haya podido asesinar. Ella, de seguro, habrá tenido que vender estas joyas en Castilla, y este hombre, su confidente sin duda, habrá sido enviado para que las venda a Granada; ella acaso no creería que este hombre podría tropezar conmigo... Pero, ¿cómo ella, tan recelosa, ha podido fiarse de un hombre que tiene todas las trazas de un bandido? ¡Veamos si esto es un robo! Ella guardaba un pomo de tósigo en un secreto de este cofrecillo; si el tósigo está ahí...

El infante se apoderó del cofre, y en la parte interior de la tapa oprimió un adorno, crujió un resorte, saltó una pequeña cubierta y dejó ver un hueco: en aquel hueco había un pomo de oro y algunos pergaminos cuidadosamente doblados. Al leer el infante aquellos pergaminos, vió que eran las cartas que le había escrito don Simuel Leví, en que estaba manifiesta una traición al rey de Castilla, y con el anuncio de la posesión de las cuales había aterrado Leila al tesorero del rey y le había hecho su esclavo.

El encuentro de estos objetos hizo palidecer al infante; aquel pomo y aquellos pergaminos eran para él un doble indicio de que Leila le había hecho traición, robando a su embajador Al-Mondhir aquella correspondencia que le había confiado para que usase de ella, en un caso dado, como de recurso diplomático, entregando después a la horca al mismo embajador; y de que Leila había sido a su vez robada y acaso muerta, cuando así había dejado oculto en el secreto del cofre su tósigo, su recurso supremo, aquellos pergaminos que, después de haberle hecho traición, podrían servirle de tanto.

A pesar de estos indicios, el infante disimuló, y, por medio de Jacub, entabló con el bandido el siguiente diálogo:

—¿Dónde dices que has encontrado esas joyas?

—Ya he dicho que en Ariza, hace un año—contestó el bandido, que estaba receloso desde el momento en que había visto abrir al infante un secreto en el cofrecillo.

—Pues fuiste afortunado, porque estas joyas valen más de lo que crees.

—¿Y conviene a vuestra señoría comprármelas?

—Sí, sí, por cierto; me quedo con ellas—y el infante, después de haber transmitido estas palabras a Jacob, cerró el cofrecillo y le puso sobre el diván.

—¿Y cuánto me dará por esas joyas vuestra señoría?

—Te daré lo que mereces—dijo Jacob, interpretando la contestación del infante, que inmediatamente se levantó, y yendo reposadamente a una puerta la abrió y pronunció algunas palabras en árabe.

Inmediatamente entraron en la cámara diez o doce esclavos armados, se arrojaron de improviso sobre el bandido, le sujetaron, le desarmaron, dejándole en el traje interior que llevaba bajo la armadura, y atándole fuertemente de pies y manos y amordazándole para que no gritase, le llevaron, a pesar de sus desesperados esfuerzos de lobo rabioso, siguiendo al xeque Jacob, a quien había hablado algunas enérgicas palabras el infante. Poco después, los doce bandidos que había llevado consigo para resguardo Pedro el Negro, fueron desarmados y presos.

Entretanto, descendiendo por estrechas escaleras y atravesando húmedos pasadizos, Pedro el Negro fué conducido a una lóbrega mazmorra; allí le desataron, le quitaron las vendas de los ojos y la mordaza, y el bandido se encontró en una lóbrega y sucia estancia, entre dos esclavos africanos delante de una mesa, tras de la cual estaba sentado Jacob, teniendo delante una lámpara encendida, un pergamino y un tintero. Al lado de Pedro el Negro había una horrible rueda de tormento, y sus ojos espantados hubieran podido ver en el oscuro fondo del calabozo la cabeza pálida y la mirada anhelante e inquieta de Abu'l Sayd.

—¿Por qué me habéis tratado así?—dijo sin esperar a que se le interrogase.

—Te tratamos como debe tratarse en todos los pueblos a los ladrones y a los asesinos—contestó con severidad Jacob.

—¿Y qué razones tenéis—dijo afectando indignación, a lo que le ayudaba la rabia de que se hallaba poseído—para llamarme asesino y ladrón?

—Si no lo eres, justificate, porque las joyas que nos has

presentado te acusan. ¿Conoces a la persona que poseía esas joyas?

Pedro temía comprometerse si confesaba la verdad, y negó rotundamente, afirmándose en su cuento del saqueo de Ariza.

—Medita, que estamos resueltos a todo..., a todo, por saber lo que nos quieres callar.

La expresión con que pronunció el xequé estas palabras inquietó seriamente a Pedro el Negro. Comprendió con la viveza de su imaginación que, por una casualidad funesta, aquellas joyas le habían denunciado; recordó la extraña manera de su conocimiento con Leila; el extraño ascendiente que desde el momento había ejercido sobre él, el que ejercía sobre Isabel y sobre el infante don Juan; el oro que salía a raudales de sus manos; todos sus actos, que se encaminaban a hacerse poderosa y fuerte; todo cuanto había observado desde su conocimiento con ella; últimamente, que de su casa había salido la comisión que había llevado a las Alpujarras; meditó en que acaso aquella mujer estaba a sueldo del infante Abu'l Sayd, como un agente en la corte de Castilla, y conoció que debía negar de todo punto hasta el último extremo que la conocía, puesto que cuando con tanto interés se le preguntaba por el poseedor de las joyas, no tenían noticias de ella, y acaso podían acusarlo de su muerte.

Dar lugar a esta sospecha era someterse a un peligro inminente, dado caso de que aquella mujer tan hermosa, tan tentadora, fuese amante de aquel maldito infante moro que le tenía desarmado en su poder.

Pedro el Negro, que, al fin, aunque no fuese más que por costumbre, era cristiano, sintió sobre sí la mano de Dios, se le oprimió el corazón como si aquellos lóbregos muros le comprimiesen, se arrepintió en el fondo de su alma de todos los crímenes, prometió a Dios meterse ermitaño, si le sacaba de aquel peligro, y siguiendo el proverbio aquel que dice: «Ayúdate si quieres que Dios te ayude», se decidió a callar cuanto sabía acerca de Leila, que para él no era conocida más que como Gastón, cuando la joven representaba a un paje, o como doña Ana, cuando se dejaba ver como mujer.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El xequé Jacob apuró con él, con esa gravedad y esa paciencia peculiar de los moros, cuantos recursos le sugirió su talento para arrancarle una contradicción por medio de un interrogatorio cap-

cioso. Pedro el Negro sostuvo, impasible, que había encontrado aquellas joyas un año antes en Ariza. Irritado el xeque por la tenacidad de Pedro el Negro, mandó a los esclavos que le pusiesen en la rueda.

Pedro el Negro protestó en vano, resistió en vano, y al fin fué suspendido, y la rueda empezó a girar, uniendo su rechinar a los alaridos del atormentado.

Pedro el Negro era valiente, pero como no cerraba sus labios el honor, sino el terror, cedió como cedemos siempre a las exigencias naturales cuando no hay una razón poderosa que hable en nosotros más alto que el temor a la muerte; éste era el que obligaba a callar a Pedro el Negro, y eran tan atroces los tormentos que sentía, que se creyó morir.

—Yo lo diré, yo lo diré todo—exclamó con acento angustioso, pero tarde para salvar la vida; los esclavos africanos, más feroces que los verdugos del rey don Pedro, habían hecho girar con más velocidad la rueda, y cuando Jacob mandó suspender el tormento, a más de haberse dislocado las articulaciones, había sufrido lesiones mortales en la espina dorsal.

Pedro el Negro fué puesto en una camilla, y empezó de nuevo el interrogatorio.

—¿Conoces a la dueña de las alhajas que nos has presentado?

—Sí—dijo Pedro el Negro, haciendo un penoso esfuerzo.

—¿Es mora o cristiana?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabes, si la conoces?

—No sé si es cristiana o mora, como no sé si es hombre o mujer.

—¿Cómo se llama?

—Gastón y doña Ana.

—¡Doña Ana!—murmuró de nuevo Jacob—. ¿Y no recuerdas algún acontecimiento notable acaecido por el tiempo en que la conociste?

—Sí, por cierto; sucedieron muchas cosas...; amaneció incendiada la herrería de Santa Clara y apareció don Fernán Gómez ahorcado en los matacanes de la puerta de Triana entre un moro y un judío.

—¿Sabes cómo se llama el moro?

—Sólo oí decir que era embajador de un infante moro rebelde.

—¿Fué en Sevilla donde conociste a esa mujer?

—En Sevilla fué.

—¿Y cómo fué tu conocimiento?

—¡Ay!, dejadme descansar, señor; me habéis destrozado..., siento aquí terribles dolores, en los riñones y en los hombros. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío, yo voy a morir—y lanzando un grito agudo se desmayó.

Dejó su asiento el xequé y se lanzó a la camilla; al mismo tiempo se abrió la puerta y entró en el calabozo Abu'l Sayd.

—Este hombre—dijo gravemente Jacob—no volverá de su desmayo sino para morir.

—¿Y no ha revelado?...

—Sí, sí, señor, pero a medias... Conoce a Leila y, según su revelación, anda entre los cristianos, a veces como hombre, a veces como mujer.

—¿Y se sabe dónde está?

—En Sevilla...

—¡En Sevilla!, ¡en Sevilla! ¿Pero dónde? ¿Crees tú que sea fácil encontrar en Sevilla una persona?

—La haremos buscar.

—¿Y por quién?, ¿por quién?—exclamó con desaliento el infante.

—¡Por quién!—exclamó Jacob como iluminado por una inspiración—: por el tesorero del rey, que sin duda la conoce, puesto que don Simuel es quien nos envía las sesenta mil doblas.

—¡Oh!, ¡dices bien! Poco importa que muera ese hombre o viva... con tal de que al robarla no la haya asesinado... Pero no..., no... Dios, que me hace tener noticias tuyas, no me las habría enviado después de habérmela arrebatado. ¡Oh!, no sabes cuánto la amo, Jacob; por una mirada de amor de sus ojos cambiaría el reino de Granada; y ella me ama, sí, ella me ama..., es mi arcángel.

Jacob movió la cabeza en ademán de duda.

—¿Y por qué, si no me ama, me envía esas sesenta mil doblas? ¿Acaso ese tesoro que ese hombre ha traído no puede ser que me haya sido enviado de ese modo como para tentar su codicia haciéndole pensar que yo pagaría más por esas joyas, para evitar, acaso, que se las apropiase, haciéndole concebir una mejor ganancia con su venta? ¿Acaso no venían en el cofrecillo esas cartas mías y de don Simuel, cuya pérdida me tenía tan inquieto no sabiendo si habían ido a parar a manos del rey don Pedro? ¿Y ese tósigo tan

activo, no quiere decir claramente: lucha y muere antes que deshonorarte?

Como sucede muchas veces en la vida, Abu'l Sayd interpretaba como hechos deliberados en su favor lo que sólo eran casualidades.

—¿Pero cómo no te escribe, si es como piensas, señor? —dijo receloso Jacob.

—Acaso no encuentre persona que le inspire confianza; acaso su presencia en Castilla me es más útil que un ejército; y es necesario contribuir por nuestra parte a tan sublimes esfuerzos. Escucha; mañana parte a Granada; tú tienes mil medios, sin comprometerte, de ponerte en comunicación con la sultana Kinsu'l-Llemal; dale ese libramiento y que compre, que pague al walí de los berberiscos, que se apodere de la Alhambra y que haga aclamar a su hijo Ismail. Escucha; llévate contigo esos doce cristianos y véndelos: son jóvenes y robustos, y bien podremos sacar por ellos algunos cientos de doblas. Yo entretanto procuraré reunir un ejército con el valor de las joyas de Leila, y cuando sea rey Ismail le arrojaré a mi vez del trono y me sentaré en él. Vamos, es necesario obrar pronto..., la actividad es acaso la fortuna.

—¿Y ese hombre?—dijo Jacob, señalando a Pedro el Negro.

—Le enviaré mi sabio médico. Si vive, sabremos cuanto él sepa, y si muere..., antes de morir nos ha dicho bastante.

Dicho esto, salieron el infante y el xequé; el bandido quedó en el calabozo, desmayado aún y guardado por los dos esclavos.

Al día siguiente, al amanecer, aquellos dos esclavos salieron por un postigo del castillo, llevando con gran trabajo un bulto metido en un saco; se perdieron entre las quebraduras, llegaron a una rambla, abrieron un hoyo y arrojaron en él y enterraron un cadáver, que sacaron del saco.

Aquel cadáver era el de Pedro el Negro, que había expiado con una muerte horrorosa los numerosos crímenes con que había manchado su vida.

CAPITULO XI

A la misma hora en que de una manera tan miserable era enterrado Pedro el Negro en tierras de infieles, harto ajena del desastroso fin de su amante, entraba Isabel a

caballo, disfrazada también, como sabía hacerlo, de paje, en el Coso de Zaragoza. Pero Isabel no iba sola; antes por el contrario, magníficamente acompañada, o por mejor decir, formando parte del respetable acompañamiento de una litera, que, conducida por dos mulas, iba rodeada de un centenar de lanzas. Estas lanzas, a poco que se observasen los semblantes de los hombres de armas que las constituían, eran, ni más ni menos, hermanos de Nuestra Señora de Rocamadour.

Al frente de estos pseudoperegrinos, iba un joven capitán armado de todas armas, oprimiendo los lomos de un corcel de batalla y cubierto de ricas galas sobre el arnés; los buenos y bravos aragoneses que acudían al Coso en busca de trabajo se admiraban de que brillase tanta valentía y tanta bravura en la mirada de aquel capitán, tan rapaz, que apenas parecía contar quince años y que era tan hermoso como una dama.

Nuestros lectores habrán comprendido que aquel joven caballero no era otro que Leila.

Por más que en aquellos tiempos de guerras y revueltas estuviesen acostumbrados los buenos ciudadanos de Zaragoza a ver lucidos escuadrones de hombres de armas, eran tan completos los arneses de hombres y caballos de los aventureros del sin ventura Pedro el Negro, tan luciente el hierro de aquellos arneses, tan iguales entre sí, que no podían menos de maravillarse y de preguntar de qué parte venían tan buenos soldados. Esto mismo que pensaban los pobres villanos jornaleros, pensó sin duda un caballero que desembocaba a pie por una esquina, y que se detuvo admirado al ver el escuadrón.

—¡Por San Dionisio!—exclamó en mal castellano con un marcado acento bretón, encarándose con Leila—; ¿me podréis decir, caballero, de dónde habéis sacado tan buenos hombres, tan buenos arneses y tan excelentes corceles?

—Los he sacado de mi bolsa, caballero—contestó Leila, posando en el incógnito una penetrante mirada.

—Pues, por Barrabás, doncel, que vuestra bolsa debe ser honda y ancha cuando ha podido salir de ella todo eso—. Y el caballero, que iba por cierto bien pobre y desaseadamente vestido, no queriendo sin duda ser importuno, saludó con la mano a Leila, e iba a alejarse, cuando la joven le detuvo con un ademán.

—Permitidme, ya que me habéis hecho dos preguntas, que yo os haga otras dos. ¿Quién sois?

—Justo es que os responda. Yo soy el Dogo de Bretaña.

—El Gran Condestable de Francia!—exclamó Leila con alegría.

—Esto es, Beltrán Duguesclin, si os place para serviros, caballero, y permitidme, ya que me habéis preguntado mi nombre: ¿cuál es el vuestro?

—El mío! ¡Bah! El mío es un nombre oscuro. Me llamo don Gastón Téllez.

—¡Don Gastón! ¿Sois caballero?

—Caballero soy.

—¿Y quién os ha calzado la espuela, mancebo?

—El rey don Pedro el Cruel—contestó con intención Leila.

—Pues dicen que el rey don Pedro no hace a todos caballeros.

—Es verdad; el rey don Pedro necesita conocer alguna hazaña en aquel a quien ha de conferir la orden de caballería.

—Hazañas, ¡eh!; pues, por muchas que hayáis hecho a vuestra edad, bien puede caber su relato en un pergamino mucho más reducido que vuestra bolsa.

—Tenéis razón, caballero, tenéis razón; para serviros, y adiós; voy de prisa. Y haciendo saltar con una admirable maestría a su caballo junto a Duguesclin, que hubo de dar otro admirable salto atrás para no ser pisado, Leila, al llegar a cierta distancia, blandió su lanza en el aire como para saludarle y, al blandirla, la rompió en tres pedazos que partieron silbando.

Después de aquel alarde de fuerza maravilloso en sus años, arrojó el trozo de lanza que le quedó en la mano y pasó, lanzando a Duguesclin una insolente carcajada. El célebre bretón, el gran capitán de Francia, quedó inmóvil como una estatua en el lugar en que se encontraba, con los ojos desmesuradamente abiertos, como quien ha visto una cosa maravillosa. Luego recogió uno de los trozos de la lanza y la examinó.

—Pues no, no—dijo—; por todos los santos del cielo, que no es de pino, sino de buen roble cortado en sazón y curado; una verdadera lanza de guerra con la que, a no haber sido rota, me atrevería a descabargar a diez gendarmes. ¿De dónde ha salido ese prodigio? Buen jinete, buena lanza, buen capitán. El bravo Sir Hugo de Caberley no lleva mejor aderezada su gente, ni llevan ventaja a la de ese rapaz mis formidables compañías blancas. Y es una mujer, sí, por

San Dionisio; sólo una mujer mira y se ríe de una manera tan audaz, tan sonora y tan insolente. Y bien, siendo una mujer, lo comprendo; siempre tienen ellas el diablo en el cuerpo, y, como buen huésped, siempre está el diablo dispuesto a ayudarlas; es una mujer, y una mujer hermosísima... ¡Hum!—y el bravo Duguesclin se pasó la mano por los ojos, se alifó el bigote, siguió su camino y entró en una casa cercana.

Como hemos visto, el experimentado bretón había sido más perspicaz que todos los que hasta entonces, desde su llegada a Castilla, habían tratado a Leila; bien es verdad que ésta, desde que había pasado las fronteras de Aragón, se había cuidado muy poco de disfrazar lo que había de mujerial en sus maneras.

Leila se alejó con la litera y con las lanzas por una calle de atravesía, y llegó a una plazuela irregular en cuyo fondo había un caserón enorme con un gran escudo sobre la puerta y enorme balcón sobre el escudo. Isabel adelantó, llamó, apareció un hombre por un ventanillo de la puerta, y después de algunas preguntas y respuestas, la puerta se abrió y apareció un antiguo conocido nuestro: el escribano Alvar Yáñez.

—¡Ah!, por fin habéis venido—dijo el escribano—. Y no habéis tardado mucho, a fe; apenas he tenido tiempo desde que me escribisteis para buscaros casa.

—¿Y es capaz y bastante para toda mi gente?

—Entrad y juzgaréis.

Abrió el escribano de par en par las dos hojas del portalón y entró la litera y entraron los hombres de armas en un inmenso patio.

—¡Hola!, Pero Álvarez—dijo Leila, echando pie a tierra—. Los caballos a las cuadras, y la gente a descansar; que no se desmande ninguno; acercad la litera a las escaleras.

Leila abrió la litera y de ella salió una mujer que también nos es muy conocida: doña Aldonza Coronel, pálida y triste, en traje de camino.

—¿Hemos llegado ya?—dijo, no pudiendo disimular su terror.

—Sí, sí, por cierto, señora; apoyaos en mi brazo; venid con nosotros, señor Alvar Yáñez.

Leila, doña Aldonza, Isabel y Alvar Yáñez subieron unas anchas escaleras, atravesaron un corredor, y después de una enorme antecámara, entraron en una cámara amueblada

dignamente, con lujo, verdadera cámara de palacio, que recibía sus luces de un gran balcón que daba a la plazuela sobre la puerta principal. Cuando llegaron allí, Leila llevó a doña Aldonza a un estrado y se sentó al otro extremo como quien descansa de una larga jornada. Isabel se entregó a la inspección de las habitaciones adyacentes, y Alvar Yáñez permaneció de pie delante del estrado.

—Creo que habréis comprendido—dijo Leila al escribano—que quiero vivir el tiempo que esté en Zaragoza noblemente.

—Tanto lo he comprendido, que ya veis, señor...

—Llamadme señora—dijo Leila—. Doña Aldonza me conoce, y no hay por qué guardar misterios con ella.

—Pues bien, señora, a pesar del poco tiempo que habéis tardado en llegar, ya veis; os tengo preparado un palacio en que no hace mucho tiempo vivían los justicias de Aragón.

—¿Y servidumbre?

—Dos maestresalas, un cocinero, seis escuderos, seis pajes y seis palafreneros.

—Bien, muy bien; creo que estamos en estado de poder recibir con decoro; os doy las gracias por ello.

—Será necesario que me deis dinero, con arreglo a esta cuenta—dijo Alvar Yáñez, sacando un largo pergamino de su escarcela.

Leila tomó el pergamino, y sin leer ninguna de las partidas se fué a la suma total.

—Quinientos escudos—dijo—; bien... Estoy segura de que me robáis las dos terceras partes de este dinero.

—¡Señora!...

—No importa: el que ha de ser servido ha de ser robado; sólo es de desear que aun así se nos sirva bien; bajad, haced descargar las acémilas y que suban mis cofres; volved después.

Alvar Yáñez salió, y Leila y doña Aldonza quedaron solas; esta última, visiblemente contrariada, tenía constantemente fija su mirada en la alfombra, como si temiera arrostrar la mirada que Leila tenía fija en ella.

—¡Cuántas cosas han pasado en un mes!—dijo al fin la joven—; por cierto que, cuando vos vivíais en el convento de Santa Clara del Campo, no pensabais que habíais de volver tan pronto al lado de vuestro esposo. Estoy segura de que esto será una grata sorpresa para el señor Alvar Pérez de Guzmán, que, según dicen, os ama con toda su alma.

—¿Qué os he hecho yo?—dijo tímidamente doña Aldonza—, para que os venguéis de mí.

—¡Que me vengo de vos! He aquí un buen modo de agradecer los beneficios.

—¡Vuestros beneficios son terribles!—exclamó doña Aldonza.

—Y decidme, ¿qué hubiera sido de vos sin mí? Recordad bien: hace muy poco tiempo que pasaron los sucesos que os voy a indicar, para que no los tengáis fijos en la memoria: hubo un día en que, ausente el rey de Sevilla, vigilante y armada la traición, estuvisteis a punto de vencer, de apoderaros del trono, de la corte; pero, sin saber cómo, la traición fué vencida, y vos, que os encaminabais triunfante al alcázar, acometida, cercada, amenazada por una multitud furiosa. ¿Quién os salvó de las picas y de los palos de aquella canalla? Yo con mis gentes. ¿Quién os tuvo después oculta, recatada, de modo que el rey no pudiese dar con vos? Yo también. ¿Quién os ha sacado en seguridad de Castilla y os devuelve a vuestro esposo? Yo, siempre yo... ¿Y a esto llamáis beneficios terribles? Vamos, doña Aldonza, debéis confesar que sois muy desagradecida.

—Entre mujeres como nosotras, todo se comprende—dijo doña Aldonza—; vos me aborrecéis como yo os aborrezco desde el momento en que os vi; habéis engañado a todo el mundo con vuestros disfraces y vuestra astucia; pero a mí no pudisteis engañarme; yo vi desde el primer momento en vos una mujer, y una mujer enamorada de Men Rodríguez, como vos visteis en mí una mujer amante y amada por el hombre que no había sabido descubrir bajo vuestro disfraz una mujer que le amaba con ese amor desesperado que nos inspira el odio de aquel que amamos. Desde entonces vos tenéis sed de mi sangre, como yo la tengo de la vuestra; a vos os ayuda el infierno, disponéis de un poder misterioso y pudisteis contrarrestar mis designios y los de mis parciales y apoderaros de mí. ¡Que me habéis salvado! Sí, es verdad: para vos era pequeña venganza mi muerte; la queríais mayor, queríais humillarme y habéis hecho cuanto ha estado en vuestra mano para ello; queríais condenarme a una muerte terrible y me habéis traído para entregarme a mi esposo, que lo sabe todo... Y esto es muy cruel..., sí...; cruel hasta el último punto posible; yo no hubiera obrado así con vos; mis celos os hubieran matado, pero nunca se me hubiera ocurrido entregaros a un martirio lento...

—¡Porque vos no sabéis amar!—exclamó Leila con la voz opaca y convulsa por el odio—; porque no sabéis cuánto aborrecimiento, cuánta rabia, cuánta sed de venganza inspira en una mujer como yo saber que otra mujer ha ganado al hombre amado, ha sonreído ebria de felicidad en sus ojos, le ha tenido suyo, enteramente suyo. ¡Oh! ¡Oh! No tenéis vos la culpa... Pero... de una manera inevitable necesito que paguéis con un tormento sin fin esa felicidad que habéis gozado, por lo que yo sufro y me estremezco de furor, y me he manchado en sangre y me mancharé...

—Pues bien, matadme—dijo con desesperación doña Aldonza—, pero no me entreguéis a mi esposo; matadme con una muerte lenta, cruel: tengo valor para sufrirla... Pero ¡por Dios!, señora, por la vida de ese adorado Men Rodríguez, no me entreguéis a la vergüenza y al llanto toda mi vida.

—¡Mataos vos! ¡Robaos a mi venganza!

—¡Oh! Es que me falta valor, señora...

—No; es que tenéis esperanza...

—¡Esperanza!

—Sí, esperanza de que un acaso os vuelva a vuestro Men Rodríguez; esperanza de ser acaso su esposa... Vos no os atrevéis a mataros... pero no dudaríais en envenenar a vuestro esposo para quedaros viuda...

—¡Ah!—exclamó doña Aldonza lanzando un gemido ahogado.

—Vos decís que me comprendéis; yo no lo he dicho; pero ya veis cuán bien os comprendo; habéis dicho bien: soy la más fuerte; estoy en posición de vengarme y me vengo...

—Dios os castigará.

—Castígueme en buena hora; creedme doña Aldonza: más fácil os sería libraros de una pantera hambrienta que os tuviese entre sus garras, que de mi venganza; porque amáis a Men Rodríguez... y escuchad: Men Rodríguez no os ama: le parecisteis hermosa, os encontró en su camino, teníais sobrados encantos para hacer gratos a un hombre algunos momentos pasados a vuestro lado, hasta el encanto de la pureza, pero para vuestro mal. Men Rodríguez no os abandonó, porque no tuvo tiempo para ello; pero os hubiera abandonado, porque nunca os ha amado más que con un loco galanteo de mancebo; a quien ama Men Rodríguez, antes que todo, no es a vos ni a mí, sino a una

mujer que vale para él más que vos y que yo...; vos no conocéis esa mujer.

—¡Doña Isabel Núñez de Lara!

—Vuestros celos os lo dicen... Pero descuidad..., yo me vengaré también de esa mujer..., yo he de hacerla sufrir mi odio como a todas las que le amen... Porque mi amor es un amor de Satanás, un amor que exterminará a todo lo que cause mis celos.

Doña Aldonza se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar; Leila la contemplaba de una manera sombría; en aquel momento apareció Isabel.

—Y bien—le dijo Leila—: ¿es habitable este caserón?...

—Puede pasar, se conoce que el señor Alvar Yáñez ha hecho cuanto ha estado de su parte.

—¿Y la habitación de doña Aldonza?

—Hay un gabinete en que esta señora se encontrará sin duda bien; tiene ventanas a un hermoso jardín.

—¿Ventanas?—exclamó con recelo Leila.

—Ventanas con rejas—repuso Isabel.

—¡Una prisión!—exclamó doña Aldonza.

—Pero prisión de que vendrá a sacaros vuestro esposo. Creedme: id, descansad, serenaos; preparaos a un combate de astucia: Alvar Pérez de Guzmán os ama, está ansioso de poseeros...; hacledle vuestro señor, y... os perdonará.

—¡Pertener yo a ese hombre por terror! ¡No, no, antes la muerte!

—Haréis lo que mejor os plazca...; pero tomad mi consejo, id y descansad.

Doña Aldonza se levantó y siguió a Isabel; Leila quedó sola en la cámara. Poco después entró Alvar Yáñez.

—Vuestros cofres, señora—dijo—, están ya en la habitación que he destinado para ellos.

—Veamos, pues, si habéis tenido acierto.

El escribano y Leila se trasladaron a una habitación, en la que se entraba por el dormitorio destinado a la joven y que no tenía otra salida: una fuerte ventana con rejas daba sobre un jardín, y la puerta de entrada era fuerte. En el centro de la habitación había como una docena de grandes cofres; Leila fué a uno, le abrió y sacó de él un pesado saco de cuero.

—Aquí hay dos mil escudos en oro—dijo—: satisfaced de ello lo que debáis; además—dijo la joven, sacando del mismo cofre un pergamino en que estaba pintado un blasón—, id a la mejor bordadora de la ciudad y que borde este blasón en un estandarte.

—¡Cómo! ¿Vais a levantar bandera?

—Nada os importa lo que yo quiero hacer, pagad cuanto quieran por concluir pronto; quiero bordado ese estandarte dentro de tres días.

—Y bien, el oro hace milagros; el estandarte estará.

—Ahora bien—dijo Leila, empezando a deshebillarse su magnífico arnés de guerra, cuyas piezas caían una a una sobre el pavimento—¿qué habéis hecho desde vuestra llegada?

—He comido tres veces con el marqués de Tortosa.

—El resultado—dijo Leila, tomando de un cofre un magnífico ropón y poniéndoselo sobre el traje interior.

—El rey de Aragón acepta.

—¿Y qué seguridades dan del dinero que ha de entregarseles?

—Los castillos de Murviedro y Tarazona, con sus villas y jurisdicción.

—Bien; pues concluid cuanto antes.

—Ya que están aquí, lo que yo ciertamente no esperaba, ¿por qué no tomáis a vuestro cargo...?

—No quiero dar la cara a estos asuntos. ¿Y qué noticias tenemos?

—La muerte del maestro de Santiago ha causado aquí una impresión terrible, y sólo espera el conde de Trastámara que el delfín de Francia, a nombre de su padre el rey Juan, le envíe las famosas «compañías blancas».

—Y decidme, ¿qué hace aquí el famoso condestable de Francia, Beltrán Duguesclin?

—Viene, como capitán de las compañías, a tratar del sueldo; hace algunos días que ha llegado, y estaba próximo a marchar de nuevo, cuando le detuvo la proposición que por vuestro encargo hice al rey de Aragón.

—Bien, muy bien; ¿es decir, que dentro de poco rompemos por la frontera?

—Me parece temprano—dijo, moviendo la cabeza con desconfianza, el escribano—. Don Pedro está ahora más fuerte que nunca, cuenta con sus propias fuerzas, que son formidables; y, en caso de necesidad, con la alianza de los reyes de Navarra y Granada.

Leila meditó un momento.

—Dentro de poco—dijo al fin—hemos de ver si es tanta como se cree la fuerza del rey don Pedro. ¿Dónde vive el conde de Trastámara?

—Con el rey de Aragón, en el castillo de la Aljafería.

—Es menester que vayáis a anunciarle que un caballero castellano irá a verle esta tarde; antes quiero que vayáis a casa del señor Alvar Pérez de Guzmán y le digáis que venga al momento, si quiere recibir noticias de su esposa de un caballero que acaba de llegar de Castilla. De paso, decid a Pero Alvarez que suba.

El escribano salió, y poco después Pero Alvarez, desarmado ya, estaba delante de la joven.

—Pondrás—dijo Leila al aventurero—una guardia de cuatro hombres a la puerta de casa, que quiero que esté abierta a la mirada de todos; que esos hombres se conduzcan como deben conducirse soldados de un capitán noble y valiente. Esta guardia se relevará todos los días; la demás gente puede salir desde medio día hasta la queda; pero que tengan en cuenta que castigaré con excesivo rigor cualquier exceso. Vete.

Pero Alvarez salió. Leila fué a la habitación donde tenía sus cofres; abrió uno, sacó de él un rollo de pergaminos y le guardó en su escarcela.

No había transcurrido una hora después de la salida en comisión de Alvar Yáñez, cuando un hidalgo, ricamente vestido, acompañado de dos pajes, llegó a la casa de Leila; se hizo anunciar con el nombre de Alvar Pérez de Guzmán, y fué introducido en una de las cámaras de la casa. En ella Leila, servida por Isabel, almorzaba.

Alvar Pérez de Guzmán, que era un caballero como de cuarenta años, feo, de aspecto severo, fisonomía ruda y altiva y mirada dura e insolente, se mostró un tanto contrariado al verse recibido con tanta llaneza. Leila ni aun se había levantado a su llegada, y le miraba de hito en hito de una manera particular.

—Perdonad, caballero, si os recibo de este modo—le dijo—; hemos caminado toda la noche, acabamos de llegar y estoy cansado..., muy cansado... Además, creo que el asunto para que os llamo me dispensa de la premura con que os he avisado y de la manera como os recibo; sentaos y, si gustáis, almorzad conmigo.

Alvar Pérez se sentó en un sillón que le había presentado Isabel, y contestó sin quitar de sobre Leila una mirada profundamente observadora.

—¿Sois, por ventura, don Gastón Téllez—le dijo.

—Don Gastón Téllez soy.

—Es singular: yo conocí mucho a vuestro padre, si es que sois hijo de don Alfón Téllez.

—¡Ah!, ¿habéis conocido a mi padre?

—Mucho; por cierto que cuando huyó de Castilla...

—Es verdad, y veo que no os equivocáis

—Me parecís, sin embargo, demasiado joven. Alfón Téllez huyó hace dieciocho años, por no sé qué venganzas que quiso tomar de...

—Sí, en efecto; mi padre fué a Granada.

—De donde no volvió...

—¿Y quién os ha dicho que no volvió?—dijo con disgusto Leila.

—Perdonad, caballero; pero sois un vivo retrato de la esposa de mi amigo Téllez, la desgraciada doña Teresa de Ulloa.

—¿Y qué tiene de extraño que me parezca a ella, si soy su hijo.

—No sabía que hubiese tenido más que una hija el matrimonio..., pero...

—Perdonad, señor Alvar Pérez; en otra ocasión os referiré cómo puede ser que yo sea hijo varón de don Alfón Téllez y de doña Teresa de Ulloa; son secretos de familia, para aclarar los cuales sería necesario contaros una historia; paréceme más urgente que hablemos de vuestra mujer, de la que debéis haber recibido algunas noticias por medio del señor Pero Carrillo, que, según creo, es mayordomo de don Enrique y a cuyo cargo pusisteis a doña Aldonza...

Alvar Pérez de Guzmán se sonrojó y miró con inquietud a Isabel.

—Alzad los manteles, señor Florismán—dijo Leila—, y traedme una cajita de ébano que encontraréis sobre la mesa de mi cámara.

Poco después quedaron solos Alvar Pérez de Guzmán y Leila, que puso delante de sí, sobre la mesa, una pequeña caja que le había traído Isabel.

—Como os decía—prosiguió Leila—, el señor Pero Carrillo os habrá dicho...

—El señor Pero Carrillo sólo me ha contado que fué denunciado al rey, que se salvó milagrosamente arrojándose por una ventana al Guadalquivir, y que logró ponerse a cubierto en la frontera de Aragón mediante un seguro real que le procuró la Padilla.

—¡Excelente mujer que salva a sus enemigos!—dijo con sarcasmo Leila.

—¡Oh!, ¡doña María es un ángel! No hay un solo enemigo del rey don Pedro que no la ame.

—Pues mirad, yo conozco a algún enemigo de don Pedro que aborrece a doña María.

—Su enemigo es, sin duda, alguna mujer abandonada por el rey, celosa...; acaso su enemigo es...

—No sospecháis en vano, señor Alvar Pérez...; si os referís a vuestra esposa, os engaños.

—¡Mi esposa! ¿Y quién ha nombrado a mi esposa, caballero?—exclamó con precipitación el noble.

—Nada tiene de extraño que penséis con arreglo a lo que se ha mentado y murmurado; doña Aldonza durante tres días ha pasado en Sevilla por la afortunada rival de doña María; pero esto no es exacto; el rey sabía que se le había tendido un lazo con la hermosura de vuestra esposa...

—¡Caballero!

—No hago más que relatar hechos: vuestra esposa estaba sedienta de la sangre del rey por causa de la desastrosa muerte de su padre don Alonso Fernández Coronel, de su cuñado don Juan de la Cerda y de su hermana doña María; doña Aldonza se allanó a todo por su venganza, y...

—¡Fué amante del rey!—exclamó torvamente Alvar Pérez—. Bien; todo eso lo sé y podéis dispensaros.

—Es que vos no sabéis nada...

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que el odio de doña Aldonza hubiera podido disculparos su venganza, aunque se hubiera valido de medios poco honrosos; pero doña Aldonza ni se ha vengado, porque no ha podido, ni se ha deshonrado, porque no la ha amado ni aun la ha deseado el rey.

—Un pueblo entero testifica de la torpe conducta de doña Aldonza.

—Ese pueblo se ha engañado doblemente, creyendo primero en los amores del rey con doña Aldonza, después, en su muerte. El rey, os lo repito, volvió en contra de doña Aldonza sus amañes, la puso en la Torre del Oro, la engalanó con brocados y joyas, le dió la servidumbre de una reina y la hizo odiosa al pueblo. Hubo un momento en que doña Aldonza, creyéndose segura del triunfo, se vió acometida, insultada, amenazada, a las mismas puertas del alcázar... Su servidumbre la abandonó, su litera fué hecha pedazos...; pero hubo una persona a quien los sublevados respetaban, y pudo salvarla... Esa persona fuí yo.

—¿Y qué motivos os impulsaron?...

—¡Qué motivos! Vos mismo habéis dicho que mi padre fué vuestro amigo... Además, ¿quién no había de amparar a

una dama tan hermosa y tan desgraciada? Durante el tiempo que ha transcurrido desde aquel momento, yo, que me veía obligado a estar oculto en Sevilla, la he traído conmigo. Llegó un momento en que pude venir a ofrecerme a don Enrique con mi persona y mi bandera; he aprovechado la ocasión de traerlos a vuestra esposa, y aquí la tenéis.

Una conmoción profunda alteró el semblante de Alvar Pérez, al saber que tenía tan cerca de sí a doña Aldonza; comprendíase en él una de esas pasiones que por todo pasan, que todo lo arrostran en cambio de una concesión; que hacen del hombre más enérgico el esclavo de una mujer; pero que cuando son tenazmente contrariadas, engendran una de esas lentas y cobardes venganzas que horrorizan. Leila comprendió que doña Aldonza aborrecía demasiado a Alvar Pérez para hacerle descender a una de estas venganzas mezquinas, y sintió una alegría cruel en el fondo de su alma.

—¿Conque está aquí? ¿Conque la habéis traído con vos?—contestó, sin poder contenerse, Alvar Pérez—. Dispensadme, caballero, pero quiero verla...; la amo tanto, que creo sin dificultad, que deseo creer que es más desgraciada que criminal.

—Doña Aldonza, caballero—dijo profundamente Leila—, ha obrado como ha podido obrar; otra en su caso hubiera ido más lejos. Tenéis en vuestra mujer un tesoro que puede haceros feliz.

—No, no—exclamó con desaliento el noble—; su padre y yo nos engañamos; creímos que, tan joven y tan pura, me amaría después de nuestro casamiento, pero doña Aldonza ha tenido bastante fuerza de voluntad para desesperarme, bastante valor y firmeza para resistir a mis súplicas y a mis amenazas. Pero, sin embargo, téngala yo al menos a mi lado, véala todos los días y seré menos desgraciado.

—Acaso la experiencia y los desengaños de doña Aldonza sean más poderosos para procuraros su amor que lo han sido vuestras súplicas y vuestras amenazas; pero veo que estáis impaciente... Tomad ese cofrecillo que pertenece a vuestra esposa y seguidme.

—¿Y qué hay en este cofrecillo?...

—Algunas joyas, algunos pergaminos que pertenecen a vuestra mujer y que podéis ver en vuestra casa.

Alvar Pérez miró con un recelo instintivo la caja; la sujetó en su cinturón y siguió a Leila, que le había acompañado para guiarle. Al salir de aquella cámara, Leila llamó a Isabel, que acudió.

—Señor Florismán—le dijo—, haced preparar la litera de la dama que hemos traído de Sevilla y que espere en el patio. Y siguió adelante. Poco después abrió una puerta y dijo a Alvar Pérez de Guzmán:

—He ahí a vuestra esposa, caballero.

Doña Aldonza, que estaba replegada, llorando, en un estrado, se levantó al oír las palabras que Leila había pronunciado con intención en voz alta.

—¿Quién habla aquí de esposas?—dijo—; aquí no hay más que una esposa de Dios.

Alvar Pérez, que adelantaba hacia doña Aldonza, retrocedió.

Leila permaneció en el marco de la puerta como una figura fatal.

—Una esposa de Dios—exclamó el noble—: vos, señora..., vos casada...

—¡Casada! Casada contra mi voluntad—exclamó doña Aldonza—. Casada con un hombre a quien aborrezco, y de quien no faltará quien me libre... Entendedlo bien, por más que una mujer infame me haya puesto en vuestras manos.

—¡Una mujer!—exclamó mirando profundamente a Leila—. ¡Oh!, ¡sí, ahora lo comprendo todo! Doña Ana Téllez de Ulloa...

—Sí, ¡vive Dios! Yo soy doña Ana Téllez; doña Ana, que ha venido a Castilla a vengar a sus padres y ha empezado a vengarlos: doña Ana, que ama y se venga de quien le ha robado su amor.

—¡Doña Ana!, ¡os vengáis de doña Aldonza entregándomela!

—Entregándoos a una esposa adúltera.

—¿Adúltera?—exclamó Alvar Pérez de Guzmán.

—Abrid ese cofrecillo, caballero, y juzgad; la llave está pendiente de él.

Doña Aldonza, aterrada y trémula, se cubrió el rostro con las manos y cayó en un sillón. Alvar Pérez fué a una ventana, puso el cofrecillo sobre su alféizar, y le abrió.

—¡Diamantes!—dijo.

—Diamantes regalados por el rey.

—¡Oh!—exclamó el noble, desenrollando unos pergaminos que había dentro del cofrecillo—. ¿Qué es esto?

—Las pruebas; cartas del dichoso amante de vuestra esposa; cartas que ésta tenía en tanto, que no las separaba de sí; ¡como que las llevaba consigo la noche del motín de Sevilla!

—¡Oh!, lo que acabáis de hacer es infame, y Dios os castigará por ello—exclamó doña Aldonza, levantándose y lanzando a Leila una mirada indescriptible.

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó Alvar Pérez, que tenía los ojos con una expresión espantosa en uno de los pergaminos. ¿Quién es este hombre?... ¡Y le amáis!... ¡Le amáis!...—exclamó Alvar Pérez, adelantando un paso hacia doña Aldonza con la mano puesta en la daga.

—Matadme en buen hora—le dijo—. Sí..., no lo niego..., no quiero negarlo...; vos no tenéis derecho alguno sobre mí..., sabíais que nunca sería vuestra..., que era imposible..., porque os aborrezco.

—Y yo he sufrido y callado, mientras habéis sido honrada; pero habéis manchado mi honor, le habéis manchado con escándalo, y no os mataré..., no..., pero temblad..., temblad..., temblad..., porque, sin mataros, la venganza que tomaré de mi afrenta será horrible.

Leila había previsto aquella venganza, y la aceptó con una sonrisa cruel.

—En cuanto a vos, doña Ana—dijo Alvar Pérez—, ignoro si debo daros las gracias o castigaros. El tiempo me dirá lo que debo hacer.

—Lo que debéis hacer—dijo con una calma glacial Leila—es salir y libraros de vuestra presencia, porque os desprecio tanto como a vuestra mujer.

Alvar Pérez palideció de cólera, y avanzó hacia Leila, que no se movió; para bien suyo recordó el noble los hombres de armas que había visto a la puerta de la casa y en el patio y, retrocediendo y quitando la mano de su espada, asió de doña Aldonza, la arrastró consigo y dijo a Leila, al pasar, con el semblante lívido de cólera:

—¡Guardaos!, ¡guardaos de mí!—. Y se alejó por una galería, bajó las escaleras y salió de la casa con doña Aldonza, mientras Leila murmuraba:

—¡No me satisface mi venganza sobre doña Aldonza! Es débil, pero me estorbaba y necesitaba deshacerme de ella de cualquier modo... Allá se las componga con Alvar Pérez de Guzmán.

CAPITULO XII

Aquella tarde, a puestas del sol, Leila, magníficamente vestida con un traje de caballero, ostentando brocados y es-

pueblas y cadenas de oro, acompañada de Alvar Yáñez, que iba humildemente vestido, y de dos escuderos, por respeto, salió de su casa y se encaminó a la Aljafería. Durante el tránsito, las buenas y robustas zaragozanas miraban sonriendo a Leila, y murmuraban de una manera que llegaba a los oídos de la joven:

—¡Dios le bendiga, y qué hermoso es el garzón!

Los hombres, a su paso, fruncían el gesto y murmuraban:

—He aquí cómo andan los tiempos; la orden de caballería se da ya al que más dinero tiene. ¡Valiente edad para hazañas!... Se les ha olvidado ponerle el babador.

También lo oía esto Leila, pero pasaba tan impasible a los insolentes sarcasmos de los hombres, como a los requiebros de las mujeres.

Había otra tercera clase que también dejaba oír su voz a Leila: eran mendigos; fuese por ostentación o por caridad, los dos escuderos que la acompañaban daban una moneda de plata a cuantos encontraban, que en aquellos tiempos de guerra, peste y hambre y otras mil calamidades, eran muchos. Cuando uno de estos desdichados, al ver de una manera imprevista y milagrosa en sus manos una moneda de plata, exclamaba con toda la efusión de su alma y a veces con lágrimas: «¡Dios bendiga al buen señor y le dé gloria por su caridad!» Leila se conmovía y, al conmoverse, murmuraba para sí:

—No, yo no soy mala; tengo caridad en el alma, amo el recuerdo de mis padres, amo a mi hermana..., lo amo todo..., menos a mis enemigos y a las mujeres que me disputan a Men Rodríguez; ellos son los que endurecen mi alma y la hacen cruel..., pero para ellos solos... Si no tuviera dolores que vengar, si me amara él, yo sería un ángel—y Leila tenía razón; perversa, infame y cruel en sus venganzas, su maldad era condicional, necesitaba estar excitada por una gran pasión.

Cuando llegaron a la Aljafería, Leila se vió obligada a esperar, a hacer antecámara; el conde de Trastámara o no sabía la importancia del personaje que iba a visitarle o, si lo sabía, quería darse la importancia de un soberano.

Leila, que aborrecía a don Enrique como aborrecía a don Pedro y a todos los hijos del rey don Alfonso XI, exceptuando a Beatriz, añadió esta humillación a su cuenta de odio contra don Enrique.

Mientras mal de su grado espera, aprovecharemos esta ocasión para decir a nuestros lectores por qué de una manera tan extraña, convertida en capitán de aventureros, alojándose en una casa ostentosa y llevando, al parecer, consigo grandes riquezas, se encontraba en Zaragoza Leila.

Desde el momento en que le robó Pedro el Negro, se apoderó de ella un terror oscuro; parecíale que la fortuna la abandonaba y, sobre todo, que había en Sevilla alguna persona misteriosa que la conocía y a cuyas asechanzas se encontraba expuesta; desde entonces pensó en alejarse algún tiempo de Sevilla, para hacer perder la pista; pero dudaba en la elección del lugar que elegiría para su residencia.

Lo primero que se le ocurrió fué trasladarse a Santiponce, a la torre donde vivía el judío Jonathan-Abi-Harum-ben-Sina; el odio que aquel hombre profesaba a don Pedro le había hecho simpático a Leila, y el misterio de su retiro y la proximidad a Sevilla la decidieron.

Causábale terror aquella casa, y se apresuró a ordenar sus efectos para trasladarse de ella; encontró que, aunque el robo había sido considerable, aún le quedaban doble número de alhajas y de más valor; echó de menos la correspondencia entre don Simuel Leví y Abu'l Sayd, y esto le confirmó en sus sospechas de que el judío era el autor del robo; pero, en cambio, encontró en uno de sus cofres un objeto que era para ella desconocido.

Era una voluminosa cartera de seda bordada, cerrada con una cinta y sellada.

—¿Quién ha puesto esto aquí?—dijo la joven, dando vueltas en sus manos a la cartera—. Este cofre no ha sido abierto por nadie sino por mí... ¡Ah!—exclamó, recordando—; ésta es la cartera que encontré en el atrio de San Gil la noche del motín, y de la que me había olvidado. ¿Qué contendrá esta cartera? Veámoslo.

Rompió el sello, desenvolvió la cartera de la cinta, la abrió y halló dentro de ella cuatro pergaminos doblados y sellados particularmente; tres de ellos tenían por sobrescrito: «A don Pero Ponce de León, señor de Arcos», y el otro, «Al Monje Negro de la cruz del Humilladero.»

Leila lanzó un grito al arrojar la vista sobre el contenido del primer pergamino; palideció al leer el segundo; lloró con el contenido del tercero, y lanzó un grito de placer al leer el cuarto, que se dirigía al monje negro, que estaba aún cerrado con tres sellos, siendo así que los otros tres estaban

abiertos; el contenido de aquel pergamino, que tanta alegría había causado a Leila, era el siguiente:

Al santo, al noble, al caritativo monje de la cruz del Humilladero.—Padre y señor: Os escribo desde tierra extraña, adonde me han arrojado las tiranías y las infamias que ha usado conmigo, con su más leal vasallo, el señor rey don Alonso el Onceno de Castilla; puesto que yo no he podido vengarme de él, que me vengue Dios. Voy a morir. Nada me queda más que el recuerdo de lo que he sido; mis Estados han sido confiscados por el mismo que me ha robado la tierra, y muero pobre y esclavo entre infieles.

Un compañero, un cautivo como yo, que ha tenido la fortuna de ser rescatado, lleva a don Pero Ponce de León una carta mía en que incluyo ésta para vos. No lo hago directamente, porque temo que no conociéndoos el mensajero, se pierda esta carta, tanto más cuanto el que la lleva va a Jerez, de donde es natural, y no a Sevilla. Confío en el honor de don Pero Ponce de León, que os la entregará.

Por aquí suena que el conde don Enrique hace la guerra al rey don Pedro; guerra impía que le ha dejado por herencia su padre; dicese también que son tales las tiranías y las crueldades del rey, que acaso esté cercano un día en que, arrojado don Pedro de su trono por el reino, se cija la corona don Enrique; en ese caso, si es rey justo, pedidle una reparación de mi afrenta; sí, pedidle que, ya que no puede satisfacer al padre, satisfaga a la hija..., porque bien lo sabéis, tengo una hija, una hija adorada, que es esclava como yo, a quien la compasión de nuestro amo permite que me vea, que me consuele...; por ella mi situación no es tan desgraciada, porque el infante Abu'l Sayd, que nos compró, la ama, y por su amor me lo concede todo, menos la libertad.

Esta hija es mi única esperanza de que mi nombre no perezca conmigo; pero es necesario libertarla; afortunadamente, ella no ama a Abu'l Sayd, y jamás será su esposa por violencia, porque es valiente como un león, porque Dios me ha dado en ella más que pudiera darme un hijo digno de mi raza.

A vos, y sólo a vos, diré los medios que pueden emplearse para salvar a mi hija doña Ana: al salir precipitadamente de Sevilla, sólo tuve tiempo para enterar en un sótano de mi casa solar en Sevilla mis alhajas y mis tesoros; este sótano está situado debajo del zaguán y en el rincón de la derecha frente a las escaleras, debajo de una piedra negra en una caja de hierro, en esa caja encontraréis diez quintales de

oro en castellanos del rey, don Alonso, y un cofrecillo con las joyas que fueron de mi madre, y después de mi mujer doña Teresa.

Pensar en librar a mi hija por un rescate, sería imposible; pero no lo sería tanto el enviar hombres astutos y determinados, que a fuerza de oro comprasen a las gentes que la guardan; vos sois sabio y compasivo y comprenderéis este último deseo de un padre que va a morir.

¿Qué más puedo deciros? Si tenéis sobre los hijos del rey don Alonso el mismo poder que tuvisteis para con aquel rey, de seguro quitaréis de sobre mi nombre la mancha de traición que le abruma, y devolveréis a mi hija, el lugar que le corresponde por su nacimiento.

Tened en cuenta que cuando esto escribo nubla ya mis ojos la muerte y que muero tranquilo en la confianza de que esta carta llegará a vuestras manos, y que llegando se cumplirá lo que en ella os pido.—Del Castillo de Valor, en las Alpujarras, a doce días del mes de mayo, año de nuestra redención de mil trescientos cincuenta y seis años.—Alfón Téllez, comendador de Santiago.

Leila en vista de esta carta, que venía a ser un testamento, y cuya procedencia misteriosa no supo explicarse, esperó a la noche, fué al lugar donde incendiadas y por tierra yacían las ruinas del solar de sus antepasados, y a fuerza de paciencia y trabajo, logró encontrar el sótano marcado en la carta y laténdole el corazón, llena de ansiedad e incertidumbre, cavó en el lugar señalado en el rincón de la derecha del frente, después de haber levantado la piedra negra. Al fin la palanqueta se detuvo en un cuerpo que al ser tocado produjo un sonido metálico, y quedó descubierta la caja de hierro.

Leila trasladó en repetidos viajes de las ruinas y en ces rompió con la palanqueta la cubierta y encontró en la caja el oro y las joyas a que hacía referencia la carta de su padre, junto con la ejecutoria de los Téllez.

Leila trasladó en repetidos viajes de las ruinas y en pequeñas porciones aquel oro y aquellas alhajas a su casa, y cuando se vió fuerte, poderosa, cien veces más rica que lo que ya lo era, no pensó en ir a vivir con el judío Jonathan, ni en esconderse; por el contrario, pensó en ir a buscar su nombre en el único lugar donde podía encontrarle, bajo las banderas de don Enrique, que, como pretendiente, estaba en el caso de concederlo todo.

Después, Leila, por medio de Isabel, conducto supletorio

en ausencia de Pedro el Negro, entre ella y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, eligió cien de los más valientes, les dió cita armados, equipados y montados, como para una expedición a dos leguas de Sevilla, y provista de un seguro real hecho por ella misma en uno de los pergaminos que había robado a Juan Diente, salió de Sevilla un amanecer llevando en cofres sobre el lomo de acémilas sus tesoros y sus ropas; «item más», en una litera a doña Aldonza Coronel.

Ya hemos visto cómo llegó a Zaragoza, cómo se deshizo de doña Aldonza y cómo esperaba en la antecámara del conde de Trastámara. Su espera duró más de una hora y ya empezaba Leila a impacientarse y a darse al diablo, cuando se abrió una puerta, y un escudero dijo dirigiéndose a ella:

—¿Sois don Gastón Téllez de Ulloa?

—Yo soy—contestó Leila.

—Pues pasad, caballero; mi señor os espera.

Leila entró en una cámara rica, sí, pero que estaba muy lejos de llegar a la riqueza y a la ostentación que se notaba por todas partes en el alcázar de Sevilla. En aquella cámara había dos hombres sentados mano a mano en una mesa, sobre la que había algunos pergaminos. Era uno el conde de Trastámara y el otro el «dogo de Bretaña», Beltrán Duguesclin, gran condestable de Francia.

Al ver el aspecto de niño de Leila, bajo su atavío de hombre, don Enrique frunció el gesto.

—¿Qué queréis?—le preguntó.

—Vengo a ayudaros conde—contestó con gran aplomo Leila.

—¡Ayudarme, niño! ¿Y cómo me pensáis ayudar?

—¡A lanzadas! ¡Voto a!...—exclamó Duguesclin—. ¡Bravo arrapiezo...! Dadme, dadme la mano, galán, si no es ya que os lo impide el pudor... ¡Por San Beltrán! ¿Sabéis, conde, que si tuvierais algunos centenares de lanza como ésta, os podríais dar de seguro por rey de Castilla?

Leila escuchó con una gran indiferencia la tirada de Duguesclin, y le tendió friamente la mano, mientras don Enrique miraba con extrañeza al bretón, dudando si se había vuelto loco.

—Pues no, lo toméis a broma, conde—dijo Beltrán—; la ayuda que este caballero os ofrece la aceptaría yo, aunque se tratase de él solo; mucho más cuando se trata de cien magníficas lanzas, que darían envidia al mismísimo Príncipe Negro.

—¿Sois, pues, capitán de aventuras?—le preguntó el conde, mirándola ya con alguna consideración.

—No, señor conde de Trastámara: soy ricahembra de Castilla, hija de don Alfón Téllez, señor de Castrofiel.

Nublóse el semblante de don Enrique.

—¿Conocéis la historia de mi familia?

—No, no—dijo con turbación don Enrique—; pero creo que mi padre, el señor rey don Alonso...

—Declaró traidor al mío... Pues bien, señor; leed y juzgad. Y Leila entregó a don Enrique la carta que dos años antes había escrito su padre al Monje Negro.

—¿Y habéis sido también esclava?—preguntó don Enrique, luego de leer la carta.

—Permitidme, señor; he jurado no revelar a nadie mi historia, hasta que llegue un día que no creo muy distante: el día de mi venganza.

—Cuando os digo, conde, que en mi vida he visto una cosa más rara, ni una alhaja que más valga... Dejaos de vacilaciones y concededle cuanto os pida. El Príncipe Negro no lo hubiera pensado tanto.

—¡Siempre el Príncipe Negro!—exclamó don Enrique.

—¿Qué queréis!; es el único enemigo digno de mí. Sea esto dicho sin vanagloria. No le temo, no, no, ¡por San Dionisio! ¡Yo no temo a nadie! Pero le respeto. Y oíd, yo no lo diría a nadie..., pero si se tratase de esta dama, le tendría miedo... Sí, como se tiene miedo al diablo.

Leila, dejó su actitud viril, para convertirse en mujer.

—Tanto me ponderáis, señor condestable—dijo—, que acabaréis porque el conde me tenga miedo, cuando lo que menos deseo es inspirarle terror. Todo se reduce a que el infante Abu'l Sayd, de quien he sido esclava, obligado a una vida aventurera, llevándome siempre consigo entre sus valientes africanos, me ha robustecido, me ha acostumbrado a la fatiga y al peligro y me ha criado como a un hombre. Pero no importa: la debilidad de las mujeres está en su ser, en su corazón. ¡Ah!, la más fuerte llega un momento en que es más débil que un niño y ocupa la posición de esclava a que la ha destinado Dios: el momento del amor.

Leila al decir estas palabras suspiró, se apoyó en la mesa y dobló la hermosa cabeza sobre el pecho.

—Sentaos, señora, sentaos—dijo don Enrique conmovido, sin acertar a apartar la vista de Leila, que empezaba a fascinarle, y prosiguió—: ¿Decís que queréis la reparación del nombre de vuestro padre?—dijo el conde.

Hablaron durante un rato. Leila expuso sus planes a don Enrique, ofreciéndole cuanto dinero necesitara para hacer la guerra a don Pedro. Luego se pusieron de acuerdo para luchar juntos y Leila se despidió, pues don Enrique prometió visitarla poco después.

El conde quedó asombrado y Duguesclin, suspirando recio, como quien se siente aliviado de un gran peso, se levantó y se puso a pasear por la cámara.

—¡Cuernos de Belcebú!, es maravilloso... ¡No me atrevería a contarlo! ¡Rayos y truenos! Esa mujer es una espada de dos filos.

—¿Qué queréis decir?

—¡Como hombre, terrible! ¡Como mujer, mortal! ¡Tened mucha cuenta con ella, señor conde; mirad no sea un lazo de vuestro hermano... Esa mujer..., esa... Me parece que ella y yo vamos a tener que hacer algo en este mundo—y tras estas palabras se despidió de don Enrique y salió.

El conde se hizo ataviar con gran esmero y se trasladó a casa de Leila, que le esperaba en traje de mujer. Había elegido para ello el traje que más le favorecía y estaba deslumbrante de joyas y brocados como una sultana. El conde al verla dió un grito de sorpresa.

—¿Qué os maravilla en mí, señor?

—Maravillame, doña Ana, la diferencia que encuentro en vos: con el traje de hombre sois hermosa; pero con el de mujer sois irresistible.

—¡Callad! Callad, por Dios, don Enrique: ¿qué diría vuestra noble esposa doña Juana Manuel, si os escuchase?

—Afortunadamente doña Juana está muy lejos y no puede oírnos.

—Pero os oigo yo y esto basta: sentaos, señor, sentaos y hablemos de lo que os conviene. De vuestras empresas, de vuestra venganza, del trono que os espera.

Don Enrique, fascinado por la hermosura de Leila, quiso llevar la conversación a otro terreno, pero la joven le contrató enérgicamente.

—Ciertamente—le dijo—: no he venido a Zaragoza a hablaros de amor, sino a proponeros mi ayuda y pedir os la vuestra.

—Acepto vuestra ayuda, señora, y en cuanto a la mía, he aquí lo que me habéis pedido—y el conde sacó de su escarcela un pergamino rollado y sellado.

Leila desenrolló el pergamino, cuyo contenido era el siguiente:

Don Enrique, caballero, hijo del muy excelente, noble y poderoso señor rey de Castilla difunto, don Alonso el Onceno, declaro la libre promesa y obligación que contraigo de quitar sobre el nombre de don Alfón Téllez, comendador de Santiago, señor de Castrofíel, la mancha y nota de traición que por un error disculpable echó sobre él el rey don Alonso mi padre, que esté en gloria, en descargo de su alma, y de devolver a su hija y única heredera doña Ana Téllez de Ulloa cuantas villas, castillos, pechos y derechos, fueros y franquicias, honores y exenciones, correspondieron al dicho comendador don Alfón Téllez su padre, todo lo cual cumpliré, y para ello empeño mi fe de caballero y mi palabra real, cuando Dios fuere servido darme victoria sobre el tirano don Pedro, que hoy, con escándalo de la justicia, rige a Castilla. Dado en Zaragoza a catorce días del mes de junio de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.—Don Enrique.—Yo Pero Carrillo, secretario de su señoría, la referendé por su mandato.

—Gracias, señor, gracias—dijo la joven guardando el pergamino—; y puesto que tenéis oro, porque lo tengo yo, ¿cuándo pensáis embestir por la frontera?

—El rey don Pedro nos excusará ese trabajo rompiendo contra Aragón.

—Dentro de poco el rey don Pedro se verá obligado a correr con todas sus fuerzas a la frontera de Granada para contener a un enemigo formidable.

—¿Y qué enemigo es ése? Don Pedro tiene asentada alianza con el rey moro.

Acaso a estas horas Mohamed V habrá sido destronado y muerto; proclamado por un momento Ismail, destronado a su vez, y enaltecido Abu'l Sayd, el Bermejo, mi antiguo señor.

—¿Es, acaso, el hombre de vuestro amor?

—Si le amara, no me hubiera separado de él y sería sultana de Granada. Le ayudo porque me conviene, como os ayudo a vos, porque sois enemigo a muerte de don Pedro.

—¡Ah!—exclamó don Enrique.

—No, no amo a don Pedro—exclamó Leila, comprendiendo la exclamación de don Enrique—; si le amara, hubiera tenido fuerzas bastantes como mujer para haberme hecho amar de él; por un momento tuve el pensamiento de vengarme de él enamorándole; pero le rechacé; le odio demasiado para poder ocultar mi odio... No, don Pedro no me conoce; pero me conocerá, y ¡ay de él cuando llegue ese día!

Después de estas palabras Leila se levantó y, adelantando lentamente hacia el conde, le dijo:

—Estoy cansada, más que por la fatiga corporal del viaje, por la lucha del espíritu; perdonadme, señor, si por este momento os suplico que terminemos nuestra visita; es, además, tarde, y mis gentes pudieran murmurar.

—¡Ah, señora!—dijo el conde levantándose a su vez—. ¡Pluguiera a Dios que no hubiera venido! Adiós, señora, adiós.

—El os guarde, señor—contestó Leila gravemente.

Don Enrique salió enloquecido, llena el alma de la hermosura y del enérgico carácter de Leila, que quedó murmurando:

—¡Todos! ¡Todos menos él!

CAPITULO XIII

Había pasado ocho días desde aquel en que Andrés Corchuelo había montado a caballo y se había trasladado a Jerez.

Sentía impaciencia por llegar, cuya causa no era otra que doña Sol. Castigó, por lo tanto, los ijares de su caballo, y veinticuatro horas después de haber salido de Sevilla, esto es, al ponerse el sol del día 15 de junio, llegaba a la ciudad ya entonces célebre y hoy celeberrima por sus vinos, alojándose en un mesón de los arrabales, situado cerca del alcázar.

Por más impaciencia que el joven sintiese por ver a doña Sol, preciso le fué esperar a que cerrase la noche. Así, pues, luego que hubo pensado a su caballo por sí mismo, se encaminó hacia el ventero, y le asaltó con la acostumbrada petición del aposento, lecho y comida, que fuesen lo más aceptable, cómodo y sabroso posible, a lo que el posadero, acariciándose la barbilla y con una amable sonrisa le dijo:

—Pésame, señor escudero, que hayáis llegado a mi casa en ocasión en que poca cosa puedo ofreceros en cuanto a aposento; hace mucho tiempo que no se había encontrado tan noble y espléndidamente ocupado como ahora; tengo nada menos que un ricohombre muy joven, muy gallardo y muy rico, que, según dicen, es el ojo derecho del rey.

—¿Y ese ricohombre os ocupa todo el mesón?

—Ya lo creo; como que le acompañaban mayordomos, es-

cuderos, palafreneros y pajes; ya os he dicho que es un señor muy noble y muy rico; y ya habréis visto las cuadras llenas de caballos y de hermosos caballos; por cierto que el corcel de batalla de su merced, «Batax», que así le llaman los palafreneros, es un bicho que mejor ni aun igual no lo he visto en lo que llevo de vida, y eso que Jerez es tierra de caballos, y que yo trato con ellos... Vamos, es preciso que hayáis estado ciego o que no entendáis ni una palabra de mesones, cuando no habéis entendido que a cuadra llena, mesón lleno, por aquello de a cada caballo un jinete.

—¿Y cómo se llama ese caballero?

—¿De dónde venís, hidalgo?

—De Sevilla.

—¡Ah!, pues entonces debéis conocer mucho a mi noble huésped. ¡Ya lo creo! Todo el mundo conoce en Sevilla al señor Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó Andrés pali-deciendo—. En efecto, es un conocido de otro tiempo, aunque ligeramente, y por lo mismo querría a todo trance aposentarme en vuestra casa; deseo saber si ese caballero se acuerda de mí.

—Pues si vuestro deseo es grande, os quedáis de seguro, porque no hay como desear una cosa para pasar por todo... Lo siento en verdad, pero sólo puedo daros un desván a teja vana.

—¡Un desván! Esto es ya demasiado..., demasiado querer aprovechar vuestra casa; llegará el caso de que propongáis a un nuevo huésped dormir al aire libre sobre las tejas... Vamos, pedid lo que queráis, pero aposentadme mejor.

—Habéis venido algo tarde; me quedaba un aposento oscuro al fin del corredor: el número treinta y tres, y me lo ha tomado hace una hora un tremendo hidalgo, a quien os juro que de buena gana no hubiera recibido.

—Arrojadle, pues.

—¡Arrojadle!; ¿y qué es arrojar?... Sabéis de quién se trata, mancebo? Nada menos que del señor Juan Diente, balletero de maza de su señoría.

—¿Quién irá a morir aquí?—pensó para sus adentros Andrés Corchuelo, estremeciéndose, mientras el posadero continuaba:

—Ya veis que os doy lo que tengo, y lo que puedo: por lo demás, la cama será excelente y la comida de rey... y todo por poco precio, por un escudo diario.

Después de algunas réplicas y regateos, Andrés quedó instalado en el Pernil de Oro, y poco después en un zaquizamí polvoriento, de suelo de madera, delante de una mesa, y teniendo detrás una fermentida cama, Andrés cenaba a la luz de una vela de sebo, y, abstraído en profundas meditaciones, se abocaba maquinalmente de tiempo en tiempo un enorme jarro de estaño, lleno de néctar jerezano.

Pero vino a sacarle de su abstracción el rumor de dos voces que hablaban en la habitación situada exactamente debajo del desván que le había tocado en suerte; aplicó un tanto el oído y le pareció que aquellas voces le eran conocidas; reparó además en que por las rendijas del pavimento de tablas del desván se veía luz en la habitación inferior; echóse, pues, en el suelo, miró por una de aquellas rendijas y vió una habitación no mucho mejor que la que él ocupaba, y en ella, sentados mano a mano junto a una mesa, en que había un frasco con vino y dos cubiletes de plata, dos hombres que reconoció a primera vista: Men Rodríguez de Sanabria y Juan Diente.

Hablaban, al parecer, con gran interés, y con una entera confianza; Men Rodríguez estaba triste, pensativo, abstraído; Juan Diente mostraba, acaso por la primera vez de su vida, una expresión de lástima. Por más que Andrés aplicó el oído, sólo pudo escuchar algunas frases aisladas:

—Id, id a Sevilla—decía el balletero—; acaso el rey se conmueva al ver vuestro dolor...

Andrés no pudo oír más, a pesar de que el balletero había seguido hablando.

—¡Oh!, ¡oh!; es ponerme demasiado a prueba—exclamó el jóven, levantándose y en un acento que pudo percibir claramente Andrés, porque Men Rodríguez hablaba con excitación—. ¿Para qué quiere el rey la vida de esa infeliz?

—Señor Men Rodríguez—dijo Juan Diente—; voy a decir lo que jamás he dicho a nadie: tenedlo presente y ved cuánto me hace estimaros vuestra lealtad al rey. ¿Amáis verdaderamente a doña Isabel Núñez de Lara?

—Voy a hablaros con la misma franqueza, señor Juan Diente—dijo Men Rodríguez, sentándose de nuevo—. Necesito desahogar mi corazón en el seno de un amigo, de un hombre leal.

—¡Ah, señor, cuánto me honráis!—exclamó Juan Diente.

—No, no os honro, es que os comprendo, señor Juan Diente; vos, como yo, estáis vendido al rey en cuerpo y alma; el rey os emplea de una manera sanguinaria, y vos

le servís como un dócil perro... porque hay en vos una fuerza oculta que os obliga a obedecerle.

—Es verdad—exclamó Juan Diente, mirando a Men Rodríguez, como asombrado de que conociese tan a fondo su alma—; es verdad, señor Men Rodríguez; yo, es verdad, por mi crianza, por mis costumbres, por la vida que he llevado durante mucho tiempo, era valiente y feroz; la vista de la sangre me alegraba: en medio del peligro era como mejor vivía. Conocióme hace algunos años en León el señor Pero Lope de Padilla, parecióle bien mi talante, y como entonces el señor Juan de Hinestrosa, su tío, necesitaba hacer ciertas muertes de personas que le estorbaban, entre ellas el maestro de Calatrava don Juan Núñez de Prado, creyóme lo más a propósito del mundo para esta clase de empeño y me asoldó en la guardia de ballesteros hidalgos del rey; os confieso, porque a vos os lo confesaré, que la muerte del maestro de Calatrava y de Garcilaso de la Vega, fueron verdaderos asesinatos hechos por mi mano y que en ninguna tuvo parte el rey, aunque se ejecutaron a su nombre. Yo no conocía aún a su señoría; pero el mismo día en que Garcilaso cayó en Burgos, el rey vió el cadáver. «¿Cuántos hombres, dijo a Hinestrosa, han sido menester para acorrallar a este oso salvaje?» (porque es de advertir que Garcilaso era muy valiente). «Uno solo, señor, un ballestero de vuestra casa», contestó el señor Juan Fernández. «¡Un solo ballestero», exclamó admirado el rey. «Pues bien, preséntamele, Hinestrosa, quiero conocerle.» El señor Juan Fernández me llamó, me refirió la conversación que había tenido con el rey y me llevó a su presencia. Don Pedro no tenía entonces más que diecinueve años, y, sin embargo, señor, la mirada que fijó en mí me dominó; era esa mirada penetrante, fija, incontrastable, que sólo posee el rey don Pedro; esa mirada que hace temblar al más bravo y que parece escudriñar el alma de aquel en quien se fija.

—¡Oh!, ¡oh!—me dijo después de haberme mirado un momento—. ¿Conque has matado a traición al bravo Garcilaso?

Entonces por única contestación me abrí el gambax y presenté al rey una ligera herida que el noble me había hecho con su espada.

—¡Ah!, ¡ah!; ¡te ha herido en el pecho!; ¡le has matado frente a frente y armado! Es necesario perdonarte esta muerte por valiente, como te la perdono a ti, Hinestrosa, porque Dios quiere.

—Desde entonces, señor Men Rodríguez, el rey me ha hecho matar mucho, mucho—añadió el balletero suspirando—, y ya la sangre me espanta, me hiela, lo veo todo rojo; y, sin embargo, nunca cuando el rey me dice: «¡Mata!», vacilo: «Mata a tu amante...» o, lo que es más, «Mátate, cae muerto a mis pies», yo mismo, sin dudar, me haría pedazos el corazón.

Andrés sintió correr por sus miembros un frío de horror al conocer la terrible abnegación del balletero; Men Rodríguez se mostraba cada vez más pensativo y sombrío.

—Y, sin embargo, señor—continuó Juan Diente—, el rey mata demasiado, con sobrada crueldad; el rey, vertiendo tanta sangre, se está asesinando; llegará un día en que no tenga más vasallos leales que vos y yo.

—¡Oh!, ¡doña Isabel!, ¡doña Isabel!—exclamó con desesperación Men Rodríguez—; ¿qué daño le ha hecho esa infeliz?

—¡El rey está loco!—exclamó profundamente el balletero.

—Sí, loco; todos creen que mata por ferocidad... y es que no le conocen...; si le hubierais visto como yo; si os hubierais visto obligado a sujetarle para que no se cebase en sí propio, como lo he sujetado yo... Hace poco tiempo que le conocéis...; alguna vez, como yo, presenciáis esos terribles lances..., le veréis solo, de noche, paseándose por su cámara, desvelado, sombrío, lanzando gritos inarticulados; le oiréis exclamar con acento ronco y aterrador: «¡Es necesario que yo sea rey! ¡Es necesario que no haya más que un poder en mis reinos!; ¡y se me ponen delante!, ¡y pretenden atajarme el paso!; ¡no, no! ¡Esto no puede continuar así! ¡O ellos o yo!» Veríais cómo sube lentamente la cólera de su corazón a su cabeza; veríais a ese mancebo tan hermoso, que aún está en la edad del amor y de los placeres, convertirse en una cosa horrible, que espanta; extrañarse sus ojos, crispase sus miembros, asirse con entrambas manos la cabeza, como si quisiera impedir que se escapase, y luego..., luego, si os ve y se dirige a vos, como se ha dirigido a mí, os estremecéis cuando os dice arrojándoos un pergamino: «¡Toma esa cabeza; tráemela!» A vos no os dirá: «¡Mata!», porque para matar me tiene a mí; pero os dirá: «Elige entre tu lealtad al rey y tu corazón, necesito la vida de la mujer que amas...»

—¡Ah!—exclamó Men Rodríguez cubriéndose el rostro con las manos.

—Y acaso, acaso, la sentencia de doña Isabel no sea otra cosa que una prueba terrible a vuestra lealtad; acaso don Pedro se habrá dicho, escarmentado de tantas traiciones: necesito saber si tengo un solo hombre en quien confiar... Men Rodríguez me parece uno de esos caballeros para quienes, después de Dios, lo primero es el rey..., probemos..., y os ha pedido la vida de doña Isabel, y os ha mandado prenderla...; después me envía a mí, a mí, que soy su ministro de muerte, para que me la entreguéis; pues bien, señor, entregádmela, volved al lado del rey... Ya os he dicho... lo que jamás he dicho a nadie; no tengo órdenes de muerte. No os quejéis, no estéis triste, devorad vuestra ansiedad...; el rey conocerá vuestro sufrimiento por mucho que lo ocultéis y, sin duda..., sí..., porque su señoría es generoso y noble con sus servidores, al ver vuestra resignación a su voluntad, me mandará que conduzca a Sevilla a doña Isabel, y de una manera imprevista, cuando más desesperado estéis, acaso os la arroje entre los brazos y os diga: «Amaos, sed felices...» Acaso, acaso con ella os entregue el señorío de Vizcaya... ¡Oh!, ¡oh!, no comprendéis al rey: el rey daría la mitad de su corona al vasallo que supiese serle leal.

—Señor Juan Diente—dijo Men Rodríguez—, sirviendo al rey me he convencido de que es un tirano.

—Sirviéndole más, comprenderéis, como yo, que es un insensato... y he ahí la razón por qué me he decidido con toda mi alma a servirle. Las continuas rebeldías de la nobleza; la encarnizada lucha que ha sostenido durante tanto tiempo; el aislamiento en que se encuentra, engañado por todos, combatido por todos, han acabado por viciar su corazón. Mientras nada se le opone, es afable, casi cariñoso; olvida y se entrega con un ansia febril a los placeres...; pero al encontrar la más leve oposición, la ferocidad que le han hecho contraer, se subleva, y mata con razón o sin ella... Pero, generalmente, tiene razón.

—¿Pero no comprendéis que el sacrificio que se me pide es horrible?

—A tiempo estáis; responded o no a la prueba a que os sujeta el rey; si amáis tanto a doña Isabel, que antepongáis a todo su vida, a tiempo estáis: huíd con ella..., huíd, seguro de que, no sólo os dejaré escapar, sino que os ayudaré.

—No, no—exclamó decididamente Men Rodríguez—; a más terribles pruebas se ha visto sujeta la lealtad en Castilla; ¿acaso puedo olvidar que hace cuarenta y tres años Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, consintió en la muerte

de su hijo antes que entregar a los moros el castillo de Tarifa en deservicio del rey don Sancho el Bravo? No, no ha de decirse que un descendiente de los Sanabria ha sido menos valiente que el defensor de Tarifa. ¡Oh, si el rey don Pedro no fuese el rey legítimo de Castilla!

Andrés Corchuelo, imbuído en las ideas de su tiempo, se creyó extremadamente pequeño ante aquel hombre que lo sacrificaba todo, no a a su honor, sino a un despótico e injustificable crimen del rey.

—¡Oh!—se dijo, perdiendo su prevención hacia Men Rodríguez—; quien es tan valiente y tan leal, no puede haberme engañado; los engañados somos mi padre y yo, juzgándole por las apariencias; este hombre merece la amistad de un rey, cuanto más la de un pobre escudero ¡Oh, sí!; ¡si yo pudiera ayudarle! Doña Isabel Núñez de Lara está presa con la reina doña Blanca, y doña Sol de Vargas me ama... Si yo pudiera salvar a doña Isabel...

—Men Rodríguez estaba harto ajeno de que sobre su cabeza, en un miserable desván, había un corazón generoso que se interesaba en sus desgracias y pensaba en evitarlas; a haberlo sabido, acaso una débil esperanza hubiera dulcificado la dura expresión de su semblante.

—Puesto que estáis decidido, señor Men Rodríguez—dijo Juan Diente—, es necesario resolverse y no perder tiempo. Entregadme a doña Isabel: ya os he dicho que no tengo órdenes de muerte... y cuando las tenga os avisaré aún... Corred a Sevilla, donde os llama el rey, y haced lo que os he dicho; estoy seguro de que el rey quiere probaros.

—¡Cruel, siempre cruel, aun con sus más leales servidores!

—Y cruel para sí mismo... Vamos, dominaos y apuremos de una vez el cáliz. ¿No tenéis confianza en mí?

—¡Oh!, sí; sí, señor Juan Diente, y os entregaré sin recelo a doña Isabel, que es mi vida; pero si la amenaza un peligro..., si recibís esa orden fatal, avisadme, avisadme; quiero, al menos, verla morir.

Tras esto hablaron algunas palabras que Andrés Corchuelo no pudo entender; Men Rodríguez tomó su gorra, su escarcela y su espada; Juan Diente se caló sobre los revueltos cabellos un luciente almete de hierro, y salieron. Andrés Corchuelo sintió que cerraban con llave la puerta. Inmediatamente se alzó, tomó su gorra y su espada y salió; cuando bajaba apresuradamente por las escaleras, tropezó con el posadero, pasó sin saludarle y le dejó murmurando:

—Yo no sé lo que sucede a mis huéspedes esta noche; todos van como alma que lleva el diablo; pero el que me inquieta más es ese formidable Juan Diente. ¡Ave de mal agüero! De seguro va a suceder alguna cosa tremenda en Jerez. ¿Quién irá a morir?—y siguiendo con otras murmuraciones que no vienen a cuento, siguió lentamente el ascenso, mientras Andrés Corchuelo, habiendo salido a la calle, seguía a buen paso a dos bultos que se alejaban por un extremo.

Aquellos dos bultos, en quienes Andrés reconoció a Men Rodríguez y a Juan Diente, siguieron adelante, seguidos siempre por Andrés, recorrieron algunas calles, llegaron al alcázar y entraron por la puerta principal por medio de los guardias. Andrés no podía entrar por aquella parte y se escondió en un zaguán.

—La entrevista será larga y dolorosa—dijo—; pero al fin saldrán por donde han entrado; de todos modos, aún no es hora de que yo vea a doña Sol—y Andrés se sentó en un poyo del zaguán, resignado a esperar, en tanto que Men Rodríguez, y tras él Juan Diente, por respeto, subían las escaleras del alcázar.

Men Rodríguez dejó a Juan Diente en una amplia y destartalada cámara y fué en busca del alcaide, con quien habló unos momentos, y luego entró en las estancias que servían de prisión a doña Isabel Núñez de Lara. Tuvo con ella una larga entrevista, en que la dama sometió a la más terrible prueba la lealtad al rey del joven. Despidióse al fin de ella y salió para Sevilla, adonde le llamaba el rey.

A la salida se encontró con Juan Diente, que cambió con él algunas palabras. Sanabria salió del alcázar con el corazón destrozado y se dirigió a la posada. No sabía qué pensar. Por una parte, confiaba en Juan Diente; pero, por otra... ¡Oh!, no quería pensarlo siquiera: más aún, no lo creía posible. Y, sin embargo, era así. Nos hubiera bastado ver los ojos con que Juan Diente le miró así que se hubo despedido, para convencerse de que la catástrofe era inevitable.

A la salida le esperaba Andrés Corchuelo, que se le hizo el encontradizo. El muchacho necesitaba una explicación con Men Rodríguez y no quería esperar más; quería saber qué tipo de relaciones tenía Men Rodríguez con su Beatriz o qué sabía de ella.

—Estoy seguro—le repuso Sanabria, así que vió claro por dónde iba Andrés—que os ama Beatriz con más firmeza

que vos a ella, pues que vos tenéis amores con doña Sol de Vargas.

Quedóse Andrés turbado, y al cabo de unos minutos invitó a Men Rodríguez a tomar otra dirección, pues quería hablar despacio con él.

Torcieron, en efecto, los dos jóvenes una esquina, y se aventuraron en un callejón oscuro, en el que casi no había casas.

—Necesito abriros mi corazón y pediros consejo—exclamó el escudero—. Hace un año que conocí a Beatriz por una casualidad; yo era escudero del señor Juan Fernández de Hinestrosa, y acompañaba con frecuencia a su hermana doña María. Hace un año, un Viernes Santo, al salir de tinieblas de la iglesia de San Martín, doña María se detuvo de repente y palideció; busqué el objeto que había causado la conmoción de doña María, y vi una pobre y hermosa joven, en cuyo brazo se apoyaba un hombre alto cojo; yo palidecí también de emoción al verla; pero por una causa, sin duda, distinta de la que había conmovido a doña María; nunca, nunca había visto una joven tan esbelta, de mirada tan pura, de frente tan cándida; era Beatriz. El hombre viejo y cojo que la acompañaba era su padre, el zapatero Sancho Zapata. Los dos se alejaron. «Seguid a esa mujer y a ese viejo, (me dijo doña María), informaos dónde viven y quiénes son; yo iré a casa con los pajes y la dueña.» Seguí a Beatriz y a maese Sancho, que poco después se entraron en la casa del Ecce-Homo, en la calle del Comendador. Pregunté a los vecinos, y supe que eran padre e hija; que él era zapatero remendón, y que ella hilaba y cosía. Di cuenta de mi mensaje a doña María, que no volvió a hablar de ello; pero yo, arrastrado por un deseo de que no me podía dar cuenta, volví, rondé la casa, encontré algunas veces sola en la calle a Beatriz, le hablé, me habló...; en una palabra, nos amamos, y algún tiempo después la pedí por esposa a su padre, que, al escuchar mi petición, quedó por algún tiempo pensativo, y al fin me dijo: «Ciertamente que ella había nacido para un mejor acomodo; no os ofendáis por esto: yo me entiendo y Dios me entiende; también es verdad que no había nacido para hilar cáñamo; ello, en fin, no tiene remedio, y puesto que sois honrado, que la amáis y ella os ama, os la doy por esposa; estará siempre mejor con vos que conmigo, pobre viejo enfermo, que apenas alcanzo con mi trabajo a sustentarla.»

—¿Y por qué no os casasteis con ella?

—Os diré—dijo con alguna confusión Andrés—; es que yo, que nunca había amado, creí que no podía amarse de otro modo que como yo amaba y amo a Beatriz.

—¿Y cómo la amáis?

—Como un hermano.

—¡Qué! ¿No os inspira deseo la magnífica hermosura de esa niña?

—No, y ella me ama del mismo modo; estoy seguro de ello. Cuando yo la tenía a mi lado, con verla, con hablarle, con participar de sus pequeñas confianzas, era feliz; nunca ambicioné más, ni aun ahora que doña Sol de Vargas me ha hecho conocer que existe otro amor violento, que nos hace mirar con delicia, con embriaguez, con sed de placeres, los ojos de una mujer. Yo creo que comprenderéis ahora cómo puedo amar a dos mujeres a un tiempo. Beatriz es mi hermana, mi luz; el amor que siento por ella es tranquilo.

—¿De tal modo que la veríais sin pesar en los brazos de otro hombre?

—¡Oh, no!

—¿Pero cómo comprenderos?

—Yo mismo no me comprendo; Beatriz no me inspira deseos, y, sin embargo, he tenido y tengo celos del rey. Ya os digo que no me comprendo, y si me diesen a escoger...

—¿Preferiríais a la mujer que habla a vuestros sentidos?

—No sé, no sé—dijo Andrés.

—Si otra mujer no viene a salvaros, decidiéndoos—le dijo—, doña Sol os enloquecerá, os arrastrará tras ella, os hará olvidaros de doña Beatriz.

—¡Oh, no!; ¡jamás!

—Os olvidaréis, hasta el punto de casaros con doña Sol.

—¡Ah!, ¡no, no!

—Lucháis y esto es natural...; conocéis el amor que os profesa doña Beatriz y os repugna hacerle traición: necesitáis vivir para doña Sol, y os estremece pensar que no sea vuestra.

—Tengo un infierno en el corazón—exclamó el joven.

—Poned algo de vuestra parte, meditad, elegid, y una de las dos triunfará.

—Entretanto, señor Men Rodríguez, y dejando a un lado esta lucha, permitidme que volvamos a vuestro asunto; vos dejáis una mujer amenazada en Jerez: yo tengo otra mujer amenazada en Sevilla; velad por Beatriz, avisadme, y yo velaré a mi vez, usando para ello de doña Sol, por doña Isabel.

—Acepto... Yo os daré cuantas noticias adquiriera de doña Beatriz.

—Yo os guardaré a doña Isabel.

—Cada dos días un escudero mío vendrá a Jerez.

—¡Ah, no en vano nos encontramos!—exclamó Andrés.

—Sí, sí, no en vano comprendí que éramos amigos.

—Pues bien, seámoslo hasta la sangre, hasta la muerte—exclamó con efusión Andrés.

—Venga lo que viniere—contestó Men Rodríguez, que preveía que su deberes como caballero y su lealtad al rey podían sujetarle a terribles pruebas—, amigos, amigos siempre.

—¡Oh, si mi padre, que ha dudado de vos, os oyera!—exclamó Andrés, estrechando con toda su alma la mano que le había tendido Men Rodríguez.

—Vos también habéis dudado de mí—dijo con acento de dulce reconvención el joven.

—Os condenaban las apariencias.

—Que os sirva este ejemplo para no volver a desconfiar.

—¡Oh, nunca, nunca!

—Y adiós; una orden del rey me llama a Sevilla.

—Procurad descubrir el paradero de Beatriz.

—Lo procuraré.

—Si lo lográis, vigilad por ella y avisadme.

—Vos, en cambio...

—¡Oh!, creo que os pondré en los brazos a doña Isabel.

—Creo que nada más tenemos que hablar.

—Nada; nos lo hemos dicho todo y quedamos convencidos.

—Pues adiós; muy pronto tendréis nuevas mías.

—Yo os las daré de doña Isabel; adiós.

Los dos jóvenes se estrecharon de nuevo las manos y se separaron con el corazón comprimido. Cuando Men Rodríguez llegó al Pernil de Oro, encontró en la puerta a Juan Diente, que montaba a caballo.

—¡Cómo! ¿Os vais de Jerez?—dijo Men Rodríguez.

—Sí, señor—contestó el balletero, procurando dar serenidad a su acento.

—¿Y doña Isabel?—exclamó con ansiedad Men Rodríguez.

—El rey me ha mandado que la entregue al señor Tel González Palomeque.

—Pero...

—Tened esperanza, señor Men Rodríguez—dijo el balletero, haciendo un nuevo esfuerzo—. El rey, por ahora, no

tiene prisa en matar a doña Isabel. Ya veis, me aparta de ella y me manda volver al momento a Sevilla.

—No os detengo, pues, aunque quisiera hacer la jornada en vuestra compañía.

—Adiós, señor, adiós.

—Id con él, valiente Juan—y tendió la mano al ballestero, que la estrechó de una manera nerviosa; luego picó a su caballo y se alejó al galope murmurando:

—¡Pobre joven! ¡Pobre joven!

Men Rodríguez entró en el mesón.

—Gracias a Dios, señor—dijo el posadero—, que se nos va ese buitres; así sólo quedará gente noble y honrada en mi casa.

—Pues a pocas personas se reducirá por el momento esa gente, porque yo también me voy—dijo Men Rodríguez, subiendo las escaleras.

El posadero quedó aterrado.

—¡Que se va!, ¡que se va! ¡Un señor que pagaba tan bien, sin reparar en la cuenta! Bien sabía yo que ese maldito verdugo era un ave de mal agüero. Y Dios quiera que ésta sea la última desgracia que me suceda.

Metióse dentro el dueño del Pernil de Oro, con los ojos arrasados en lágrimas, y una hora después apuró el tormento de ver salir con toda su servidumbre y equipajes a Men Rodríguez, que tomó el camino de Sevilla.

CAPITULO XIV

Apenas se separó Andrés Corchuelo de Men Rodríguez, dejando lo andado, entró en el callejón sin salida en el cual le vimos en otra ocasión caer desvanecido frente al postigo de una cerca, y llegó a aquel postigo, y sacando una llave de su escarcela, le abrió, entró y volvió a cerrar.

La noche era oscura, la huerta estaba silenciosa, y Andrés, después de haberse quitado las espuelas, adelantó en silencio por las veredas de los cuadros de hortaliza a la sombra de los árboles frutales.

Al cabo llegó junto a las paredes de la parte posterior del alcázar, se deslizó a lo largo de ellas y se detuvo junto a un postigo sobre el cual había una ventana ojiva. Tras los vidrios de colores de la ventana, reflejaba una luz; Andrés tomó una piedrezuela, que arrojó a la vidriera y chocó débilmente en ella, produciendo en los vidrios un sonido seco.

Poco después recostóse la sombra de una mujer en la vidriera, abrióse ésta y la mujer avanzó con visible ansiedad el cuerpo fuera de la ventana.

—¿Quién es?—preguntó con voz trémula.

—Soy yo, señora—contestó Andrés.

—¡Ah!, ¡sois vos!—repuso la dama en una exclamación en que se revelaba una inmensa alegría.

Y se retiró rápidamente de la ventana sin cuidarse de cerrar la vidriera; oyéronse en el interior fuertes pisadas, descendiendo, al parecer, por una escalera; luego, aquellas mismas pisadas precipitadas en dirección al postigo, y al fin, una llave que abría con gran premura rechinó el postigo, y una mujer cayó entre los brazos de Andrés.

—¡Ah!, ¡por fin, por fin!—exclamó con acento opaco y entrecortado por la pasión—; creí que no os volvía a ver: yo os esperaba, a lo más, dos días después del recibo de mi carta, y pasados esos dos días de impaciencia, de anhelo, he esperado quince días mortales, en medio de una inquietud horrible. ¡Oh!, ya estaba desesperada; pero al fin estáis aquí; os estrecho en mis brazos... y para mucho tiempo..., ¿no es verdad?... Para mucho tiempo, porque no volveréis a separaros de mí.

—¡Oh, cuán feliz me hacéis!—dijo Andrés, fascinado por el acento ardiente de doña Sol—, y ¡cuán poco digno soy de tanto amor!

—¡Oh!, no hablemos de eso, Andrés—exclamó con orgullo doña Sol—: vos sois digno de una reina. ¿Qué importa que no seáis noble?... Vuestra nobleza está en vuestro corazón, en vuestros ojos, en vuestra hermosura... ¡Oh!, no hagáis caso de mí, amigo mío, ni penséis mal de mis palabras...; me habéis vuelto loca...; pero venid, venid..., estoy sola; todas las noches, desde que os espero, procuro quedarme sola...; la reina os espera también, pero la reina os esperará algún tiempo más que yo os he esperado; necesito antes miraros, deciros una y cien veces cuánto os amo. ¡Venid, venid!—y asió a Andrés, le condujo dentro del postigo y cerró; la mano que Andrés tenía entre las suyas temblaba de emoción.

De todo punto seguro estaba Andrés de la emoción de doña Sol; pero de lo que dudaba era de que su enamorada dama no llegara a descubrir que en su corazón ardía tenazmente el amor de Beatriz. Ahora lo que ignoraban en absoluto, tanto Andrés como doña Sol, es que sus amorosas confidencias, todo cuanto se habían revelado, todo cuanto

había ocurrido en Sevilla y hemos relatado últimamente, iba a ir a parar a las pocas horas, por una fatalidad, a manos del rey. Veamos cómo esto tuvo lugar.

El rey, como hemos indicado, después de la rápida tentativa de campaña contra Aragón, se había vuelto a Sevilla a preparar un formidable armamento para emprender de una manera decidida la guerra. Erale urgente dar un golpe decisivo: la nobleza se mostraba cada vez más inquieta; el delfín regente de Francia se ponía ostensiblemente de parte de don Enrique; numerosas bandas de mercenarios invadían las fronteras castellanas, y en el reino de Granada habían acontecido grandes trastornos.

Apenas había puesto el rey la planta en su cámara del alcázar, de vuelta a Sevilla, cuando se le anunció que el rey de Granada acababa de llegar y solicitaba hablarle. Este incidente imprevisto maravilló a don Pedro, que se apresuró a conceder su venia al monarca musulmán, y poco después Mohamed V estaba delante del rey don Pedro.

—Siéntate, mi valiente aliado—le dijo en aljamía, lenguaje común en aquellos tiempos entre castellanos y moros—, y dime cuál es la causa de que te vea en mi presencia de una manera tan impensada.

—La traición; la traición que socava a la par tu trono, rey de Castilla, y que te arrojará de él como me ha arrojado del mío.

—¿Que te han arrojado de tu trono?, ¿que vienes fugitivo?—exclamó, levantándose colérico, el rey. ¿Y dices que los mismos traidores que pretenden arrancarme la corona, te han arrancado la tuya?... No habrás sabido defenderla; te la habrán arrancado por cobarde.

—Yo tenía acorralado al infante Abu'l Sayd en las Alpujarras—exclamó con dignidad Mohamed—, sin dinero, sin soldados; estaba reducido o a morir en una tentativa desesperada o a pasar a Africa; pero de repente el emir de mi guardia africana, Mussu'l-Alí-Athar, se apodera de la Alhambra, proclama a Ismail; quiero resistir y me encuentro abandonado; huyo por una mina al Albaicín, y le encuentro ocupado por mi madre la sultana Kinsu'l-Llemal, que, ambiciosa y amante de su hijo Ismail, me rechaza, me persigue; me oculto en las inmediaciones con algunos xeques leales, y desde mi retiro sé que Ismail ha sido muerto, encarcelada mi madre y proclamado rey de Granada Abu'l Sayd, el Bermejo. Entonces aprovecho la oscuridad de la noche, parto, llego a la frontera, y vengo a pedirte, rey de

Castilla, amparo, ayuda, como debo esperarla de ti, de quien soy vasallo y aliado.

—Pero para haber comprado a tu emir se habrá necesitado oro, mucho oro—dijo pensativo el rey don Pedro.

—¡Oh!, si por cierto—repuso con acento reconcentrado Mohamed—; pero tu nobleza es rica, señor, poderosa; tu nobleza sabe demasiado que no puede vencerte sino cercándote de peligros, de guerras y de amenazas, y ha procurado que Granada se vuelva en contra tuya.

—¡Mi nobleza!—exclamó don Pedro, paseándose agitado por la cámara—; ¡siempre mi nobleza! ¿Y quién puede asegurar que ese oro no ha sido enviado a Abu'l Sayd por los emires africanos, que tienen fija una mirada codiciosa en España? ¿Quién puede asegurar que no se ha comprado con promesas la fidelidad del emir de tu guardia?

—Antes de venir, he podido hacer justicia en uno de los traidores, y tengo en mi poder la prueba de que ese dinero ha sido procurado por la nobleza de Castilla y remitido al infante Abu'l Sayd por tu tesorero don Simuel.

—¡Mi tesorero! ¡Conque al cabo el lobo hambriento e insaciable de oro se atreve a hacerme traición de una manera desembozada! ¡Pero, la prueba!, ¡la prueba! Me cuesta trabajo creer que don Simuel se haya atrevido a tanto.

—La prueba está aquí: en este libramiento—dijo el rey moro, sacando de entre su faja un pergamino enrollado, y presentándole al rey cristiano, que le examinó.

Don Pedro leyó perfectamente la escritura africana del libramiento; la examinó, la volvió a leer y a releer, y al fin dijo:

—¿Cómo te has hecho de esto?

—Vieron entrar en el Zacatín, en casa del mercader Muzay ben Kaleb, algunos de mis servidores, a un esclavo de la sultana Kinsu'l-Llemal; a la tarde, aquel esclavo volvió con otros cuatro, que salieron agobiados por el peso del oro que conducían, y se encaminaron al Albaicín; mis leales vasallos me avisaron y, como era de temer que aquel oro fuese para traiciones, envié un cadí a casa de Muzay-ben-Kaleb, que fué preso y ocupados todos sus libros y escrituras; entre ellas se encontró ese libramiento, y Muzay perdió la cabeza.

—¡Y teniendo estas pruebas en tu poder, no pudiste evitar la traición!

—Yo no creía que pudiese venir de los mismos hombres que me defendían y fui sorprendido, debiendo sólo mi sal-

vacación a la casualidad de encontrarme en una cámara donde está la puerta oculta de la mina por donde escapé.

—Pero en este libramiento no aparece la traición de don Simuel: es un albalá de sesenta mil doblas jucefinas que debe pagarse a quien lo posea.

—Eso mismo prueba la traición. Si don Simuel hubiera podido unir en ese libramiento su nombre a un nombre leal, lo hubiera hecho; además, aquí ha querido hercerse perder el rastro..., se ha previsto todo, y sólo la traición toma tales precauciones.

—¡Don Simuel! ¡Don Simuel!—exclamó el rey—; paréceme llegado el caso de que estrujemos a nuestra gran sanguijuela... y la estrujaremos, sí; ¡vive Dios! la estrujaremos hasta que vomite el último grano de oro bastante para ponerte de nuevo en el trono, Mohamed.

—¡Ah, señor!

—La guerra se hace con dinero: por una onza de oro, un quintal de hierro convertido en espadas... Vamos..., vamos...; has venido a mí, Mohamed, y has hecho bien... Antes de que rompamos con Aragón, nuestras lanzas reales habrán roto por la frontera de Granada. ¡Ah!, ¡ah!, ¡señores ricohombres castellanos! ¡Nos tiráis un jaque mate con la Alhambra! Pues mirad; por muy bien colocados que tengáis vuestra torre y vuestros caballos y vuestros peones, aún nos queda muy buen juego; os ganamos en piezas, estamos preparados, y juro a Dios que, antes de daros el jaque mate, os he de comer peón a peón, pieza a pieza. ¡Ah!, ¡ah! ¡Os habéis empeñado en ganar la partida! Pues bien, os juro que ni aun haréis tablas.

—¡Y cuándo, señor!—exclamó impaciente el rey de Granada.

—Espera, mi buen amigo, mi fiel aliado, espera—dijo el rey—; aún no es tiempo..., aún tardará algo...; bueno será que tus vasallos se cansen un poco de su nuevo rey.

—Es que tengo en Granada mi esposa, mis hijos y mis tesoros..., y un día perdido..., ¡quién sabe si ese día puede ser un día de horror y de sangre!

Meditó un momento el rey, fué a una mesa, escribió en un largo pergamino, y luego llegó a una de las puertas y dijo:

—¡Hola! Que venga al momento mi rey de armas.

—¡Un rey de armas!—exclamó Mohamed.

—Sí; un rey de armas que lleve mi cartel de guerra al usurpador de tu trono, que le amenace, que le ponga en respeto; sólo de ese modo podremos conseguir que Abu'l Sayd

te envíe tu esposa y tus hijos. Escucha—y leyó a Mohamed el contenido del pergamino que había escrito.

En él, de una manera enérgica, acusaba a Abu'l Sayd de traición contra su señor natural y de reto a él mismo, como rey de Castilla, puesto que era aliado suyo Mohamed; le intimidaba que dejase el trono, o que, de lo contrario, se considerase en guerra con Castilla; y en último caso le mandaba que entregase al portador de aquel mensaje la esposa y los hijos del rey Mohamed. Acababa don Pedro de leer este documento a su aliado, cuando un camarero dijo a la puerta:

—Señor: ¡el rey de armas León!

—Que entre, que entre—exclamó el rey.

Un momento después el rey de armas doblaba la rodilla delante del rey. Recibía sus órdenes y partía.

—Es cuanto puedo hacer—dijo el rey a Mohamed—por tu ansiedad de padre y esposo. Hoy va mi cartel, y dentro de poco irán mis lanzas.

—¡El Monje Negro de la ermita del Humilladero!—dijo una voz a la puerta.

—¡Oh!, perdonadme, Mohamed; pero necesito quedarme solo. ¡Hola!—añadió, dirigiéndose al camarero que estaba a la puerta—. Llevad a su señoría el rey de Granada al palacio del Caracol y aposentadle en él, con las mismas honras que si fuera mi persona. Que entre al punto el monje.

Mohamed salió de la cámara del rey más tranquilo que había entrado, y poco después estaba delante de don Pedro el Monje Negro, tan encubierto y tan misterioso como otras veces. El rey, como siempre que le veía, le miró de una manera profunda y respetuosa.

—Siéntate, Juan, siéntate—le dijo—. ¿Qué tengo que esperar de tu venida?

—Avisos y revelaciones—dijo el monje, sentándose con dignidad.

—¡Avisos!

—Sí, ¡avisos!; tienes un enemigo a quien no conoces, más terrible que todos los que te han acometido hasta ahora: una mujer.

—¡Una mujer!—exclamó con desprecio el rey—. ¡Acaso doña Blanca!

—Esa mujer se llama doña Ana Alfón Téllez de Ulloa.

—¡Hija, acaso, de Alfón Téllez, del comendador de Santiago, a quien mi padre?...

—Esa, señor, es una larga historia.

—Sí, la historia de los amores del rey don Alonso el Onceno con doña Teresa de Ulloa.

—¿Conocéis esa historia, señor?

—Me dijo algo de ella, antes de morir, el arcediano de San Gil.

—¡Oh!, el arcediano de San Gil—exclamó el Monje Negro—; pero el arcediano de San Gil sabía muy poco.

—Mi padre le había dejado una manda considerable al morir, para que atendiese al sustento de Beatriz.

—Será necesario que me escuchéis, señor, para que sepáis cuánta justicia debéis a la memoria de Alfón Téllez y cuánto debéis guardaros de la venganza de doña Ana Téllez de Ulloa, su hija.

El rey se replegó en un ángulo del diván, y el Monje Negro, más como quien coordina sus recuerdos que como quien los evoca, guardó por un momento silencio. Luego empezó de esta manera:

—Ya han pasado veinticuatro años desde que acontecieron los sucesos que os voy a referir. Vuestro noble y valiente padre, después de haber domado a la nobleza y de haberla hecho entender que un rey que sabe ser rey tiene muchos medios a su alcance para hacerse respetar de sus vasallos; después de haber dado buenas muestras de su valor contra los moros, de haber pacificado sus reinos y hécholes fuertes y poderosos, creyó llegado el momento de gobernarlos en paz, de robustecerlos y de hacerlos prósperos a beneficio de la justicia en el mando. Nada tuvo que desear Castilla bajo el poder de Alonso el Onceno: cada poder ocupó su lugar, y ni la nobleza dominó al clero ni éste a la nobleza, ni ninguno de estos dos brazos al pueblo. El trono estaba colocado a su verdadera y digna altura, y el reinado de vuestro padre fué un reinado próspero y feliz, pero en el cual hay algunas manchas oscuras.

—¿Y cuáles son esas manchas que ves sobre la historia de mi padre?—dijo con severidad el rey.

—Esas manchas, señor—dijo, imperturbable el Monje Negro—, son tan graves, tan densas como algunas de las que verá la posteridad en vos.

El rey se agitó de nuevo impaciente, pero se contuvo, sujeto por el poder misterioso que ejercía sobre él el desconocido.

—El rey don Alonso—continuó éste—, justiciero, rígido, terrible para los demás, como vos, era, sin embargo, harto débil, harto indulgente para consigo mismo; si uno de sus

vasallos hubiera abandonado vilmente a su esposa y a su hijo primogénito, para unirse escandalosamente a una amante...

—¡Juan! ¡Juan!—exclamó el rey no pudiéndose ya contener.

—Lo que os estoy diciendo, lo he dicho mil veces a vuestro padre—continuó el monje—; pero, si al escuchar mis palabras la cólera ardía en el corazón del rey, nunca quiso imponerme como un terror aquella cólera. Por el contrario, se disculpaba, se acusaba de no poder vencerse a sí mismo, y al menos, si no aprovechaba mis consejos, los oía.

El rey, dominado de nuevo, calló y escuchó al monje, que continuó impasible:

—Ya en la época a que me refiero, el rey había abandonado a la reina doña María, vuestra madre, que acababa de daros a luz, y hacía pública vida con doña Leonor de Guzmán, que le había dado también por aquel tiempo otros dos hijos: don Enrique y don Fadrique. Abandonada en tanto vuestra madre, celosa, irritada, empezaba a emponzoñarse en su corazón el terrible odio que más tarde debía destilar gota a gota en vuestra alma y producir los terribles efectos que ha producido en vuestro reinado. Lentamente un odio instintivo separó a vuestros padres; don Alonso se entregó enteramente a doña Leonor de Guzmán, y el poder de ésta y de sus allegados ya no tuvo límites; parecía que el rey, satisfecho con aquel amor, no debía ya correr tras los azarosos placeres de la juventud; pero ya os lo he dicho: vuestro padre era muy semejante a vos en el fondo y, si se hubiera encontrado en vuestras circunstancias, hubiera sido lo que vos sois; adoraba la hermosura de la mujer, rendía un culto sensual a sus encantos, pero no amaba más que a una y aun así por costumbre; amaba a doña Leonor de Guzmán como vos amáis a doña María de Padilla.

—Pero la historia, la historia que tiene relación con Alfón Téllez.

El monje prosiguió su relato, del cual se deduce que Alfonso el Onceno se había enamorado de doña Teresa de Ulloa hasta un extremo de locura; que no pudiendo vencer su virtud, y cuando doña Teresa, temerosa del rey, se dirigía a la frontera de Granada, donde era adelantado Alfón Téllez, un piquete de lanzas de Alfonso XI, desbaratando la escolta que llevaba la infeliz dama, se apoderó de ella. Fué en vano que Alfón Téllez se desnaturara y pidiera cuentas del rey y promoviera una guerra civil. Derrotado por el rey en la

llanura de Jaén, escapado a duras penas con unos pocos y con su hija doña Ana, fué a caer en una taifa de moros granadinos que había entrado en algara por las fronteras.

—Desde entonces—concluyó el Monje Negro—, no se ha vuelto a saber lo que fué de Alfón Téllez y, en cuanto a su hija, sólo ha parecido hace dos meses de una manera misteriosa; y doña Berta y doña Beatriz Zapata y Téllez, hija del rey don Alonso y de doña Teresa de Ulloa, están en mi poder desde hace algunos días, por una casualidad.

—¿Qué, está en tu poder mi hermana, mi pura y hermosa hermana?—exclamó el rey levantándose violentamente del diván—¡y nada me habías dicho!

—Ignoraba que vuestra señoría conociese perfectamente el origen de doña Beatriz y he creído que era necesario contaros la historia de las desdichas de su madre.

CAPITULO XV

El rey se sentó de nuevo.

—¿Y dónde está mi hermana?—dijo.

—En mi ermita con su abuela doña Berta.

—¿Y cómo las encontraste?

—Ese es otro cuento que viene a parar directamente en doña Ana Téllez de Ulloa, la otra hija de doña Teresa.

—¿De mi mortal enemiga?

—Yo no sabía que lo fuese hasta que encontré, o por mejor decir, hasta que tuve en mi poder a doña Berta y a su nieta.

—Cuéntame cómo fué eso.

—Hace mucho tiempo que me he constituido en vuestro guarda, en vuestro espía.

—Lo sé, lo sé, Juan, y estoy quejoso de que no hayas querido recibir de mí ni el más pequeño premio por tu lealtad.

—Me basta con lo que tengo y os sirvo y velo por vos, porque sois hijo del rey don Alonso y porque en el fondo nos parecemos mucho; a vuestra edad yo cometí el más horrible de los crímenes; vos habéis matado a vuestro hermano...; pero yo..., yo...

El monje se detuvo, se estremeció y prosiguió:

—Yo no tuve una mano que me salvara, una voz prudente y amiga que me aconsejara, un corazón leal que ve-

lara por mí; después, los años, el remordimiento, me han convertido y quiero ser para vos, no sólo un consejero rígido, a quien no venzan ni el temor ni el interés, sino un pensamiento que vele por vos, que os ayude... Hacía algún tiempo que había yo reparado en cierto mancebo en quien nadie reparaba en la corte y que servía en ella como paje. Había reparado además que se acompañaba mucho con otro mancebo que había sido paje del arcediano de San Gil. La conducta de aquellos dos mancebos, el uno de los cuales se llamaba Gastón Téllez, y el otro Florismán; cierto vago parecido del primero con Alfón Téllez, y su vigorosa y delicada hermosura; un no sé qué de extraño en las formas del segundo, considerado como hombre, me hicieron desear conocer quiénes eran y, valiéndome de cierto tunante que tanto aparecía como peregrino de Nuestra Señora de Rocamador, como bandido y aventurero, llegué a saber que el señor Gastón era una mujer hermosísima, a quien se creía hechicera, que poseía dinero sin saber por dónde le venía, que mandaba de una manera misteriosa a los aventureros peregrinos y que se trataba con el escribano Alvar Yáñez, con don Simuel Leví, y con el señor Pero Lope de Padilla.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el rey.

—Siguiendo en mis investigaciones, nada me fué posible recabar del escribano, ni de don Simuel; pero, cuando apelé al señor Pero Lope de Padilla, fué distinto: supe cuanto el buen ballestero mayor sabía; esto es: que aquella mujer había sido traída a Castilla por Al-Mondhir, embajador del infante Abu'l Sayd para apelar, si era necesario, a seduciros con su hermosura; que Pero Lope la había conocido y se había enamorado de ella; que ella se había valido de él para huir del poder de Al-Mondhir, después de lo cual había tenido medio para librarse de Pero Lope; que se llamaba Leila y que era la esclava favorita del infante Abu'l Sayd.

—¡Gastón y Leila!—exclamó el rey—, mora, cristiana, hechicera: esa mujer es un torbellino oscuro.

—Por lo mismo yo vigilé a esa mujer y vigilándola supe que tenía frecuentes entrevistas con doña María de Padilla.

—¡Con doña María!—exclamó palideciendo el rey—¿y qué quiere con doña María esa terrible mujer?

—Lo ignoro; pero por lo mismo redoblé mi vigilancia.

—¡Y no me avisaste...! Yo hubiera hecho prender a esa mujer, la hubiera exterminado.

—Y exterminándola hubierais matado un medio de descubrir grandes traiciones: he ahí por qué no os lo he dicho; cuando se encuentran en nuestro camino personas como doña Ana Téllez de Ulloa...

—¡Qué! ¿Esa mujer es doña Ana?—exclamó con extrañeza el rey.

—Sí, ella es, ella, que ha venido a Castilla pensando en la venganza de su padre. Como os decía, cuando se ponen sobre nuestro camino personas como doña Ana, debemos asegurarles el paso, precavernos, encubrirnos, observarlas sin dejarnos observar por ellas y darles el golpe de gracia cuando para nada puedan servirnos. Yo observé a esa mujer: ella estuvo en el Alcázar el día de la muerte de don Fadrique y el mismo día desapareció de la casa del infante don Juan de Aragón, donde vivía como paje de doña Isabel Núñez de Lara.

—Por algunos días se me perdió, pero al fin tuve noticias de que vivía en una casa morisca propiedad de don Simuel Leví, con entrada por la calle de San Esteban y postigo al muro de los Navarros; por aquel postigo han entrado sucesivamente don Simuel Leví, Alvar Yáñez, ese bandido Pedro el Negro, un hijo del campanero de la iglesia Mayor, que se llama Andrés Corchuelo, el señor Pero Lope de Padilla, y últimamente el señor Juan Tenorio.

—¡Ah! ¡Ah!—repitió con acento indefinible el rey.

—Y no es eso solo; por aquel postigo han salido Alvar Yáñez para ir a Aragón, Pedro el Negro para ir a Granada y Andrés Corchuelo para ir a Bilbao.

—¡Ah! ¡Ah! Me parece que empiezo a ver claro en ciertos asuntos que eran para mí un misterio tenebroso,—dijo el rey—. Es necesario de todo punto prender a esa doña Ana.

—Doña Ana está en Zaragoza.

—¿En Zaragoza?

—Sí.

—¿Ayudando a don Enrique?

—Doña Ana aborrece tanto a don Enrique como a vuestra señoría.

—¡Le aborrece y le sirve!

—Quiere destruirlos mutuamente.

—¿Pero cómo puede ayudar esa mujer al bastardo?

—De una manera doble; como capitán de armas y con dinero.

—Creo que te engañas, Juan, que exageras.

—Ni me engaño, ni exagero, señor; esa mujer es fuerte como un león, y en cuanto a riquezas...

—¡Ah! ¡Y don Simuel Leví le procura oro...!

—A su despecho.

—Además esa mujer conoce su familia y lo demuestra no sólo el que se llamaba doña Ana Téllez de Ulloa, sino el que estaba apoderada de doña Berta y de doña Beatriz.

—Y al arrancarlas de su poder, ¿por qué no te apoderaste de doña Ana?

—Me apoderé de ellas por una casualidad.

—¿Y por qué, sabiendo el lugar en que esa mujer se encontraba, no la prendiste?

—No pude lograrlo, señor; desde el momento en que doña Ana se encontró burlada, redobló su astucia y su vigilancia; al fin desapareció un día, con ella todos sus servidores, menos don Simuel Leví.

Informándole estaba sobre otros detalles, cuando un camarero apareció a la puerta.

—¿Qué ocurre, Pérez?—le preguntó el rey.

—Esta carta, que acaba de traer para vos un correo de Jerez. Además, el señor Men Rodríguez de Sanabria y el señor Juan Diente acaban de llegar.

—Muestra la carta—dijo el rey.

El camarero adelantó, llevando una carta cerrada y sellada en una bandeja de oro, y doblando una rodilla la presentó al rey, después de lo cual se retiró.

El rey desdobló con ansia la carta, en cuyo sobre estaba escrito en letras gordas: «A su señoría el rey.» Pero al arrojar una mirada al contexto el rey palideció de emoción, de alegría.

—¡Ah!—exclamó—; he aquí que cojo a un traidor.

—¿A un traidor, decís?—exclamó el monje.

—Sí, por cierto, a ese escribano del diablo, a ese Alvar Yáñez. ¡Ah! ¡Ah!—y el rey, cambiando de repente de aspecto, lanzó una larga carcajada—; no parece sino que quien en enredos anda, tarde o temprano se ha de enredar.

—¡Ah! ¿Se ha enredado el señor escribano?

—Sí, por cierto; a una carta escrita de su puño y letra a doña Ana Téllez de Ulloa, le ha puesto mi nombre en el sobre, y sin duda en otra por el nombre de doña Ana ha puesto el mío. Estaba seguro de que pronto o tarde ese hombre caería bajo mi mano y... me he servido de él, a la manera que, en algunas enfermedades, los médicos se valen de los venenos para curar a un enfermo. Vea-

mos ahora lo que dice esta carta—y el rey empezó a leerla para sí.

A medida que avanzaba en su lectura palidecía, y de tiempo en tiempo el Monje Negro le oía exclamar: «¡Infame!, ¡traidor!»

Veamos lo que se encerraba en aquella carta, pues ya es tiempo de que sepamos su contenido. Helo aquí:

Mi muy noble, hermosa y discreta señora, doña Ana Téllez de Ulloa: Cuando me separé de vos, no creí que me fuera tan fácil cumplir con vuestros encargos acerca de la reina doña Blanca y de doña Isabel Núñez de Lara; presentarme yo en Jerez y en el alcázar, donde se me conoce demasiado, era muy expuesto y hubiera dado ocasión a sospechas, que era necesario evitar de todo punto, si no me presentaba a los guardianes de la reina autorizado, como otras veces, con una orden del rey. Pero parece que la fortuna, esa dama inconstante y caprichosa, se ha empeñado en protegeros. Apenas me había apeado de mi mula y puesto el pie en el umbral de mi casa, cuando he aquí que llega un escudero del rey, y me da un pergamino de su señoría, en que me manda me traslade, como otras veces, a Jerez y espíe y observe, no ya sólo, como otras veces, a la reina, sino también a doña Isabel Núñez de Lara. Esta orden del rey me ha evitado el volverme loco, buscando un medio para serviros, sin comprometerme...

Antes de partir a Jerez, procuré informarme de cuanto pudiese convenirnos, y supe que Pedro el Negro no había vuelto, ni Andrés Corchuelo; pero en Vizcaya quedaba muerto el infante don Juan de Aragón, y en el reino de Granada el infante Abu'l Sayd, el Bermejo, había arrojado del trono a Mohamed V, que había pasado la frontera y venía a ampararse del rey de Castilla. Por Vizcaya y por Granada vuestros deseos están satisfechos. Vos habéis matado al infante don Juan, haciéndole ser traidor al rey sin saberlo, y preso a su mujer doña Isabel Núñez de Lara; habéis arrojado a un rey de su trono y puesto en él a otro, que hará una cruda guerra al rey de Castilla. Andrés Corchuelo volverá de un momento a otro y podremos utilizarle. En cuanto a Pedro el Negro no os diré lo mismo; el infame bandido se quedará por allá y será capaz de renegar, porque él es quien os ha robado. Cómo he descubierto este robo sería largo para esta carta, en que tengo mucho que deciros y no me sobra tiempo. En otra os lo relataré.

Llegué a Jerez, y merced a la orden del rey me encontré, como otras veces, entre la servidumbre de la reina. El señor Men Rodríguez de Sanabria ha llegado casi al mismo tiempo que yo, trayendo consigo a doña Isabel Núñez de Lara, de quien el rey le ha hecho guardián y alcaide. No os habíais engañado; ella y él se aman y se aman de una manera imponderable; yo, que conozco vuestro amor y vuestros celos, os he servido como mejor hubierais podido desear; doña Isabel estaba enferma, enferma de melancolía, pero os juro que doña Isabel es mujer muerta; vuestros celos durarán muy poco; esta noche al beber doña Isabel un medicamento ha bebido la muerte. Descuidad por esta parte.

Además, el señor Men Rodríguez de Sanabria ha partido esta noche de Jerez llamado por el rey y el señor Andrés Corchuelo se nos ha venido al alcázar sin saber cómo, como llovido del cielo; bueno es que sepáis que el señor Andrés es el amante favorecido y adorado por doña Sol de Vargas, camarera mayor de la reina doña Blanca; en todo caso y, si nos falta un ballestero del rey que nos sirva, yo haré de modo que, sin saberlo, nos sirva el señor Andrés. La reina es una mujer sentenciada, y dentro de poco estará tan muerta como doña Isabel. Pero apretad por vuestra parte; haced que el rey de Aragón y el conde de Trastámara embistan por la fontera.

Si esperáis más, os expondréis a que el rey concluya sus preparativos de guerra y se haga incontrastable. Ved que en la astucia y en el acierto consiste el triunfo; no lo malogréis por impaciencia; asid la ocasión que se os presenta y obrad con calma. En cuanto a don Simuel Leví, está inconsolable por las sesenta mil doblas que se enviaron al infante Abu'l Sayd; sin embargo, le tenemos sujeto y haremos de él cuanto queramos. Aunque tengo mucho más que deciros, lo dejo para otra ocasión; esta carta va con un mensajero seguro, y os ruego que después de que la hayáis leído la queméis.

Dios os guarde.—Del alcázar de Jerez.—Vuestro humilde criado, Alvar Yáñez.

El fatal trastrueque de sobres, hecho por el escribano en sus cartas a Leila y al rey, había al fin puesto patentes a la vista de don Pedro las traiciones del escribano, las de su tesorero, los sordos ataques de que era objeto, la razón de la rebeldía que había arrojado del trono a su aliado Mohamed V, los auxilios que se daban a su hermano

bastardo don Enrique, la muerte del infante don Juan y la prisión de doña Isabel Núñez de Lara. Y todo aquello era la obra de una mujer, de una mujer que quería vengarse, que amaba a Men Rodríguez y cuyos celos eran mortales.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó levantándose, rugiendo sordamente y paseando a lo largo de la cámara, con la carta arrugada entre las manos—; yo necesito ver a esa mujer, conocerla, tenerla en mi poder; necesito domesticar, atar, sujetar, despedazar a esa pantera..., y la despedazaré, ¡vive Dios!, la despedazaré; el corazón, la rabia, me lo dicen. ¡Oh, oh!, conquie todo se subleva contra mí; todo se conjura, hasta los deslices de mi padre y los amores de una aventurera...

El rey se detuvo bruscamente delante del Monje Negro, que se había puesto de pie al levantarse el rey, y con la voz convulsiva y opaca le dijo:

—Vuelve a tu ermita y tráeme a doña Beatriz y a su abuela.

—Muy bien, señor—y el monje se levantó y salió.

—¡Hola! ¡Sancho Pérez!—exclamó el rey apenas quedó solo.

Presentóse inmediatamente el camarero.

—Haz que busquen en su casa al adelantado Diego López Manrique y que le avisen que se me presente al momento, armado para entrar en guerra; al momento, al momento, a mi guarda mayor Gutier Ferrández; que arme mis lanzas, que reúna las lanzas de los señores sevillanos, en cuatro leguas a la redonda, armadas de guerra; que se saque de mi armería uno de mis estandartes reales... y, además, que se me presente al momento Juan Diente.

—¿Y nada más, señor?

—Nada más: vete.

El rey se quedó paseando en su paso particular, rugiendo, colérico, deteniéndose de tiempo en tiempo y leyendo y releiendo la carta:

¡Ah!—exclamaba:—esta carta, esta horrible carta, guarda toda una tenebrosa historia de traiciones. ¡Conque es decir que en mis reinos, en mi corte, en mi alcázar, a la sombra de mi dosel, se oculta un demonio exterminador!... Pues bien, yo exterminaré a mi vez a ese demonio... que atenta a la vida de doña María... ¡Señor! ¡Señor! ¡Y por qué cuando de este modo me tratan, cuando tantos infames me cercan, haces que yo sienta remordimientos... y me

presentas los objetos rojos?... ¡Remordimientos! ¡Remordimientos!... Pues bien, los ahogaré con sangre..., me bañaré en sangre... y que diga la historia lo que quiera!...

—¡Señor!—dijo a la puerta una voz muy conocida del rey.

Don Pedro se volvió, y vió inmóvil, mudo, en la puerta de la cámara, a Juan Diente.

—Llega, Juan, llega—el balletero se acercó—. ¿Qué ha sido de doña Isabel Núñez de Lara?

Juan Diente en silencio sacó la orden del rey en que le mandaba matar a doña Isabel.

—Bien, bien—exclamó el rey, apartando su vista con repugnancia de la orden—; poco antes de llegar a Sevilla te envié otra orden desde el camino.

—Esa orden llegó tarde—contestó lúgubrementemente el balletero...—tarde, muy tarde, señor.

—Lee—le dijo el rey arrojándole la carta de Alvar Yáñez.

Juan Diente leyó, aunque con algún trabajo, la carta.

—Este miserable escribano miente: se echa encima una muerte que no ha cometido.

—Pues bien, Juan, dejémosle cargar con ella, pues él lo quiere; olvidemos este asunto terrible como si fuese un sueño, no más que un sueño.

—Pero un sueño horroroso—exclamó el balletero arrancándose un suspiro de lo más hondo del pecho—: habéis herido a una inocente...

—¡Juan!—exclamó el rey con acento reconcentrado, desplomando una terrible mirada sobre Juan Diente.

—¡Señor, señor! Con esa muerte habéis herido el corazón del más leal de vuestros vasallos.

—¿Tanto la ama?

—Doña Isabel Núñez de Lara y el señor Men Rodríguez de Sanabria han nacido el uno para el otro.

—¡Oh! ¡Oh! Si fuera aún tiempo, yo le casaría con doña Isabel Núñez de Lara, le haría señor de Vizcaya...; pero... no importa..., yo le recompensaré...; no puedo hacerle mi vasallo soberano, feudatario: pues bien, le haré infante de Castilla..., ha respondido de una manera valiente a las terribles pruebas a que le he sujetado...

—¡Ah, señor! Men Rodríguez es un león para servirnos, y un perro para obedecernos.

—Pues bien. Juan: evitemos que jamás sepa que nosotros... Esta carta arroja sobre la frente de un infame la

muerte de doña Isabel..., tú no habrás cometido ninguna imprudencia.

—Cuando mi señor me manda, callo, obedezco y olvido.

—Pues bien, Juan, procuremos olvidar..., olvidemos...; nosotros no hemos hecho esta muerte, si es que esta muerte está consumada...

—Doña Isabel Núñez de Lara no ha muerto; pero morirá, señor...; el tósigo...

—¡Ah! No tuviste valor para herir a una mujer, y tu temor nos ha salvado de que Men Rodríguez vea la sangre de la mujer que ama sobre nuestra frente...; acaso, acaso mi médico moro Hassán...

—No, no, señor, el veneno es mortal, irremediable...

—Pues bien, Juan—replicó el rey, pasándose la mano por su frente ardorosa—, callemos y dejemos obrar a la fatalidad; en cuanto a Alvar Yáñez...

—Os comprendo, señor—dijo con una feroz alegría Juan Diente—; monto a caballo, voy a Jerez, busco a ese infame cuervo, le enseño esta carta y le estrangulo.

—No Juan, no; el escribano morirá a manos de otro...

—Vete; busca a Men Rodríguez y dile que le espero.

Juan Diente salió; el rey quedó de nuevo solo, paseándose agitado y furioso por la cámara. Pasó algún tiempo, y el camarero levantó el tapiz de la puerta.

—Señor—dijo—, el adelantado Diego López Manrique está en la antecámara.

—Hazle entrar.

El rey dominó su estado de conmoción, se sentó en el estrado y dijo a un anciano ricohombre que adelantaba hacia él.

—Bien venido seas, mi buen Manrique. ¿Hace mucho tiempo que no entras en guerras con los moros?

—¡Oh! Sí, mucho tiempo, señor—dijo el noble, hincando una rodilla ante el rey y besándole una mano.

—¡Alza! Te veo cubierto con tu valiente arnés, y dispuesto sin duda.

—Mis escuderos y mis lanzas me esperan en el corral del alcázar.

—Bien, ven conmigo.

El rey le llevó a su armería, donde dos escuderos desenrollaban y limpiaban, a punto, un magnífico estandarte real.

—Toma—dijo el rey asiendo el estandarte—: te entrego mi enseña y mi divisa; te la doy sin mancha; devuélveme-la con honra.

—No la mancharé, señor—dijo con una noble altivez el adelantado—, sin que antes la tiñan con mi sangre. ¿Y contra quién la he de llevar, señor?

—¿Contra quién? Contra el rey usurpador de Granada. Contigo irán diez mil caballos, que se te reunirán antes de que llegues a la frontera; éntrala a sangre y fuego, adelantado; llega hasta Granada, bate sus murallas y éntralas; incendia la Alhambra, y pon en su trono, sobre un montón de escombros humeantes, al rey Mohamed V: que sepan los granadinos cuánto tienen que respetar a un rey que es aliado del rey de Castilla.

—Pero si entramos en la ciudad, ¿por qué no unirla a la corona de Castilla?

—Tenemos empeñada nuestra fe real con Mohamed... Más tarde... nada perderemos con esperar; más tarde, cuando Mohamed muera o nos dé motivo para ello, conquistaremos Granada por nuestra cuenta: sígueme. ¡En guardia de honor a mi estandarte!—dijo el rey dirigiéndose a los escuderos que había en la armería.

Estos siguieron con las espadas desnudas al adelantado, que llevaba enhiesto el estandarte real a la derecha del rey; así atravesaron el alcázar, llegaron al palacio del Caracol y entraron en la cámara que ocupaba, con su espléndida servidumbre, el rey Mohamed, que salió desalado al encuentro de don Pedro.

—Antes te dije, rey—le dijo el de Castilla, que un rey de armas mío iba a intimar al rey Bermejo mi voluntad de que te restituyese el trono; ahora te digo: a caballo, a caballo, rey de Granada; contigo van mi estandarte real y mis lanzas: sé su caudillo, sabe morir con ellos o reconquistar tu trono.

—¡Ah, señor! ¡Noble señor! ¡Dios te bendiga!—exclamó Mohamed, arrojándose a los pies del rey.

—Que mis heraldos—dijo don Pedro, proclamen a son de trompeta por toda la ciudad mi guerra contra Granada, en favor de mi aliado Mohamed V; que se tremole mi estandarte, en señal de esa misma guerra, en la torre del homenaje del alcázar.

El ballestero mayor, Pero Lope, que se encontraba presente, partió a cumplir las órdenes del rey.

—Y tú, rey, ármate, a caballo y con mi estandarte; mi adelantado, mis capitanes y mis lanzas, al momento, fuera de Sevilla y sobre Granada.

Dicho esto, el rey se volvió a su cámara; apenas había

entrado en ella, cuando un escudero, cubierto de polvo y de sudor, entró y se arrodilló a los pies del rey.

—Leed, leed, señor, y obrad al momento—exclamó el recién llegado.

El rey desdobló el pergamino y palideció de cólera. Los aragoneses, capitaneados por don Enrique, habían entrado a sangre y fuego la frontera por la Rioja castellana.

CAPITULO XVI

La cólera del rey llegó a un grado terrible con esta noticia; despidió colérico al mensajero, que se retiró temblando, a punto que entraba en la cámara, macilento, triste y pálido Men Rodríguez de Sanabria.

Al verle el rey, se dirigió a él de una manera decidida.

—Ha llegado el momento de que me pruebes tu lealtad, Sanabria—le dijo asiéndole con fuerza una mano.

—No os he dado motivo para desconfiar de ella.

—Siéntate.

Men Rodríguez conocía demasiado el carácter del rey para replicarle, ni aun agradeciéndole la enorme honra que le hacía, y se sentó con menos encogimiento que la primera vez que el rey le honró con semejante merced.

—Hace poco tiempo que nos conocemos—dijo el rey—, apenas mes y medio y has llegado a ser mi favorito, casi, casi la primera persona de mi nobleza; es cierto, muy cierto—observó el rey, notando un ligero movimiento de altivez del joven—, que por tu casa descienes de una alcurnia ilustre, muy ilustre; pero yo he levantado esa nobleza armándote por mí mismo caballero, haciéndote ricohombre, dándote estados y con ellos rentas.

—Mi madre, señor, me ha enviado un mensajero con una carta, en la que me encarga diga humildemente en su nombre a vuestra señoría que, si su larga y penosa enfermedad no se lo impidiese, vendría a regar vuestros pies con lágrimas de agradecimiento.

—Di a la buena doña María, tu madre, que el rey acepta y aprecia su mensaje y prosigamos. En tí, Sanabria, he depositado mi confianza y mi esperanza. Y no creas que esto haya sido porque me salvaste la vida; cualquier hidalgo, de buena sangre, hubiera hecho lo que tú hiciste en aquella ocasión, sin que esto le hubiera impedido serme

traidor; no, aquello sirvió para que yo te conociese; tu franqueza, lo noble de tu corazón, un no sé qué de que no puedo darme cuenta, me cautivaron. ¡Sabemos acaso por qué nos hacemos amigos de un hombre, de la misma manera que nos hacemos amantes de una mujer! No; el amor y la amistad de buena raza no se explican. Yo te he tratado hasta ahora y, en cierto modo, como rey; pero en este momento voy a tratarte como amigo, como hermano—y el rey tendió su mano al joven, que la estrechó temblando de alegría.

—¡Ah, señor! ¡Señor! Sin este motivo, si me hubierais pedido la vida, y sin pedírmela, os la hubiera dado; ahora os daría mi alma a pesar de que me habéis herido cruelmente en el corazón.

—¡Ah!—exclamó el rey palideciendo—, ¡doña Isabel Núñez de Lara!

—Y bien, señor, ¿os ha hecho traición doña Isabel?

—Yo lo creía a lo menos.

—¿Pero no lo creéis ya?—exclamó Men Rodríguez con un acento anhelante de esperanza.

—No.

—¿Y me permitiréis ser su esposo, cuando cumpla su luto?

—Doña Isabel no cumplirá su luto: doña Isabel morirá.

—¡Ah, señor!—exclamó Men Rodríguez, de cuyo semblante desapareció la alegría con la rapidez con que desaparece un relámpago.

—Te hablo como se habla a un hombre de valor—dijo el rey.

—Y yo voy a contestaros, señor, como un vasallo valiente debe contestar en ocasiones dadas a un rey.

—¡Ah! ¿Crees que estás autorizado por la razón, por la justicia y por el honor a contestarme?

—Vos habéis dicho que doña Isabel no os ha hecho traición. Y sin embargo, habéis añadido que morirá.

—¿Y porque he dicho que morirá, menguado—exclamó con energía—, deduces que yo he de mandarla matar? Toma y lee—le dijo don Pedro, entregándole la carta de Alvar Yáñez.

Men Rodríguez la leyó con avidez; a medida que adelantaba en su lectura, su semblante se descomponía, su palidez pasaba del blanco al lívido, sus manos temblaban, sus ojos adquirían una expresión insensata y lágrimas que no se cuidaba en contener, asomaban a ellos.

—Es imposible, imposible de todo punto—exclamó con la voz cavernosa—, he debido leer mal—y volvió a leer aquella terrible carta.

—¡Muerta! ¡Muerta!—exclamó después de esta segunda lectura, con un acento de dolor, de cólera y de venganza sobrenatural, en tanto que el rey pálido y sombrío veía con una compasión mal encubierta las muestras de dolor de su favorito—. ¡Muerta! Envenenada vilmente por ese infame escribano. ¡Y vos..., vos el rey justiciero, vos el que castigáis a sangre el más leve delito, sabéis este horrible crimen, sabéis...; ese infame, y la vil mujer que le paga y el tesorero que os vende, ¡viven todavía! ¡Oh! ¡Esto es inconcebible! ¡Esto no puede ser! No, no; y si sucede, no sois ese rey cuya justicia tanto se pondera, cuyo castigo tanto se teme.

Don Pedro contempló severamente y con una fijeza terrible a Men Rodríguez, que por su parte sostuvo, con una firmeza maravillosa, la profunda mirada del rey.

—Eres un insensato—dijo al fin don Pedro—; el amor que te arrastra a doña Isabel Núñez de Lara te hace desafiar a tu rey y señor. ¿Conque, es decir, que no puedo contar enteramente contigo? ¿Que el amor de una mujer va más allá que tu lealtad?

—¡Ved que me ofendéis, señor!—exclamó con una noble valentía Men Rodríguez—, y que me ofendéis sin razón. ¿Qué me habéis ordenado que yo no haya cumplido ciegamente? Me ordenasteis prender a doña Isabel, y la prendí. Me hicisteis su guardián en el alcázar de Jerez y la guardé. Enviasteis a Juan Diente, a vuestro ministro de muerte, con orden de que se la entregase y, aunque lleno el corazón de dolor y los ojos llenos de lágrimas, se la entregué... ¿Qué más podéis pedirme?... Acaso una mujer no puede ser el alma de un hombre? ¿Acaso no os he dicho que mi vida y mi alma y mi eternidad son vuestras?

—¿Y amas tanto a doña Isabel?

—¡Que sí la amo!—exclamó Men Rodríguez con un inconcebible acento de dolor.

—Pues bien, Men Rodríguez, sabe que tú, sin quererlo, has matado a doña Isabel.

—¡Yo!

—Sí, porque la matan los celos de una mujer que te ama.

—¿De una mujer?

—Sí, esa doña Ana Téllez de Ulloa, a quien se dirige

esta carta, que por una equivocación providencial ha venido a mis manos, te ama con un amor de Satanás y en la muerte que sus celos han dado a doña Isabel tienes la prueba.

—Pero yo no conozco a esa mujer.

—La conoces demasiado, Sanabria, aunque con otra apariencia y otro nombre ¿Has olvidado ya al señor Gastón Téllez, paje de doña Isabel Núñez de Lara?

—¡Ah!—exclamó Men Rodríguez, para cuyo entendimiento fueron una antorcha clarísima las últimas palabras del rey—. ¡El paje era mujer!

—Sí, una mujer, que te vió, te amó y te guardó de cerca; una mujer cuyos celos se han irritado minuto por minuto, siendo testigo de tu loco amor a doña Isabel; una mujer que se ha apartado por un momento de su venganza contra mí, para detenerse en tu amor.

—¿Y dónde está esa mujer?—exclamó con voz opaca y leal Men Rodríguez.

—Mira—dijo el rey mostrándole el pergamino que poco antes había recibido.

—¡Los aragoneses han roto por la frontera!

—Sí—exclamó el rey, con la voz trémula por la cólera—; y esa maldita mujer es quien ha dado fuerzas al rey de Aragón para esa entrada; ella le ha llevado su odio a nosotros, y sus tesoros... Nuestra común venganza está allá, en la frontera, Sanabria; es necesario partir, partir al momento y partiremos. Tú me acompañarás..., esa mujer es tuya, Sanabria: véngate y véngame; pero antes de partir quiero hacerte una nueva honra.

—¿Una nueva honra, señor?

—Si fuera posible, yo te casaría con doña Isabel Núñez de Lara y con ella, te lo repito, te daría el señorío de Vizcaya. Pero no quiero unirte a un cadáver.

—¡Ah! ¡Dios mío! Mal haya la hora en que entré en Sevilla; mal haya la hora en que os serví.

—Sanabria, yo he sufrido muchos dolores..., dolores que creía no debían calmarse jamás... y, sin embargo, el tiempo, ese bálsamo poderoso que nos cura a despecho nuestro el corazón, me ha curado... Tú probarás su efecto como yo... Es necesario que te resignes, que te hagas fuerte...; te necesito yo..., te necesita tu rey..., te necesita tu hermano.

—¡Vuestro hermano!... ¡Me llamáis hermano para consolarme, señor!

—Te llamo hermano porque tengo sobre ti proyectos que tú no desvanecerás.

—Mandadme, señor, y contad con mi obediencia; pero... tened compasión de mí.

—Escucha, Sanabria: el acaso ha arrojado entre mis brazos a una hija bastarda de mi padre el rey don Alonso el Onceno.

—¡Una hija del rey don Alonso!

—¿Y no adivináis quién es esa pobre hermana, a quien he encontrado entre la miseria más horrible, que tú has guardado, y por lo cual sientes un amor de hermano?

—¡Doña Beatriz Zapata y Téllez!

—Sí, la hija, la que pasaba por hija de Sancho Zapata. Pues bien: Beatriz es mi hermana. Cómo ha podido ser esto, te lo referiré en otra ocasión. Siendo Beatriz mi hermana, hermano mío será el que se llame su esposo.

—¡Ah, señor!—exclamó enteramente trastornado Men Rodríguez.

—Y tú serás su esposo, Sanabria—añadió don Pedro con el terrible acento de autoridad peculiar a su mandato.

—¡Yo! ¡Su esposo yo!

—Lo quiero y lo mando—dijo el rey—. Lo quiero y lo mando, porque estoy seguro de que, después de la muerte de doña Isabel, sufrirás mucho, pero...

—¡Moriré!

—¡El dolor no mata!—exclamó don Pedro con voz profunda, en la que se sentía vibrar la amargura de un corazón despedazado—. ¡El dolor no mata! Si matara, yo no existiría ya. Un poco de dolor nos hace ser compasivos; el dolor continuo, atroz, terrible, nos seca lentamente el corazón arrancándole una a una las lágrimas que en él guardamos; y cuando las hemos vertido todas, no nos queda más que un amargo sufrimiento que nos convierte en fieras, y entonces matamos, matamos, matamos sin cesar, si tenemos poder para ello, porque en cada hombre vemos un enemigo. Y cuando hemos llegado a ese terrible extremo, no hay dolores que nos estremezcan, no hay lágrimas que nos conmuevan. Tus dolores se refieren sólo a una mujer...

—¡A una mujer! ¿Y no habéis pensado, señor, en que podéis alguna vez perder a doña María?

El rey se estremeció, pero no contestó directamente a aquella pregunta.

—Doña Beatriz es hermosa, pura, cándida...—dijo—; doña Beatriz te curará del recuerdo de doña Isabel.

—Pero reparad, señor, que herís en el corazón a vuestra hermana... ¡Porque ama a ese escudero, a ese Andrés Corchuelo!...

—Olvidemos locuras, Sanabria; ella y tú. Si no os amáis, os apreciáis; yo tengo bastante poder para casaros y os casaréis... Luego el tiempo... ¡Oh!, sí, lo espero; con el tiempo os amaréis como jamás se han amado dos esposos.

—¡Señor, el Monje Negro de la ermita del Humilladero!—dijo un paje a la puerta.

—¡Ah!, ¡viene con ella, con mi hermana!—exclamó el rey—. Ve, Sanabria, ve, entra en mi recámara y espera.

Men Rodríguez, anonadado, trémulo, vacilante, entró en la recámara del rey. Desde ella, y durante un largo espacio, oyó la voz del rey, contenida a veces, dulce otras, imperiosa al fin, alternando en un diálogo desigual con la de doña Beatriz, que primero sólo aventuró monosílabos; luego, suplicas, y, al fin, el joven escuchó su llanto. Era evidente que entre el rey y doña Beatriz acontecía una escena semejante a la que había tenido lugar entre él y Men Rodríguez de Sanabria. Al fin aquel llanto cesó; poco después se abrió la puerta de la recámara, y entró el rey llevando de la mano a Beatriz. La desdichada joven no lloraba, pero estaba densamente pálida, y sostenía de una manera tenaz, fija, su mirada sobre la alfombra.

—He aquí a vuestra esposa, señor Men Rodríguez de Sanabria—dijo el rey, adelantando con doña Beatriz, hasta llegar a poca distancia del joven.

Después lanzó una mirada profunda a entrambos, y les dijo:

—Pasado mañana os velaréis en la capilla del alcázar. Y dicho esto, salió, dejándolos solos.

Por algún tiempo entrambos jóvenes estuvieron confundidos, anonadados uno frente al otro. Al fin, Men Rodríguez comprendió que debía ser el más fuerte y, asiendo de una mano a Beatriz, le dijo:

—Venid, señora, venid; necesitamos explicarnos, comprendernos—y la llevó a un diván, en el cual Beatriz se sentó maquinalmente; Men Rodríguez se sentó junto a ella.

—Nos encontramos en una situación extraña—le dijo.

—¿Y habéis vos procurado ponerme en esa situación, caballero?—dijo Beatriz, alzando tímidamente su mirada hasta el semblante de Men Rodríguez.

—Yo, señora—dijo éste—, yo, que en otra ocasión hubiera sido el más feliz de los hombres, llamándome esposo

vuestro, sufro ahora un horrible tormento al verme obligado a serlo.

—¡Amáis a otra!

—Sí, sí, señora; amo a otra con toda mi alma...; pero Dios no quiere que esa desdichada...

—Escuchadme, señor Men Rodríguez—dijo Beatriz, con voz más segura de lo que era de esperar en aquella situación—; si Dios no lo impide, nuestro casamiento será cosa hecha; sólo os he visto algunas veces, y conservo de vos un noble recuerdo: nunca puedo olvidar que vos fuisteis el primero que tuvo una palabra de consuelo para mí, cuando me veía reducida a implorar la caridad ajena para enterrar al desdichado a quien creía mi padre.

—Del mismo modo, señora—replicó Men Rodríguez—, yo no he podido olvidar aquella desdichada joven abandonada, doliente, y he guardado un tierno recuerdo de vos, pero un recuerdo puro, sin mancha, como el de una hermana; el destino ha querido...

—Sí; el destino nos obliga, contra nuestra voluntad, a unirnos, cuando no habíamos nacido el uno para el otro. A unirnos, sí, porque la voluntad del rey es inflexible.

Era inútil, en efecto, rebelarse contra la voluntad del rey. Lo comprendieron los dos, después de haber hablado largo rato. Al fin, Men Rodríguez, con el corazón oprimido, se atrevió a preguntar a Beatriz:

—¿Conque estáis resuelta, señora?

—Sí, resuelta de todo punto, porque conozco lo inútil de mi resistencia; pero escuchad—añadió Beatriz con acento solemne—: desde que cumplí quince años he tenido la desgracia de oírme llamar hermosa, de estar asediada por toda clase de gentes; la pobreza de mi padre me obligaba a salir sola, y he resistido largas y obstinadas porfias, he sufrido asechanzas, he conocido, a mi despecho, lo que son los hombres; por mucho que améis a esa otra mujer, cuyo nombre no os pregunto, acaso, después de nuestro casamiento, querréis usar de vuestros derechos de esposo; yo no os concedo sobre mí más derecho que el de que me pidáis cuenta severa de vuestro honor; si alguna vez le mancho, matadme; por lo demás, seremos dos personas enteramente extrañas como esposos; aunque nos tratemos como hermanos y nos amemos como tales. Yo amo con toda la fe de mi alma, y podré robarme a ese amor, pero nunca lo insultaré; y si vos amáis, tampoco querréis insultar a la mujer de vuestro amor.

—Me habéis aliviado de un terrible peso, señora, exigiéndome una promesa que a mí me hubiera costado trabajo exigiros, que jamás os hubiera exigido, a resignaros de una manera completa... Yo, entendedlo bien, devorando mi amargura, por no humillaros, si lo tomabais a desprecio, hubiera sido vuestro marido, me hubiera fingido enamorado de vos, y esto me hubiera hecho sufrir de una manera horrible. Vos habéis tenido sinceridad y valor bastante para decirme las condiciones a que el estado de vuestro corazón y del mío nos condena, en la extrema situación en que nos encontramos; vos sois hermana del rey; Andrés está separado de vos por una distancia inmensa; el rey os manda y le obedecéis. Yo soy su vasallo; más que su vasallo...; sin saber por qué, su voluntad me domina, manda y le obedezco; la obediencia ciega puede conducir al sacrificio; pero el alma, que es esencialmente libre, y cuya libertad es uno de los atributos que debe a su origen divino, en el alma no se manda, obra de una manera independiente y no obedece a otro señor que al señor Omnipotente, a su Creador. Seremos en buena hora esposos para el mundo, para el rey..., pero, para nosotros mismos, seremos hermanos, no más que hermanos—y Men Rodríguez asió de una mano a Beatriz y se la estrechó, mientras la joven, conmovida por la generosidad y por el extraño ascendiente que ejercía Men Rodríguez, sin saberlo, sobre cuantos le conocían, le miraba de una manera intensa, agradecida, noble, como se mira a un hermano a quien se ama.

—¡Oh, oh!—dijo el rey retirándose de detrás de un tapiz, desde donde lo había escuchado todo—; he aquí el primer momento de felicidad que he sentido desde hace mucho tiempo; son dignos el uno del otro, ¡vive Dios!, y serán felices. Y... por mucha prisa que se den a matarme mis enemigos, viviré lo bastante para que me den un sobrino... Creo que acabo de hacer felices, contando con Dios y con el tiempo, a dos personas a quienes amo.

El rey se encaminó a la cámara de doña María de Padilla. La encontró pálida, enferma, como devorada por una fiebre lenta.

—Te traigo una hermosa huésped, María—le dijo el rey, sentándose junto a ella y asiéndole dulcemente las manos.

—¡Una hermosa huésped, Pedro!—dijo la Padilla, apartando de una manera indolente los hermosos rizos de sus cabellos rubios, que se desplomaban sobre su frente de alabastro, y posando una lánguida y triste mirada en su esposo.

—Sí, mi hermana doña Beatriz.

—¡Ah!—dijo la Padilla de una manera distraída.

—Eres más bien su depositaria; procúrale ricos trajes y hermosas joyas, porque mañana se casa.

—¡Ah! ¿Y a quién habéis elegido para su esposo, señor?

—¿A quién había de elegir sino a mi bravo montañés, a mi buen Sanabria?

Doña María palideció de una manera mortal; el rey atribuyó aquella palidez al conocimiento que, sin duda, tenía de los amores entre Men Rodríguez y doña Isabel Núñez de Lara, a quien amaba como a una hermana.

—Y adiós, mi buena, mi hermosa María—dijo el rey—; voy a traerte a mi hermana; mañana serán las bendiciones, de una manera modesta, sin ruido; y pasado mañana, al amanecer, se velarán.

—¿Y qué depósito es ése, entonces?

—¡Oh! Es que después de las velaciones necesito a mi bravo montañés y me le llevo conmigo.

Dicho esto, don Pedro salió, y doña María se quedó murmurando:

—¡Se casa, se casa! ¡Quiera Dios hacerle feliz!

Y al murmurar estas palabras dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de doña María.

Apenas se vió solo el joven, se trasladó al aposento que tenía en el alcázar y escribió una larga carta a Andrés Corchuelo; esto era un acto de lealtad, acto exagerado, del que podía muy bien haberse dispensado Men Rodríguez; pero no conocía enteramente el mundo y no concebía que Andrés interpretaría su conducta de una manera bastarda y no dejaría, por eso, de ser su enemigo. Hay acciones que, en situaciones dadas, deben evitarse, porque, interpretadas mal por las pasiones ajenas, parecen un acto de cinismo y de descaro. Men Rodríguez medía todos los corazones por el suyo, con una gran confianza, porque todavía no había sufrido ninguna decepción; pero nuestros lectores comprenderán muy bien que Andrés no debía creer que Men Rodríguez y Beatriz se casaban contra su voluntad; que debía, aunque no fuese más que por amor propio, aborrecer a Sanabria y obstinarse más que nunca por Beatriz, aborrecimiento y obstinación que debía aumentar la imprudente carta de Men Rodríguez.

Este, sin embargo, no pensó en ello, ni, si se lo hubieran dicho, lo hubiera creído, y contó ce por ce a Andrés

cuanto le había acontecido, que se sacrificaba a su lealtad al rey y que jamás sería más que hermano de Beatriz.

El día siguiente, por la noche, el arzobispo de Sevilla unió en uno, por medio de la bendición nupcial, a Beatriz y Men Rodríguez. El rey estaba alegre; los esposos, a pesar de su valor para apurar el sacrificio, estaban pálidos y trastornados; pálida y triste, asistía como madrina a la ceremonia doña María de Padilla.

Un día antes, por una refinada crueldad de Andrés Corchuelo, irritado por lo que llamaba una traición de Men Rodríguez y una liviandad, una venta vergonzosa de Beatriz, doña Isabel Núñez de Lara tuvo noticia de aquel casamiento. De esta noticia emanaron tres terribles cartas, cada una de las cuales debía producir un resultado fatal.

Doña Isabel Núñez de Lara escribió, llorando, una carta y la entregó a Andrés Corchuelo, que, uniéndola a otra para Beatriz, las puso en un sobre a Men Rodríguez y las entregó a su escudero, que volvió a Sevilla con la misma velocidad que había ido a Jerez. La tercera carta era del escribano a Leila, noticiándole aquel suceso, cuya noticia había corrido por el alcázar; un mensajero partió a llevar aquella carta a la frontera de Aragón.

Así, pues, y como resultado de la diligencia del escudero de Men Rodríguez, cuando éste, después de las velaciones, se dirigía a su aposento en el alcázar, con su esposa, recibió la carta de Andrés Corchuelo. Debajo del sobre encontró dos: el sobre de la una decía: «Al señor Men Rodríguez de Sanabria»; la otra, «A la muy alta y poderosa señora doña Beatriz Zapata y Téllez, esposa del señor Men Rodríguez de Sanabria.»

—Esta carta es para vos, doña Beatriz—dijo Men Rodríguez, entregándosela noblemente sin tocar la cera colorada que la cerraba, y en la que no se veía ningún sello, ansioso por romper el noble y altivo blasón que timbraba la cera de la otra carta.

—¿Que es esta carta para mí?; ¿y de quién?—dijo, palideciendo, Beatriz.

—¿De quién ha de ser sino de Andrés, a quien he escrito a Jerez, donde se encuentra, noticiándole nuestro casamiento y las causas que lo han motivado?—contestó Men Rodríguez.

—¿Que habéis escrito a Andrés! Habéis hecho mal—dijo Beatriz, que, a pesar de sus pocos años, tenía más experiencia que Men Rodríguez.

—He creído que debía obrar noblemente con un amigo.

—Jamás debemos disculparnos de nuestros hechos cuando nuestra disculpa es tal que, en vez de sincerarnos, puede hacer dudar más de nosotros; al unirnos, vos habéis muerto para la mujer que amáis; yo, para el hombre que amo. He aquí en lo que consiste nuestro sacrificio: en que hemos matado nuestro amor; los cadáveres no hablan, porque no pueden hablar, aunque se insulte su memoria.

—¡Oh!, no, no—dijo Men Rodríguez dando vueltas, impaciente, en su mano a la carta de doña Isabel—; estoy seguro de que Andrés me habrá creído.

—Pues bien, señor; leed esa carta.

—¡Leerla yo una carta vuestra!

—Yo no sé leer, y, además, aunque supiese, no deben existir secretos entre los dos; señor, tened presente que me habéis entregado vuestro honor, al darme vuestra mano.

—Y creo que lo guardaréis, señora; tanto lo creo, que, si consiento en leeros esta carta, es porque no sabéis leer—y Men Rodríguez abrió la carta de Andrés y leyó las primeras frases, que le hicieron palidecer con la palidez de la cólera.

A la muy hermosa, muy noble, afortunada y leal doña Beatriz Zapata y Téllez, de su humilde criado Andrés Corchuelo.

—Eso es un sarcasmo, un sarcasmo que yo no debía esperar de él—exclamó con energía y altivez Beatriz.

—Escuchad—dijo Men Rodríguez, que había adelantado algunas líneas en la lectura.

Y continuó:

Señora: Acabo de recibir una extraña carta de vuestro esposo; de vuestro esposo, puesto que es necesario darle este nombre, ya que vos se lo habéis dado con vuestro amor; me ha mentado largamente una sucesión de disculpas, que no han podido menos de maravillarme; ya desde que el rey os honró haciéndoos noble, desde que os llamasteis doña Beatriz, comprendí que estabais demasiado honrada y favorecida, para que un pobre escudero pudiese ser vuestro esposo; vos pertenecéis de derecho a un ricohombre; las villanas se casan con los villanos; una cortesana debe casarse con su cortesano.

—Al leer estas palabras, el rostro de Men Rodríguez se tornó totalmente lívido, y Beatriz, no menos lívida que él, le arrancó la carta.

—¡Infame!—exclamó, rompiéndola en pedazos—; ¡este miserable insulto merece una estocada en el corazón!

—¡Miserable!—exclamó Men Rodríguez—. ¡Se ha atrevido a dudar de vos y de mí! ¡Se ha atrevido a insultarnos!

—Insultándonos, acaba de hacernos felices—exclamó Beatriz, desmenuzando y volviendo a desmenuzar la carta en pequenísimos e innumerables pedazos.

—¡Felices!—exclamó Men Rodríguez.

—Sí; porque este villano insulto, esta miserable y cobarde venganza, demuestran que ese hombre jamás me ha amado. Habéis hecho muy bien, esposo y señor, en escribir esa carta... Para vengar su insolencia, tenéis una espada; y si yo valgo algo para vos, me consuelo ahora en el aprecio y la posesión completa de vuestra esposa; mañana, en su amor.

—¡Ah!—dijo Men Rodríguez, estremeciéndose ante aquella franca confesión de Beatriz, que le colocaba en una situación violentísima—. Acaso, irritada, decís lo que no pensáis; acaso si yo tomo vuestras palabras en lo que suenan, y doy un paso... que me haría feliz, os arrepentiréis tarde.

—¡Arrepentirme! ¿Qué es arrepentirme?—exclamó con altivez Beatriz—. ¿Creéis que yo sea una de esas mujeres que aman sobre su dignidad, sobre su pudor, sobre su honra, a un hombre que ha sido tan innoble, que se ha atrevido a insultarlas? ¡Oh!, se necesitaría ser muy débil, muy cortesana, para seguir amando a un hombre que a tan infame punto llega; a ese hombre se le mata, y se le olvida de todo punto.

Men Rodríguez reconoció en Beatriz el indomable y fiero carácter del rey don Pedro, y no pudo dudar de que por sus venas corría la valiente y noble sangre de Alonso el Onceno.

—Os creo, señora, os creo—dijo Men Rodríguez, posando una mirada atónita en el hechicero e inspirado semblante de doña Beatriz, cuya mirada, durante su cólera, había adquirido una admirable semejanza con la mirada del rey, cuando se encontraba en aquel caso—; os creo, y os vengaré.

—Sí, sí, vengadme; vengaos, porque la injuria es común a nosotros dos; porque aunque sólo fuera para mí, sería vuestra, porque soy vuestra esposa. ¡Y yo he podido amar a ese hombre! ¡Y yo he podido llorar por él! Leed, leed esa otra carta, señor, si es que queréis y podéis hacerme saber su contenido.

—Esta carta—dijo Men Rodríguez, abriéndola y preparándose para su previa lectura—, es de doña Isabel Núñez de Lara.

—¡Y doña Isabel!

—Es la mujer a quien...

—A quien amáis..., decidlo sin empacho; por más que la infamia de ese hombre me haya hecho arrojar de mí su amor como una cosa indigna, no os considero de tal manera que pueda tener celos, señor; a nuestro casamiento ha precedido un convenio solemne al que yo no faltaré, y sin violencia sería siempre vuestra hermana, no más que vuestra hermana.

Men Rodríguez pronunció las palabras siguientes, con voz cuya conmoción procuraba en vano ocultar, teniendo la vista fija, pero inmóvil, en la carta de doña Isabel:

Señor Men Rodríguez de Sanabria: He sabido que os habéis casado, y aprovecho esta ocasión para deciros lo que, por agradecimiento a vuestro amor, no me había atrevido a deciros hasta ahora: nunca os he amado, ni he sentido hacia vos más que agradecimiento y amistad; jamás hubiera sido vuestra esposa. Haced, pues, feliz a la que el cielo os ha dado y sed feliz con ella.—Doña Isabel Núñez de Lara.

—¡Oh! He ahí una mujer noble y digna de ser amada —exclamó Beatriz, creyendo de buena fe las palabras que acabada de escuchar, y que no eran otra cosa que una sublime mentira de Men Rodríguez; el verdadero contenido de la carta de doña Isabel Núñez de Lara era el siguiente:

¡Señor!, ¡señor!, me han dicho que os habéis casado; yo no quería creerlo, pero la persona que me lo ha dicho me ha presentado una carta vuestra, a cuya vista no he podido dudar. Mis temores se han cumplido; amáis ante todo al rey, y habéis cedido a su voluntad. No importa, yo viviré muy poco, y, como mi amor es del alma, puedo..., sí, puedo amaros con el alma, amaros hasta mi muerte. Dios quiera que la esposa que os ha dado el rey, que será digna de vos, cuando vos la habéis aceptado, os ame tanto como os he amado yo; no volváis a escribirme ni a verme. Yo no consentiría ni en que robaseis vuestro amor a vuestra esposa, ni que me ofendieseis con vuestros amores... Pero guardadme en el alma un lugar tan puro y sagrado como el que yo os consagro en la mía.—Doña Isabel.

Men Rodríguez había apurado el sacrificio hasta las heces; perdía a la mujer que amaba, a la que no podía dejar de amar; la perdía de una doble y horrible manera, y se veía obligado a fingirse un esposo amante, para no ofender a una esposa digna y pura que le había dicho, abriéndole los brazos:

—Ya podemos ser más que hermano y hermana.

Doña Isabel Núñez de Lara y Men Rodríguez de Sabria eran las verdaderas víctimas de esta combinación de fatales acontecimientos.

CAPITULO XVII

Por aquellos días, el ejército del rey de Aragón o, mejor dicho, el del conde de Trastamara, se encontraba acampado cerca de la ciudad de Nájera. Constaba de unas mil lanzas, capitaneadas por el mismo don Enrique, por su hermano don Tello y por el conde de Osuna; pero además, un tanto separado del real, como en señal de independencia y señorío particular, en el repecho de una colina, se encontraban las tiendas de un escuadrón de cien lanzas, en cuyo centro, sobre una tienda riquísima, ondeaba un estandarte rojo, en el cual campeaba un león rampante negro.

Dentro de aquella tienda, que estaba alhajada con muebles de campaña, pero tan ricos como podían ser los de un alcázar, había dos personas que nos son muy conocidas: Leila e Isabel. Entrambas vestían trajes masculinos. Leila estaba reclinada en un diván, profundamente pensativa, e Isabel se ocupaba en colocar en un arca, después de doblarlas y limpiarlas, una magnífica sobrevesta de brocado, a dos colores, roja y negra, y algunas galas de caballero. Cuando hubo acabado su operación cerró el cofre, adelantó hacia Leila y se quedó contemplándola profundamente.

—Yo no sé qué tienes, Ana mía—le dijo—; estabas triste; pero desde el día en que recibiste la malhadada carta de Alvar Yáñez, estás más sombría, más terrible que de costumbre.

—Todos me hacen traición—dijo roncamente Leila—; me encuentro aislada, sola, reducida a mí misma, y no sé dónde estoy. ¡Oh!, ¡oh!, era necesario jugar el todo por el todo y concluir de una vez.

Así hablaban de sus respectivos pesares las dos jóvenes; pero no estuvieron así mucho tiempo, pues Isabel llamó la atención de Leila:

—Oye, oye—dijo—; son de trompetas.

—Es, sin duda, don Enrique, que viene a visitarme.

En efecto, abrióse el tapiz de la tienda, y un escudero dijo:

—¡Señora!, el señor conde de Trastamara.

—Déjame sola, Isabel—dijo Leila a la joven, que salió, trasladándose a otro departamento de la tienda.

Poco después entró don Enrique, que venía pálido y pensativo.

—¡Guárdeos Dios, noble y valiente amazona, honor de mis banderas! ¿Cómo os encontráis?

—Impaciente, muy impaciente, señor—contestó Leila, haciendo un lugar en el diván al conde, que se sentó junto a ella.

—Pues debe cesar vuestra impaciencia, si consiste en venir a las manos con el cruel tirano de Castilla. Don Pedro avanza sobre nosotros y en su jornada viene haciendo venganzas atroces.

—Ese hombre está maldito—exclamó Leila.

—Sí, maldito; pero parece que su maldición alcanza a todos los que tienen algún parentesco, odio o amistad con él; yo lo pruebo por mí mismo.

—Ya os he dicho, señor, que soy demasiado orgullosa, que tengo demasiado corazón para amar a un hombre casado; os he dicho, además, que amo a otro hombre con toda mi alma.

—Y sin duda habréis recibido muy malas noticias de ese hombre, cuando os mostráis tan ceñuda de algunos días a esta parte.

—¡Ese hombre se ha casado!

—¿Que se ha casado?

—Sí, y de una manera que le pone fuera de mi amor y de mi venganza..., porque, se ha casado con una hermana mía!

—¿Con una hermana vuestra?... Pero ¿quién es esa hermana?

—Es una pobre hermana a quien amo con todo mi corazón, a la cual no pueden hacerme aborrecer ni aun los celos... Esa hermana sin saberlo me ha herido en lo más sagrado, en lo más débil, en lo más sensible, y ese hombre... ¡Oh! No hablemos más de ello...; el furor me ahoga cuando pienso..., y de todo tiene la culpa vuestro padre, vuestro padre el rey don Alonso el Onceno, que ofendiendo al mío en su honor, desgarrando el corazón de mi madre, ha causado la desgracia de mi familia, desgracias horribles que han recaído sobre mí.

—Ya os he prometido remediar, en cuanto esté de mi parte, las desgracias que, acaso sin pensarlo, os causó mi padre, arrastrado hacia vuestra madre por un amor seme-

jante al que vos me inspiráis; y si con la ayuda de Dios llego a ser rey de Castilla...

—¿Podréis volverme la paz de mi corazón? ¿Podréis darme al hombre que amo, y que he perdido para siempre? —exclamó con desesperación Leila.

—¿Pero tanto vale ese hombre, que no le podéis reemplazar con otro? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Su nombre era mi secreto... Pero ¿qué importa? Yo no tengo ya secretos... Tomad, tomad y leed—y Leila sacó de su escarcela dos cartas, y entregó una de ellas al conde que la leyó y se inmutó: aquella carta era la segunda que había escrito Alvar Yáñez desde Jerez a Leila, y estaba concebida en estos términos:

Mi noble y poderosa señora doña Ana Téllez de Ulloa: os escribo precipitadamente para anunciaros una desgracia, para saber la cual os pido os arméis de valor. El rey acaba de casar a Men Rodríguez de Sanabria con doña Beatriz Zapata y Téllez. Esto, os conozco bien, os abrasará en celos, en vuestros celos, que, me atrevo a decíroslo, son mortales. Pero en esta ocasión (y tened presente que este es el primer buen consejo que doy) debéis ahogar vuestros celos, debéis respetar la vida de la esposa de Men Rodríguez, porque entre ella y vos existen lazos sagrados. El nombre que habéis adoptado de doña Ana Téllez de Ulloa, el blasón que habéis hecho bordar en vuestro estandarte, vuestra procedencia del reino de Granada, todo me indica que conocéis la historia de vuestra familia y el parentesco que os une con doña Beatriz. Pero si no fuese así, por lo que pueda suceder, sabed que doña Beatriz es hija bastarda del señor rey don Alonso el Onceno y de doña Teresa de Ulloa, esposa que fué del señor Alfón Téllez. Si sois hermana de doña Beatriz debéis respetarla; si no lo sois, tened presente que el rey sabe por el difunto arcediano de San Gil que doña Beatriz es su hermana, que la protege, cuando la casa con el más querido y valiente de sus favoritos, y que debéis andar con pies de plomo.

El portador espera, el tiempo urge y no puedo añadir a mi carta más que algunas palabras; estáis enteramente vengada de los celos que os ha hecho sufrir doña Isabel Núñez de Lara; además de que los efectos del veneno son cada día más terribles, sabe también el casamiento de su amante, está tan desesperada como podéis estarlo vos, y esto apresurará su muerte.

Vuestro humilde criado,

ALVAR YAÑEZ.

—¡Oh! Sí, sí, ciertamente—exclamó don Enrique temblando de conmoción y de horror—, muy desesperada debéis estar, cuando me confiáis tales secretos.

—¡Que si estoy desesperada!—exclamó Leila posando en don Enrique una mirada candente, roja, por decirlo así, que le hizo bajar los ojos—. ¿Y me habláis de amor? ¡Habladme de venganzas! No puedo herir a mi hermana... porque la amo; no puedo herir a Men Rodríguez porque es mi vida; pero puedo envenenar el alma del rey don Pedro, retorcérsela, sajarle lentamente el corazón, antes de matarle..., y el rey don Pedro sentirá la mordedura de la serpiente. Le heriré en doña Blanca, deshonorándole con la mancha de una atrocidad... Le heriré en su adorada doña María de Padilla... Haré tanto que, cuando diga al rey, saboreando mi venganza: yo he hecho esto, comprenderá que hay quien es más valiente, más feroz, más cruel, más vengativo que él.

Don Enrique se estremeció ante la mirada mortal que brillaba en los ojos de Leila, y el amor que le había inspirado su maravillosa hermosura se convirtió en miedo. Disimuló sin embargo cuanto pudo y se dobló a la situación.

—Conque—dijo—, sin saber por dónde, de una manera imprevista, aparece para nosotros una nueva hermana, y el rey la casa con uno de nuestros más esforzados enemigos, con ese Men Rodríguez de Sanabria, nuevo sol que se levanta delante del trono de Castilla y del cual tenemos buenas noticias!... ¡Oh!, si acaso ese casamiento fuese una noticia falsa...; el rey viene sobre nosotros; sin duda le acompaña Men Rodríguez... Prevendremos a nuestros capitanes que procuren respetar su vida en gracia al amor que le tenéis, doña Ana; pero procuraremos hacerle prisionero.

—¡Oh! ¡Si cae en mis manos y es falsa esa noticia!—exclamó Leila.

En aquel momento se oyó una ruidosa trompetería y un inmenso alarido en los reales. Leila y don Enrique se avanzaron a la puerta. A punto apareció junto a ella el conde de Osuna, que venía jadeando en busca de don Enrique.

—A caballo, a caballo, señor—dijo con sobresalto—; vuestro enemigo está sobre los reales, mirad, mirad, señor, la nube de polvo que por el camino de Miranda levantan sus escuadrones.

—Adiós, doña Ana, adiós—dijo don Enrique despidiéndose.

dose bruscamente de Leila y montando a caballo, después de lo cual partió como un vendaval con sus escuderos.

—A caballo, a caballo—dijo Leila a Pero Alvarez, que le servía de teniente—; plegad las tiendas y dejad en su resguardo diez hombres con el bagaje Los demás en el campo—y se metió dentro.

—¡Isabel! ¡Isabel!—gritó—. Armame, tenemos a los enemigos encima y no hay momento que perder.

—¿Y vas a entrar en batalla?—exclamó Isabel temblando.

—¡Y cómo si entraré! ¿No me he encontrado ya en las de Tarifa y Algeciras, que fueron más sangrientas que lo será esta? Pronto, Isabel, pronto; cuando me hayas armado, retírate con mis pajes a Nájera. Sólo Dios sabe la suerte de las batallas y no quiero exponerte.

Algunos instantes después, al frente de sus jinetes y al lado de su estandarte marchaba a buen paso a incorporarse al grueso del ejército de don Enrique, que empezaba a formar en batalla a la falda de una colina avanzada a Nájera, cuyos muros y torres se veían a lo lejos. El río Nájera separaba el ejército de don Enrique del camino por donde avanzaban envueltos en una nube de polvo los escuadrones del rey don Pedro.

El escuadrón de Leila, como el más fuerte y escogido de los que seguían los estandartes de don Enrique, fué colocado entre dos lombardas armadas en el centro de la batalla. El ejército de don Enrique estaba ya preparado; las tiendas habían desaparecido, como por ensalmo, y sólo quedaba una masa cerrada e inmensa de caballería, sobre la que descollaba un bosque de lanzas, salpicadas acá y allá de estandartes y flanqueadas por dos numerosas mangas de ballestería aragonesa.

En tanto llegaban los enemigos, Leila fijaba en la nube de polvo, que avanzaba con una rapidez maravillosa, una mirada intensa.

—¡Si me hubiera engañado Alvar Yáñez!—decía—; ese hombre es un traidor, un miserable; sí, sí, si no lo supiese de antemano, me bastaría para creerlo la carta escrita para el rey que ha venido a mis manos por una equivocación: sin duda la que escribió para mí fué a las del rey... Ese hombre sirve a todo el mundo... ¡Si me hubiera engañado! ¡Si Men Rodríguez no se hubiera casado!... ¡Oh! ¡Juro a Dios morir o hacerle prisionero!

En aquel momento se oyó, distintamente ya, la trompe-

tería del ejército del rey don Pedro, a la que contestó con un recio alarido la del ejército de don Enrique.

Era antes del mediodía; un sol ardiente, suspendido en una atmósfera de fuego, hacía brillar los bruñidos arneses de los hombres de armas; dominaba un silencio solemne, porque todo es solemne en los primeros momentos que preceden a una batalla.

El ejército de don Enrique, bastante considerable para aquellos tiempos, ocupaba una posición ventajosa sobre la orilla derecha del Najerilla, al paso que el de don Pedro tenía que atravesar el río y avanzar estrechado entre dos lomas.

El ejército de los rebeldes, que así puede y debe llamarse, estaba, como hemos dicho, formado en una sola masa de caballería, en cuyo frente, apoyando los flancos, se veían dos de los antiguos tubos de hierro y madera, barreados de hierro, llamados lombardas; máquinas de guerra pesadas, enfadosas y de poca utilidad, puesto que si soltaban un tiro de hora en hora se tenía por maravilloso. En la primera fila, estaban los hombres de armas pesadamente cubiertos de hierro, así ellos como sus caballos, destinados a resistir el primer choque; entre estas colosales y brillantes estatuas de hierro descollaban los estandartes y brillaban las galas, los penachos y los lambrequines de los caudillos y capitanes; seguidamente se agrupaban los jinetes, especie de caballería maniobrera, armada más ligeramente, y por último, dos mangas de ballesteros a pie se prolongaban cubriendo los flancos de la caballería.

Este ejército esperaba inmóvil; solamente los ballesteros con los arcos tensos de sus ballestas y preparados los viotes, especie de venablo arrojadizo, avanzaban lentamente hacia el enemigo, que marchó con rapidez hasta llegar cerca del río y desde allí adelantó a paso más tarde hasta llegar a la margen, donde se detuvo.

En medio de la tremenda formación de hombres de armas que había hecho alto, descollaba altivo el estandarte real de Castilla, único que se veía enhiesto, aunque acompañaban al rey con sus mesnadas muchos ricoshombres de pendón y de caldera; delante, en el centro, cubierto con una magnífica armadura dorada, en cuyo almete sin visera se ceñía una corona, con manto real sobre los hombros, corcel encubertado con gualdrapas blasonadas, con una gruesa lanza en la mano y embrazada una fortísima y pesada adarga árabe, se veía el rey don Pedro, que fijaba

una mirada avarienta, voraz, sobre el ejército de su hermano. Tenía a su derecha a Men Rodríguez de Sanabria, magníficamente armado, jinete en el famoso Balax, que piafaba impaciente presintiendo la batalla; en cuanto a su joven jinete, apretaba convulsivamente la pesada lanza de roble que empuñaba, impaciente por desahogar en los enemigos la rabia que le producía el amargor de sus primeras desgracias. A la izquierda del rey estaban su guardia mayor, Gutier Ferrández de Toledo, su ballestero mayor, Pedro Lope de Padilla, y su repostero, el señor Juan Tenorio. Detrás de él, al frente de un centenar de ballesteros del rey, que rodeaban al señor Diego de Quintanilla, que, como uno de los alféreces del rey, sustentaba el estandarte real, estaba Juan Diente, sombrío y mudo, fijando en los rebeldes su feroz mirada de lobo. A los costados de este grupo estaban algunos ricoshombres y, por último, un escogido y numeroso cuerpo de jinetes se apiñaba tras los hombres de armas.

—El bastardo—dijo el rey, dirigiéndose a Gutier Ferrández de Toledo—tiene tantas y tan buenas lanzas como nosotros y ocupa una posición ventajosa.

—Ya lo veo, señor—contestó Gutier Ferrández.

—¿Y qué piensas que debe hacerse?

—Embestirlos de frente, con todo el peso de nuestros hombres de armas, que son muy buenos.

—Sí, sí, eso mismo pensaba yo y de aquí a un momento será indispensable la arremetida. ¡Ira de Dios!, que no tiene mala traza esa ballestería aragonesa que avanza hacia nosotros.

—La ballestería de Aragón es una muy brava, señor.

—Pero que no llega ni con mucho a los bravos mozos de mi guardia de ballesteros de maza. ¡Ah! ¡Ah! Juan Tenorio, mi bravo hijo; te veo impaciente por acometer.

—Es que si no acometemos, somos acometidos—dijo el repostero mayor—, y ya sabe vuestra señoría que el que da primero...

—No da nada, si no da a tiempo. ¡Hola mi buen Men Rodríguez; éste es tu bautismo de sangre; cuenta, hijo, con mis advertencias: una batalla no es una justa; puedes verte acorralado, cercado. Así, pues, son inútiles las hidalguías; en una batalla no hay golpe traidor...; ya verás, yo...; haz lo que me veas hacer y más si puedes..., aquí lo que importa es matar. ¡Hola, Juan Diente! Veremos cómo se defiende mi estandarte; ¡jira de Dios! ya se han puesto a

tiros esos bravos montañeses, que es lástima defiendan tan mala causa; será necesario conquistar a Aragón para hacernos servir por tan buenos soldados. ¡Dios de Dios! He aquí una descarga de virotes; ¡y las lombardas! ¡Ah de Castilla! Mi bandera adelante; ¡lanzas en ristre y a ellos! ¡Santiago y Castilla; cierra!

Un poco antes de que el rey mandase la arremetida, una descarga de la ballestería aragonesa había venido a estrellarse contra las corazas y las adargas de los hombres de armas; habían estallado con horrible estruendo las lombardas y una de las pelotas o balas de piedra con que estaban cargadas se había enterrado a los pies del caballo del rey, mientras la otra pasó silbando a alguna altura sobre su cabeza.

Inmediatamente después de la voz de mando de don Pedro, transmitida por sus capitanes a los soldados, estos se inclinaron sobre los arzones, y aquella imponente y férrea masa atravesó a media rienda el Najerilla, que era y es poco caudaloso, y fué a chocar con horrible estruendo contra los de don Enrique.

Al primer encuentro se rompieron las lanzas, y muchos de los hombres de armas cayeron desmontados de una y otra parte. El rey don Pedro había acometido con un furor indecible; rota su lanza al primer encuentro, después de haber desmontado mal herido al desventurado caballero que encontró por delante, se volvió a su primer escudero Alvaro de Quincoces, que le seguía de cerca.

—Mi hacha de armas—gritó—; echa mano a tu hacha de armas, Sanabria, y puños, muchos puños, hijo; veamos cuántos yelmos y cuántos cráneos rompemos; ¡paso, paso, canalla! Dejadme llegar al bastardo ¡Que yo pueda darle mi último abrazo! ¡Ira de Dios, malsines! Traéis cascos de calabaza, y os caéis de los arzones como si estuvierais borrachos! ¡Paso, paso! Allá va el bastardo; ¡por Lucifer! aguijad, caballeros, aguijad, romped por medio, abríos calle como el jabalí, ¿no veis que se nos escapa?

Y el rey don Pedro en medio de la batalla, que se había revuelto, descargaba a derecha e izquierda con una espantosa rapidez su hacha de armas, que a los pocos minutos de haberla empuñado destilaba sangre y se cubría y recibía una granizada de golpes en su fortísima y pesada adarga, y revolvió su caballo con una destreza admirable. Dondequiera alcanzaba su brazo caía un hombre, y a cada golpe logrado, el rey rugía de placer, como un león que ha despedazado su presa.

El señor Juan Tenorio, a su lado, era un rayo exterminador, pero su feroz alegría era repugnante; para él lo principal era el goce de la matanza y, como si un demonio le hubiera protegido, ningún golpe le alcanzaba, en tanto que su ancha y pesada espada de a dos manos se ensangrentaba, rajaba, desarmaba y ponía a los hombres de armas fuera de combate de un solo golpe.

Men Rodríguez de Sanabria, aunque novel caballero, llevaba gran parte de la honra de la jornada; él solo mataba más que don Pedro y Juan Tenorio juntos y se metía sin temor en lo más trabado, hasta el punto de hacer sudar y apretar los puños, para no quedarse atrás, al terrible Juan Diente, que le seguía por encargo del rey.

—¡Oh! Esto es horrible—gritaba el joven—. ¡No haber encontrado una sola lanza, un solo hombre que me dé el golpe de gracia! ¡Oh! Estos miserables son de manteca; caen como estorninos atontados; ¡y me sería muy fácil hacerme matar con bajar el hacha de armas!...

—Eso lo veríamos, señor Men Rodríguez—dijo Juan Diente, que se había unido con el joven y había oído sus últimas palabras—; si vos bajáis el hacha de armas, siempre quedaríamos aquí Rodrigo Pérez de Castro, Garcí Díaz de Albarracín, Gonzalo Recio y yo, que somos tan buenos ballesteros y manejamos nuestra maza de armas tan bien en el alcázar como en el campo; pero este es asunto concluido; ya no tenemos a quién herir, mirad cómo cían. ¡Y qué es ciar! Mirad, mirad cómo corren hacia Nájera. ¡Campo por el rey! ¡Campo por Castilla! ¡A ellos, a ellos, señor! Mirad cómo mi valiente amo don Pedro aguija su caballo. ¡Ahoé! ¡Ahoé! ¡Valientes! ¡Rienda suelta, que se nos van! ¡Ahoé! ¡Aoe!—y Juan Diente, gritando, ronco ya por lo mucho que había voceado en la batalla, aguijaba a sus compañeros los ballesteros de maza y seguía a Pero Lope de Padilla, que armado como los suyos, les voceaba y les jaleaba ni más ni menos que si se tratase de una jauría.

Por más que el ejército de don Enrique huyese desparovido hacia la ciudad, aún quedaban acá y allá algunos escuadrones revueltos con los del rey, empeñados en una cruda carnicería. Uno de estos escuadrones era el de Leila. Leila al frente de ellos hacía prodigios y era uno de los mejores caballeros de la jornada.

Leila, frenética, desesperada, sin reparar en el peligro, buscaba a Men Rodríguez como se busca a la ventura una cosa perdida; aquejada por su ansia, ensangrentando in-

cesantemente los ijares de su magnífico corcel árabe, muy pronto adelantó a su escuadrón, hollando los muertos y los heridos, terrible rastro que dejaban tras sí los escuadrones del rey. De repente dió un grito de placer: un caballero solo, arrastrado por su caballo que arrojaba un raudal de negra sangre, herido en el cuello, herida que sin duda le había enfurecido y desbocado.

Leila revolvió el suyo y se lanzó a rienda suelta en pos de Balax, que corría hacia el escuadrón de Juan Tenorio y al que seguían, aunque a larga distancia, Juan Diente, Pero Lope de Padilla y una veintena de ballesteros de maza. Pero Leila no hubiera podido alcanzar a Balax si el noble animal, desvanecido por la pérdida de la sangre, no hubiera caído arrastrando consigo a su jinete, a una distancia igual del escuadrón de Juan Tenorio, del de Leila y de los ballesteros de maza. Esta se arrojó del caballo y, llegando a Men Rodríguez, le puso la punta de la espada al rostro y le dijo con voz temblorosa por la impaciencia y por la emoción:

—¡Sois mi prisionero, señor Men Rodríguez de Sanabria!

—¡Matadme—exclamó el joven sin mirar a Leila—, porque un Sanabria no se entrega a un enemigo que no le ha vencido!

—¿Que os mate, que os mate?—exclamó Leila—. ¿Sabéis lo que habéis dicho? ¿Creéis que yo os puedo matar?

Men Rodríguez se volvió trabajosamente y alzó el semblante a mirar a Leila, excitado por lo singular de su acento y su timbre mujeril.

—¡El paje Gastón Téllez! ¡El paje de doña Isabel Núñez de Lara!—exclamó con admiración.

—¡No! ¡No!—exclamó Leila, sino una mujer que os ama; pronto, pronto, rendíos, caballero.

—No.

—¡Se acercan! ¡Se acercan!—exclamó Leila, arrojando una mirada indescriptible al escuadrón de Juan Tenorio y al de Pero Lope de Padilla, que cargaban por otro punto, aguijados por Pero Alvarez, a quien su lealtad y su interés aconsejaban salvar a su señora—. ¡Se acercan! ¡Contestadme, señor! ¡Contestadme! ¿Os habéis casado con doña Beatriz Zapata y Téllez?

—Sí.

—¡Ah!—exclamó furiosa Leila—. ¿Y la amáis como amabais a doña Isabel Núñez de Lara?

—Sí—exclamó Men Rodríguez, exhalando toda su alma en aquel monosílabo.

—Así, pues, en ella me vengaré de vos—exclamó Leila con acento terrible.

—Os engañáis, porque nadie se venga en un cadáver.

—¡Muerta!

—¡Sí, muerta! ¡Muerta!

Leila no esperó a saber más; por un momento levantó furiosa su espada sobre Men Rodríguez, pero le faltó valor, retrocedió y saltó sobre su caballo en el momento que llegaban Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y Juan Diente.

—Adiós, adiós, señor Men Rodríguez—dijo haciendo volar su caballo—: adiós, vosotros todos, miserables, añadió volviéndose a los dos caballeros y al balletero; pronto me volveréis a ver—y lanzó su caballo, rodeó su escuadrón y se dejó ir, con la velocidad del huracán, sin haber perdido un solo hombre, corriente abajo del Najerilla.

—¡Doña Ana!—exclamó maravillado Juan Tenorio.

—¡Leila!—dijo abriendo enormemente la boca Pero Lope de Padilla.

—¡Gastón!—exclamó Men Rodríguez, saliendo de debajo de Balax, ayudado de Juan Diente, que había echado pie a tierra.

—¡El diablo! Señores, ¡el diablo!—dijo Pero Lope de Padilla—. Una mujer infernal de quien tengo la desgracia de estar enamorado.

—¡Ah! ¿Vos también?—dijo Juan Tenorio.

—¡Cómo, señor repostero! ¿También os ha hincado el diente en el corazón esa maldita?

—No sé lo que me ha hincado, pero os juro que me las ha de pagar.

—¡Oh!—dijo Juan Diente, murmurando sus palabras en voz baja por respeto—; paréceme que esa mujer se me ha de cruzar en mi camino y que nadie más que yo ajustará con ella la cuenta final.

—Vamos, señores, vamos a Nájera, donde ya tendremos nuestras posadas—dijo Juan Tenorio—: ¡cuando pienso, que casi no ha habido tiempo entre la arremetida y la victoria para matar tanta gente! De esta hecha, amigo Juan, paréceme que tienes el gusto, el imponderable placer de romper el cráneo al bastardo. Vamos, señores, vamos a Nájera. ¿Pero qué es esto? ¡El rey se vuelve! ¿Habrá sido la huída una celada?

En efecto, el rey había cesado en el alcance y se vol-

vía. No podía concebirse sino que habían salido de la ciudad fuerzas superiores; pero, por el contrario, sólo se vió que los fugitivos, de quienes se había apoderado un terror pánico, encontrando lleno el puente levadizo, se arrojaban huyendo de las espadas de las gentes de don Pedro a los fosos. Por otro lado fué necesario que los de la ciudad abriesen un boquete en el muro, para que entrase don Enrique.

Men Rodríguez montó en el caballo de un balletero y con Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y sus gentes se encaminó al encuentro del rey. Cuando llegaron, encontraron a don Pedro pálido y convulso, que decía a sus balleteros de maza:

—Recorred el campo y matad, matad, hijos míos: no prendáis, matad.

—¡Pero señor!—se atrevió a decirle Juan Diente—. ¿Se vuelve vuestra señoría, sin coger el fruto de la victoria, que es la cabeza del bastardo?

—¿Quién se atreve a contrariarme?—exclamó el rey midiendo de alto a bajo con una furiosa ojeada a Juan Diente—. A Sevilla, caballeros, a Sevilla.

El bravío balletero bajó la cabeza y, cabizbajos como él, aquellos valientes soldados siguieron al estandarte real, que volvía la espalda, malográndose uno de los más hermosos triunfos del rey don Pedro.

—¿No os lo decía yo?—exclamó Juan Diente al oído de Men Rodríguez—. El rey está loco.

El joven suspiró y no contestó, porque creía estar loco también.

El único fruto que sacó don Pedro de la brillante y malograda batalla de Nájera fué que el rey de Aragón se aterrara y firmase una paz ventajosa para Castilla, y que don Enrique huyese de nuevo a Francia, temiendo ser vendido por el rey de Aragón. Por lo demás, viviendo don Enrique la guerra civil vivía y con ella la amenaza lanzada a la cabeza del rey don Pedro.

CAPITULO XVIII

Es otoño. Han pasado dos meses de la batalla de Nájera. Las calles de Sevilla hierven de gente y a lo lejos se oía sonido de trompetas. De repente se oyó entre el gen-

tío una voz múltiple, produciendo en la multitud el estremecimiento de los momentos grandiosos.

—Ya vienen, ya vienen—era la voz que recorría de boca en boca, como un poderoso rumor de olas, la innumerable concurrencia.

Cuando el murmullo era mayor, dos personajes ya conocidos de vosotros llegaron por una tortuosa calleja, tendieron la vista y en una sola mirada abarcaron todo aquel vibrante y deslumbrador espectáculo. Aquellos dos personajes eran Leila e Isabel.

—¡Ah!—exclamó Leila con asombro—. El rey Bermejo de Granada, que viene a ponerse a merced del rey—y llevando a Isabel de la mano, empujó y pudo colocarse en primera fila. En ese momento pasaban los maceros de la ciudad, y después de ellos los alguaciles, rodeando al alguacil mayor, y después de estos los reyes de armas con el aiférez mayor, que llevaba el pendón de Sevilla, y luego el alcalde mayor y los regidores, todo esto marchando a son de timbal y trompeta, con sus relumbrones, sus plumas y sus colores chillones y abigarrados. Seguían a caballo cuatro ballesteros de maza del rey, luego sus heraldos, después su servidumbre, y por último el maestro de Calatrava, Diego García de Padilla, sencillamente vestido en medio de tanto aparato, llevando a su derecha a un grave personaje moro, magníficamente vestido, con corona de oro en la cabeza, sobre un caballo blanco, cuyas riquísimas riendas llevaban cuatro hermosos esclavos; detrás de él, formados de dos en dos y llevando en medio una fila de acémilas, cada una de las cuales mostraba sobre su carga un paramento de brocado, marchaban treinta y siete emires y granadinos a caballo, cubiertos de vestiduras riquísimas, joyas y pedrería. Seguían cuatrocientos jinetes moros, fuertemente armados, y por último, un escuadrón de hombres de armas del rey.

Al pasar Abu'l Sayd por delante de Leila, como ésta viere que no había entre la multitud que la rodeaba ningún semblante conocido, dejó ver su rostro libre del antifaz; por un acaso el rey Bermejo, que hasta entonces había ido mirando a las ventanas, vió a Leila que le miraba como si no le conociera, con curiosidad, pero sin interés. El rey Bermejo contuvo un momento su caballo, y dijo a Diego García de Padilla señalándole a Leila:

—¿Conocéis a ese mancebo?

—¿Que si le conozco? ¡Voto va! Ya lo creo, como que

ha sido paje de doña Isabel Núñez de Lara. Guárdeos Dios, señor Gastón—añadió dirigiéndose a Leila y saludándola con la mano, saludo al que contestó la joven levantándose levemente la gorra.

Abu'l Sayd la miró fijamente sin que Leila diese señales de reconocerle. Al fin pasaron.

—Conque decís—preguntó el rey moro al maestro de Calatrava—que ese mancebo ha sido paje...

—Sí, de doña Isabel Núñez de Lara. Nada tiene de extraño que ande ocioso; después de la muerte del infante don Juan de Aragón y de la prisión de doña Isabel, su servidumbre ha quedado sin acomodo.

—Y se parece enteramente a Leila—exclamó en acento ininteligible el rey Bermejo—. Satanás me presenta a esa mujer por todas partes; ya he creído verla tres veces desde que entré en Castilla.

Nada más hablaron de esto el rey moro ni el maestro, y la comitiva siguió. Isabel miraba con ansiedad uno por uno de los soldados moros, y del mismo modo los castellanos. Cuando pasó el último no pudo contenerse.

—¿Sabes que no viene entre esos Pedro el Negro?—dijo a Leila.

—¿Y qué nos importa Pedro el Negro o el blanco?—dijo la joven con desdén, llevando a Isabel entre los que se dispersaban.

—Esa pregunta vale tanto como si yo te preguntase: «¿Qué te importa Men Rodríguez de Sanabria?»

—Men Rodríguez es un caballero...

—Que no te ama; mientras Pedro el Negro se miraba en mis ojos.

—Yo creía que ya te habías olvidado de ese bribón.

—¡Olvidarme! ¡Olvidarme! Pues mira, no se me ha olvidado un solo día..., porque le amo, sí, le amo; y si supiera que le había sucedido una desgracia no pararía hasta vengarme de quien la hubiese causado.

—Pues bien, vamos primero a lo que más importa...—dijo con sequedad y disgusto Leila—; y luego..., luego, luego tendremos de ocuparnos de la suerte de ese lobo salvaje... A casa de don Simuel Leví..., andemos de prisa; es ya tarde y necesito verle antes de que vaya al alcázar.

Las dos mujeres se aventuraron por una calleja estrecha que conducía a la judería.

—¡Poderoso señor!—exclamaba una hora después don Simuel encaminándose con paso tardío al alcázar—. Ese

píritu condenado, esa maldita Leila, se ha propuesto perderme. Después de la rota de Nájera yo creía que habríamos concluido; que se habría enamorado por allá de algún caballero de don Enrique y que se habría ido con él a gastar sus tesoros... Pero no, señor: se me presenta de nuevo, siempre exigente, siempre enamorada de Men Rodríguez, siempre enemiga del rey y más misteriosa que nunca; ni aun sé dónde vive... Y aunque lo supiera..., si lo supiera, el único recurso que me queda es una puñalada..., un tósigo... Pero si después algún amante encubierto, algún servidor ciego, presenta al rey tanta y tanta prueba de traición como me ha arrancado con su astucia de serpiente esa infame mujer...; no..., no..., lo más seguro es servirle, servirle como un esclavo... ¿Y qué soy yo sino un esclavo suyo...? ¡Ah, rey don Pedro! ¡Rey don Pedro! He aquí un amigo leal, pero imprudente, que, porque no le mates por traidor, se ve obligado a hacerte traición.

Y así envuelto en sus pensamientos llegó al alcázar; tan distraído iba que no reparó en los cuatrocientos jinetes moros del rey Bermejo, que estaban agrupados en la plaza de armas, tomándolos en su distracción por soldados del rey; pero cuando entró en el patio, no pudo menos de reparar en las acémilas con campanillas de oro empenachadas a la morisca, con alamares de sed y oro y los paños de brocado sobre las cargas.

—¡Soberano Dios de Moisés y de Jacob!—exclamó con los ojos brillantes de codicia—. ¿Ha entrado su señoría en tala y saqueo en el reino de Granada?... ¿Qué es esto, señor Diego de Centella?—añadió, volviéndose a un escudero que vagaba en el patio.

Es, don Simuel—contestó con gran respeto Centella—, que el rey da audiencia al rey Bermejo de Granada.

—¡Cómo! ¿Está aquí el rey Bermejo?

—Pues qué, ¿no habéis visto las lanzas y su bandera en la plaza de armas?

—No había reparado en ello. ¡Pero ese hombre está loco, señor! ¿Cómo viene a meterse así en la boca del lobo?

—No lo estáis vos menos, don Simuel—dijo una voz vibrante a espaldas del judío.

Volvió don Simuel asustado y encontró tras sí al señor Juan Tenorio con el semblante contraído con su sonrisa de demonio.

—¿Conque creéis, señor repostero mayor—dijo el judío—, que yo estoy loco cuando vengo al alcázar?—dijo don Simuel, disimulando su ansiedad.

—Ya lo creo, como que el rey no hace otra cosa que preguntar por vos.

—¿Por mí?

—Cierto, desde hace quince días.

—Pues ya no lo extraño, no, por Datán y Avirón; como que el rey no se puede pasar sin mí o, por mejor decir, sin mi bolsa.

—¿Y dónde diablos habéis estado?

—¿Que dónde he estado?—dijo con misterio don Simuel—. Esa es una noticia que guardo para su señoría, que me la agradecerá mucho. Y a propósito, ¿qué hacéis vos aquí, señor ricohombre, repostero y amigo del rey, estacionado en el patio entre tanto acemilero, y soldado?

—Cabalmente, yo y mis soldados estamos aquí para que no salga ninguna acémila.

—En verdad, que acémilas que se nos presentan tan ricamente paramentadas deben entrar y no salir.

—Cabalmente, lo mismo piensa el rey. Ya veis, en la guerra a que le ha obligado el rey Bermejo ha gastado muy buenas doblas y justo es que, cuando ese rey hereje se nos viene a las manos, sin haberse provisto de un seguro en regla, se le embarguen las riquezas que trae, para subsanar los gastos de una guerra a que nos ha obligado.

—Sí por cierto, justo, justísimo, señor Juan Tenorio, y como decís que el rey pregunta mucho por mí, voy a presentarme a su señoría—y don Simuel escapó del señor Juan Tenorio, cuya sola presencia le causaba miedo.

Poco después atravesaba la antecámara de embajadores; allí, acompañado de Men Rodríguez de Sanabria y el maestro de Calatrava, estaba el rey Bermejo y sus treinta y siete emires, sufriendo con paciencia la larga antecámara que le hacía pasar don Pedro.

—¿Cómo os va, señor Men Rodríguez?—dijo el judío, deslizándose junto al joven, que estaba sumamente pálido y pensativo.

—Sin duda que no me va tan bien como a vos, don Simuel—dijo el joven, sonriendo tristemente.

—¿Que no os va tan bien como a mí, y como quien dice aún coméis caliente el pan de la boda?... ¡Y de qué boda, Santo Dios!... Con una dama tal como doña Beatriz Zapata y Téllez, tan pura, tan hermosa... y tan..., y que os ama tanto..., porque se le conoce que os ama... Dicen que el rey pregunta mucho por mí.

—¿Tenéis al rey impaciente, don Simuel!

—¡Dinero y siempre dinero! ¡Esa maldita guerra de Aragón! ¡Esa infernal guerra de Granada! Pero bien, bien, que ya se han firmado con Aragón las paces, y el rey de Granada se nos ha venido cantando el miserere y agitando el turíbulo. Vamos, vamos, voy a ver al rey. Quedad con Dios y no estéis tan triste; podría ofenderse de ello vuestra mujer—y el judío estrechó cordialmente la mano al joven, y dirigiéndose a una puertecilla se alejó de él murmurando: Maldito seas, amén; tu, y sólo tú, enamorado sin saberlo a esa tenebrosa Leila, la has obstinado y la has hecho meterse en empeños... Sin ti se hubiera enamorado de otro que no la hubiera puesto de seguro en tales pasos... ¡Y pensar que ese montañés, que ha venido de su viejo torreón sin estar acostumbrado a otra cosa que comer almortas, y esa maldita, esa detestable Leila, esa esclava ruin, han venido para ponérseme en medio de mi camino!... Y pensar que no puedo deshacerme buenamente de ellos y que estoy como un vencejo que ha caído a tierra y no puede, por más que lo intente, levantar el vuelo... Pero como yo pueda acercarme arrastrando a un ribazo y dejarme caer, aunque no sea más que sobre media vara de aire, juro a Dios que no me he de dejar caer hasta que llegue a los últimos linderos de Africa.

Y como al llegar a este punto de sus pensamientos, llegaba también a la puertecilla adonde se encaminaba, sacó del bolsillo una pequeña llavecita dorada, abrió la puerta, entró, tornó a cerrar y se aventuró por un callejón lóbrego que, según todas las apariencias, estaba abierto en el grueso del muro.

A un lado y otro de este pasadizo había muchas puertas; al pasar junto a una se detuvo; había escuchado el ruido de dos voces que le eran muy conocidas: la del rey y la de doña María de Padilla. El rey hablaba con calor, y por la entonación de su voz se comprendía que le dominaba la cólera; doña María lloraba silenciosamente.

—He aquí una reyerta conyugal; una de las muchas que desde poco tiempo a esta parte tienen lugar todos los días en el alcázar; escuchemos; puede suceder muy bien que en la conversación se cruce algo que me interese.

Y el judío aplicó el oído al grueso de la puerta.

Nos parece oportuno decir a nuestros lectores que no era don Simuel el único que escuchaba oculto la conversación de don Pedro y de doña María; el pasadizo de escape en que estaba oculto el judío correspondía por una puerta de ser-

vicio a la cámara de doña María; por otra parte estaba la puerta de entrada, y frente a ella la del antedormitorio, cubierta por dobles tapices. Detrás de aquellos tapices escuchaba también, escondida, Leila.

Así, pues, don Pedro y doña María, que se creían solos, estaban espiados, destino de todos los reyes, que donde con menos seguridad pueden hablar es en sus palacios.

—Conque, en fin, María—decía el rey con acento reconcentrado—, ¿os habéis declarado también mi enemiga?

—¡Vuestra enemiga, señor!; ¡yo vuestra enemiga!—contestó tristemente la dulce y simpática voz de la Padilla.

—Mi corazón y mis ojos no se engañan—repuso el rey—; hace algún tiempo, desde la muerte de mi hermano don Fadrique, vuestro semblante parece acusarme, a pesar de mis últimos triunfos conseguidos sobre Aragón y sobre Granada; a pesar de la paz, ventajosa para mí, firmada con Pedro IV; de la salida de los bastardos del territorio español, donde no se creen seguros; del restablecimiento en el trono de Mohamed V, mi aliado, hecho por mis lanzas, acontecimientos todos que hacen brillar mi poder, haciendo que todos, cerca y lejos, respeten a Castilla. Os mostráis violenta a mi lado, fría y reservada con mi hermana Beatriz, hasta el punto de haberme obligado a separarla de vos; hosca con mis más leales servidores... Men Rodríguez de Sanabria ha llegado a creer que os enoja; Juan Tenorio, mi valiente, mi leal Juan, se me queja... Cuanto me es leal, cuanto se agrupa alrededor de mi trono, os hace sufrir...; yo mismo encuentro en vos lo que jamás había encontrado.

—En fin—dijo el judío—, una tempestad más de las que frecuentemente, desde hace corto tiempo, agitan la cámara de doña María.

Escuchó algunas otras frases, y en vista de que el rey se disponía a salir, apresuró el paso y siguió hasta entrar en la cámara de su señoría.

—¡Vaya una ocasión para entrevistas!—decía para sí—. No podría el infante Abu'l Sayd escoger peor momento.

Al cabo del pasillo levantó con temor el tapiz de una puerta que comunicaba con la cámara del rey y arrojó dentro una mirada recelosa.

Don Pedro, hosco, terrible, sombrío, silencioso, se hacía ataviar por sus camareros con las insignias reales. A pesar de la inmovilidad de su semblante y de su silencio, don Simuel, que conocía demasiado el carácter del rey, comprendió la tempestad bajo aquella amenazadora calma, y hubo de

hacer un poderoso esfuerzo para dominar lo trémulo de su voz cuando dijo desde los tapices.

—¡Señor! ¡Poderoso señor!

Volvióse el rey, vió a su tesorero, posó por un momento en él su mirada de fiera, y como los camareros hubiesen acabado de ceñirle la corona, les dijo:

—Dejadnos solos.

Los camareros salieron.

—Entra, entra, miserable, traidor, vil judío—dijo el rey volviéndose ferozmente a don Simuel—, entra; quiero mirarte frente a frente, para ver si tu hipócrita sonrisa puede ocultar tus perversos pensamientos para conmigo.

Don Simuel Leví adelantó dominando su mortal ansiedad, humillado como un perro que se acerca a un amo temiendo un castigo; pero con su sonrisa particular en los labios.

—Sin duda, señor, soy yo el primero que encuentra vuestra señoría, después de algún suceso desagradable, y dais rienda suelta conmigo a vuestra cólera. Pero no importa, señor; vuestra señoría puede y debe hacer lo que guste de su siervo; mandadme apalear, matar, despedazar vivo; si esto os puede servir de algo, yo me daré por satisfecho y honrado en demasía.

—¿Dónde has estado durante dos meses, mientras yo hacía la guerra de Aragón?—le dijo severamente el rey.

—¡Que dónde he estado, poderoso Dios de Israel! He aquí que vuestra señoría me reconviene por el más leal de mis servicios.

—¿Por el más leal de tus servicios?... ¿Y qué servicio ha sido ése? Cuéntame, cuéntame, por tu vida, Simuel.

—De seguro que vuestra señoría justificará mi ausencia cuando se digne responderme a una pregunta que me atreveré a hacerle. ¿Están muy llenas las arcas de vuestra señoría?

—No tengo en ellas un cornado—contestó con disgusto el rey.

—Vuestra señoría se engaña; tenemos en tesorería cuatro cuentos de doblas de oro.

—¡Cuatro cuentos de doblas!—exclamó el rey, cuyo semblante se desarrugó un tanto, al saber que tenía dinero—. ¿Y cómo te has procurado esta riqueza?

—¿Cómo ha de ser sino recorriendo los reinos de vuestra señoría, prendiendo y azotando a los receptores y confiscándoles y vendiéndoles sus bienes?

El semblante del rey se dulcificó, pero le conocía tan

bien don Simuel, sabía que llegaba a tanto el disimulo de don Pedro, que aquella aparición de paz le asustó más que le hubiera asustado su cólera.

—Veo que eres un vasallo muy leal y que mereces mi confianza, Simuel. En verdad, en verdad, que debería pedirte perdón por lo mal que había pensado de ti.

—¿Que habéis pensado mal de mí, señor?

—Sí por cierto; tal me han puesto las continuas rebeldías de mis vasallos, que no me atrevo a fiarme de ninguno; ya ves, yo había creído que, temeroso de mí, te habías ocupado en sublevar a tus compatriotas en mi daño y en favor de don Enrique, recorriendo Castilla durante mi ausencia... Ya ves a qué triste estado me han conducido mis buenos vasallos.

—Pero triunfáis, señor; Dios está de vuestra parte, y os ha permitido quebrantar la soberbia del aragonés, y obligar al rey Bermejo a que venga a pedirnos gracia.

—¡El rey Bermejo! ¡El rey Bermejo! ¡El hombre que se ha atrevido a hacerme mal tercio, obligándome a una guerra, distrayéndome de la de Aragón y forzándome a firmar una paz que no me satisface!... Sin embargo, se viene a nuestra merced, y bueno será que le demostremos que la generosidad está de nuestra parte... Oye, Simuel, quiero, para prevenirlo todo, que me guardes al rey Bermejo.

—¿Cómo, señor!, ¿me hacéis alcaide de un rey moro?

—No; alcaide, verdaderamente alcaide, no; pero quiero que, ya que viene a sometérseos, nuestra hospitalidad sea regia. Es necesario que le aposentes en tu casa en la judería.

—Le aposentaré, señor.

—Además, que los treinta y siete emires que le acompañan sean aposentados dignamente en las casas de los judíos más ricos.

—Se les aposentaré, señor.

—Y escucha: necesito saber día por día, hora por hora, minuto por minuto, lo que hagan, lo que digan, y si es posible, lo que piensen el moro y sus caballeros; quién los visita, con quién tratan...

—Lo sabréis, señor.

—Ahora bien; ¿tienes en tu poder esos cuatro cuentos de doblas?

—Sí, señor.

—Pues bien, paga a mi ejército, que ha sufrido demasiado en esta campaña; además, compra la casa que fué de

Gómez Carrillo, alhájala y ponla en disposición de que viva en ella Men Rodríguez de Sanabria con su esposa con el decoro que debe vivir en mi corte un ricohombre a quien distinguo.

—Muy bien, señor.

—Y escucha: no escasees; yo los he casado y, como hasta ahora no he podido hacerles mi regalo de bodas, quiero que, por lo mismo que es tardío, sea magnífico.

—Muy bien, señor; apuraremos el fausto.

—Gasta, gasta, mi buen Simuel; afortunadamente, para que estos gastos no nos arruinen, tenemos ahí al rey Bermejo, a quien haremos pagar caro su perdón.

—Según he visto por las acémilas que hay en el patio del alcázar, el rey moro se ha prevenido y, sin duda, su presente sobrepujará a nuestras esperanzas.

—Bien; por lo mismo, Simuel, quiero, cuando tan rendido se nos muestra, que nada tenga que decir de nosotros; ni aun quiero que le falten las consideraciones de príncipe, ya que no de rey, que no puedo concederle, como aliado de Mohamed, a quien acabo de réponer en su trono; por lo tanto, he mandado a Martín Yáñez, mi camarero, que con cincuenta ballesteros dé guardia de honor en tu casa al infante Abu'l Sayd.

Don Simuel palideció al saber que en su casa había gente del rey.

—Te lo aviso esto, Simuel—dijo el rey, notando la turbación de su tesorero—, para que, al ver a mis buenos ballesteros guardando tu casa, no te asustes, no lo interpretes... Ahora, Simuel, vamos a dar audiencia al moro, a quien hemos hecho esperar demasiado y estará impaciente.

Dicho esto, el rey abrió una puertecilla, y salió seguido de don Simuel, que iba, como suele decirse, más muerto que vivo. Atravesaron algunas cámaras reservadas y, al fin, don Pedro abrió otra puerta y entró en la sala de embajadores, donde sólo había dos camareros.

—¡Oh!—les dijo el rey, sentándose en el trono—; ¡mi corte a mí! Y después que sea introducido ese que se llama rey moro, tú, Simuel, mi buen amigo, permanecerás a los pies de mi trono.

—Estoy preso—murmuró en acento ininteligible el tesorero.

Poco después los altos oficiales de la casa del rey, los ricoshombres de su cámara, sus donceles y algunos de sus ballesteros de maza, rodeaban el trono y llenaban los ángu-

los de la cámara cercanos a él; entre la corte, y juntos por acaso, estaban Men Rodríguez de Sanabria y el señor Juan Tenorio. El primero estaba triste, pálido, meditabundo; Tenorio, contrariado y sombrío. Poco después se levantó el tapiz de la puerta, y un ricohombre de la servidumbre del rey dijo desde ella:

—¡Señor!, el infante moro de Granada, Abu'l Sayd, solicita de vuestra señoría que se le reciba en audiencia.

—Hacedle entrar—dijo don Pedro desde el trono.

Un momento después se descorrió el tapiz y entró Abu'l Sayd, entre don García de Toledo, que había sucedido en el maestrazgo de Santiago a don Fadrique, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava. Seguiale un anciano wazir llamado Edris-ben-Edris; tras él, el jeque Jacub; tras éste, treinta y cinco emires granadinos; y, al fin, dos esclavos que llevaban sobre sus cabezas dos enormes bandejas cubiertas con paños de brocado.

Adelantó Abu'l Sayd, hincó una rodilla en la primera grada del trono y besó, como en señal de vasallaje, la mano del rey don Pedro, que se apresuró a levantarle. Entonces uno de los emires, destinado a ser intérprete de Abu'l Sayd, adelantó, se inclinó tres veces profundamente y dijo, conservando su posición encorvada y humilde, en nombre del rey Bermejo:

—Poderoso señor rey de Castilla: Dios prospere tus venturas y haga tu reino más temido que lo es ya por su poder y te colme de dones y grandezas. Mi señor, el rey Abu'l Sayd-ben-Jucef-ben-Mohamed-ben-Alhamar, sabe que los reyes de Granada que fueron antes que él, desde la dinastía Nacerita, son vasallos y tributarios de los poderosos reyes de Castilla. Reconociendo mi noble señor esto feudo y vasallaje, trae ante ti, justo y magnífico rey, a quien el Dios único y vencedor ensalce, su querella contra Mohamed-ben-Jucef, que se llama rey de Granada. Tú, como señor árbitro, juzgarás y sentenciarás entre ellos. Los moros maltratados, ofendidos por la molicie, por los vicios y por las tiranías de Mohamed, le arrojaron del trono y colocaron en él a mi señor. Pero Mohamed, comprendiendo sin duda tu grande y noble corazón, supo hallar gracia en tus ojos y, ayudándole tú, ha logrado de nuevo sentarse, contra la voluntad del reino, en el trono de Granada. El resultado de una nueva guerra entre mi señor y Mohamed no sería dudoso, porque el reino aclamaría a mi señor antes de que desnudase la espada. Pero Mohamed, ayudado por tu invencible poder,

es invencible. La suerte de la guerra está vedada a mi señor, que teme que, emprendiéndola de nuevo, y protegiendo tú a su enemigo, faltaría a su lealtad de vasallo. Por estas razones, poderoso señor, el rey Abu'l Sayd, mi amo, comparece ante tí confiado en que en tu sentencia resplandecerá tu justicia.

Mientras el emir hablaba, el viejo wazir, ennoblecido por su barba larga y blanca, que le daba un aspecto venerable, tenía fija la mirada en el rey don Pedro, pretendiendo adivinar por la expresión de su semblante lo que tuviese que esperar o temer Abu'l Sayd. Pero como el rey don Pedro se mostrase impenetrable, apenas acabó su plática el intérprete cuando dijo en mal castellano, pero inteligible, las palabras que traducimos a continuación:

—La justicia tuya, poderoso señor rey de Castilla, resplandecerá al sentenciar esta querrela; pero si no fuese favorable a mi amo, éste espera que le permitirás pasar el mar con su comitiva, e ir a Africa, donde vivirá apartado de las ambiciones y grandezas humanas.

Después de esto, el rey guardó durante algunos momentos silencio, como si se tomase tiempo para meditar su respuesta, momentos que fueron siglos de ansiedad para Abu'l Sayd y sus caballeros. Al fin, el rey dijo con acento grave y semblante glacial a Edris:

—Sin duda, que vuestro señor ha obrado sabiamente en someterse a mi decisión, puesto que al sentenciar su querrela con Mohamed obraremos en justicia; y si antes de tomar las armas hubiera recurrido a nos, como ahora recurre, sin duda que se hubieran evitado grandes desmanes y peligros; confiad, pues, en mi justicia y ocupad sin temor los aposentos, donde hemos mandado que honre a vuestro amo y os asista mi tesorero don Simuel Leví.

Al acabar el rey de pronunciar estas palabras, Abu'l Sayd se inclinó, y con él todos los suyos, y exclamaron en árabe a una voz:

—¡Señor, que Dios te conserve!

Luego Edris hizo adelantar a los dos esclavos, que se arrodillaron delante del trono, y, descubriendo las bandejas, dejaron ver a los asombrados caballeros torrentes de luz emanados de riquísimas pedrerías y de alhajas de inestimable valor.

—Señor—dijo el wazir Edris—, mi amo te suplica aceptes esta pequeña muestra de su respeto y de su amor; bien hubiera querido hacerte un don digno de tan grande rey

como eres; pero las guerras y las desgracias han empobrecido a mi señor, y te da lo que tiene, no lo que quisiera.

—¡Santo Dios del Sinaí!—exclamó el tesorero del rey, mirando con asombro a las bandejas—. ¡Ese desalmado Abu'l Sayd ha metido los brazos hasta los codos en el tesoro de Granada y dice que está pobre!

Entretanto el rey don Pedro, después de haber aceptado fríamente el homenaje de Abu'l Sayd, se levantó del dosel, mandó a don Simuel Leví que se hiciese cargo de aquellas joyas y condujese a la judería al moro y su comitiva, y llamando al maestre de Santiago, salió con él por la puertecilla por donde había entrado.

Cuando el rey despidió al maestre, éste estaba pálido y contraído.

—¡Esto es una traición, una traición horrible!—exclamaba, adelantando por las solitarias galerías—. ¡Y en mi casa!... ¡Oh, oh!

CAPITULO XIX

Los acontecimientos tomaban cada vez un cariz más trágico. Leila, desesperada, había tomado una decisión suprema y terrible. Tan pronto como llegó a su casa, después de haber espiado desde su escondite cuanto había ocurrido en el alcázar, ordenó a Pero Alvarez que dispusiera dos caballos, para partir en el acto.

—Yo no sé—le dijo, ordenándole que llevara una carta al Monje Negro—cuánto tardaré en volver. Si pasan quince días sin que vuelva, búscame en Jerez. Adiós.

Y partió sola.

Pero Alvarez se estremeció. Lo mismo le ocurrió a Isabel, que llegó en el momento que las pisadas del caballo hacían retemblar la calle.

—¿Qué ocurre?—preguntó a Pero Alvarez, que montaba en ese instante.

—No lo sé. Pero temo...

—Sí; Leila lleva en su alma una decisión de muerte. ¿Y adónde va?

—Nada puedo deciros. Yo también parto; pero estaré aquí antes de anocheecer.

Y clavó los acicates a su caballo, que partió veloz.

Isabel, despechada, herida en sus más hondos sentimientos, se rebeló. ¿Por qué no saber de una vez cuál ha sido

la suerte de Pedro el Negro? No se detuvo un momento más. Tomó su manto y poco después entraba en la antecámara del rey Bermejo. No necesitó pasar de allí, pues el xequé Jucef, que montaba guardia en aquel lugar, le informó, sin duelo alguno, de cómo Pedro el Negro había sido puesto a tormento, muriendo poco después, cuando fué como enviado de Leila a Cádiar.

La joven, despavorida, ya no vaciló. Encaminóse al alcázar y solicitó ver al rey para pedirle justicia. Don Pedro tenía ordenado que no se cerraran jamás sus puertas a quien viniera en demanda de justicia, grande o pequeño y a cualquier hora. Gracias a esta orden, Isabel, luego de esperar largo rato, fué llevada a presencia del rey. Este, al principio, no dió importancia a las manifestaciones de la muchacha. Pero luego, cuando Isabel le fué revelando cuanto sabía de doña Ana Téllez de Ulloa, su interés creció al par que su furor. El rey creía estar enterado de todo, pero Isabel le hizo comprender que no era así.

—¡Que no lo sé todo!—exclamó don Pedro excitado.

—No ciertamente; no sabéis lo que hace en este momento, señor. Doña Ana ha partido esta mañana...

—¡Dónde?

—No lo sé; pero al partir, un gozo cruel iluminaba su semblante... y sospecho que llevaba consigo un veneno.

—¡Que no sabes adónde ha ido...! ¡Y has comprendido, sin embargo, que llevaba intenciones de muerte! ¡Oh, qué sospecha, qué horrible sospecha!—y de una manera fatal el pensamiento de don Pedro se fijó en doña Blanca, y tras aquel horrible pensamiento, otro más terrible aún, le recordó a doña María de Padilla.

—Es necesario saber adónde ha ido esa mujer—exclamó.

—Y lo sabremos—dijo Isabel—. Doña Ana ha dejado conmigo uno de sus escuderos de confianza, Pero Alvarez, que ya estará de vuelta. Va a comer a la taberna del Gato Blanco.

Estos datos bastaron a don Pedro para averiguar adónde había ido doña Ana.

Aquella misma noche Men Rodríguez de Sanabria, Juan Diente y cien ballesteros, salieron a mataballo para Jerez en demanda de Leila.

Men Rodríguez de Sanabria, en vez de descansar, sólo invirtió en la posada del Pernil de Oro el tiempo necesario para lavarse el polvo del camino y cambiar de traje.

A pesar de la situación extraña en que se hallaba coloca-

do respecto a doña Isabel Núñez de Lara, por razón de su casamiento con doña Beatriz, se había decidido a visitar a aquella pobre víctima en cuanto llegara. Así, pues, cambió rápidamente de traje y salió del Pernil de Oro en dirección al alcázar, donde pensaba encontrar a doña Isabel.

Juan Diente, al verle salir conmovido, para aventurarse en las enmarañadas calles de Jerez, se volvió a los ballesteros que vagaban en el piso bajo y les dijo:

—¡Hola!; ¡doce hombres conmigo! ¡El corazón dispuesto a todo! ¡La mano en la espada, mucho silencio, y en marcha!

Inmediatamente, y antes de que Men Rodríguez se hubiese perdido a lo largo de la calle, Juan Diente se puso sobre su pista, seguido de los doce silenciosos ballesteros. Iban harto lejos de Men Rodríguez para que, demasiado preocupado por otra parte, pudiese percibir el ruido de sus espuelas. Al fin, sin ser notado, Juan Diente le vió entrar en el alcázar y se ocultó, para esperar a que saliese y darle la misma ignorada guardia.

El joven, por su parte, no pudo menos de reparar al entrar en el alcázar que sólo había un soldado de las milicias de la ciudad guardando el postigo, sentado en un escabel con el mayor descuido, y que, en vez de las numerosas y largas lanzas, que en otras ocasiones llenaban el astillero del zaguán, sólo había dos mohosas partesanas. Pero lo que más le importaba era ver a doña Isabel y siguió adelante, sin premeditar la causa de aquel descuido y sin que el soldado, por su parte, le impidiese el paso.

Al entrar en el patio, vió algunas acémilas y algunos mozos que cargaban en ellas cofres y fardos.

—¿Qué es esto?—dijo a uno de aquellos hombres—.
¿Quién se muda del alcázar?

—¿Quién ha de ser—contestó el preguntado—sino mi señor el obispo de Burgos y el señor Tel González Palomeque, a quienes el rey ha quitado la custodia de la reina?

—¿Que les ha quitado la custodia de la reina?

—Sí por cierto, señor—dijo otro que se había acercado—, y no sólo eso, sino que el rey manda al obispo que vaya a su obispado, y a mi amo, el señor Tel González, a sus tierras.

—¿Y quién ha quedado con la custodia de la reina?

—La reina ha sido trasladada hace tres días al castillo, sin duda para tenerla más segura, y con ella han ido sus damas y la viuda del infante don Juan.

Men Rodríguez no esperó a saber más; estremeciéndose

bajo un pensamiento oscuro y salió precipitadamente del alcázar con dirección al castillo. Inútil es decir que Juan Diente y los doce ballesteros le siguieron.

Al salir de la ciudad, por más distraído que fuese Men Rodríguez, no pudo menos de reparar, en medio del silencio del campo, en el ruido de los pasos de los ballesteros, denunciado por su espuelas; entonces se volvió y gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor—contestó Juan Diente, adelantando hacia él.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Juan Diente? Os agradezco vuestro cuidado en seguirme, porque me da el corazón que voy a necesitar de vuestra ayuda.

—¿Cómo, señor!

—¡No lo sé! Pero suceden cosas extrañas; la reina ha sido trasladada al castillo de orden del rey.

—¡Al castillo...! ¡De orden del rey...! ¡Pero silencio...! ¡A un lado del camino! ¿No oís un tropel de caballos?

—Sí, sí, apartémonos.

—Afortunadamente, aquí hay árboles; seguidme, señor, y vosotros también—y Men Rodríguez, Juan Diente y los doce ballesteros se echaron a un lado del camino y se ocultaron entre unos árboles que se veían a poca distancia.

Por una coincidencia singular, los jinetes que se acercaban se detuvieron en el mismo sitio, se apartaron del camino y se ocultaron junto a los árboles. Era la noche densamente oscura, y los recién llegados no pudieron notar que, tras de cada uno de los árboles vecinos, estaba oculto un hombre. Men Rodríguez y Juan Diente estaban, por casualidad, muy cerca de los jinetes.

—Ya sabéis el empeño a que os habéis comprometido—dijo una voz por la que Men Rodríguez reconoció con asombro a Andrés Corchuelo.

—¿Y está todo dispuesto?—preguntó uno.

—Sí—contestó Andrés Corchuelo—; anoche estuve desde las doce hasta el amanecer limando los hierros de la reja—y, creyéndose completamente solo con los suyos, fué explicando el plan a su gente.

Juan Diente y Sanabria convinieron en lo que se debía hacer y siguieron a Corchuelo y los suyos.

Entretanto, en un calabozo lóbrego, de espesos muros, pobremente alumbrado por una lámpara de hierro, había tres damas. Era una la reina doña Blanca; la otra, doña Isabel Núñez de Lara, cuya belleza estaba manchada por

esa impura y terrible palidez de la tisis; la tercera dama era doña Sol de Vargas. Aquellas tres pobres mujeres mostraban en sus semblantes una ansiedad mortal, y doña Sol de Vargas, asomada a la reja, temblaba de impaciencia, asida a sus limados barrotes.

Sobre un mesa había un pequeño envoltorio, dentro del cual, y hechas un solo cuerpo, estaban las joyas de las tres mujeres, mejor dicho, los restos de sus joyas, la mayor parte de las cuales habían sido vendidas por Andrés Corchuelo para facilitar la fuga.

Al fin doña Sol ahogó un grito de alegría; al pie de la torre había resonado un tenue silbido: aquella era la seña convenida con Andrés Corchuelo.

—Ya está ahí—dijo doña Sol, dejando caer fuera, con mano trémula, un cordón, a cuyo extremo inferior iba atada una piedra.

—¿Que está ahí?—dijo maquinalmente doña Blanca, en tanto que doña Isabel, sin pronunciar una palabra, se acercaba con paso débil a la reja.

—Sí, sí; pero silencio, mucho silencio—murmuró en acento casi imperceptible—. ¡Ah, ah!, por fin ya está aquí.

Doña Sol aseguró los garfios de una escala a los barrotes que no habían sido limados. Poco después la tensión de la escala y el ligero rechinamiento de los garfios contra los barrotes demostraron que alguien subía por ella. Al fin, pasados algunos momentos, apareció tras la reja Andrés Corchuelo.

—¡Valor, señora, valor!—dijo con voz contenida—; dentro de un momento estaréis en libertad.

—¡Oh Dios mío!; que El os recompense vuestra generosa acción—exclamó la reina cayendo de rodillas.

Andrés, con una impaciencia febril, arrancó tres barrotes, que doña Sol de Vargas colocó sucesivamente dentro del calabozo. Entonces quedó una ancha salida.

—Venid, señora, venid, y nada temáis—dijo Andrés Corchuelo, dirigiéndose a la reina—; soy, por fortuna, robusto, y la escala bastante fuerte para que no temáis por vuestra vida.

—¡Oh! Bien sabe Dios que no temo a la muerte—exclamó la reina llorando—, sino a la mancha que esta muerte arrojaría sobre el rey. ¡Dios mío!, ¿qué daño le ha hecho una mujer que tanto le ama?

—Pronto, pronto, señora—exclamó impaciente Andrés—; tiempo tendréis de llorar y lamentaros fuera de aquí; deci-

díos; un momento puede malograrlo todo; ayudadme, doña Sol. Obligad a su señoría.

Doña Sol asió a la reina; al fin doña Blanca estuvo fuera de la reja entre los brazos de Andrés, que descendió lentamente con ella.

No tardó en aparecer de nuevo Andrés, repitiendo su viaje por tercera vez, en que se llevó a doña Sol, emprendiendo la retirada del castillo.

Durante algún tiempo no tuvieron tropiezo alguno; el castillo permanecía silencioso, y todo demostraba que en él no habían advertido aquella triple fuga; ya estaban cerca de sus gentes, que adelantaban hacia ellos, cuando de improviso sonó ruido de espuelas; al fin, se distinguieron entre lo oscuro algunos bultos, y luego la voz robusta de Juan Diente, que gritaba con acento feroz:

—¡Alto, traidores! ¡Alto a los ballesteros del rey!

Hubo un momento de estupor, durante el cual sufrieron los fugitivos toda una agonía: la sorpresa, el miedo y la desesperación de verse detenidos cuando se creían libres, heló la sangre en sus venas y les enmudeció. El primero que se rehizo fué Andrés, que dijo con voz no muy segura, desnudando su espada:

—Quienquiera que seáis, dejad paso a gentes que van por su camino.

—Vuestro camino, mal que os pese, señora—dijo a la sazón Men Rodríguez, que en vano pretendía hacer cortés su acento, alterado por la cólera que le causaba el acento de Andrés, recordándole de una manera fatal los insultos de la carta que había dirigido a Beatriz—, vuestro camino es el castillo de Jerez, donde la voluntad del rey quiere que estéis presas.

—¡Ah! ¿Venís aquí también, señor Men Rodríguez de Sanabria?—exclamó con la voz ahogada por el furor Andrés—; ciertamente que a vuestras anteriores hazañas faltaba esta cobarde acción.

—¡Callad, vive Dios!—exclamó Men Rodríguez, adelantando entre lo oscuro hacia Andrés Corchuelo—, si no queréis que os corte la infame lengua.

—¡Por piedad, por piedad, caballeros!—exclamó una voz dulce y débil, la voz de doña Isabel Núñez de Lara—. Tened compasión, no de mí, sino de la noble y desventurada dama que viene con nosotros. ¿Qué os importa que se ponga a salvo del furor del rey? Pensad que no la habéis encontrado, dejadla pasar y llevadme a mí que aprecio muy poco la vida, a donde mejor queráis.

—¡Callad, doña Isabel, callad!—exclamó con orgullo doña Blanca—. La reina, que no ha suplicado al rey, no suplicará a un vasallo. La reina manda: haceos atrás, haceos atrás con los vuestros, o la reina se abrirá paso por encima de vos.

—¡Oh, eso lo veremos!—exclamó con acento ronco Juan Diente—. ¡Hola, camaradas! El señor Men Rodríguez os manda que os apoderéis de la reina y de las gentes que la acompañan.

—Esperad, esperad un momento—dijo Men Rodríguez—. Su señoría la reina comprenderá que sólo cumplimos con nuestra obligación, suplicándole nos permita acompañarla.

—Si en mí consiste que se evite sangre, marchemos, señores, marchemos; pero ha de ser con la condición de que se deje libre a quien tan generosamente se ha expuesto por salvarme.

—Es inútil, señora—respondió enérgicamente Andrés Corchuelo—. Al ofrecer mi vida a vuestra señoría, no se la ofrecí en balde. ¡A mí, compañeros! ¡A mí, y a ellos!

Un momento después se había trabado un combate. Andrés, impulsado por su odio, se había dirigido a Men Rodríguez, y éste, ofendido y deseoso de castigar su insolencia, había respondido a su llamamiento. Aquellos dos hombres, que se habían llamado amigos a primera vista, habían llegado a ser enemigos a muerte a causa de una mujer.

Embistiéronse con un furor extremado. Andrés era maestro de armas y destrísimo; conocemos también el valor y la destreza de Men Rodríguez; pero Andrés, más irritado que Sanabria, olvidaba las reglas y el tacto que se necesitan para un ataque a oscuras, y sólo pensaba en buscar el bulto, redoblando las estocadas; esto le fué fatal. Men Rodríguez, más sereno, reducido a la defensa, le esperó, y hubo un momento en que sólo necesitó presentar a Andrés la punta de su espada, para que el desdichado se atravesase.

Al sentir la espada rasgando su carne, Men Rodríguez se estremeció, comprendió demasiado bien que Andrés había recibido un golpe de muerte, y de improviso se le vino a la memoria la noche en que por primera vez había visto a aquel hermoso joven, herido, pálido, al lado de su anciano padre, que no tenía otro hijo, que le adoraba y que temblaba por su vida.

Arrojóse lleno de ansiedad sobre el infeliz joven, sin reparar en que junto a él se batían revueltos los ballesteros de maza y las gentes de Andrés, ni en que podía ser herido

a mansalva; sólo pensó en aquel hombre, que al verter su sangre había recobrado su amistad. Pero era tarde: Andrés había muerto.

—He amado a una mujer y la he perdido—exclamó dolorosamente el joven—; he tenido un amigo y le he matado; pensaba encontrar la suerte en la corte, y sólo he encontrado la desgracia... ¡Oh rey don Pedro, rey don Pedro! ¡Tú eres la causa de todo, y te sirvo aún y te amo!... ¡Oh!, ¡es que ante todo soy un Sanabria, y un Sanabria no puede ser traidor—y rehaciéndose, vió que su espada era necesaria a Juan Diente y, poniéndose a su lado, embistió a las gentes de la reina.

Lo prolongado de la lucha consistía en que, antes de todo, Juan Diente había hecho que seis ballesteros se apoderasen de la reina y de las damas, y las alejasen del lugar del combate; se había quedado solo con seis hombres, contra una veintena de aventureros, y, aunque ningún ballestero había muerto, sin embargo, sentían la desventaja y estaban cansados.

Men Rodríguez era uno de esos hombres que valen por diez, y su ayuda se hizo notar al momento; a las primeras estocadas cayeron por tierra tres de los contrarios; se animó Juan Diente, que arrojó otros tres por tierra, rugiendo como un león hambriento; apretaron los ballesteros los puños y los dientes y, al fin, aterrados por aquel vendaval de golpes, viendo, por otra parte, que su jefe había desaparecido, empezaron a desconfiar, se aterraron después y luego huyeron, no sin dejarse ocho hombres sobre el campo.

Por una casualidad extraña los ballesteros no habían recibido más que pequeñas heridas, y Juan Diente se rascaba un hombro que le habían rasgado de una estocada falsa.

—¡Oh!, ¡oh!—dijo a Men Rodríguez—. ¡Allá van!; ¡vayan en buen hora! ¡A enemigo que huye, puente de plata...! Pero es necesario confesar que sin vos, señor, hubieran dado fin de nosotros... ¿Y cómo está guardado ese castillo, vive Dios, que no han oído un combate a dos tiros de ballesta de él? ¡Aquí debe haber traición! Marchemos, señor, marchemos al castillo, no sea que esas gentes tengan cerca quien les ayude y vuelvan, y sean tantos, que no podamos defendernos.

—Sí, sí, pensáis con prudencia, señor Juan Diente—dijo de una manera maquinal Men Rodríguez—; pero creo que no han quedado con ganas de volver. Veamos ahora dónde se encuentra su señoría, y conduzcámosla con sus damas al castillo.

Juan Diente silbó, y allá, desde larga distancia, en dirección al castillo, contestó otro silbido semejante. Men Rodríguez, Juan Diente y los seis ballesteros, quejándose el uno y votando el otro, se encaminaron a campo traviesa al lugar donde había resonado el silbido. Mientras llegaban, Juan Diente preguntó con un interés casi paternal a Men Rodríguez:

—¿Y a vos no os han herido, señor?

—No, por desgracia—dijo el joven—. Creo que Dios o el diablo me guardan para probarme, y cuanto más busco la muerte menos doy con ella.

Juan Diente conoció las razones de la desesperación del joven y guardó silencio respetándolas. Poco después llegaron al camino. Entonces, de entre un grupo de ballesteros salió una mujer, y dijo con voz convulsa y trémula:

—¿Viene con vosotros el señor Men Rodríguez?

—Aquella mujer era doña Isabel Núñez de Lara.

—Heme aquí, señora—contestó temblando el joven.

—Y... ¿estáis herido?

—No—contestó Sanabria.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío, gracias!—exclamó con un sublime acento de amor y de alegría doña Isabel.

—¡Y Andrés!, ¡y Andrés!—exclamó anhelante doña Sol.

—Andrés... ha huído—contestó pensativamente Men Rodríguez.

—¡Mentís!—gritó desesperada doña Sol—. Andrés ha muerto..., o está preso..., lo que viene a ser lo mismo.

—Muerto..., preso...—exclamó la reina—. ¡Y todo por mí! ¡Oh Dios mío!

—Pensemos en vuestra señoría—contestó Men Rodríguez—. Cuando se trata de reyes, la vida de los vasallos importa muy poco.

—¡Ah, maldito seáis vos!—exclamó con acento desgarrador doña Sol, que en el acento de las últimas palabras de Men Rodríguez había comprendido la muerte de Andrés—. ¡Maldito seáis vos, asesino, y que la sangre de mi amor caiga continuamente sobre vuestra cabeza—y empezó a dar esos gritos horribles que tanto lastiman el alma de quien los oye y que parece deben escucharse en la eternidad.

A los gritos de doña Sol siguieron las súplicas de doña Isabel Núñez de Lara; pero fué todo inútil. En ese momento salió gente del castillo, que reclamó a la reina y a sus dos acompañantes. Iba al frente de los del castillo su alcaide Juan Pérez de Rebolledo. Mediaron frases bastante duras entre éste y Juan Diente, que se querían mal.

Sanabria se negó al principio a entregar a la reina y a las dos damas; pero ante la orden que le exhibió el alcaide, no tuvo más remedio que ceder, y, volviéndose a doña Blanca, le dijo:

—Id descuidada, señora; creo conocer bien las intenciones del rey hacia vuestra señoría, y nada tenéis que temer; afortunadamente, el rey me ha entregado cien valientes ballesteros de su guardia, y con ellos, mientras viene una orden del rey, os guardaré desde el campo.

La reina, altiva y severa, pero pálida, seguida de doña Isabel y de doña Sol, se entregó al alcaide y, rodeada de los soldados, se encaminó al castillo.

—¡Ah, Juan Pérez de Rebolledo!—exclamó colérico Juan Diente—. Juro a Dios que no tardarás mucho en pagarme la insolencia con que me has tratado esta noche.

—Sí, sí; pero al momento, Juan, vos mismo, reventando un caballo, a Sevilla. Yo mismo iría, pero creo que mi presencia ha de ser necesaria aquí. Decid al rey lo que habéis visto. No se por qué, sospecho una traición... Afortunadamente, con esos cien bravos ballesteros tengo lo bastante para poner cerco al castillo. ¡A Jerez! ¡A Jerez, sin perder un momento, y vos a Sevilla!

Tras estas palabras, Men Rodríguez, Juan Diente y los doce ballesteros se perdieron en la oscuridad al tiempo que se levantaba el puente del castillo, conteniendo de nuevo a su ilustre prisionera y sus dos compañeras de cautiverio.

CAPÍTULO XX

Al cabo del tiempo preciso, Men Rodríguez volvió sobre el castillo con los cien ballesteros del rey. Cuando avanzaban sigilosamente, descubrió el bulto de un hombre que vagaba como un sonámbulo, horrorizado de sí mismo. Era el agonizante Sancho, que, engañado por una cédula real falsificada por Leila, acababa de consumir un crimen horrendo.

Nada más verle, Sanabria comprendió la enormidad del hecho.

Avanzó hacia el verdugo y le asió. Este, que estaba aterrado y preparado a todo, al sentirse asido, impulsado por su terror, descargó una furiosa puñalada sobre el pecho de Men Rodríguez; afortunadamente, la punta del puñal se

rompió contra la cota de mallas que llevaba bajo sus vestidos el joven.

La certeza de que la reina había sido muerta, certeza que no se fundaba más que en uno de esos presentimientos que nunca nos engañan, la cólera causada en Men Rodríguez por la cobarde agresión del verdugo, el estado febril en que se encontraba el joven, fueron otras circunstancias fatales para maese Sancho, que cayó por tierra herido por la daga de Men Rodríguez.

—¡Oh, me habéis muerto!—exclamó el verdugo—. ¡Dios, Dios! ¡La mano de Dios, y, sin embargo, yo siempre he sido mandado!... y no he sido yo el que ha muerto a la reina...

—¡Que la reina ha muerto!—exclamó, lleno de horror, Men Rodríguez.

—Sí, el rey... Leila... Alvar Yáñez...

Maese Sancho no pudo hablar más; sus palabras sucesivas se hicieron ininteligibles; lanzó por último un grito ronco e inarticulado y expiró. Men Rodríguez se volvió a los ballesteros.

—¡Hola, valientes!—dijo—. En círculo a mi alrededor.

Los ballesteros se estrecharon en torno de Men Rodríguez.

—Necesito vuestra sangre en servicio del rey.

—Tomadla toda—dijo, respondiendo por sus compañeros, un toledano llamado Pero Alvillo—. ¿No es verdad que todos estáis dispuestos a derramar vuestra sangre por su señoría y por el noble y valiente señor Men Rodríguez de Sanabria?

—¡Sí, sí, sí!—contestaron todos.

—Amigos—continuó Men Rodríguez—, ese hombre que acaba de morir nos ha dicho que la reina ha sido asesinada.

Corrió un murmullo de horror entre aquellos rudos soldados, cuya ferocidad cedía al recuerdo de la desgracia de la reina.

—Si el rey la ha mandado ejecutar, el rey habrá tenido razones para ello; pero si, por el contrario, se ha sorprendido al alcaide, si el alcaide ha cometido una traición, si la muerte de la reina es un crimen oscuro...

—¡Venganza...! ¡Venganza entonces, y venganza cruel!—exclamó Pero Alvillo, al mismo tiempo que los demás ballesteros rugían sordamente.

—Sucedá lo que quiera, ¡valientes del rey!—exclamó Men Rodríguez—, vamos a apoderarnos del castillo en nombre de su señoría.

—¡Al castillo, al castillo!—gritaron los ballesteros haciendo crujir sus armas.

—Oíd; id en silencio como sabéis hacerlo; vosotros, tan diestros para una sorpresa, a colocaros a ambos lados del rastrillo; la noche está densamente oscura..., no pueden veros, procurad que no os sientan; yo, con diez de vosotros, adelantaré y haré que el alcaide salga a reconocerme; en el momento en que el alcaide esté fuera, precipitaos por la poterna..., ocupad el castillo...; sois ciento que valéis por mil. ¡Ea, Pero Alvillo, en marcha!... Diez de vosotros quedaos conmigo.

Noventa ballesteros, a cuyo frente iba Pero Alvillo, se separaron en silencio; al poco espacio sus pasos no se sentían ni se veían sus bultos; Men Rodríguez esperó el tiempo que creyó necesario para que los que le precedían tomaran posición, y luego se encaminó desembarazadamente al castillo, y al llegar a la poterna gritó.

—¿Quién va?—preguntaron desde el adarve.

—Por el rey—contestó Men Rodríguez—, avisad al alcaide.

Poco después Juan Pérez de Rebolledo, receloso por lo que antes le había acontecido, dijo desde el adarve:

—¿Qué queréis?

—Bajad a informarnos de una orden del rey.

A poco se abrió la poterna, y adelantaron algunos hombres alumbrados por una linterna; pero antes de que pudiesen calar el rastrillo, los noventa ballesteros se precipitaron dentro.

Todo fué cosa de un momento; por más que los soldados que defendían la entrada quisieron oponerse a la irrupción, fueron atropellados por los ballesteros, y Men Rodríguez, posesionándose en nombre del rey del castillo, entró en la sala de honor. Midió de una solo ojeada el triste espectáculo que se presentó a sus ojos y se estremeció; la reina luchaba en las convulsiones de la agonía.

Men Rodríguez corrió a ella, le asió las manos y gritó, volviéndose a los ballesteros que, espada en mano, habían quedado a la puerta:

—¡Un médico! ¡Pronto! ¡Buscad un médico! ¡Su señoría se muere!

—¡Oh!, ¡no, no!, es inútil—dijo la reina con voz desfallecida—. Si el rey os ha enviado para certificarse de mi muerte, decidle que su voluntad se ha cumplido... y que... muero perdonándole.

—¡Oh! ¡No, no! ¡Señora, vivid! Yo vengo a salvaros...

—¿A salvarme?

—Sí—exclamó Men Rodríguez.

—¿Y os envía el rey...?

—El rey no sabe, señora, que se haya hecho tan horrible traición.

—Que el rey... no... lo sabe...; yo he visto la orden...

—De algún tiempo a esta parte, señora, circulan órdenes falsas del rey...

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la reina—. Es verdad..., recuerdo... ¡Oh!, mi memoria huye...; sí..., la orden no estaba escrita por el rey...

—El rey quiere que viváis... El rey jamás ha pensado en vuestra muerte...

—¡Oh, mi esperanza! ¿Por qué resucitáis mi esperanza? Yo no quiero morir si él no me mata. ¡No, no! ¡Yo no quiero morir, y muero!—exclamó la reina cayendo de nuevo, parte sobre el sillón, parte en los brazos de doña Isabel.

—No, no moriréis; sería horrible—exclamó Men Rodríguez con acento de horror.

—Sí..., sí... muero... Tomad—dijo la reina, sacando con un trabajo infinito un medallón de su seno y, después de haberle llevado a su boca y de haber estampado sobre él débiles besos—. Es su retrato... Llevádselo... como una prenda... de mi amor... Decidle... que muero... amándole...

Y extendió su brazo trémulo hacia Men Rodríguez, que tomó el retrato con la misma veneración que hubiera tomado la reliquia de un santo..., y en verdad, aquélla era una reliquia de amor de una mártir.

Luego doña Blanca quiso hablar en vano; se agitó débilmente algunos instantes en los brazos de doña Isabel, y al fin cayó inerte, sin vida, desplomada sobre el pavimento.

—¡Horror, horror!—exclamó Men Rodríguez, pálido de espanto—. ¡La cólera de Dios está suspendida sobre la cabeza del rey don Pedro!

—¡Dios castiga las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la cuarta generación!—exclamó doña Isabel, que se había arrodillado junto al cadáver de la reina.

Men Rodríguez sintió miedo, un miedo sordo, horrible, un miedo que jamás había sentido, dentro de aquella cámara, y huyó de ella; por algún tiempo vagó como un loco por el castillo, en medio de los ballesteros de maza, asombrados y doloridos con el dolor de aquel buen caballero, a quien todos los leales del rey amaban; de repente, en las habitaciones del alcaide, Men Rodríguez se detuvo junto a una

mesa donde había recado de escribir y algunos pergaminos; tomó una pluma y escribió estas solas palabras, que iban dirigidas al rey:

¡Señor!, ¡señor!: Rogad a Dios por el alma de la reina doña Blanca.

Cuando don Pedro supo por Juan Diente que la reina había sido trasladada al castillo de Jerez temió una traición.

—Es necesario partir hoy mismo a Jerez; es necesario averiguar, poner en claro, concluir de una vez.

—Pues bien, señor, partamos cuanto antes; a pesar de que se ha quedado allí Men Rodríguez resuelto a todo trance a proteger a la reina...

—¡A proteger a la reina! ¿Pues qué peligro la amenaza?—exclamó el rey palideciendo intensamente.

—¿Qué peligro? ¿No decís, señor, que no habéis dado orden alguna para que se traslade a la reina del alcázar al castillo?

—No..., yo no he dado esas órdenes... Por el contrario, pensaba...

—¿Y para qué quieren aislar a la reina de los leales servidores de que la habíais rodeado?

—¡Oh, Juan, Juan! Tu perspicacia es una perspicacia horrible...

—Pero probable..., y un presentimiento siniestro...

—Pues bien, partamos al momento, al momento; no necesitamos a nadie..., iremos solos; allá con Men Rodríguez hay cien ballesteros de mi guardia; ¡hola, camareros, escuderos: mis ropas de viaje, mis armas y dos caballos!

Inmediatamente fueron cumplidas las órdenes del rey, que un momento después cabalgaba con Juan Diente en el corral del Apeadero y salía del alcázar y de Sevilla por el postigo del Carbón, y se lanzaron al galope hacia el camino de Jerez, por el que adelantaron con una velocidad maravillosa. A poca distancia de Sevilla, Juan Diente exclamó viendo venir a un jinete a rienda suelta:

—He aquí que se acerca uno de vuestros ballesteros, señor.

—¡Un balletero! Detente—exclamó el rey, conteniendo su caballo.

—¡Hola, Gabriel de Luque!—exclamó Juan Diente, lanzando su caballo hacia el balletero, a quien había reconocido.

El balletero se detuvo y lanzó una mirada al rey, que estaba envuelto en su tabardo y se cubría el rostro con una parte de él.

—¿Es aquel caballero su señoría el rey?—dijo.

—¿Buscas al rey?—preguntó con acento trémulo, por el cuidado, Juan Diente.

—Sí por cierto.

—¿Quién te envía?

—El señor Men Rodríguez de Sanabria.

—¿Y con qué mensaje?

—Con una carta para el rey.

—Dámela.

—El señor Men Rodríguez me ha mandado, so pena de traición, que no entregue esta carta a otra persona que a su señoría.

—Señor—dijo Juan Diente volviéndose al rey—, vuestro ballestero Gabriel de Luque trae una carta del señor Men Rodríguez para vuestra señoría.

—Adelante, mi bravo Gabriel, mi buen ballestero—dijo el rey, descubriéndose y adelantando hacia el mensajero.

Este se arrojó precipitadamente del caballo, y doblando una rodilla en el polvo del camino delante del estribo derecho del rey le entregó un pergamino. El rey lo leyó de una ojeada, lanzó un grito indescriptible, de rabia, de cólera; un grito semejante al rugir de un león irritado, y luego alzó los ojos y los puños al cielo en un ademán que equivalía a cien blasfemias.

—¡Señor, señor!—exclamó aterrado Juan Diente.

—Toma y lee—dijo el rey con acento ronco y lúgubre, entregando con una mano temblorosa el pergamino a Juan Diente, que al leerlo lanzó un rugido semejante, aunque más salvaje que el del rey, y olvidándose de todo temor a Dios y de todo respeto al rey, soltó un voto horroroso.

—¡Pronto, pronto!—exclamó el rey—. Tú, Gabriel, ve a Sevilla; que doblen todas las campanas de la ciudad durante tres días; que se armen mis escuadrones, y que hasta que yo vuelva no se deje entrar ni salir a nadie en la ciudad sino a los que lleven mantenimientos.

—¡La orden, señor!—dijo temblando el ballestero.

—¡La orden! Yo te la doy; dala tú en mi nombre, y advierte a los que han de cumplirla que si faltan a ella, se den por muertos... ¡Ira de Dios!... ¡Tú, Gabriel, a Sevilla! ¡Nosotros, Juan, a Jerez! !

Y como si una legión de demonios le hubiera entrado en el cuerpo, lanzó su caballo, le desgarró los ijares, y partió como una exhalación camino de Jerez, con el semblante fatal, sombrío, amenazador, y la mirada tenazmente fija a lo

largo del camino, como si hubiera querido atraer a Jerez. La carta que tal había puesto al rey y a Juan Diente, contenía aquellas terribles frases escritas en un momento de desesperación por Men Rodríguez:

¡Señor!, ¡señor!: Rogad a Dios por el alma de doña Blanca.

Horrible fué lo que aconteció en Jerez. El rey, sin dejar de correr un solo momento, llegó a aquella ciudad en muy pocas horas, y, sin entrar en ella, se encaminó al castillo. Salióle al encuentro Men Rodríguez de Sanabria, pálido, aterrado, mudo; el rey lanzó sobre él una mirada hosca y, sin desmontar, le mostró la brevísima carta que el joven le había enviado.

—¿Has escrito esto?—le dijo.

Men Rodríguez reconoció la carta sin leerla, y contestó con voz ronca:

—Sí, señor.

—¿Conque es cierto? ¿Conque la reina ha muerto?

—La reina ha muerto—repitió lúgubrementemente Men Rodríguez.

—¿Y qué has hecho tú, el más leal de mis vasallos?

—dijo con un duro acento de sarcasmo el rey.

—Sin considerar a lo que me exponía, pensando sólo en vuestro servicio, me apoderé del castillo con los cien ballesteros que me habíais dado y llegué a tiempo de ver morir a su señoría.

El rey desmontó y arrojó las riendas de su caballo a Juan Diente.

—¿Y no has hecho más?—dijo el rey.

—Sí, por cierto, señor; he preso al antiguo alcaide Iñigo Ortiz de Zúñiga, y a Juan Pérez de Rebolledo, que le había sustituido; he detenido a don Pero Gómez Gudiel y al despensero Tel González Palomeque, y he esperado ansioso la venida de vuestra señoría.

—Precédeme, Juan—dijo el rey, y que dispongan un dosel de justicia en la sala-rica del castillo.

—¿En la sala-rica? ¡En ella ha expirado la reina, señor! ¡En ella yace sobre paños negros entre cuatro blancos!

Al escuchar esto Juan Diente, se detuvo.

—¿Qué esperas?—gritó colérico el rey—. ¿No oyes que quiero que se disponga mi dosel de justicia en la sala-rica del castillo de Jerez?

Juan Diente, partió, llevando consigo los caballos y desapareció por la poterna.

—Y tú, traidor—dijo el rey volviéndose a Men Rodríguez—, ¿cómo no has impedido esa muerte?

—¿Me llamáis traidor?—exclamó Men Rodríguez deteniéndose pálido y conmovido y fijando en el rey una suprema mirada de queja.

—¿Por qué no has impedido la muerte de la reina?—dijo con menos dureza el rey.

—Cuando llegué no había remedio en lo humano—contestó tristemente el joven.

—¡Infeliz! ¡Infeliz!—exclamó conmovido el rey.

—Pero llegué a tiempo de encargarme de cumplir la última voluntad de la reina. Tomad, señor—dijo Men Rodríguez, sacando con un religioso respeto de su escarcela y envuelto en un paño de seda, el medallón que le había entregado la reina al morir.

—¡Mi retrato!—exclamó el rey conmovido.

—Doña Blanca—continuó Men Rodríguez, cuya voz era trémula— le sacó de su seno, de sobre su corazón, y le besó expirante antes de entregármele.

—¡Ah!—exclamó el rey, cuya colérica palidez se hacía cada vez más densa.

Men Rodríguez, respetando lo profundo, lo desgarrador de la exclamación del rey, guardó silencio.

—Sigue, sigue, Sanabria—dijo el rey—; quiero apurar el tósigo hasta las heces, quiero saber uno a uno todos los pormenores... ¿Qué importa...? Esto me dará todas las fuerzas que necesito, porque quiero hacer mucho, mucho..., y tanto, que cause horror a las gentes venideras—y el acento del rey al pronunciar estas palabras era el de un insensato.

—La reina me dijo, expirante ya, estas palabras, que están zumbando continuamente en mis oídos: «Tomad; es su retrato; llevárselo como una prenda de mi amor: decidle que muero amándole.»

La palidez del rey al escuchar estas palabras se hizo sobrenatural; era una palidez azulada, tras la cual se veía temblar la cólera; sus labios contraídos y blancos se agitaban en una convulsión continua, y sus ojos lúcidos, terribles, mostraban una sombría mirada en que estaba pintada la muerte. Men Rodríguez se estremeció, ante el intenso y sin igual dolor que representaba el aspecto del rey, y olvidándose de su posición de vasallo, de lo fatal que había sido a sus afectos al rey, le asió una mano.

—¡Cuánto sufrís, señor!—le dijo.

—¡Y tú me compadeces!—exclamó el rey con una intención que no podía comprender Men Rodríguez.

—¡Compadeceros yo, señor!...—dijo el joven admirado por la entonación particular de las últimas palabras del rey—; pues bien, sí, os compadezco porque...

—¿Por qué?

—La situación en que os encontráis...

—¿Y quién te ha dicho que esta situación me aflija? ¿Por qué te atreves a interpretar según tu corazón mis palabras? Tu corazón nada tiene de semejante al mío; yo soy rey, tú eres hombre. Adelante, Sanabria, adelante: entremos en el castillo; ya debe estar preparado nuestro dosel de justicia; adelante, Sanabria, adelante.

Y partió hacia el castillo, seguido de Men Rodríguez, atravesó con paso firme el puente, y pasó bajo la chata bóveda de la poterna, con la cabeza erguida y amenazadora, por entre los ballesteros de maza, que, al pasar el rey, chocaron en señal de honor sus partesanas contra sus espadas. En las galerías encontró el rey a Juan Diente.

—¿Está dispuesto todo?—le dijo.

—Sí, señor—contestó el balletero.

—Y tú, Sanabria, ve por los presos y tráelos a la sala; después asegura la puerta con una guardia de diez ballesteros y avísame; sígueme, Juan—y el rey, seguido de su confidente, se metió en una cámara inmediata.

El balletero permaneció a algunos pasos de la puerta en una actitud respetuosa, mientras don Pedro se paseaba agitado a lo largo de la cámara. De improviso se detuvo delante de Juan Diente.

—¿Has observado, Juan—le dijo—, hasta dónde puede llegar el disimulo de un traidor?

—Si no me decís quién es el traidor—contestó Juan Diente—, no podré contestar como quisiera a vuestra señoría.

—Te has obstinado en no creer traidor a Men Rodríguez y, sin embargo, se ha atrevido a decirme: «Os compadezco, señor.»

—Si no os ha dicho más que eso y por eso le creéis traidor, tenedme por tal también, porque me causáis compasión.

—Yo comprendo que tú me compadeczas, Juan, porque conoces cuanto sufro. ¡Pero que me compadezca él, él, el miserable... ¡Oh! Su compasión es una burla cruel, un horrible insulto..., necesito la cabeza de ese hombre, Juan.

—Si la necesitáis, tomadla vos; pero no me la pidáis a mi; no, de ningún modo; no os la daría.

—¡Que no me la darías—exclamó el rey mirándole fijamente.

—No, porque yo no asesino; yo he cumplido, cumpio y cumpliré la justicia de vuestra señoría, pero un asesinato ciego, a sangre fría, miserable, cruel...; no, eso no.

—¿Y crees tú—dijo el rey mirando fijamente al ballestero—que la muerte de Men Rodríguez sería un asesinato?

—No sólo un asesinato, sino una imprudencia.

—¡Una imprudencia!

—Sí, señor; si matáis a Men Rodríguez, ¿dónde encontraréis un vasallo que valga más que él, ni tanto como él?

—Es verdad—dijo el rey—, no me queda al lado nadie; nadie de quien me pueda fiar—y adoptando un silencio sombrío, volvió a pasear por la cámara pálido y excitado.

Juan Diente no se atrevió a romper aquel silencio porque conocía claro que el rey se hallaba en una de las situaciones tan comunes en él y que era necesario dejar pasar. Poco después apareció en la puerta de la cámara Men Rodríguez de Sanabria, no menos sombrío que el rey y dijo:

—Señor, las personas que habéis mandado llevar a la sala-rica están en ella.

El rey salió violentamente de la cámara y entró poco después en la sala-rica. Men Rodríguez y Juan Diente entraron también, pero no pasaron de la puerta. El ballestero quedó algo más atrás que Men Rodríguez, entre los tapices, por respeto.

CAPITULO XXI

El espectáculo que se presentó a los ojos de don Pedro era terrible; en medio de la sala, que era extensa, sobre un lecho mortuario, cubierto por un repostero de terciopelo negro, en cuyos cuatro lados se veían bordados en oro y colores los blasones de León y de Castilla con un cirio encendido en cada ángulo, estaba el cadáver de la reina vestido de blanco y ceñidos los cabellos por una corona de rosas encarnadas.

Al frente del lecho fúnebre había un dosel rojo; en él, sobre las gradas una silla real; delante del dosel y a al-

guna distancia de él, había cuatro hombres pálidos, consternados, temblorosos, en los cuales se fijó la iracunda e inmóvil mirada del rey, que sin apartarla de ellos, atravesó con el paso lento y marcado del tigre que se acerca a su presa hasta el dosel, cuyas gradas subió con la misma lentitud.

Luego se sentó en el sillón, se replegó, apoyó su rostro en una de sus manos, cuyas uñas se clavaban en su carne, y con la mirada siempre lúcida permaneció por algunos momentos mirando aquellos cuatro hombres, diferentes en condición, pero que igualmente aterrados clavaban en el suelo su cobarde mirada.

Aquellos hombres eran don Pero Gómez Gudiel, Tel González Palomeque, despensero mayor del rey; Iñigo Ortiz de Zúñiga y Juan Pérez de Rebolledo, su ballestero de maza.

Por algún tiempo, como hemos dicho, la mirada del rey devoró a aquellas cuatro personas, intensa, terrible, amenazadora, letal, y lo dominó todo; el más profundo silencio, que sólo rompía de cuando en cuando, de una manera lúgubre, el chascascar de los cirios amarillos que alumbraban el cadáver...

Al fin la voz del rey, lenta, grave y gutural, rompió aquel silencio.

—Don Pero Gómez Gudiel, nuestro leal vasallo—dijo el rey, estremeciendo con el timbre particular de cada una de sus palabras al caballero.

—¿Qué me mandais, señor?—dijo con voz apenas inteligible.

—¿Quién es ésa que tenemos muerta ante nos?—preguntó el rey con acento nervioso y vibrante.

—Es la reina doña Blanca de Borbón, señor—contestó, alentando apenas.

—¿Y tú que dices, Tel González Palomeque, mi leal vasallo?—añadió, recargando más su acento el rey.

—Digo, señor..., que... es la reina—respondió enteramente aterrado el noble.

—¿Y os entregamos así nuestra noble y desventurada esposa?—continuó el rey, arrojando una cobarde mirada al cadáver y con un acento amenazador al principio y profundamente conmovido al fin.

—No, no señor—contestó don Pero, atreviéndose a mirar al rey—: nos la entregasteis joven, hermosa, llena de vida y de esperanza...

—¡Poder de Dios!—exclamó el rey—. Y ahora que os pido a mi esposa ¿cómo me la entregaréis, traidores?

—Nosotros la entregamos sana y salva, casi contenta, a quien vuestra señoría nos mandó que la entregásemos, y nos disponíamos a salir de Jerez para nuestras tierras, obedeciendo también vuestro real mandato, cuando el señor Men Rodríguez de Sanabria nos detuvo, prendiéndonos, sin que supiésemos por qué, en nombre de vuestra señoría.

—¿Que os he mandado entregar a la reina? ¡Mentís! ¿Que os he mandado ir a vuestras tierras? ¡Mentís también!—exclamó con voz tonante el rey.

—Conservamos vuestras órdenes en nuestro poder para descargo—contestó ya con más ánimo don Pero.

—Pues bien, mostrad esas órdenes—dijo el rey.

A un mismo tiempo y apresuradamente, sacaron unos pergaminos de sus escarcelas, se acercaron al dosel, hincaron una rodilla y entregaron los pergaminos al rey. Don Pedro los leyó rápidamente y buscando en el fondo de la sala a Juan Diente, desplomó sobre él una mirada terrible que quería decir:

—He aquí los resultados de tu descuido; he aquí que al fin encontramos teñidas en sangre aquellas fatales cédulas.

Gudiel y Palomeque permanecían aún de rodillas.

—Alzad—dijo el rey, y contestadme en verdad.

—¿Quién os presentó estas órdenes?

—El alcaide del castillo, Iñigo Ortiz de Zúñiga—contestó don Pero.

—¡Ah! ¿Conque tú fuiste?—exclamó el rey, volviéndose ferozmente al alcaide.

—Yo fui, señor; pero obraba también por orden vuestra—y adelantando hasta el dosel hincó una rodilla y presentó al rey un pergamino del cual, como de los otros, pendía el sello real.

El rey leyó rápidamente aquel escrito y le arrugó furioso entre sus manos.

—Y tú, Rebolledo, tú, que fuiste el último que te encargaste de la reina, ¿tienes también otra orden mía para descargo?

—No una, sino dos—dijo roncamente el ballestero—; una encargándome la custodia de su señoría, otra prescribiéndome la entregase al agonizante Sancho, para que hiciese de ella lo que mandase el rey.

—Yo me négué a matar a la reina, señor, porque no me inspiraba confianza la orden que había recibido—dijo Iñigo Ortiz de Zúñiga—, y la misma observación hice a Juan Pérez de Rebolledo, cuando se me presentó con otra orden en que se me mandaba entregar la alcaidía y que os he entregado, señor.

—¿Y la orden en que se te mandaba entregar la reina al verdugo?

—Me la cogieron señor y me prendieron.

—Y tú, miserable—dijo el rey, volviéndose a Rebolledo—, ¿por qué no seguiste el ejemplo de mi leal Zúñiga?

—Yo he obedecido ciegamente siempre las órdenes de vuestra señoría—contestó con un tanto de audacia Rebolledo.

—Pues quien ciegamente obra—exclamó el rey—ya sea para el bien o para el mal, se expone a dar en un abismo.

—¿Y por qué—dijo Juan Diente adelantando—, te negaste Rebolledo a recibir en el castillo y en tan graves circunstancias al señor Men Rodríguez de Sanabria? ¿Por qué le obligaste a que, presintiendo una desdicha tomara el castillo a viva fuerza, como si se hubiera tratado de un castillo aragonés? ¿Por qué no preguntaste al menos al señor Men Rodríguez a qué le enviaba el rey? Entonces te hubiera dicho...

El rey interrumpió a Juan Diente.

—Adelantad, señor Men Rodríguez—dijo—, y deponed ante nos lo que sepáis.

Men Rodríguez adelantó y pasó, estremeciéndose, junto al cadáver de la reina para llegar al trono. Entonces, de una manera clara y decisiva, refirió cuanto le había acontecido aquella noche funesta, desde que, al ir al alcázar, había sabido que la reina estaba en el castillo; la prisión en el campo de la reina y su entrega violenta a Juan Pérez de Rebolledo.

—Yo—continuó el joven—no la hubiera entregado, señor, porque veía mucho de extraño en la traslación de su señoría del castillo; porque además un presentimiento funesto me oprimía el corazón, anunciándome una desdicha; si ese hombre —y señalaba a Rebolledo— hubiera sido más respetuoso con un rico-hombre honrado por el rey y que goza fama de leal, nos hubiéramos entendido, se habría obrado con calma, se hubiera avisado a vuestra señoría y no nos hallaríamos en el doloroso caso en que nos encontramos.

—¡Es decir, Rebolledo, que tú te has creído más experimentado, más sabio, no sólo que Inigo Ortiz de Zúñiga, superior a ti en calidad, oficio, lealtad y prudencia, sino también ricohombre, que vive a mi lado, que conoce mis proyectos, y que hubiera podido servirte de guía!

—¡Señor! ¡Señor!—exclamó Rebolledo, dejándose caer desplomado de rodillas.

—Haces bien en arrodillarte, traidor—exclamó don Pedro, echando mano de una manera furiosa a su puñal—, pero no te arrodilles para pedir gracia al rey, sino perdón a Dios, porque vas a morir.

Rebolledo, asustado, se levantó de un salto y retrocedió; el rey se levantó fuera de sí, bajó las gradas del dosel y avanzó un paso, pero se contuvo, quitó la mano de sobre el pomo de su puñal y volvió a sentarse en el sillón.

—Acércate, Rebolledo, y responde—le dijo.

Rebolledo se acercó pálido como un cadáver.

—¿Quién te presentó esas órdenes—dijo el rey. Y—

—Un paje de vuestra señoría, a quien acompañaba el secretario Alvar Yáñez.

—¡Un paje como de diez y seis a diez y ocho años, hermoso; muy hermoso!

—Sí, señor, tan hermoso como una mujer.

—¡Y no te inspiró sospechas, como a Zúñiga, el que yo me valiese de un paje para estos asuntos.

—Yo, señor, creí...

—Pues creíste mal... ¡Hola, Juan Diente! Apodérate de ese hombre y hazle colgar de una almena.

—¡Señor! ¡Señor!—exclamó Rebolledo.

Pero Juan Diente no le dió lugar a concluir: sabemos que el bravo balletero se las había jurado, ofendido por la insolencia de Rebolledo, y aprovechaba con placer la ocasión que tan limpiamente se le venía a las manos. Así es que arrojó bajo sus puños de hierro a Juan Pérez, le arrastró consigo y desapareció con él murmurando:

—¡Era preciso que alguna vez te las entendieses conmigo y ha llegado la hora!

—Y vosotros—añadió el rey, volviéndose a los otros reos—, vosotros, torpes e imbéciles, que no habéis sabido evitar el horroroso crimen que la traición, el odio y la astucia han perpetrado en la infeliz doña Blanca, salid desterrados de mis reinos para siempre jamás, sin sacar de ellos más que lo que podáis llevar encima.

Gudiel y Tel González quedaron absortos, inmóviles y

mudos al sentir sobre sí un castigo, cuya conciencia no les decía habían merecido.

—¡Y pronto! ¡Pronto!—exclamó colérico el rey—. Si no queréis ya que me arrepienta y os haga ahorcar como villanos.

—Hacéis lo que podéis de nosotros y de lo nuestro, señor—dijo Gudiel—; pero para que sepamos que no nos tenéis por traidores, permitirnos besar por la última vez vuestra mano.

—¡Partid!—dijo el rey con acento ronco.

—Adiós, señor—dijo Gudiel profundamente conmovido—, que el Señor no os tome en cuenta la injusticia que hacéis con vuestros servidores. Que os proteja Dios, señor.

Una llamarada de cólera brilló en el semblante del rey, que se contuvo sin embargo; los sentenciados se retiraron lentamente, se detuvieron junto a la reina y besaron sus heladas manos a falta de las del rey.

—Y tú—dijo el rey a Zúñiga, que le escuchaba temblando—, tú que no has hecho más que lo que has podido hacer, continúa en esta alcaidía y sigue siéndome leal, si no quieres que haga contigo lo que hago con los traidores.

Zúñiga abrazó en su alegría, alegría inesperada, las rodillas del rey.

—Vete—le dijo don Pedro.

El alcaide salió, y quedaron solos el rey y Men Rodríguez.

—¡Ha sido ella! ¡Ella! ¡Esa terrible mujer, esa Leila! —y miraba y remiraba las funestas cédulas que habían causado la muerte de la reina—. Ella, esa Leila a quien te había mandado que prendieras.

—No he podido haberla a las manos, señor—contestó Men Rodríguez—; a esa mujer debe ayudarla Satanás.

—Pues guárdate de ella, Men Rodríguez, porque esa mujer es tu enemigo personal y te matará o te perderá.

—¿Mi enemigo personal, señor?

—Sí, esa mujer te ama.

—¿Que me ama?... Yo creía que sólo una mujer me había amado.

Nublóse el semblante del rey.

—¿Y quién es esa mujer?...—dijo posando una mirada profundamente observadora en el semblante del joven... ¿Es acaso mi hermana doña Beatriz?

—Doña Beatriz y yo somos hermanos, no más que hermanos.

—Yo sólo me refería...

—¿A quién?

—A la desdichada doña Isabel Núñez de Lara.

Dijo estas palabras Men Rodríguez con tal sinceridad, con tal pasión, que el semblante del rey se esclareció.

—Yo pensaba que teníais otros amores, Sanabria—dijo, insistiendo aún en los horribles celos que le causaba el joven.

—Os habéis engañado, señor.

—No tengo yo la culpa, si conocía algunos indicios.

—¿Indicios de que yo ame a otra mujer que no sea doña Isabel?—dijo con tristísima extrañeza Men Rodríguez.

—Sí, indicios que consisten en una carta que se ha encontrado perdida en el alcázar, es decir, que he encontrado yo mismo por acaso.

—Pues os juro, señor, que no puede ser mía esa carta, porque jamás he escrito cartas de amor.

Don Pedro, observador por carácter y por costumbre, ducho en el arte de conocer la mentira o la verdad en el semblante de los que observaba, sólo vió lealtad y franqueza en el de Men Rodríguez y se desarmó enteramente.

—Pues mira—dijo—, es una carta muy bien escrita y que como a galanteador te habría honrado; si no la he perdido, te la mostraré, a ver si adivinas de quién sea.

—¿Pero esa carta no tiene firma?

—No, ¡vive Dios! Es misteriosa como la pasión de quien la ha escrito... Pero estamos hablando de amores delante de la muerte.

—¡Ah! ¡Señor!... ¡Señor!, salgamos de aquí.

—¡Salir, salir sin que yo vea por última vez a esa desdichada, a quien he visto tan poco cuando vivía! ¡Oh! ¡No! Quiero verla, contemplarla, para que se robustezca en mí la memoria de ese crimen, para no olvidarle jamás, a fin de que mi venganza..., mi justicia, si descubro al infame asesino, sea más terrible—y don Pedro, en un ataque violento, se acercó al lecho mortuario, apoyó en él sus manos y contempló de hito en hito a la reina doña Blanca.

—¡Oh! ¡Qué horror!—exclamó el rey estremeciéndose como a impulso de una aguda impresión de frío, y conociendo por los vestigios el género de muerte de la reina—. ¡Envenenada!

—Sí, envenenada con el mismo tósigo que matará a doña Isabel Núñez de Lara.

—Según eso, ¿crees que sea esa infame Leila?

—Lo sospecho, señor.

Hubo un momento de solemne silencio, durante el cual el rey pugnó por contener sus lágrimas, consiguiéndolo solo a medias.

—Escucha, Sanabria—le dijo el rey—; ¿tú la has visto morir?

—Sí, señor—contestó Men Rodríguez.

—Y... ¿padeció mucho?

Las lágrimas del rey reventaron entonces, tanto más copiosas cuanto más tiempo habían sido contenidas.

—No, no, señor; su vida se apagaba...—contestó aturdimado por la situación Men Rodríguez.

El rey, al que jamás nadie había visto llorar, se arrojó sollozando en los brazos de Men Rodríguez.

—Llorad, llorad, señor—dijo el joven—; las lágrimas son un tósigo, que si no le arrojamos del corazón le rompen.

—He llorado muchas veces de cólera—dijo el rey, levantando al cabo de algunos instantes la cabeza de sobre el pecho de Men Rodríguez—, pero jamás de dolor, de sentimiento; perdí a mi padre y no lloré; maté a mi hermano, al más querido de mis hermanos, y no vertí una lágrima; he perdido cuanto he amado y, sin embargo, mis ojos han permanecido enjutos; parecíanme rudos golpes que me asestaba el destino para aterrarme, y contestaba a cada uno de estos golpes del destino con una carcajada de reto; pero doña Blanca..., doña Blanca, a quien no he amado; doña Blanca, a quien he tenido constantemente separada de mí, me hace sentir con su muerte un dolor agudo..., terrible..., cruel...; una desesperación profunda; por levantarla de ese negro lecho, por volverla a la vida, sería capaz de todo..., y, sin embargo, no viviría con ella, no la vería..., no es amor lo que siento por ella..., es... compasión.

Don Pedro hizo un poderoso esfuerzo y se enjugó las lágrimas.

—Y esto es natural—dijo, dejando a su orgullo que justificase sus lágrimas—. Esa mujer jamás me ha ofendido... Esa mujer me ha amado con toda su alma; en un momento en que se creyó amada por mí, se arrojó en mis brazos, moribunda de felicidad, y su último pensamiento ha sido para mí... y esto me contrista, me conmueve; dicen que soy cruel, semejante a una fiera, sin sentimiento humano, y... mienten..., mienten...; es que el mundo, ciego y apasionado, no me ha comprendido...; lo que sobra al rey don Pe-

dro es corazón—y volviéndose de repente al cadáver y arrancándose la gorra de sobre los rubios y sedosos cabellos, dijo con acento febril:

—Tú lo sabes, Blanca; tú, que estás en la eterna región donde la verdad resplandece: yo no podía amarte...; la fatalidad, mi amor hacia doña María, tú orgullo de reina, nos separaron; si doña María no hubiese absorbido mi alma entera en la suya, yo te hubiese adorado, porque eras una esposa digna de mí... Dios o el infierno no lo han querido; pero tú lo sabes, Blanca: yo nunca pensé en matarte...; nunca te hubiera matado... Tú lo sabes y esto basta... Poco importa que los hombres, la tradición y la historia digan que he sido tu verdugo...; yo no me humillaré justificándome ante ellos... ¿Acaso el mundo, la tradición y la historia han dicho nunca la verdad?—y luego en un movimiento irreflexivo, se inclinó sobre el cadáver y cubrió de besos su frente.

—Adiós—exclamó levantándose de repente, como se había inclinado—. Adiós, hasta la eternidad—y luego, a paso rápido, como quien huye, salió de la sala-rica.

Cuando estuvo en las galerías pareció reanimarle el aire exterior; sus lágrimas se habían secado y únicamente habían quedado sus ojos un tanto rojos. Detúvose y se volvió a Men Rodríguez, que le seguía.

—Escucha, Sanabria—le dijo—; ha habido un momento en que no he sido muy tu amigo.

—¡Señor!

—Basta, no me preguntes; ni una palabra más: estoy más satisfecho de ti que nunca; en todo caso —y la frente del rey se nubló—, tú no tenías la culpa. No hablemos más de esto. Quédate aquí. Has de embalsamar a la reina. Yo te enviaré al momento cuanto sea necesario: unas exequias magníficas, Sanabria; gasta aunque gastes la mitad de mi tesoro. Los funerales en la iglesia mayor; la sepultura en el convento de San Francisco; que doblen por espacio de nueve días todas las campanas de la ciudad, como se acostumbra en los funerales de los reyes; que se vista a los pobres y que se les dé de comer durante tres días; quiero también que se doten cien doncellas; hazlo tú todo esto. Cuando todo esté corriente y preparado, pasado mañana, te espero en Sevilla; te necesito. Cuando vengas, llévate contigo a doña Isabel Núñez de Lara; yo te enviaré las órdenes necesarias.

—¿Y vais a partir sin descansar, señor?—dijo el joven

notando que el rey se dirigía hacia las escaleras, en las cuales había aparecido Juan Diente.

—¡Descansar! ¡Descansar! Yo no descansaré más que en la tumba. Adiós.

—El os proteja, señor—contestó Men Rodríguez, siguiendo al rey.

—Quédate, quédate, Sanabria, y ve a consolar a doña Isabel, que necesita más tu compañía que yo.

—¡Ah, señor! Se me olvidaba: en el alcázar hay otra dama presa.

—Y... ¿quién es?

—Doña Sol de Vargas, camarera mayor de la reina.

—Ponla en libertad y que se vaya con su amante si le tiene.

—Su amante ha muerto, señor, y la infeliz está loca.

—¡Ah! Pues llévatela a Sevilla con doña Isabel. Adiós—y el rey se alejó y bajó las escaleras.

—¡A caballo, Juan Diente, a caballo, y como una exhalación a Sevilla!

—¿Sin descansar, señor? No lo digo por mí, pero vos...

—A caballo, Juan...; no tenemos tiempo que perder...; ya sé quién te robó los pergaminos.

—¿Quién, señor?

—Una mujer... y es necesario buscar a esa mujer, que a estas horas de seguro está en Sevilla. A más..., a más..., necesito sangre..., mucha sangre, para calmar la sed que me ahoga, y voy por ella. Afortunadamente no es sangre de cristiano.

Un momento después el rey y Juan Diente galopaban en sus poderosos corceles hacia Sevilla.

CAPITULO XXII

Han pasado varios días. Don Pedro, en su furor, ha echado sobre su cabeza el horror de la terrible matanza de Abu'l Sayd con todos sus emires en el campo de Tablada, ante el pasmo de Sevilla y escándalo de la Historia; el único hecho que no tiene disculpa en este rey.

Durante ellos el aspecto de Sevilla había cambiado enteramente. A pesar de ser otoño, se sentía un calor sofocante como en la fuerza del estío y una terrible niebla; la misma niebla fatal que había empañado el cielo el mismo

día del asesinato del rey Bermejo y de sus caballeros continuaba desplomándose sobre Sevilla.

Continuaban todas las campanas de la ciudad doblando de hora en hora, de día y de noche, por la reina doña Blanca, y si las puertas no continuaban rígidamente cerradas, sólo se abrían para echar fuera terribles viajeros. Eran éstos centenares de cadáveres que hacían su último viaje a las zanjas que, para sepultarlos, se habían abierto a larga distancia de los muros.

Por lo demás, no entraban ni salían de Sevilla más seres vivientes que los sepultureros y las gentes del rey, porque, aunque no se había extendido la prohibición de entrar y salir a los proveedores de víveres, como éstos desde el día antes de nuestra acción no se habían presentado, era inútil aquella franquicia.

En resumen, la peste negra, desoladora y terrible como nunca, había empezado a cebarse en Sevilla desde la aparición de aquella niebla fatal, diezmando los habitantes de una manera espantosa; dos días después habían empezado a faltar enteramente las vituallas.

Las calamidades son los primeros y más poderosos jefes de las insurrecciones populares; entonces una opinión sola, única, exclusiva, domina a las masas; todos sienten del mismo modo, y esto da fuerza, la fuerza de la desesperación, que al fin viene a revelarse en una insurrección.

La agitación era terrible; cruzándose con las carretas hacinadas de cadáveres, que rechinaban por todas partes, mujeres hambrientas con hijos moribundos en los brazos, trabajadores de aspecto amenazador, jóvenes, niños, ancianos, todos desolados, todos sombríos, todos desesperados, se encaminaban al alcázar, delante de cuyo pórtico se veía de continuo una multitud miserable cubierta de harapos, marcada en su semblante la desesperación, tendiendo los brazos al alcázar y pidiendo, a voces heridas, pan al rey.

El rey veía todo esto; hacía esfuerzos desesperados para contener el mal; había procurado a costa de los mayores sacrificios y desplegando una severidad infinita, que, aunque escasos y caros, no faltasen víveres; había recogido todo el trigo, todas las carnes, todas las legumbres que habían podido encontrarse a algunas leguas a la redonda de Sevilla y, merced a estos esfuerzos, se había podido sostener mal a la ciudad durante tres días; pero como entonces Sevilla era la población más populosa de España, igualando en población a Granada, que contaba dentro de sus

muros seiscientos mil habitantes, no tardó en aparecer un día en que ni aun para el rey hubo pan.

Don Pedro hizo el último esfuerzo, montó a caballo y, rodeado de algunos ballesteros y de una inmensa multitud hambrienta, se encaminó a la judería.

Esto era extraño en el rey, que protegía a los judíos y a los moriscos, que en realidad le eran más leales que sus vasallos cristianos, y tanto era así que solía decir con mucha frecuencia que su corona no estaría segura en sus sienes hasta que todos sus vasallos no imitasen la fidelidad de sus tributarios moros y judíos; y aun por su estrecha alianza con el rey de Granada, no faltaba quien sospechase, sin tener para ello más fundamento que un recelo injusto, que don Pedro acabaría por renegar de la fe de Cristo, e imitar la conducta del conde don Julián, volviendo a establecer a los musulmanes en España y proclamándose su califa.

Sin embargo, la protección del rey a los judíos y a los moriscos nada tenía de extraño, si se considera que siempre encontraba prontos a auxiliarle con su oro a estos vasallos extranjeros, los más ricos por su carácter industrial y los menos dispuestos, por lo tanto, a turbulencias y trastornos, que siempre afectan de una manera más o menos grave al comercio.

Viéronse, pues, con asombro las medidas de rigor que el rey adoptó con los judíos, haciéndoles desocupar los graneros, confiscando a unos sus bienes y aun ejecutando a otros. Con estas medidas enérgicas, aterrados los judíos, se apresuraron a comprometerse de una manera solemne, entregando rehenes y prendas, a que no faltasen mantenimientos y el rey se retiró a su alcázar aclamado por el pueblo, que se creía salvado, merced a la firmeza de su rey, de uno de los azotes que le afligían. Pero esto no era más que un paliativo, y Leila, al saber en el retiro donde se había ocultado, el género de recurso a que había echado mano el rey, yijo con una alegría que nada tenía de aventurada:

—Los judíos se han obligado con sus vidas y sus haciendas a mantener a Sevilla; pues bien, no tardará en llegar un día en que no puedan cumplir su obligación, y entonces el terror les hará sublevarse de una manera mucho más segura que mis sugerencias. ¡Oh! Y ese día está próximo: ese día el rey caerá en mis manos, y mi venganza se cumplirá.

Entretanto el pueblo de Sevilla fué testigo de una de estas caídas inesperadas y sangrientas, que por recaer en personas para quien se cree haber fijado su rueda la fortuna, maravillan y espantan, viniendo a demostrar que nada hay estable en la tierra, ni que no dependa inmediatamente de los hombres y de los acontecimientos. Esta desgracia recayó sobre don Simuel Leví.

Irritado contra él don Pedro por insidiosas delaciones de Leila, envió a Juan Diente a Toledo, con algunos ballesteros de maza, con orden de prender a su tesorero y conducirlo a Sevilla. Juan Diente no dilató mucho su jornada; presentóse de repente en la casa que ocupaba en la judería de Toledo don Simuel y, arrancándole del lecho, le intimó de orden del rey su prisión, mandándole cabalgar en una mula que se le tenía dispuesta.

En vano don Simuel recurrió a las seducciones, a los más incitantes ofrecimientos. Juan Diente era un servidor incorruptible y leal para el que la voluntad de don Pedro era sagrada, y don Simuel, sujeto entre sus garras, se vió con terror conducido a Sevilla y encerrado en un lóbrego calabozo de las Atarazanas, donde no tardó mucho en presentarse Mateos Ferrández, secretario y canciller del rey.

—Su señoría—le dijo el canciller—me manda a vos contando con vuestra docilidad y vuestro arrepentimiento; su señoría sabe que le habéis hecho traición; pero contando con vuestros largos y antiguos servicios de otro tiempo, quiere trataros con misericordia.

—El rey, señor Mateos Ferrández—dijo cobrando algún aliento el judío—, está sin duda necesitado de dinero y apela conmigo al terror para sacarme nuevas sumas. Yo siempre he sido leal al rey, lo soy y lo seré; pero mis tesoros no eran por cierto inagotables: el rey consume el oro con más rapidez que el fuego la madera menuda y seca, y me ha empobrecido de manera que entre lo que yo tengo y lo que poseen mis parientes, quedándonos reducidos a la miseria, apenas podríamos procurarle cien mil doblas, cantidad insuficiente para los gastos que le amenazan, si es verdad, como he oído decir en Toledo, que el conde de Trastámara está a punto de pasar la frontera de España con Francia, auxiliado por la gran compañía a cuyo frente viene ese maldito dogo de Bretaña, Beltrán Duguesclin.

Y así era la verdad. Enrique de Trastámara había logrado, en fin, que el regente de Francia, ofendido y lasti-

mado por las desgracias de su prima la reina doña Blanca y deseoso, por otra parte, de echar fuera de Francia las hordas de aventureros que la devastaban y que ya eran inútiles por la tregua tratada con los ingleses, las pusiese bajo las órdenes de Dugesclin a su disposición y le reconociese como rey de España. La tempestad se acercaba y Castilla veía con terror acercarse aquella nueva plaga, con la cual venían todos los horrores de la guerra.

—El rey—dijo Mateos Ferrández, después de haber mirado con compasión al tesorero algunos momentos—, el rey sabe que le habéis hecho traición, ayudando los manejos de cierta doña Ana Téllez de Ulloa, a quien habéis servido contra su señoría hasta el punto de introducir por ciertas comunicaciones, que vos sólo conocíais, a esa mujer en el alcázar; mediante vos, esa mujer ha podido apoderarse de cédulas en blanco autorizadas en forma, de alhajas de gran precio y de secretos importantes. Los resultados han sido funestos: doña Blanca ha sido tenebrosamente asesinada, el rey se ha visto acometido de una manera sorda por una mano invisible..., y cuando ha logrado descubrir a esa arisca mano...

—¿Ha cogido el rey a Leila?...—dijo Simuel, delatándose de la manera más torpe.

—Vuestra traición está manifiesta—dijo Mateos Ferrández—: aunque no se tuvieran pruebas, vos mismo nos las suministráis, pronunciando el nombre árabe de esa mujer. Conocéis bien al rey y sabéis que no perdona fácilmente a los traidores. Sin embargo...

—¿Qué?—dijo don Simuel, alentando una esperanza.

—El rey os dejará la vida con una condición.

—¿Y qué condición es ésa?

—Que le entreguéis vuestros tesoros.

—¡Mis tesoros, poderoso Dios de Israel! Mis tesoros están en poder del rey, que me debe sumas considerables; lo que me queda no merece el nombre de tesoro.

—Tened en cuenta que el rey está resuelto a poner a prueba vuestra avaricia.

—Yo quiero ver al rey, hablarle; el rey comprenderá, si me escucha, que estoy pobre, casi arruinado; el rey me creerá cuando le diga que todo mi haber consiste en sesenta mil doblas, cuatro mil marcos de plata, y como otras cuarenta mil doblas en joyas y telas de brocado. Si el rey desea apropiarse esos miserables restos de mi fortuna, suyos son; pero aunque me exprima, aunque me estruje co-

mo una naranja, no podrá sacarme un maravedí más. En cuanto a esas traiciones de que me acusa, yo haré entender a don Pedro y no sólo se lo haré entender, sino que se lo probaré, que me he visto en las manos de un demonio y que, si alguna cosa he hecho en su deservicio, la culpa no es mía, sino de la severidad, de la exagerada severidad del rey, que tan terrible le hace. Yo hubiera atajado el mal en su origen, si hubiera contado con hallar al rey razonable. Pero primero temí, después, esa mujer funesta me ha envuelto como la araña envuelve en sus telas a una mosca... y el rey..., el rey con su crueldad ha tenido la culpa.

Don Simuel hablaba sinceramente, pero ya no era tiempo. El canciller le miró de nuevo con una más profunda expresión de lástima, y le dijo:

—Duéleme, don Simuel, que hayáis acordado tan tarde hacer vuestras revelaciones; acaso antes de la muerte de la reina, si hubierais entregado esa mujer al rey... ¿Quién sabe? El rey os apreciaba mucho; estaba acostumbrado a vos: erais su favorito... Pero ahora... conocéis al rey y sabéis que jamás perdona ciertas traiciones... Yo le conozco también y sé que no os queda más medio de salvación que revelar el lugar donde se encuentran vuestros tesoros.

—¡Pero si ya os he dicho que esos tesoros son imaginarios!

—Y os creo, don Simuel, os creo; pero no sucede así con el rey, que me ha dicho terminantemente: «Si se niega a entregarnos el oro que nos ha robado (son palabras del rey, no mías), al tormento..., al tormento con él.

—¡Al tormento!—exclamó, lanzando un grito de terror don Simuel.

—Os repito que me duele veros reducido a tal estado—dijo el canciller—: si pudiera salvaros os salvaría... No puedo y, a más, una simple vacilación en mí bastaría para que el rey me hiciera sufrir todas las consecuencias de su cólera.

—¡Que venga el rey! ¡Que me lleven a su presencia! ¡Que me escuche!—exclamó desesperado don Simuel.

—Vuestra petición es inútil—dijo Mateos Ferrández—y me veo en la dura necesidad de intimaros por última vez la voluntad del rey.

—¿Pero el rey quiere asesinarme? Demasiado sabe que... nada poseo..., que estoy empobrecido; y luego, esa infame mujer me ha condenado, aterrándome, a gastos que han acabado por arruinarme.

—¿Insistís, pues?

—Insisto en la verdad—exclamó con una angustia indefinible el judío.

—En ese caso, y por más que me pese al decíroslo, seguidme, don Simuel.

—¡Que os siga yo, resignado como un buey a quien llevan al matadero...! No, no lo esperéis de mí. Que me arrastren al tormento, que me lleven; pero seguidme yo..., no, no, no...

Mateos Ferrández abrió entonces la puerta, llamó y entraron cuatro ballesteros.

Media hora después Mateos Ferrández, pálido y sombrío, salía de las Atarazanas y se encaminaba al alcázar, llevando un pergamino enrollado en la mano.

En aquellos momentos el rey comía en el alcázar en la cámara de doña María de Padilla. Acompañábanle a la mesa, que estaba ostentosamente cubierta con una riquísima vajilla de oro y los más suculentos manjares, a la derecha, doña María de Padilla; frente a ella, en el costado de la izquierda, Men Rodríguez de Sanabria, y frente al rey, Beatriz la hermosa.

El rey y doña María de Padilla estaban rígidamente entretidos por la muerte de doña Blanca; y el mismo luto llevaban, aunque menos rívido, Men Rodríguez, Beatriz, Rivera, Yáñez, los camareros y los pajes. La corte estaba de riguroso luto por nueve días y, no habiéndose cumplido aquél plazo y retumbando aún el doble de las campanas de Sevilla por la reina muerta, un banquete en aquellas circunstancias no podía menos de parecer extraño y tanto más, cuando el hambre y la peste afligían a Sevilla. No podía atribuirse aquello más que a una de las excentricidades del rey, y como las excentricidades de don Pedro eran generalmente de mal agüero, todos callaban esperando el fin de aquélla.

Hacia algún tiempo que entre el rey y doña María de Padilla había reyertas sordas, causadas por la sombría tristeza que mostraba la primera, tristeza que no bastaban a disipar las caricias, los halagos ni las razones del rey. Cuando, después de haber luchado en vano por conocer la causa de aquella tristeza, el rey se encolerizaba, doña María se retiraba llorando y el rey iba a encerrarse furioso en su cámara y a entregarse a uno de aquellos momentos que Juan Diente calificaba, no sin razón, de locura.

Todos los días, al oscurecer, se le presentaba Juan Diente y le decía estas solas palabras:

—El infierno debe haberse tragado a esa mujer: todo cuanto me afano en su busca es inútil; empiezo a creer que se nos ha escapado.

—Ella se nos presentará cuando menos lo pensemos—contestaba el rey.

—Pues si se me presenta a mí, antes que a vuestra señoría, no la veréis sino muerta—contestaba el ballestero.

Cuando Juan Diente dejaba al rey, éste entraba en su cámara y se encerraba en ella durante una hora con su consejo, con el que trataba los negocios públicos, que eran entonces gravísimos, puesto que se tenían encima la peste, el hambre y la guerra, representada por Enrique de Trastámara, que con Beltrán Duguesclin, con los desterrados castellanos y la gran compañía se acercaba al Pirineo.

Don Pedro miraba todas estas plagas desde la altura de su valor; no las despreciaba, pero no las temía; para él la peste era un azote de período fijo y transitorio; el hambre, un mal que, si no de momentáneo remedio, podía combatirse; y aquel bastardo, aquellos traidores, aquel ejército de aventureros, un excelente cebo para dar a su estandarte y a sus soldados un glorioso día de matanza y de victoria.

Don Pedro, pues, dejaba correr la peste, combatía el hambre con sabias medidas administrativas y, en medio de esto, hacía aprestos de guerra tan formidables como los que había hecho para la campaña de Aragón. Necesitaba las situaciones difíciles para dar a conocer su valor sereno, inmenso, sin límites: una traición aislada, una pequeña contrariedad, un inconveniente cualquiera, bastaba para hacer estallar su cólera; cuando el peligro era grande, cuando la tormenta se acercaba rugiente y amenazadora, la razón del rey se concentraba, su valor crecía y, sereno, pálido y altivo, presentaba su rostro a la tempestad y la desafiaba.

Después del consejo, el rey buscaba a Men Rodríguez y, embozados ambos en sus capas, salían del alcázar por un postigo de los jardines y recorrían la ciudad; el rey observaba el espíritu público, espiaba, conocía por sí mismo las necesidades de su pueblo, y a altas horas se retiraba al alcázar, despedía a Men Rodríguez y poco después él solo, a oscuras, se dedicaba a espiar su propia casa.

Nada, sin embargo, notó de extraño en el palacio: doña María oraba hasta una hora muy avanzada, acostábase después y todo su departamento quedaba entregado al sueño y al silencio. En cuanto a Men Rodríguez y a Beatriz, el rey podía observarlos también, merced a los pasadizos secretos del alcázar; Beatriz hablaba algún tiempo con Men Rodríguez, como con un hermano, y Men Rodríguez la trataba con el cariño y la solicitud con que hubiera tratado a sus hermanas; después y como el rey no hubiese mandado poner en sus habitaciones más que un lecho nupcial, Beatriz se entraba sola en la ancha alcoba y cerraba la puerta; Men Rodríguez leía o se paseaba durante algún tiempo y en general se acostaba en un diván.

Otras veces, después que Beatriz se había dormido, Men Rodríguez abría silenciosamente la puerta de la cámara, después de haberse ceñido una cota de malla y una fuerte espada, y, envuelto en una capa, salía; el rey le tomaba la vuelta por un callejón secreto, le esperaba al paso, le seguía, le veía bajar al patio, llegar a la poterna, hacerse abrir y salir del alcázar. El rey salía tras él; la primera noche atravesó Sevilla, y fué a pararse junto a un portigo de la casa de doña Isabel Núñez de Lara, abrió con una llave y entró. Lo mismo aconteció las noches sucesivas.

Sin embargo, como no hay nada más difícil que convencer a un celoso, el rey no perdió por eso su prevención para con Men Rodríguez; por el contrario, aquellas nocturnas visitas a doña Isabel, que era muy amiga de doña María, le hicieron recelar más. ¿Acaso la viuda del infante don Juan no podía ser la intermediaria entre Men Rodríguez y su esposa?

Necesitó sobornar a una dama de doña Isabel para que le llevara hasta donde le fuera posible escuchar la conversación de los dos enamorados jóvenes. Aquello pareció desvanecer sus dudas y cuando regresaba al alcázar, espada en mano porque los tiempos lo exigían, iba diciendo:

—Los hombres me han puesto en la terrible situación de dudar de todo y he desconfiado de Men Rodríguez. ¡De Men Rodríguez! Del más leal, del más valiente, del más generoso, del más noble de mis vasallos. ¡Oh! ¡Aunque no amase como ama a esa desdichada, jamás se hubiera atrevido. ¿Qué digo, atrevido...? ¡Jamás hubiera puesto los ojos en la esposa de su señor! ¡Un hombre que sacrifica su amor, su felicidad, a la voluntad de su rey! ¡Vamos, Juan

Diente tiene más perspicacia, piensa mejor que yo! ¿Pero ella? ¡Sí, ella le ama, y será muy posible!...

Y como llegase entonces al alcázar, entró por la portena, y dijo al alférez de la guardia:

—Vigilad, ved a qué hora entra en el alcázar el señor Men Rodríguez y avisadme.

El rey subió, se metió en su cámara y se acostó. Ya entrado el día se le presentó el alférez de la guardia.

—Señor—le dijo—, el señor Men Rodríguez de Sanabria ha entrado en el alcázar poco antes de amanecer.

¡Oh! Ha estado con ella cuatro horas—dijo el rey—: jamás ha estado tanto. ¡Pobre hermana mía! Estoy seguro, su primer amor soy yo; yo su rey..., yo su señor natural... Después, doña Isabel Núñez de Lara: yo y ella somos su pensamiento; pero no estoy seguro del mismo modo de María...; si María hubiese concebido por Men Rodríguez una pasión profunda...

—¡Oh! Es necesario acabar...; sabré a qué atenerme respecto a doña María, y lo sabré hoy mismo...; los pondré frente a frente, la observaré. ¡Oh, sí..., sí...—y en aquel punto dió las órdenes necesarias para el banquete en que hemos presentado a los cuatro personajes.

Don Pedro observaba a doña María, oculto por aquella profunda reserva que le hacía parecer indiferente y descuidado cuanto más arduo era el empeño que se resolvía en su pensamiento. Sin embargo, pasó mucho tiempo y el rey no pudo notar ni la más leve señal de amor, de cuidado por Men Rodríguez, en doña María. Se acababa la comida y el rey estaba ya desesperado de aclarar sus dudas, cuando se abrió la puerta de la cámara y un paje dijo desde ella.

—¡Señor, el canciller Mateos Ferrández!

—¡Oh! Mi buen canciller—dijo don Pedro—: me había olvidado de que le di orden de que viniese a verme al momento que concluyese cierto asunto, sin respetar cualquiera ocupación en que me encontrase. ¡Que entre el canciller!

CAPITULO XXIII

Poco después entró Mateos Ferrández vestido con un ropón talar negro, pálido y sombrío y con un pergamino

arrollado en la mano. Al ver el pergamino ardió en los ojos del rey una mirada extraña.

—¡Oh—murmuró para sí—. Es un pretexto excelente y al menos por esta vez saldré de dudas.

El canciller se detuvo al llegar a la distancia a que el ceremonial prescribía quedasen los vasallos delante de los reyes, y dobló una rodilla en tierra al pronunciar la palabra:

—¡Señor!

Men Rodríguez y Beatriz se pusieron de pie, también por ceremonia, pero doña María de Padilla permaneció sentada, lo cual era demostrarse reina.

—Alza, mi buen canciller—dijo el rey—, alza y habla.

Mateos Ferrández se levantó, y Men Rodríguez y Beatriz se sentaron.

—Don Simuel, señor...—dijo el canciller, y se detuvo.

—¿Ha declarado?

—Sí, y no: ha declarado algunas traiciones...

—Pero el tesoro..., el tesoro que ha hecho robando nuestras rentas reales...

—Ha negado tenazmente, señor.

—No importa que un acusado a quien se pregunta niegue; creo y no me engaño al creerlo, que en nuestro castillo de Atarazanas hay una cámara de tormento.

—Y don Simuel ha sido puesto en la rueda pero...

—¿Pero qué?

—¡Ha muerto!

—¡Ha muerto!—exclamó, palideciendo, doña María.

—No ha podido resistir el tormento, señora—contestó profundamente el canciller.

—Paréceme que la muerte de un traidor te contrista demasiado, canciller—dijo el rey, poniéndose de pie y con el acento breve, incisivo y duro, que era siempre precursor de su cólera.

—¡Yo..., señor!—exclamó, asustado, Mateos Ferrández.

—Y... ¡ay del día en que yo me decida a concluir de una vez!—continuó el rey con acento más duro—. No me rodean más que traidores y cobardes.

Había mucho de verdad en la irritación del rey, porque le contrariaba que don Simuel Leví hubiera tenido valor para morir antes que revelar el lugar donde tenía escondidos sus tesoros, y en cuya existencia creía el rey, pero aquella irritación estaba muy lejos de llegar a su terrible cólera; sin embargo, lo fingió admirablemente, y todos se levantaron.

—Sí—repitió el rey—; no me rodean más que cobardes y traidores.

—¡Señor!—se atrevió a decir Men Rodríguez.

—¡Cómo! ¿Quién se atreve a hablar delante de mí, cuando no le pregunto...? ¿Eres tú, acaso, Men Rodríguez...? ¿Tú, a quien yo he sacado de tu oscuridad y cuya soberbia ha crecido tanto con mis mercedes, quien se atreve a reprocharnos?

—¡Señor!, ¡señor!, pensad lo que queráis; pero ved lo que decís.

—¡Oh! ¡Bien, muy bien!—dijo el rey, dejándose arrastrar de una cólera que llamaremos artificial—. ¡He aquí! ¡He aquí a mis buenos y leales vasallos! Tan escasos andamos de ellos, que los que se deciden a servirnos creen hacernos una merced, y tanto se engríen, tan quisquillosos se hacen, que es preciso que el rey, que el señor de sus vidas y de sus haciendas, cuide de no pronunciar junto a ellos una palabra más alta que otra. ¡Oh, a mis ballesteros, a mis ballesteros con todos!

—Mi cabeza es vuestra—dijo el indomable Men Rodríguez—, como lo son mi corazón y mi brazo, y podéis hacer lo que os plazca...

—Lealtad que arguye y disputa, es una lealtad que está muy cerca de la rebeldía.

—¡Rebelde yo!—exclamó todo trémulo Men Rodríguez.

—Sino que os habéis vuelto loco, señor guardia mayor de mi casa, señor de la Puebla de Sanabria, ricohombre, caballero y mesnadero; creo que a ciertas gentes honrarlas es perderlas; quitaos de ante mi vista, idos a vuestros aposentos en mi alcázar y esperad en ellos órdenes mías.

—¿Puedo seguir a mi esposo, señor?—dijo con dignidad y firmeza, aunque muy pálida, Beatriz.

—Sí, sí; id; no pretendo separaros de él en vida—dijo con voz intencionada el rey.

Beatriz salió; a duras penas había contenido las lágrimas delante del rey, que, sin reparar en ello, tenía la mirada fija, atónita, aterrada, muda, en doña María de Padilla, que sin ver nada de lo que la rodeaba, pálida como un cadáver, convulsa, fijaba una mirada inexplicable en la puerta por donde había salido Men Rodríguez.

—¡Conque es verdad!—gritó el rey dejándose arrastrar de su desesperación—. ¡Conque nada me queda ya sobre la tierra!

—¿Y qué es verdad, señor?—dijo doña María, volvien-

do en sí, por decirlo así, al grito misterioso y desgarrador del rey.

—¡Nada!, ¡nada!—contestó el rey reprimiéndose, por orgullo, porque los seres eminentemente orgullosos jamás confiesan sus celos—. Digo que es verdad la rebeldía de todos mis vasallos, cuando Men Rodríguez se ha atrevido...

—Ved, señor... que... vuestras palabras...

—¡Oh!, ¡le defendéis!

—No le defiendo—contestó, dominándose, doña María—; ha faltado a su obligación como vasallo..., ha debido callar..., y, sin embargo...

—Sin embargo, qué...

—Esa misma impetuosidad..., esa franqueza..., esa impaciencia...

—¿Y por qué no la llamáis desacato?

—¡Señor!, vos sabéis mejor que yo lo que debéis hacer... y por lo tanto nada he debido hablar... Permitidme que me retire..., sufro...

—Sufrís...

—Sí..., estoy enferma..., y el veros irritado, acosado siempre por los terribles cuidados del mando... Dadme licencia, señor.

—Sí, sí, id, doña María: reponeos..., tanto más que será muy posible hagamos un viaje, y quiero que, cuando llegue ese caso, os encuentre fuerte. Sí, id..., o mejor dicho..., quedad con Dios..., estáis en vuestra cámara, y yo tengo que tratar muchos de los enfadosos asuntos de que habláis en la mía... Adiós, señora, adiós. Sigüeme, canciller.

Antes de llegar a su cámara, el rey arrancó el pergamino al canciller, le despidió destempladamente y se encerró.

—¡Oh!—exclamó—. Era verdad; le ama..., le ama... Aquella mirada tan tenazmente fija en la puerta por donde había desaparecido..., aquella palidez..., aquel estremecimiento... ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Y qué hacer...? Morir. ¡Morir cuando el bastardo me acomete! ¡Morir cuando la peste y el hambre y toda la cólera del cielo se desploman sobre mi pueblo! No, no, me llamarían cobarde..., insultarían mi cadáver... Morir..., sí, cuando haya exterminado a Enrique, cuando haya hecho una pira con las cabezas de todos mis nobles..., cuando, dentro y fuera y cerca y lejos el nombre del rey don Pedro lo domine todo..., entonces sí; cuando no me quede un solo enemigo que exterminar, uno solo siquiera que satisfacerme...; entonces, entonces, sí... Es necesario morir, porque yo no puedo vivir sin ella..., sin ella. ¡Dios mío, Dios

mío! ¡Sin ella! ¡Cuándo pensé yo que pudiera pronunciar esta palabra!

El rey se pasó las manos violentamente por los ojos y arrojó lágrimas. Durante algún tiempo don Pedro permaneció inmóvil, apoyado en un mueble, desolado, mudo; al fin hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, dominó lo sombrío de su semblante, se arrancó del lugar en que, por decirlo así, se había enclavado, salió de su cámara, después de haber pedido a un camarero su capa, su gorra y su espada, y se encaminó a los aposentos que ocupaba Men Rodríguez con Beatriz en el alcázar.

Encontró a Men Rodríguez paseándose meditabundo y tan preocupado, que no reparó en la presencia del rey; pero Beatriz, que estaba sentada junto a una ventana mirando a los jardines, se levantó y le salió al encuentro, pálida y demudada.

—¿Venís a buscarle?—dijo.

—Sí, vengo a buscarle—contestó el rey.

—¿Y para qué queréis a mi esposo?—dijo con ansiedad Beatriz.

—Un vasallo jamás pregunta a su señor lo que su señor quiere de él—dijo Men Rodríguez—; al vasallo sólo le toca callar y obedecer.

—Pues no siempre callas tú, Sanabria—dijo el rey.

—Cuando se ofende a un noble en su honor...

—Un rey como yo puede decir lo que quiera a un vasallo como tú. ¿Me entiendes?

—Sí, todo, todo, menos traidor.

—Escucha, Sanabria, cuando yo llamo traidor a un vasallo mío de veras..., entonces le queda poco tiempo para quejarse...; pero cuando se lo llamo a un vasallo leal, sólo por probar el temple de su espíritu...

—¿Qué queréis decir, señor?

—Quiero decir que eres muy valiente y que estoy satisfecho de ti; te has atrevido a defender tu honor levantándote ante mí, frente a frente. No hablemos más de esto; ni una palabra más; toma tu gorra y tu espada y sígueme.

Beatriz lanzó una mirada de recelo al rey.

—Queda con Dios, hermana mía—dijo el rey, comprendiendo aquella mirada—. Me llevo a tu esposo y te le volveré sano y salvo; adiós—y acercándose a Beatriz, la asió de las manos y la besó en la frente.

Poco después el rey y Men Rodríguez salían a caballo del alcázar; seguíanles el canciller Mateos Ferrández y al-

gunos ballesteros de maza, mandados por Juan Diente. Al atravesar la ciudad en dirección a la judería, el rey no pudo menos de notar que el aspecto de Sevilla era más alarmante que otros días: los menestrales no trabajaban; las tiendas estaban cerradas; los grupos se apartaban silenciosamente al paso del caballo del rey y volvían a reunirse apenas había pasado su comitiva; el cielo, de color plomo impuro, seguía pesando sobre la tierra, y todo anunciaba que las calamidades estaban muy lejos de desaparecer.

De repente, al revolver una esquina, un hombrecillo jorobado, cojo, patizambo, se colgó a las bridas del caballo de Men Rodríguez, le detuvo y, agarrándose a los arzones, se izó, por decirlo así, para dejarse ver y oír mejor. Men Rodríguez reconoció en aquel hombre a maese Blas el campanero.

Sus ojos, extraviados por una expresión insensata, se posaban inquietos en el joven; su ancha boca estaba contraída por una expresión horrible, y sus brazos agarrotados, plegados violentamente, sosteniéndole colgado al caballo, se estremecían de una manera profunda.

—¡Ah, ah, señor ricohombre!—exclamó—. ¿Qué habéis hecho de vuestro amigo Andrés? ¿Os habéis casado con su novia?, ¿no es verdad?

El campanero, acabadas de pronunciar estas palabras, a que no había sabido qué contestar Men Rodríguez, lanzó un alarido horroroso: el rey había tendido sobre él el pesado látigo que llevaba para regir su caballo; maese Blas se dejó caer al suelo, y exclamó mirando sombríamente a don Pedro:

—¡Ah!, ¡eres tú, buen rey!; ¡tú el que tiendes tu látigo sobre tus vasallos! ¡Pues cuidado de que tus vasallos no te ahorquen con tu látigo, buen rey! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Cuida que no te ahorquen con tu látigo—y maese Blas, apenas dichas estas palabras, se deslizó, desapareciendo, sin saber cómo, dejando una desagradable impresión en el rey, que en aquellos días creía ver en todo pronósticos.

—¡Vive Dios!—exclamó, espoleando de nuevo a su caballo—. ¿Sabes tú quién es esa musaraña que se ha atrevido a amenazarnos?

—Es el padre del pobre Andrés Corchuelo—dijo, conmovido, Men Rodríguez.

—Es el campanero de la iglesia Mayor, que está borracho, señor—dijo Juan Diente, que marchaba a poca distancia del rey y había oído su pregunta.

—El infeliz se embriagó para olvidar—añadió Men Rodríguez.

—¡Adelante!—exclamó el rey—. Mi pueblo se embriaga también desesperado; será necesario ahorcar a los que así lo han puesto: vamos, Sanabria, vamos a buscar oro con que comprar dogales a casa de don Simuel—y al rey los suyos siguieron.

Cuando entró el rey en la judería, notóse entre sus habitantes un movimiento de espanto. Y aquel espanto era justo; en las miradas del rey se comprendía que estaba dispuesto a todo. Poco después entraron en la casa de don Simuel Leví. Entonces Mateos Ferrández hizo fijar en la puerta un pergamino en que se declaraba traidor al difunto y se confiscaban sus bienes.

Ya cerca de la noche, el rey salió; delante de él salieron algunos ballesteros, llevando del diestro sus caballos, que iban cargados de oro, y el rey se encaminó al alcázar. Al llegar a él, el rey dijo a Men Rodríguez:

—Sube a despedirte de tu esposa; ármate, y en el momento, con el resguardo que yo te enviaré, lleva esas sesenta mil doblas al castillo de Carmona y entrégalas a mi tesorero Lope de Avendaño, de quien exigirás un recibo—y el rey, que había desmontado, se perdió como una sombra a lo largo de una galería.

Tres días después de los sucesos anteriores y cuando Men Rodríguez salía del castillo de Carmona, después de haber hecho la entrega de las sesenta mil doblas de don Simuel Leví a Lope de Avendaño, uno de los tesoreros de segundo orden del rey, al entrar en las calles de la villa se le atravesó una vieja y encorvada dueña, enteramente cubierta con un manto, y le dijo:

—¿Sois el señor Men Rodríguez de Sanabria?

—Yo soy el que decís, buena madre—contestó el joven.

—Pues entonces, tomad esta carta que me han dado para vos—repuso la dueña.

—¿Y de quién es esta carta?—dijo Sanabria examinándola.

—Ella misma os lo dirá; en cuanto a mí, no puedo decirlo, y adiós, porque me esperan—y dicho esto, la vieja se alejó sin que Men Rodríguez pensara en detenerla.

Apenas quedó solo, abrió la carta, y en el momento en que arrojó la vista sobre ella se le vió estremecerse. La primera frase que había leído era el nombre de doña Isabel Núñez de Lara.

Doña Isabel Núñez de Lara—decía aquella carta—os ama y habéis sido tenaz; pero doña Isabel es una sombra a quien sostiene un soplo de vida: vuestros amores, vuestros placeres, se hunden lentamente en la tumba. ¿Queréis que viva doña Isabel y que vuelva a todo el esplendor de su magnífica hermosura? En vos consiste. Si deseáis aclarar este misterio, id esta noche a la ermita de San Juan; en ella encontraréis un paje; seguidle, y ese paje os traerá a la persona que os escribe.

Inútil es decir que Men Rodríguez no vaciló un momento acerca del partido que debía tomar, tratándose de la vida de doña Isabel Núñez de Lara. Era media tarde, y esperó impaciente a que llegase la noche. Cuando ésta llegó, Men Rodríguez se encaminó a buen paso a la ermita de San Juan, que estaba situada en una plazuela irregular y desierta a un extremo de la población, y al llegar allí, encontró en el atrio de la ermita un paje extraordinariamente gentil, pero cubierto el rostro con un antifaz y tan misterioso como la dueña que le había dado la carta. Cuando llegó a él Men Rodríguez, el paje le indicó con un ademán que le siguiese, y Men Rodríguez le siguió.

El paje se encaminó a una casa cercana, abrió con llave la puerta y entró, haciendo de nuevo a Men Rodríguez señal de que le siguiese. Sanabria penetró en un zaguán y el paje cerró la puerta, tomó una linterna encendida, que había en un ángulo, y subió, llevando en pos a Men Rodríguez, por unas estrechas escaleras. Al fin se encontraron en una cámara amueblada con gusto y con lujo, sobre una de cuyas mesas ardían en dos candelabros seis bujías de cera perfumada, a juzgar por el olor que exhalaban. El paje indicó a Men Rodríguez que se sentase en un diván, y salió cerrando tras sí con llave una puerta.

Pronto empezó a impacientarse Men Rodríguez; la espera se hacía larga; por otra parte, dominaba en la casa ese silencio peculiar de las casas deshabitadas: las habitaciones que había pasado hasta llegar a aquella cámara estaban desmanteladas; todo tenía las muestras de una aventura extraña. Sin embargo, ni un solo pensamiento de temor pasó por Sanabria, aunque sí se marcó en su semblante una profunda expresión de impaciencia.

Pasó el tiempo, una hora, otra, y en una iglesia cercana sonó el toque de queda. En aquel punto, como si aquel toque hubiera sido una señal, se abrió la puerta por donde había entrado el paje y adelantó una mujer, una dama de aspecto

noble, altivo, perfectamente ataviada y prendida, de talle maravillosamente gentil, que adelantó con cierta precipitación hacia Sanabria.

Este se puso de pie. La dama se detuvo a algunos pasos de él y le miró de una manera tal, que sobrecogió a Men Rodríguez. Aquella hermosísima dama era Leila, o doña Ana Téllez de Ulloa; como mejor queramos.

—¿Me conocéis, caballero?—le dijo Leila con voz trémula.

—No sé qué contestaros, porque os he visto bajo tantas formas...

—Consideradme solamente bajo la forma en que me veis.

—Nunca os he visto así.

—¿Y creéis que yo sea la misma que habéis visto, ya bajo los vestidos del paje, ya bajo la armadura del caballero?

—Creo, señora, que entre vos y yo existe un lazo misterioso que no comprendo.

—Explicaos.

—Yo debía aborreceros; siempre me habéis inspirado repulsión y, sin embargo... no siento ante vos cólera ni odio. ¡Es que soy tan desgraciada—exclamó con acento desesperado Leila—, que, ya que no he podido hacerme amar de vos, tampoco he logrado que me aborrecáis!

Men Rodríguez calló.

—Sentémonos, caballero, sentémonos; vuestro es ahora el tiempo, porque estáis muy lejos de ese hombre fatal, a quien obedecéis ciegamente como a vuestro destino..

—¿Y qué hombre es ése?

—Ese hombre es el rey.

—Concluyamos, señora—dijo Men Rodríguez—, y vengamos al asunto; si yo hubiera sabido que iba a encontraros, hubiera huído de vos... Se me ha tendido un lazo...

—No, Men Rodríguez, no—contestó dulcemente Leila—; no he hecho más que aprovechar una ocasión; si os hubieran dicho: «Doña Ana Téllez de Ulloa necesita hablar con vos», estoy segura de ello, no hubierais venido; ahora es distinto, estáis aquí y no saldréis sin haberme escuchado.

Men Rodríguez se levantó con desdén, con un desdén que era afectado, y que, por lo tanto, lastimó más a Leila.

—Inútil es que pretendáis apartaros de mí—le dijo con acento amargo—. Todo lo he previsto; sé que sois valiente, pero no importa: hombres resueltos guardan mis puertas.

—¿Y decís que esto no ha sido un lazo?—exclamó con desprecio Men Rodríguez.

—Os repito que esto no ha sido más que aprovechar una posibilidad para apelar a vuestro corazón, a vuestra compasión, a vuestra hidalguía. ¡Tenderos yo un lazo! De seguro que yo os amo más de lo que os amáis vos mismo; infinitamente más que os ama doña Isabel, que os ama la Padilla.

—¡La Padilla!—exclamó asombrado Men Rodríguez.

—Doña María se muere por vos.

—Mentís.

—Preguntad a los celos del rey si miento o no.

Estas palabras de Leila fueron un terrible rayo de luz para Men Rodríguez. Entonces comprendió ciertos misterios inexplicables que desde hacía algún tiempo había observado para con él la conducta del rey; sus miradas sombrías a veces, a veces recelosas; la lucha sorda entre el afecto y la repulsión, el odio y el amor a un tiempo; entonces se explicó el arranque del rey durante la comida a que habían asistido doña María y Beatriz; los penosos esfuerzos de ésta, el embarazo, el encogimiento, el sufrimiento, en fin, de Beatriz. Y sin embargo de que las palabras de Leila habían sido para él la mano que rasga un denso velo y dejar ver lo que tras él se oculta, dudó, vaciló: él no podía creer que doña María amase a otro hombre que al rey; él ningún indicio de amor había visto en ella; y, sin embargo, había oído quejarse al rey de la indiferencia de doña María, de su aspecto sombrío, aunque encubierto con ese exquisito tacto que poseen las mujeres para disimular sus afectos. ¿Diría la verdad Leila? ¿Acaso Beatriz había visto amor para él en doña María, y sentía celos?

—Sí, sí—dijo Leila—; preguntad al rey si os ama doña María, y él os contestará; pero no se lo preguntéis; el rey os mataría, y yo, por mucho que me hayáis hecho y me hayáis despreciado, no quiero vuestra muerte. No, yo os amo más que doña Isabel, que doña María, y no digo más que Beatriz, porque la misma sangre que me alienta, la sangre de mi madre, corre por sus venas, y está celosa como yo.

—Debéis comprender, señora...—dijo todo confuso Men Rodríguez, porque aquella situación, por más de un concepto, le repugnaba.

—Sí, sí; lo comprendo todo..., todo..., pero no me arrañéis mi última esperanza; hasta ahora mi orgullo me ha sostenido, pero el sufrimiento ha derrocado mi orgullo; no os pido que me améis, aunque vos hayáis sido mi único

amor, amor volcánico que me ha arrastrado a crímenes horribles; no os pido que me améis: ya sé que no podéis amar-me; pero al menos no me despreciéis; al menos no me neguéis que os vea, que os hable, que os proteja.

—Que me protejáis...

—Sí, que os proteja; el rey don Enrique ha pasado la frontera al frente de un formidable ejército; el rey don Enrique triunfará, os lo juro.

—¡Mientras haya Dios en los cielos exclamó palideciendo de cólera Men Rodríguez—; mientras el rey tenga espadas leales, espadas que no se venden al oro, y de las leales, por fortuna, aún quedan muchas en Castilla, el Bastardo no arrancará a don Pedro la corona de su padre, a pesar del gran condestable Duguesclin, de su famosa banda de aventureros y de todos los castellanos traidores que le sirven.

—Creed lo que queráis—contestó con una firmeza aterradora Leila—; pero dejadme concluir: el rey, antes de mucho, morirá o se verá preso y fugitivo; eso os lo afirmo; entonces vos, que sois su más leal, su más valiente vasallo; vos, que vivo el rey, pelearéis hasta morir por su derecho, y muerto, pelearéis por el derecho de sus hijos, porque sois de aquellos hombres para los cuales la lealtad a su rey es un culto, caballeros de los que quedan hoy muy pocos, traeréis sobre vos todo el odio de don Enrique. Dejadme, pues, que os proteja, que os ame, y en pago de mi amor, de mi protección y aun de mi ayuda, concededme vuestra amistad. ¿Puede pedirnos menos una mujer que como yo os ama?

—Estáis perdiendo un tiempo precioso para vuestros horribles planes; os hablo, señora, con toda la fe, con toda la verdad que se encierra en mi corazón; no sólo no puedo amaros, sino que ni aun puedo concederos mi estimación; lo único que puedo hacer como caballero, lo estoy haciendo, y tened en cuenta que al hacerlo hago traición al rey.

—¿Y qué hacéis?—dijo con punzante sarcasmo Leila.

—Dejaros libre, cuando sé que merecéis la muerte.

—¡Que merezco la muerte!... Dádmela, pues, Men Rodríguez, dádmela. ¡Oh!, la muerte recibida por vuestra mano sería para mí una felicidad, que para ser completa sólo faltaría ser durable. ¿Conque tanto me aborrecéis? ¿Conque así pagáis mi amor? Pues bien, matadme; después de lo que acabáis de decirme, lo mejor que pudiera acontecer sería morir.

Y aquel temperamento de hierro, aquel alma cruel, impasible, fría para todos, menos para su venganza y para su amor, cedió al fin a la fuerza del dolor, se comprimió, por decirlo así, y se deshizo en lágrimas; pero en lágrimas desesperadas, terribles; lágrimas de sangre que brotaban de un corazón desgarrado en un llanto de muerte, en uno de esos llantos que parece van a concluir con la persona que los vierte.

Men Rodríguez se conmovió, porque era generoso y bueno, porque no podía ser impasible al sufrimiento, y adelantó hacia Leila; ésta vió su impulso a través de sus lágrimas, adelantó una esperanza, se inflamó su corazón en un amor como hasta entonces no había sentido, se arrojó, frenética, en los brazos de Men Rodríguez y le besó en la boca.

Aquel beso satánico quemó los labios de Men Rodríguez, tembló, se estremeció, vió fijos en los suyos, muy cerca, la mirada inmensa de Leila; aquella mirada le devoraba, y Men Rodríguez sentía el alma torturada por aquella mirada terrible, como se siente torturar un desdichado por los dientes de una fiera. Las lágrimas de Leila se habían secado; estaba pálida hasta parecer un espectro emanado de una tumba; sus ojos tenían una fuerza sobrenatural; su boca, entreabierta y árida, con sus labios descoloridos y su ardiente aliento, exhalaba fuego y temblaba y gemía; una aureola terrible parecía rodear sus magníficos cabellos.

Men Rodríguez sentía una fascinación semejante a las que hacen sentir ciertas serpientes.

—¡Oh!, ¡sí, sí!; tú serás mío—exclamó Leila con voz ardiente y opaca—. Tú serás mío, y yo te inundaré de felicidad.

Aquel acento terrible tornó en sí a Men Rodríguez; acordóse de que aquella mujer funesta había envenenado a doña Isabel, a la reina; acordóse de sus crímenes, del terrible odio que profesaba al rey y del peligro en que estaba la vida de don Pedro, mientras aquella mujer viviese; asombróse de haberse contenido hasta entonces, y arrojando lejos de sí a Leila echó mano a su espada.

—Yo no soy asesino—dijo—, ni soy cruel; podría prenderte y presentarte al rey; pero el rey te torturaría, te despedazaría lentamente; tú no tienes de mujer más que el sexo, pero tu corazón es de hombre, y de hombre terrible; defiéndete, pues; necesito matarte, pero te mataré como mata un caballero.

—¡Ay de ti, Men Rodríguez—exclamó dulcemente Lei-

la—, si yo desnudase contra ti una espada! ¡Y ay de mí, porque te mataría!

Men Rodríguez se sintió de nuevo dominado. En la serena y magnífica frente de Leila no se marcaban ya las arrugas sombrías del dolor, ni sus ojos expresaban la desesperación profunda que antes; por el contrario, se veía en ellos una dulce y profunda paz, un amor tranquilo e intenso. Leila era entonces un ángel.

Men Rodríguez comprendió que Leila estaba segura de su triunfo sobre él, y esta seguridad le irritó doblemente que le había irritado su agresión.

—Defiéndete—le dijo con voz ronca y convulsiva, adelantándose hacia ella.

—Sí, voy a defenderme de ti y a defenderte de tu primera bajeza; porque estáis loco, amigo mío; vos seríais capaz de asesinar me; voy a defenderme de ti de la única manera que me es posible—y abriendo dos hojas de una gran puerta colocada al fondo, dejó ver a Men Rodríguez un grupo numeroso de hombres armados de punta en blanco con las viseras caladas, las espadas desnudas e inmóviles como si no fueran otra cosa que estatuas de hierro.

—Ya ves—dijo Leila—; fuerza es que aplaques tu cólera; si das un paso más, esos valientes te desarmarán, te sujetarán y te pondrán fuera de esta casa. Fuerza es que esperes; sin embargo, quedaremos en volvern os a ver, y entonces no querrás matarme, porque... tú me amarás, te lo juro...; tú serás mío.

—Pues bien—dijo Men Rodríguez, envainando lentamente su espada—; puesto que hemos de volvern os a ver, te espero. Adiós.

—Escucha, Men Rodríguez, escucha: quiero darte un consuelo en prueba de mi amor.

—¡Un consuelo!—exclamó Men Rodríguez.

—Sí; si no volvieras a ver a doña Insabel Núñez de Lara...

—¡Oh, no volverla a ver!

—Sí; ella debía morir, pero la satisfacción de su amor ha apresurado su muerte; pudiera haber vivido seis meses más. Ve, ve, amigo mío; pero parte al momento, si quieres que muera entre tus brazos—y después de estas terribles palabras, Leila desapareció entre sus hombres de armas, y las dos hojas de la puerta se cerraron.

CAPITULO XXIV

Men Rodríguez se lanzó frenético fuera de la casa, y poco después de Carmona; al día siguiente, muy de mañana, entró en Sevilla.

El anuncio de Leila se cumplió. Doña Isabel Núñez de Lara murió aquella noche, sonriendo de amor entre los brazos de Men Rodríguez. Su muerte fué dulce, sin agonía, semejante a una luz que se apaga.

La muerte de doña Isabel Núñez de Lara afectó profundamente, aunque de distinto modo, a nuestros principales personajes. Men Rodríguez no vertió una sola lágrima, porque su dolor era uno de esos impíos dolores que no tienen ni aun el consuelo del llanto; delante de nadie, ni aun delante del rey, exhaló una sola queja; se aisló con su dolor, le apuró, le encenrró en el fondo de su alma y aun disimuló delante de las gentes, por respeto a la memoria de doña Isabel.

El rey don Pedro, celoso de Men Rodríguez, cuando escuchaba la villana voz de sus celos, se alegraba en el fondo de su alma del agudo padecimiento del joven; pero cuando, a despecho de sus pasiones, renacían en él sus generosos instintos, le consolaba, se hacía partícipe de su dolor y era para él un hermano.

Men Rodríguez conocía esta alternativa de afectos del rey, y ellos le confirmaron en el dicho de Leila. El rey estaba celoso. Había momentos en que le miraba con prevención y hasta con cólera. El noble joven se estremecía entonces, dudando si sería verdad que le amaba doña María. Esta, por su parte, alarmada por las muestras que, aunque encubiertas, había dado el rey de sus celos acerca de su amor, que ella creía haber guardado en el fondo de su alma, se hizo doblemente reservada, y éste fué un nuevo indicio para el rey. En cuanto a doña Isabel, sintió en ella la pérdida de una amiga, pero de una manera instintiva, sin poder evitarlo, sin que en ello tuviese parte alguna su voluntad, sentía un amargo placer por la muerte de su rival, a pesar de que creía tener razones para creer falso el amor del joven hacia doña Isabel.

Beatriz, siempre grande y sublime, a pesar de que, tratando a Men Rodríguez, había concebido hacia él, de una

manera lenta, y por lo tanto más segura, un amor profundo, sintió la muerte de doña Isabel de una manera intensa, por lo intenso del dolor que aquella muerte había causado a aquel esposo adorado, a quien recataba su amor para no demostrarle otra cosa que un tranquilo amor de hermana. El rey comprendía todo esto y le hacía sufrir.

Pero la más apenada, la más atormentada de estas víctimas del amor, de la desesperación y de los celos, era doña María. Sin sentirlo, había contraído de una manera intensísima un amor sin igual hacia Men Rodríguez; amor del alma, amor capaz de todo menos de la deshonra y de la traición al rey; amor sublimado hasta el heroísmo, grande, inmenso, sublime, como que ella creía ocultar para todos menos para Men Rodríguez; porque no hay persona que ame, que no crea que su amor es comprendido por la persona amada; amor inspirado fatalmente por Leila, desarrollado por ella, y por ella mantenido con una habilidad satánica.

De tiempo en tiempo, doña María encontraba una discreta y apasionada carta en su reclinatorio; un ramillete simbólico; una joya. Doña María contestaba aquella carta, no como una de esas amantes vulgares que no saben apartar la impureza del amor, sino como una amante del alma. Se prendía los ramilletes o las joyas, pero jamás se las dejaba ver a Men Rodríguez, jamás una mirada suya fué a decir al joven que le amaba, jamás doña María escribió su nombre ni el de Men Rodríguez en sus cartas.

Y Men Rodríguez, que nada sabía ni sentía y que nada, por lo tanto, podía demostrar, le parecía el hombre más discreto del mundo y, al mismo tiempo, el más valiente, porque se necesitaba ser tan valiente como doña María para contener en los límites del deber aquella pasión volcánica. Esto la enamoraba más y más; creía que el respeto de Men Rodríguez hacia su decoro le hacía fingirse amante apasionado y exclusivo de doña Isabel Núñez de Lara, y no era extraño que lo creyese, puesto que Leila, en sus fatales cartas, había hecho protestar a Men Rodríguez que aquel amor era fingido. Doña María, sin embargo, tenía celos, tan ocultos y tan grandes como su amor por la felicidad ficticia de su rival.

Leila contaba con todos estos auxiliares para envenenarle el alma. Necesitaba, sin embargo, destrozár a doña María para que el estrago fuese a recaer en el rey y, contando con los resultados, reveló a Men Rodríguez que era amado por doña María.

Los resultados previstos por Leila no se hicieron esperar. Receloso Men Rodríguez, obligado a ver continuamente a doña María, no la miró ya con la tranquilidad del descuido; por el contrario, sus miradas se hicieron torpes, vacilantes, sufría en su presencia, y este sufrimiento, esta vacilación, engañaron a la dama. Creyó que el sufrimiento había llevado al joven al extremo de no satisfacerse con aquella correspondencia, tardía, decorosa, pura; con aquel amor del espíritu.

Leila vió llegado el momento de poner en armonía sus traidoras cartas con el estado en que se encontraba doña María, y la primera carta que después de esta resolución encontró en su reclinatorio era una carta insensata, una carta cuyas frases eran semejantes a la erupción de un volcán contenida por largo tiempo. Doña María, en el primer impulso, obedeciendo sólo a su dignidad, tomó la pluma y rechazó, indignada, en una breve carta las exigencias que creía en Men Rodríguez.

Leila, a la noche siguiente, contestó a aquella carta con estas dos palabras:

Puesto que mi amor os ofende, señora, mi amor muere.

Doña María dió vueltas y más vueltas al enigmático sentido de aquella carta. ¿Qué quería decir? ¿Que Men Rodríguez, ofendido, dejaba de amarla; que la carta había ofendido su orgullo, o que su desdén mataba su amor, matándole?

Una duda es mil veces más terrible que la realidad, por terrible que sea. Doña María se sintió presa de una duda cruel. Pero durante algunos días esperó. Por una coincidencia fatal, Men Rodríguez, temiendo comprometerse y comprometer a doña María por la turbación que le causaba su presencia, hizo poderosos esfuerzos sobre sí mismo, y al fin logró dominarse y presentarse a ella con la misma respetuosa indiferencia que antes de que Leila le hubiese revelado que doña María le amaba. Y ésta se engañó de nuevo, atribuyendo a desprecio la impenetrable circunspección del joven.

Cuando una mujer que ama como doña María, se siente despreciada, su amor, ofendido al principio, acaba por deshacerse en lágrimas y hacerse más exigente; porque a medida que la esperanza se aleja de una mujer que ama así, se aleja la vida, la razón empieza a perturbarse y el deseo de la muerte se une al del contrariado amor.

Doña María llegó al punto de desear la muerte: lucha-

ba con la vergüenza que le causaba aquella pasión inmensa, desbordada, dominadora; luchaba con los recuerdos del rey, para el cual quedaba vivo e intenso un amor distinto del que profesaba a Men Rodríguez. Sufría a la vista del indiferente Men Rodríguez, de la reservada Beatriz; sufría a la vista de sus hijos; sufría con la sonrisa maliciosa de sus damas, que algunas veces sorprendía, y seguía encerrándose para dormir, y pasando la noche en oración.

El rey, sin embargo, la trataba como siempre; pero la exquisita penetración de doña María comprendía al marido que se encubría y espiaba; y esto la obligaba a hacer titánicos esfuerzos para encubrir con un semblante tranquilo sus penas. Transcurrió mucho tiempo, y al fin doña María logró concentrar dentro de sí misma aquel fuego devorador; su semblante volvió a demostrar su dulce paz; pero el cáncer que tras aquella paz se ocultaba, empalidecía cada vez más su semblante, le demacraba, consumía su existencia.

Pasaron así muchos días. Llegó el invierno. El rey, cansado de espiar en vano a doña María, no teniendo motivo alguno para dar rienda suelta a su furor, concluídos los aprestos de guerra y encontrándose ya en la frontera el bastardo, al frente de su banda de desleales y aventureros, pensó salir a campaña, dejando por guardia de la ciudad y del alcázar a su favorito Juan Fernández de Hinestrosa, dejando secretamente a éste bajo la vigilancia del misterioso Monje Negro de la cruz del Humilladero, y llevándose consigo a Men Rodríguez.

Las circunstancias en que se encontraba el reino eran terribles; la peste negra, si bien había perdido su primer encarnizamiento, seguía haciendo víctimas de una manera uniforme, regularizada, lenta, pero segura, en Sevilla y las demás poblaciones que habían sido atacadas. Se había conjurado la falta de subsistencias, pero éstas no sólo se mantenían a un alto precio, sino que encarecían de día en día. En el cielo no se veía una sola nube, y su radiante luz, empañada por una neblina impura, pesaba como una losa sepulcral sobre Andalucía. El comercio en grande escala seguía, aunque de una manera fatigosa e indecisa, lleno de azares, pero la industria en pequeño había muerto; la miseria pública, cada día en aumento, había hecho que recorriesen las calles grupos de mendigos desesperados y dispuestos a todo, y no había un día en que los sevillanos no fuesen testigos del caso miserable de caer una persona desfallecida de hambre en las calles.

Sobre todo esto, la rebeldía dentro, la guerra llamando a las fronteras, las frecuentes y sangrientas ejecuciones del rey sobre la nobleza, completaban lo sombrío del cuadro que presentaba Castilla. El rey veía con una cólera sombría las calamidades públicas, que no podía evitar, porque dependían de la voluntad de Dios, y las calamidades privadas de su alcázar, contra las cuales no tenía poder ninguno. Pero había otra calamidad que podía contrarrestar, y ésta era la que traía el conde de Trastámara con la guerra a Castilla.

Don Pedro, que necesitaba un objeto en que desahogar parte de su cólera, envió a las fronteras de Aragón y de Navarra, que eran entonces por aquella parte las fronteras naturales de sus Estados desde la desembocadura del Ebro hasta el Golfo de Gascuña, dos cuerpos de ejército, a pesar de la paz que había hecho con Pedro IV de Aragón y de su alianza con Carlos «el Malo» de Navarra; envió, además, un emisario al rey de Portugal, llamado Pedro como él, y, como él, primero de este nombre, a renovar su alianza, recordándole el proyecto de casamiento entre sus dos hijos el infante don Fernando y la infanta doña Beatriz, y apercibiéndole a que preparase un ejército auxiliar.

El invierno, sin embargo, impedía la guerra. Don Pedro recorrió su reino a la cabeza de sus ballesteros de maza, hizo levas, señaló a Burgos por punto de reunión de sus gentes y, pasando como un vendaval por las ciudades de Castilla, Asturias y Galicia, no salió de ninguna de ellas sin haber concedido alguna franquicia al pueblo y sin haber dejado en las almenas, para escarmiento, algunas cabezas de nobles traidores.

Esto, al par que ponía al pueblo de parte de don Pedro, aterraba más y más a la nobleza, que se pasaba a bandadas, por decirlo así, al ejército de don Enrique, que, esperando la buena estación, se acampaba cerca de las fronteras castellanas.

El rey estuvo dos meses ausente de Sevilla; cuando volvió, un nuevo desastre debía colmar su desesperación y decidir, por decirlo así, de su destino.

Encubierta de una manera misteriosa, sin dejar conocer de nadie su residencia, teniendo presa y segura a su hermana Isabel, a quien había revelado su parentesco y había encerrado más por su seguridad que en castigo de su traición, Leila vivía sola en Sevilla, en el fondo de una oscura calleja contigua a la puerta de la Macarena, en una casa deshabitada y de la cual sólo salía de noche.

Estaba ya demasiado desesperada y demente para que Leila no pensase en dar, a costa de ella, su más rudo y terrible golpe al rey don Pedro.

Todas las noches Leila, puesta en su acechadero, observaba a su víctima. Doña María había visto con placer la ausencia del rey y de Men Rodríguez. Podía al fin, por algún tiempo, librarse del martirio de una tranquilidad forzada, de una indiferencia fingida; podía encerrarse días enteros en su cámara, aislarse de su servidumbre y llorar libremente. Doña María exhaló entonces todas las lágrimas que había reprimido durante tanto tiempo, se consagró a la oración y a las más ásperas penitencias, pretendiendo por ellas que Dios arrancase de su corazón aquel amor imposible, aquel amor del infierno que la devoraba; y a pesar de su oración y del cilicio y del ayuno y de las lágrimas, aquel amor crecía con el silencio, con la indiferencia de la persona amada y, sobre todo, con su ausencia.

Doña María conoció con terror que necesitaba de la presencia de Men Rodríguez, para que su agonía fuese menos cruel, y le llamó a voces en sus oraciones, y Leila fué testigo de horribles accesos de demencia y de olvido, a que doña María se entregaba en la soledad de su cámara.

Llegó un momento en que las caricias de sus hijos no pudieron consolarla; en que la presencia de Beatriz se le hizo odiosa y, luego, un día en que se aisló enteramente, no dejándose ver de su servidumbre sino en las precisas horas de servicio marcado por lo que entonces podía llamarse etiqueta de palacio.

Llegó un día en que Leila dijo en su acechadero con acento horrible, contemplando a doña María desolada, replegada sobre sus rodillas, con la mirada fría, atónita, inmóvil como la de un imbécil.

—He aquí llegada mi hora: es preciso obrar.

Pero la peste negra se adelantó a Leila. Doña María cayó de repente en el lecho, herida por el contagio; aterróse Juan Fernández de Hinestrosa, pues su sobrina era su favor y su fuerza; aterróse el Monje Negro, que sabía cuánto amaba el rey a doña María, y su hermano Diego García de Padilla, y su primo Pero Lope, partieron en distintas direcciones en busca del rey, cuyo paradero, a causa de la rapidez de su paso por el reino, se ignoraba, para noticiarle aquel terrible acontecimiento.

Entretanto, cuantos médicos árabes y judíos, que eran entonces los más apreciados, se encontraban en Sevilla, ro-

dearon el lecho de la real enferma, que, predispuesta por su estado de excitación, había sido atacada por la peste de una manera terrible.

Leila desde su escuchadero veía el lecho de doña María rodeado de servidores solícitos; asistida de médicos, de una falange al fin, que parecía con sus esfuerzos pretendían arrebatarse su presa a la muerte. Leila estaba contrariada; estaba segura por lo que veía que la Padilla, quebrantada por sus dolores, y atacada de una manera cruel por el contagio, sucumbiría. Pero esto no era la venganza de Leila: Leila no quería que Dios matase a la Padilla; quería matarla ella; no quería que muriese antes de que llegase don Pedro; quería que la viese morir. Y el mal hacía progresos rápidos, espantosos, hasta el punto de que todos los que rodeaban a doña María estaban consternados.

Llegó una noche en que los médicos dijeron a Juan Fernández de Hinestrosa, con la gravedad de la ciencia que pronuncia un juicio irrevocable:

—Doña María muere esta noche.

—Doña María no morirá—exclamó Leila, que los había escuchado—y apartándose rápidamente de su acechadero se trasladó como una exhalación a la judería.

En ella, en un callejón tétrico y sin salida, llamó de una manera particular; la puerta se abrió inmediatamente y apareció el judío Jonatham con una lámpara en la mano.

—Ha llegado la hora—dijo Leila, entrando y cerrando tras sí la puerta.

—¿Han desesperado los médicos de salvarla?—dijo Jonatham, precediendo por unas estrechas escaleras a Leila.

—Sí—dijo ésta, entrando con él en un aposento lóbrego y desnudo, en que sólo había un armario y un lecho, y, si no nos apresuramos, toda tu ciencia es inútil; los médicos han asegurado que morirá esta noche. Preséntate al momento en el alcázar, ofrece tu ciencia...; la aceptarán, porque están desesperados...; pero escucha..., exige quedarte solo con doña María.

—Lo exigiré.

—Solo y encerrado de modo que no puedan verte.

—¿Y para qué?

—Quiero asistir contigo a esa cura prodigiosa.

—¿Vas a venir conmigo?

—No; yo estaré en el dormitorio de doña María.

—No te comprendo. ¡Tú en el alcázar!

—Nada importa que no me comprendas; lo importante

es no perder tiempo; vamos, salgamos al momento; no lo olvidéis: exige quedarte a solas y encerrado con ella, so pretexto de que no quieres que nadie comprenda tu secreto.

—Y ciertamente que no quiero.

—Sírvete, pues, de este pretexto y, como no hay tiempo que perder, vamos.

El judío guardó un frasco bajo la hopalanda y siguió a Leila; al salir de la judería se separaron; Jonatham siguió hacia el alcázar, y Leila hacia la calle de Maese Rodrigo. Cuando el judío llegó al alcázar se hizo anunciar como un médico hebreo. Cuando un enfermo se encuentra desahuciado, el médico más oscuro puede contar con que le dejarán llegar hasta él, con tal de que dé algunas esperanzas. Jonatham juró que curaría a doña María, y le llevaron a Juan Fernández de Hinestrosa.

—Sé—le dijo—que los médicos que asisten a doña María de Padilla han declarado que su ciencia es inútil, y yo os digo que lo que falta a esos médicos es ciencia.

—Son los médicos más famosos.

—Si su fama fuera merecida, hubieran atajado los progresos del mal en los principios.

—Y vos podréis...

—Llevadme al lecho de doña María y podré contestaros.

—¿Pero sois médico?

—Decid mi nombre a esos otros médicos, y ellos os contestarán por mí.

—¿Cómo os llamáis?

—Jonatham-Abi-Amer-ben-Sina.

—¡Ah!, sí, sí, os conozco; conozco vuestro nombre, y no sé cómo me he olvidado de llamaros para que vuestra ciencia, unida a la de los demás...

—Si tenéis confianza en mí, no perdamos tiempo.

Hinestrosa, anhelante, pintada en su rostro una dudosa expresión de esperanza, llevó a Jonatham al lecho de doña María.

Al entrar Jonatham, otro médico árabe se levantó de sobre una mesa donde consultaba un planetario.

—Desesperados de la tierra, habéis recurrido a las estrellas y a los ensalmos—exclamó con desprecio Jonatham.

—¡Dios!, ¡sólo Dios, que tiene en su mano la vida y la muerte, puede salvarla!—contestó con énfasis el árabe.

—Pero puede también salvarse por medio de la ciencia humana.

—Hemos llegado al último límite de la ciencia conocida.

—Lo veremos—y Jonatham, tomando de sobre una mesa, cubierta de medicamentos, una lámpara de plata se acercó al lecho.

Doña María, inmóvil, con los ojos escandescidos por la fiebre, teñidas las mejillas de un color entre rojizo y verdoso, orlados los párpados de un círculo morado, áridos y secos los labios, daba salida por ellos a una respiración entrecortada, ardiente; de tiempo en tiempo, un estremecimiento poderoso corría a lo largo de sus miembros y exhalaba un gemido apagado profundo, en que se representaba un padecimiento inmenso.

—¿Conque, según vosotros, sabios que poseéis la ciencia humana, no hay remedio para esta señora si no en un milagro de Dios?—dijo con sarcasmo Jonatham, después de haber observado larga y profundamente a doña María.

—¡Dios!, ¡sólo Dios!—dijo el árabe.

—Pues bien; Dios va a hacer el milagro por mi mano—dijo con tal acento de seguridad y de fe Jonatham, que hizo exhalar un grito de alegría a Hinestrosa, para el cual la salvación de doña María era cuestión de vida o muerte.

—¡Que se salvará!—dijo.

—Sí; dentro de cuatro horas vuestros médicos conocerán que se han engañado.

—¡Dios!, ¡sólo Dios!—exclamó tenazmente el médico árabe.

—¡Y qué puede hacer el hombre que no sea hijo del poder de Dios!—dijo Jonatham.

—¡Oh!, si la salváis contad con un tesoro—dijo Hinestrosa.

—Pero para salvarla necesito quedar aquí solo y encerrado.

—¡Solo y encerrado!—exclamó con desconfianza Hinestrosa.

—Si cuando hayan pasado cuatro horas, doña María no está salvada, a juicio de esos sabios médicos, tomad mi cabeza.

Con aquella seguridad, Hinestrosa volvió a cobrar su confianza y mandó a todos los que estaban en la cámara que se retirasen.

—¿Y vos, señor?—dijo Jonatham.

—Yo no soy médico y no puedo sorprender vuestro secreto—dijo Hinestrosa.

—Os he respondido y os respondo con mi cabeza—repuso Jonatham.

Hinestrosa salió; el judío aseguró todas las puertas; cuando entró en el dormitorio, encontró en medio de él a Leila.

—¿Por dónde has entrado?

—Nada te importa eso; con que doña María...

—Hemos llegado a tiempo; la fiebre la devora, ni ve, ni oye ni siente; pero dentro de poco habrá recobrado sus fuerzas, su razón, la fiebre habrá desaparecido; estará salvada.

—¡Y será mía!—exclamó horriblemente Leila.

—¡Tuya!

—Sí, mía; ¿acaso has olvidado que necesitamos vengarnos del rey don Pedro?

—Dejemos, pues, a la peste negra que nos vengue.

—No, no..., es necesario que el rey la vea morir, que la escuche..., que apure la agonía, una agonía cruel... Es necesario que padezca cuanto puede padecer un mortal; como padezco yo. Salvemos de la peste negra a doña María.

Jonatham tomó una taza de plata cincelada de sobre la mesa, vertió el medicamento que contenía, la limpió escrupulosamente, y luego, sacando de entre su baladrán el frasco de estaño, llenó la taza de un licor incoloro e inodoro como el agua. Luego fué al lecho.

—Sostén la cabeza de doña María—dijo a Leila, que le obedeció.

Entonces Jonatham entreabrió los apretados y blanquísimos dientes de la enferma y lentamente la hizo beber el líquido contenido en la taza.

—Esperemos—dijo, mientras Leila dejaba caer suavemente a doña María sobre las almohadas.

Doña María quedó inmóvil; Leila y Jonatham la observaban con una ansiedad profunda. A la media noche algunas gotas de sudor brotaron sobre la piel de doña María; poco después aquel sudor se hizo abundantísimo, corriendo por todos los poros.

—¡Se ha salvado!—exclamó con orgullo Jonatham.

—¡Se ha salvado!—exclamó con una alegría feroz Leila.

—La fiebre cede, desaparece rápidamente; la circulación se regulariza; dentro de poco, doña María creará despertar de un sueño.

—¡Oh!, ¡pues déjame sola con ella!

—¡Leila!, ¡Leila!—exclamó conmovido Jonatham—; mira cuán hermosa es; cuán pura su frente..., ten compasión de ella.

—¡Compasión!—exclamó roncamente Leila—. ¿La he tenido de otras? ¡Y eran hermosas, tan puras como ella, y cayeron! ¡Cayeron ante mis celos y mi venganza, como doña María caerá!

—¡Pero la venganza es horrible! Además, en cuanto yo salga, ellos entrarán.

—Saldrás por un lugar en que nadie advertirá tu salida—y asiéndole vigorosamente de una mano, abrió la puerta secreta y le lanzó dentro; luego cerró.

En cuanto se quedó sola, fué a la mesa, tomó otra taza de plata, la limpió y la llenó de agua. Luego sacó de su escarcela un pomo, su terrible pomo de oro, y vertió lentamente seis gotas en el agua.

—El rey tendrá tiempo para llegar, para alegrarse, para aterrarse y para verla morir en medio de una terrible locura, como han muerto doña Blanca y doña Isabel—y tras estas palabras fué al lecho.

Doña María continuaba anegada en sudor; su respiración era más dulce; el impuro color de sus mejillas menos intenso; menor la aridez de sus labios, y el círculo amorado de sus ojos decrecía. Pasó otra media hora. Doña María se llevó por la primera vez la mano a la frente, como pretendiendo arrancarse una pesadilla; suspiró de la misma manera vigorosa que suspira el caminante fatigado que llega al fin a un lugar de descanso, abrió los ojos y miró vagamente en torno suyo.

—¡Pedro!, ¡mis hijos!, ¿dónde están mis hijos?—exclamó—. He tenido un sueño horrible; con la eternidad.. ¡Oh!, mi frente arde, mi aliento me abrasa; ¡tengo sed!

Aquella palabra estremeció a Leila; fué a la mesa, tomó la taza de plata que había preparado y se acercó al lecho.

—¡Tengo sed!—repitió con el acento de los débiles doña María.

—¡Bebed!—dijo roncamente Leila, presentando la taza a doña María.

Esta se incorporó, ayudada por Leila, y bebió con el ansia febril de los sedientos.

—¡Oh, qué bien me hace esto!—dijo doña María, desplomándose sobre las almohadas; luego, cansada, destrozada por sus padecimientos inmediatos, cerró los ojos y se durmió.

—No me ha conocido, ni aun me ha visto; ha hablado y obrado de una manera instintiva; ha nombrado al rey, a sus hijos..., ¡a Men Rodríguez no!... ¡Oh! ¿Habrá menguado su

amor? ¿Será acaso un amor ficticio que desaparece ante la muerte...? ¿Quién sabe? Se ha dormido... Dentro de algún tiempo su sueño será eterno... ¡Qué horror!; pero es preciso anticipar al rey un infierno en la vida...

Y como si la vista de aquella desdichada, a quien acababa de envenenar, le aterrara, se separó violentamente del lecho, fué a la puerta secreta, y dijo a Jonatham, que estaba estremeado detrás de ella:

—Hemos concluído; sal, y acaba tú por tu parte.

Jonatham, aturdido, bajó al dormitorio; cuando se volvió nada vió más que la tapicería; la puerta había desaparecido. Entonces se acercó al lecho, y contempló a doña María, que dormía aún.

—¡Infeliz, infeliz!—dijo—. Salvada hoy, sentenciada, más que sentenciada; muerta para mañana; ha echado seis gotas: vivirá un mes. ¡Oh, qué horror!—y como si el ambiente del dormitorio pesase sobre él y le sofocase, salió, atravesando el antedormitorio, y abrió la puerta.

En la cámara esperaban, anhelantes, Hinestrosa, la servidumbre y los médicos.

—Entrad, entrad todos—dijo Jonatham—, y ved si doña María es un cadáver o un ser viviente como vosotros.

Todos se precipitaron en el dormitorio, y los médicos examinaron a doña María.

—¡Salvada!—dijeron—, ¡salvada!

—La ha salvado la ciencia—dijo Jonatham.

—Tú eres un dios—dijo el médico árabe.

—Yo soy un hombre que ha encanecido estudiando la Naturaleza.

—Sí—exclamó Leila, retirándose de la puerta secreta, tras de la cual observaba—; tú, Jonatham, la has salvado de la peste negra; pero yo te desafío a que la salves de mi licor de príncipe. Yo podría salvarla, pero no la salvaré—y tras estas palabras se perdió en las sinuosidades del pasadizo.

CAPITULO XXV

Cuatro días después el rey entró a matacaballo en Sevilla, acompañado solamente de Men Rodríguez de Sanabria, de Pero Lope de Padilla y de Juan Diente. Al recibir la terrible noticia de que doña María había sido atacada por

la peste negra, el rey lo olvido todo: sus celos, su rabia, su desesperación, para no pensar más que en la vida de aquella mujer que era su destino, la única a quien había amado y amaba; la madre de sus hijos.

Cuando llegó, doña María, sentada en su cámara en su sillón, recibía con delicia un rayo de sol que entraba por las vidrieras; estaba pálida, débil, y, sin embargo, al ver al rey tuvo fuerzas para levantarse y arrojarse en sus brazos.

El rey, a aquella demostración espontánea, vaciló en sus celos, creyó que la mujer que de aquella manera le recibía nunca había dejado de amarle; creyó que si algún tiempo había estado retraída, triste, displicente, grave, debía atribuirse a la conducta agresiva y brusca que él mismo había usado con ella; el rey creyó, pues, que se había engañado, que le habían engañado; lanzó una mirada retrospectiva a la vida de aquella mujer, y sólo halló virtud, amores; horrorizóse de haber sospechado de ella; de ella, que todo lo había sacrificado a su esposo: su honra, su dignidad, su vanidad, puesto que ella, reina de derecho, sólo había aparecido ante los reinos de don Pedro, ante España, ante Europa entera, como la amante impura y ambiciosa que robaba su tálamo y su trono a una reina demasiado infeliz para que no fuese una enemiga formidable para su reputación.

El rey recordaba cuántas veces la esposa legítima, por más que su matrimonio hubiese sido secreto, le había suplicado porque aliviase la suerte de doña Blanca, aquella otra esposa posterior, y que, por lo tanto, no tenía otro derecho que el de quejarse de la incalificable conducta del rey al casarse con ella por razones de Estado, cuando no era libre, cuando no podía contraer otro enlace sin faltar a su honra y a lo que debía a Dios y a los hombres.

Recordó una continuada serie de grandezas de aquella mujer que le estrechaba llorando entre sus brazos, se dilató su alma, comprimida hasta entonces, y exclamó:

—No, no; era imposible, imposible de todo punto; yo he estado ciego, loco.

—¿Y qué era imposible, señor?—dijo tristemente doña María.

—Era imposible—continuó el rey reponiéndose—, era imposible vivir como vivíamos, y, sin embargo, así hemos vivido muchos años, porque muchas veces sucede lo imposible.

—¡Como hemos vivido hasta ahora!—exclamó, no comprendiendo bien, doña María.

—¡Sí; pasando tú por mi amante, cuando eres mi esposa!

—¡Ah!, señor.

—Pero no importa; convocaré las cortes de mi reino; les presentaré el testimonio y los testigos de nuestro casamiento, anterior al de doña Blanca; te asiré de la mano, te subiré a mi trono y diré a mis reinos, representados por las Cortes: «He aquí la reina; he aquí la noble, la generosa, la gran mujer, que durante tantos años ha ocupado una posición indigna de su pureza y de su virtud. Ha llegado el momento de que se rasgue el velo misterioso que encubría su grandeza y de que vosotros, mis ilustres infanzones, mis poderosos ricoshombres, mis nobles caballeros, mis buenos amigos, mis leales pecheros, dobléis la rodilla ante ella y levantéis vuestros estandartes gritando: ¡viva la reina!»

Don Pedro había pronunciado estas palabras lleno de amor y de entusiasmo. Doña María las había escuchado con una melancólica indiferencia.

—¿Qué?—dijo el rey, notando el poco efecto que aquellas palabras habían causado en doña María—. ¿No quieres ocupar tu verdadera posición, ahora que doña Blanca ha muerto?

—Esa declaración, señor, os deshonraría, y yo amo demasiado vuestra honra para aceptarla.

—¡Que me deshonraría!

—Sí, y de una doble manera. ¿Qué os parece que dirían vuestros reinos al escucharla?

El rey la miró atónito.

—Dirían—continuó ella—: «Si se casó con doña Blanca por temor, por hacerse una alianza poderosa, fué un cobarde; si se casó porque doña Blanca era joven, hermosa y rica, fué un villano.»

—¡María!—exclamó el rey con acento de amarga reconvencción.

—No, no; yo no pienso así—dijo doña María—; cuando os casasteis conmigo, obedecisteis a vuestro corazón; cuando con doña Blanca, joven sin experiencia, sin esa firmeza que después os han dado las desgracias, cedisteis a la influencia de don Juan Alfonso de Alburquerque; no, no soy yo quien piensa así; pero así pensarán vuestros reinos.

—¿Y qué me importa?—exclamó con su bravío acento de amenaza—. Si quien lo piense se atreve a decirlo, le cortaré la lengua, la clavaré en una escarpia en un lugar público de mi corte, y aquella lengua cortada será bastante elocuente para decir a todos: «¡Callad y obedeced!»

—Puede enmudecerse a un pueblo, sí; pero nadie enmudece las cien lenguas de la historia.

—¡La historia!, ¡la historia! ¡Fantasma que sólo estremece a los pequeños! ¡Yo sé muy bien que seré un gigante en la historia! ¡La historia! Tales pasiones me acometen, tales gentes me cercan, que mi historia, tenlo por seguro, María, será un misterio que no comprenderá nadie: luego, como ahora, unos me llamarán cruel, otros, justiciero; mi nombre será siempre grato al pueblo; mi nombre, siempre detestable a esos hombres que sólo juzgan por las apariencias, que no ven más que lo que tocan... ¡Oh!, ¡oh!, quisiera resucitar dentro de quinientos años, para reirme de los sabios que pretendan conocerme por el que de mí escriba mi tiempo.

El rey don Pedro, al decir esto, tenía razón, y nosotros no alcanzaríamos poca parte en su risa o en su cólera, si leyese estas páginas, a pesar de que hemos tragado una considerable dosis de polvo revolviendo crónicas, y nos hemos desesperado interpretando manuscritos infernales, pretendiendo sacar algo en claro de lo que era don Pedro; y si hemos de hablar con lisura, sólo hemos encontrado deducciones más o menos probables, pero ni una sola verdad. La historia del rey don Pedro, escrita por un servidor de sus enemigos, y las apologías mandadas escribir por los descendientes de la casa de Lancaster, que vino a continuar su raza por la línea femenina, son más exageradas, menos dignas de crédito, que la severa y desnuda crónica de Ayala.

El rey don Pedro, pues, tenía razón; hoy su carácter es un logogrifo histórico, cuya resolución será más difícil a medida que avance el tiempo; acaso dentro de algunos siglos el rey don Pedro, con su ferocidad, su crueldad, su valentía, sus venganzas, sus justicias, sus despotismos, sus licencias, sus crímenes y sus virtudes, será tenido por un mito de la Edad Media, y aun hoy empieza a considerársele desde este punto de vista, gracias a la tradición y a los romances.

—Además—añadió el rey—, diga lo que quiera la historia, mi deber como rey me obliga a declarar ese matrimonio; la corona de Castilla no puede pasar a un bastardo; los de la Cerda, todos los que por hembra descienden de la casa real de Castilla, pretenderían hacer valer sus derechos; el reino se vería perplejo, y esta perplejidad traería consigo una interminable guerra civil; no habría entonces vasallos leales ni traidores, sino partidarios; no, yo no debo morir

loco...; pero si la perdiera enteramente... ¡Oh! No pensemos en eso..., no...; lo que yo haría entonces sería formidable... ¡Solo!... ¡Solo en el mundo!... Sin ella... ¡Oh! ¡No, no, no puede ser..., no puede permitirlo Dios!

Tras estas palabras, pensativo, triste y preocupado, salió en paso lento de la cámara.

Convocáronse las Cortes con el pretexto de tratar acerca de la guerra próxima a emprenderse; pero por más que ni una sola frase se dijese acerca de la declaración del matrimonio entre don Pedro y doña María de Padilla, traslucióse en la corte el verdadero motivo de aquella convocatoria a unas Cortes extraordinarias.

Don Pedro conocía por experiencia lo supremo del derecho de la fuerza, en el que hacía mucho tiempo que, para más de un asunto se apoyaba y seguía apoyándose en él. Pero hay algo más que está por encima de los hombres, por encima del derecho de la fuerza, por encima de la previsión, y este algo le constituyen los acontecimientos imprevistos.

Aun no había pasado un mes desde la noche en que Jonathan había salvado de la peste a doña María y en que Leila le había dado a beber su terrible licor de príncipe. A medida que el tiempo había avanzado había presentado la Padilla los síntomas que con más lentitud se habían visto en doña Isabel Núñez de Lara: largos, imprevistos y congojosos desmayos, lucidez, vaguedad, insensatez en la mirada, languidez, cansancio, exuberancia de vida: una melancolía profunda que nada alcanzaba a disipar: ni los saraos en el alcázar, ni las brillantes cabalgatas, ni las farsas, ni las monterías, ni las regatas en el río: doña María marchaba de una manera segura y más rápida que doña Isabel hacia la muerte.

Decíamos que se habían observado estos síntomas, y hemos debido decir que sólo los había observado una persona: Men Rodríguez de Sanabria.

El generoso joven se horrorizó, pero devoró su horror: sabía demasiado por experiencia, dos veces repetida en doña Blanca y en doña Isabel Núñez de Lara, que aquel tóxico era seguro, de efecto inevitable, y que la revelación del crimen sólo serviría para hacer más amarga la situación del rey, más desesperado su dolor. Men Rodríguez de Sanabria se redujo, pues, a jurar en el fondo de su alma una cruda venganza a aquellas tres ilustres víctimas de la perversidad de Leila.

—Voy a morir muy pronto—contestó doña María, poniendo su mano entre las del rey, y reclinando su cabeza en su hombro.

—¡Morir! ¡Morir tú, María!—exclamó el rey con un acento y una expresión indescriptible—. Morir tú en la flor de la juventud y de la hermosura. ¡Oh!, eso no puede ser... ¡Dios no puede permitirlo!... ¡Sería horrible, horrible!... ¡Eso no puede ser!

Y, sin embargo, el rey se aterraba, porque tenía; encontraba algo de extraño, algo de fúnebre en la dulzura, en la sonrisa, en las palabras, en el semblante de doña María; su instinto inexorable y cruel le decía: «La vas a perder.» Y don Pedro hubiera querido perderlo todo: su corona, sus tesoros..., su honra..., todo, a trueque de no perder a doña María.

—Sí, sí, apresúrate, Pedro; voy a morir; si me preguntas la razón de mi temor, no podría decírtela; siento dentro de mí un exceso de vida que me espanta, que me hace pensar en la muerte; algunas veces mi cabeza y mi corazón arden, y siento en ellos un dolor lento, como si me punzasen con cien alfileres; luego mis ojos se nublan, un sudor amargo y helado me inunda, pienso morir; pero esto pasa..., pasa..., y cuando abro los ojos, me parece que la luz es más fuerte, los objetos más grandes, los calores más vivos...; todo, todo aumenta en vida a mi alrededor, y dentro de mí siento deseos insensatos, y esto me mata; cada vez que uno de esos momentos de angustia pasan por mí, si me miro a un espejo, me encuentro más pálida, más delgada... No, no me engaño; voy a morir—y doña María se levantó.

—¡Oh! Eso no es otra cosa que los resultados de la peste negra... Eso pasará, María...; pero valor, valor, por Dios; si tú te preocupas con una idea funesta..., no, no; es necesario que te distraigas, que deseches de ti esos pensamientos... Voy a hacer que se escriban al momento mis cartas convocatorias a mis villas y ciudades de voto en Cortes, y después a disponer una partida de caza..., una de esas alegres partidas que tanto te agradan.

—Y yo, Pedro, voy a orar.

—Sí, sí, mi buena, mi noble, mi amada María; ruega a Dios por ti, por nuestros hijos, por mí.

—Sí, sí, todos necesitamos del amparo de Dios—y doña María salió lentamente de su cámara.

—El temor de perder su amor—dijo el rey, que había quedado inmóvil en medio de ella— me enfurecía, me volvía

sin dejar un heredero legítimo, alrededor de cuyo trono puedan agruparse los castellanos; la muerte está siempre junto a nosotros con el brazo preparado para herir; su golpe es irremediable, imprevisto; es preciso, justo, conveniente; mis reinos te reconocerán por mi esposa legítima, y nuestro hijo el infante don Alonso será declarado por las Cortes príncipe heredero de mi corona.

—¡Nuestros hijos! ¡La guerra civil! ¡Oh, es verdad! ¡No había pensado en ello! ¿Qué me importaba a mí, pobre mujer deshonrada, que los castellanos doblasen o no ante mi su rodilla? Yo sólo pensaba en tu nombre, Pedro, en tu honra, que guardo como la mía, en tu honra, que es para mí sagrada, que siempre, siempre respetaré.

Si don Pedro hubiera podido leer en el alma de doña María cuando pronunció sus últimas palabras, se hubiera estremecido; hubiera visto a la mujer que luchaba con su amor insensato, a la mujer que se había resuelto a darse la muerte en el momento en que se sintiese vencida. Pero don Pedro había perdido su prevención, y sólo vió amor para él en aquellas palabras.

—Sí, sí, es necesario, preciso, urgente—continuó ella—. ¡Y yo no había pensado en ello! Convoca a las Cortes del reino; diles: «La que creíais mi amante era mi esposa, es la reina; mi hijo don Alonso es mi heredero.» Sí, sí, es preciso; salvemos a nuestros hijos, salvemos a nuestro reino. ¡Qué importa un sacrificio más!

—¡Oh, María, María! Esa historia que tanto te espanta, será muy injusta si no reconoce la grandeza de tu alma.

—¡Ah, Pedro, Pedro! ¡Mi alma! ¿Mi alma grande? ¡Oh! ¡Sí, sí, muy grande cuando puede contener tantos dolores! Pero, por otra parte, ¡cuán contristada!, ¡cuán mezquina!

—Te sobra grandeza, pero te falta fuerza en el corazón, María.

—¡Que me falta fuerza!—exclamó profundamente la Padilla.

—La lucha en que me veo empeñado te amedrenta; la sangre que me veo obligado a derramar te aterra.

—Sí, sí, es verdad; me aterra todo cuanto me rodea: mi vista se agita... ¡No veo más que peligros, desdichas!... Todo, todo me asusta... Escucha: ya que ha de hacerse esa declaración, hágase cuanto antes, cuanto antes, Pedro... Reúne las Cortes del reino en un plazo breve, ponme sobre tu trono con mis hijos, porque si tardas mucho... ¡Oh!

—¡Qué!—exclamó el rey aterrado—. ¿Qué quieres decir, María?

Esta, entretanto, cubierta con un misterio impenetrable, acechaba continuamente a su víctima, como la araña acecha a la mosca: su víctima era el rey; las que caían ante el paso de Leila, como caen deshojadas las flores al embate del huracán, no eran otra cosa que víctimas secundarias; los hilos, por decirlo así, de la negra tela que tejía; hilos que debían al fin entregar a don Pedro cansado, destrozado el corazón, perdido el vino, enloquecido, en poder de sus enemigos.

Leila al preparar su venganza, había atado al rey sin dar un solo golpe en vano: cada uno de sus ataques se había hecho sentir rudamente en el alma de don Pedro, y Leila veía con un placer sombrío que el rey estaba próximo a volverse loco. Leila había dado su alma a Satanás por su venganza y Satanás la ayudaba; pudiera decirse también que la Providencia la dejaba obrar, si se atiende a que el rey don Pedro tenía contra sí una horrible cuenta que rendir de la manera como había gobernado y gobernaba sus reinos.

La sangre clama sangre, y la sangre vertida por el rey don Pedro caía a torrentes sobre su cabeza. Y poco importaba que el rey sólo hubiese vertido sangre impura, si la había vertido de una manera inconveniente, cruel, por justicia propia, obedeciendo siempre al primer impulso de su cólera; pero importaba que hubiese obrado generalmente en justicia, si aquella justicia, por la manera con que se había dado a conocer, había aterrado y escandalizado.

La rebeldía tanto puede ser hija de la debilidad de los que mandan como de su excesivo rigor. Así es que Castilla gemía y se fatigaba bajo la mano de don Pedro, como se fatiga, rinde y teme y se doblega un caballo de raza bajo la mano y las rodillas de un jinete inexorable. Pero llega un momento en que el caballo aprovecha un descuido, o una descomposición del jinete, y le arroja y le abandona: Leila contaba con que Castilla, azotada, esquilmada y aterrada por el rey don Pedro, aprovechase la primera ocasión para librarse de un señor tan duro: era, pues, necesario que el rey cometiese imprudencias, y Leila preparaba el día en que el rey perdido el tino las cometiese.

Aquel día se acercaba. Doña María, a cada momento más enferma, tenía a los médicos perdidos en un caos de dudas, no se comprendía la enfermedad de doña María, pero se comprendía demasiado que aquella enfermedad tenía por término una muerte próxima.

Pero nadie se atrevía a decirlo al rey: Juan Fernández de Hinestrosa, con quien los médicos eran explícitos, devoraba su ansiedad; el Monje Negro, que en todas las situaciones difíciles acudía al lado del rey, adivinaba la causa de la extraña enfermedad de doña María y callaba también; el rey, aterrado por aquellos terribles síntomas, creía de buena fe que no eran otra cosa que resultados de la peste negra.

Esto, sin embargo, le causaba una inquietud mortal, y excepto los breves momentos que invertía en el consejo y en el despacho de los negocios, no se separaba un solo momento de doña María. Y no era esto solo; los celos del rey habían vuelto: celos crueles, puesto que no podía vengarlos; algunas veces, en un momento de delirio, doña María nombraba a Men Rodríguez: el generoso, el noble joven, había llegado a ser el pensamiento fijo de aquella desdichada. El rey, por lo tanto, temeroso de que otros oídos que los suyos escuchasen aquellas palabras, había aislado enteramente a doña María: cuando un negocio imprescindible le obligaba a separarse de ella, ocupaba su lugar el Monje Negro y Juan Diente, incansable, siempre con la maza empuñada, guardaba día y noche la puerta de la cámara y no permitía entrar ni aun a la servidumbre, sino cuando, para las atenciones imprescindibles del servicio, lo mandaba el rey.

Tenjase, pues, en el alcázar por presa a doña María y todos se preguntaban con extrañeza en qué podía consistir aquello.

CAPITULO XXVI

Acercábase entretanto el día de la solemne reunión de las Cortes; el reino en aquellas circunstancias las esperaba con ansia; con ansia las esperaban aquel día el rey, los parientes de la Padilla, los bandos; Leila miraba la aproximación de aquel día con una complacencia cruel.

Llegó al fin la víspera; un mes contado desde el día en que el rey había vuelto a Sevilla. Era una noche oscura y tempestuosa; las calles de Sevilla estaban envueltas en densas tinieblas, que sólo rompía de trecho en trecho la luz agonizante de algún nicho consagrado a un santo por la piedad de los vecinos. Las calles estaban solitarias. A pe-

sar de esto, dos bultos, rebozados en anchas capas, adelantaban por un extremo de la calle de Maese Rodrigo, llegaron a la casa de vecindad, llamaron y les abrió un hombre rudo, que por su traje y su aspecto era sin duda uno de los formidables hermanos de Nuestra Señora de Rocamador. Penetraron los dos embozados en la casa, subieron las escaleras, y entraron en un aposento que estaba alumbrado y como preparado de antemano.

—¡Vargas!—dijo uno de los embozados dejando conocer en la voz a Leila—enjaeza dos caballos y ármate, vas a partir esta noche.

—Muy bien, señora.

—¿Están todos en casa?

—Se ha dado la orden esta mañana y ninguno falta.

—¿Están apercebidos?

—Sí, señora; en un momento pueden estar armados y a caballo.

—Bien, muy bien; vete y espera.

El aventurero salió.

—Esta noche partiréis vos también, Alvar.

—Partiré, puesto que lo queréis.

—Creo que esta es la última vez que os empleo.

—Créolo también, porque nos vamos quedando demasiados claros. ¡Qué vendaval, Dios mío! ¡Qué vendaval! Nos estamos sosteniendo de milagro; quiera Dios hacer un milagro aún y que un mal lance no dé al traste con nosotros.

—No, no; esto va ya de vencida, de esta vez don Enrique será el rey de Castilla y yo me habré vengado.

—Quiéralo Dios para que todos descansemos.

—Esperadme aquí.

—Os espero.

—Creo que no me esperaréis mucho.

Y Leila tomó una lámpara, salió, atravesó los corredores, bajó las escaleras, cruzó el patio, y entró en un aposento, cerrando por dentro y desapareciendo la luz que llevaba consigo.

—Misterios y siempre misterios—dijo el escribano—. ¿Qué va a hacer en ese aposento encerrada y a oscuras esa formidable mujer? Sábenlo Dios y ella. ¡Y tanto encerrarse allí, sin que nadie sepa a qué se encierra! Cada día me inspira más miedo esta doña Ana. Donde ella va, va el exterminio, y le sirvo como serviría al demonio. ¡Oh! ¡Oh! Temo morir de mala muerte, lo que no sería muy difícil. En prueba de ello hablen doña Blanca, doña Isabel, Andrés

Corchuelo, la locura de la infeliz doña Sol de Vargas, y el encierro de la pobre Isabel... ¡Bah! ¡Bah! Pues la conocemos, procuremos que no nos acontezca una desgracia... Esa doña Ana debe ser hechicera, lo sabe todo, lo adivina todo..., no hay más, pues, que doblegarse a su voluntad, y esperar a que un milagro nos saque de sus garras—y entrándose dentro del aposento el escribano se sentó en un sillón, dobló la cabeza sobre el pecho y poco después dormía con la tranquilidad de conciencia de los bribones de profesión.

Entretanto, Leila había llegado a una puerta secreta y observaba tras ella lo que acontecía en el dormitorio de la Padilla. Acompañábala una sola persona, era el Monje Negro. Leila le había visto muchas veces, pero siempre encubierto; entonces, con admiración suya, le vió despojado de su capucha y de su máscara de hierro.

Su edad podría contarse entre los cuarenta y ocho y los cincuenta años. Era hermoso aún, pero con una hermosura bravía y terrible. Sus negros ojos, de mirada profunda y concentrada, imponían terror más bien que respeto, a pesar que, a la vista del padecimiento de la Padilla, que estaba sentada junto a él en un diván, mostraban aquellos ojos una expresión de piedad casi paternal; pero de una piedad mezclada con una indudable expresión de cólera y de amenaza a la vista de aquel padecimiento; notábanse, además, en aquel semblante las huellas de un dolor cruel, continuo, desesperado; a pesar de esto, se concebía que aquel hombre no había llevado siempre sobre su cabeza un capuz, sobre su rostro una máscara de hierro, sobre sus carnes el cilicio del penitente, sino que había ceñido el yelmo del guerrero, que había empuñado una lanza, que había sido, en fin, un formidable señor, cuya soberbia había necesitado, sin duda, para doblegarse un tanto, lo torcedor del remordimiento y el temor a la justicia divina.

Su cabellera, abundante, negra, ensortijada y su barba negra también y brillante, no eran la cabellera ni la barba de un monje, sino las de un altivo señor; todo él demostraba grandeza y fuerza, y Leila, que jamás se había atrevido ante nada, sintió un misterioso impulso de miedo a la vista de aquel hombre.

—¡Y éste era el amigo de mi padre!—exclamó—. ¡Este es el santo monje penitente de la ermita de la Cruz del Humilladero! ¡Ah! ¡Ah! ¿Y ese hombre sirve al rey don Pedro o, como yo, se venga de él? Veremos—y Leila consagró toda su atención a lo que acontecía en el dormitorio.

Doña María, débil, reclinada en un ángulo del diván, con la mirada fija y lúcida, parecía enteramente abstraída, como fuera de la existencia humana; de tiempo en tiempo temblaba de una manera violenta, se llevaba la mano a la frente, como si hubiera querido arrancarse de ella un objeto extraño, sus ojos vagaban con una expresión insensata y lanzaba un débil y profundo gemido. Después de este movimiento pasajero, volvía a inclinar la cabeza y se abandonaba a su anterior estado de inmovilidad; escuchábase su alentar difícil, entrecortado, ardiente y un sudor copioso brotaba de todos sus poros; su demacración había llegado a lo infinito y, sin embargo, estaba más hermosa que nunca.

—¡Se muere! ¡Se muere!—exclamó desesperado el monje—. ¡Y esta muerte le matará a él! ¡Señor, Señor! Sálvala, tú que puedes hacerlo todo! ¡Sálvala y desploma sobre mí toda tu cólera contra el rey don Pedro!

Doña María no pudo oír estas palabras del monje, pero al asirle éste las manos, que estaban heladas, pareció volver en sí.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Mis hijos! ¡El! ¡Voy a morir! ¡Quiero verlos!

—¿Que vais a morir?—exclamó el monje, procurando parecer sereno—. ¿Por qué ese terrible pensamiento? ¡Morir vos, vos en la fuerza de la juventud, cuando Dios os ha librado de la peste negra!

—No, no; esto es diferente; siento aquí, y aquí—y se llevó sucesivamente la mano al corazón y a la cabeza—, siento aquí un fuego, un fuego que me abrasa y me ahoga. ¡Ay!, ¡yo quiero verlos, yo me muero!—y lanzó un horrible grito y procuró en vano alzarse del diván.

Su rostro se había desencajado más, sus ojos brillaban con un fuego insensato. El monje se aterró; veía la muerte avanzando rápidamente hacia la víctima y aterrábale llamar al rey para que fuese testigo de la muerte de su esposa.

—¿No me oís...? ¿No me oís, señor?. Yo quiero ver a mis hijos, a mi esposo—exclamó con angustia doña María—. No quiero morir sin verlos... Vos, vos que habéis rotó la promesa de no dejar ver a nadie vuestro rostro y me lo habéis mostrado por complacerme..., no me dejéis morir desesperada... Id..., corred..., traedlos...; si tardáis, ya no será tiempo... ¿No oís que tengo aquí fuego...? ¿Un fuego que me devora?

El monje no se atrevió a negar este último consuelo a la madre y a la esposa moribunda, se puso rápidamente su máscara de hierro, se caló la capucha y fué a la puerta y llamó.

Presentósele Juan Diente.

—Amigo Juan—le dijo el monje—, llamad, llamad al momento al rey; doña María...

—¡Se muere!—exclamó el bravo balletero, aterrándose—. Sí, sí..., me lo dice lo tembloroso de vuestra voz.

—Llamad, llamad al momento al rey—dijo el monje con voz solemne.

Juan Diente partió, y el monje volvió al lado de doña María. Esta se había levantado del diván, y estaba de pie asida a un mueble; su cabeza, erguida, tenía una expresión más que humana; sus ojos brillaban con un fuego casi divino; sus labios sonreían.

—¡Oh, qué hermoso es!—exclamaba a media voz—. No se lo digáis; no le digáis que yo le amo; él no lo sabe, no; él no lo sabe; yo no se lo he dicho..., cree que tiene en mí una hermana..., y no es verdad, no; le amo de otro modo...; pero el rey..., mi honra...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el Monje Negro—. Que ama..., que ama a otro a quien no se atreve a revelar-lo. ¿Y quién es ese hombre? ¿Quién es ese traidor?

—¡Sanabria! ¡Sanabria!—exclamó la Padilla, como si hubiera querido contestar al monje.

—¡Oh! ¡Es imposible! ¡Imposible de todo punto que la vea el rey!—exclamó, asombrado, el monje—. Si él oyera estas palabras... ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡vuélvele la razón!, ¡vuélvesela! ¡Que pueda ocultar sus pensamientos! ¡Señor, ¡Señor, ten piedad del rey!

Y el monje cayó de rodillas.

—¡Ha llegado la hora de orar!—exclamó don Pedro con voz lúgubre desde la puerta—; pero no, está allí de pie, entregada, sin duda, a uno de sus accesos de locura.

El monje se alzó y salió al encuentro del rey.

—Salid, salid, señor—le dijo—; vos no podéis estar aquí.

—¡Que no puedo yo estar aquí!—exclamó con amargura el rey—. ¿Y por qué? ¿Qué puede acontecerme más doloroso que perderla?

—Doña María delira de un modo horrible, señor.

—¡Y tú has escuchado esos delirios!—exclamó con acento profundo el rey.

—Yo puedo escucharlo todo, señor, todo; yo no perte-nezco ya a este mundo.

—¡Sal!—dijo con imperio.

—¡Señor!

—¡Sal!; déjame solo con ella, ¡vive Dios! Déjame apurar mi cáliz..., no quiero que nadie, nadie, pueda escuchar junto a mí... lo que tú has escuchado ya... ¡Sal!

El monje alzó los ojos al cielo, y salió. Don Pedro permaneció inmóvil en medio del aposento. Doña María adelantó vacilante hacia su reclinatorio.

—Aquí, aquí—dijo cuando llegó él—; aquí dejaba sus cartas y sus flores; hace mucho tiempo, mucho, que no deja ninguna; le ha ofendido el que yo le rechazase... «Queréis que mi amor muera, morirá», me dijo en la última..., y no le he vuelto a ver... Callad..., callad..., yo quisiera volverle a ver...; pero no se lo digáis..., eso sería ofender a mi esposo..., y no quiero ofender a mi esposo..., no...; yo no tengo la culpa de haber amado a Sanabria..., yo he resistido con todas mis fuerzas su amor...; pero su lealtad..., su discreción..., y sus cartas..., tan respetuosas... ¡Oh! ¡Oh!, mucho debe de amarme cuando se ha atrevido... ¡Oh!... Es que no hay quien resista a un pensamiento continuo, eterno..., un pensamiento ardiente y dulce... Es que amamos sin querer... porque Dios quiere que amemos... Dios quiere que muramos antes de cometer una traición, un perjurio...; eso jamás... El me ama..., soy su vida..., y yo le amo..., le amo también...; es el padre de mis hijos... ¡Dios mío! ¿Y por qué amándole tanto, amo a otro hombre?... ¿Por qué mi corazón arde?... ¿Por qué mi cabeza...? ¡Se me va!... ¡Oh! ¡Se me va! ¡Se me va!

Y doña María se asió la cabeza con ambas manos, como pretendiendo impedir que se le escapase.

Las pasiones del rey, sus celos, todo, todo cedió ante el inmenso amor que le inspiraba doña María; era el del rey entonces, y por efecto de la situación, uno de esos amores que se sobreponen a todo, que se sacrifican, que sólo ven el objeto amado; don Pedro veía la muerte en aquella mirada vaga, en aquella lánguida y triste sonrisa; su corazón se oprimió, adelantó hacia doña María, pero el exceso del dolor le cortó el paso, y necesitó arrimarse a un mueble para no caer. Luego, aquel dolor se deshizo en lágrimas y lloró de una manera profunda, desgarradora, histérica. Doña María oyó aquel llanto y adelantó hacia el rey, le miró, y no le reconoció.

—¿Quién eres tú que lloras?—dijo con voz dulce doña María, asiendo las manos de don Pedro—. Amas tú también,

y te ve obligado a ocultar tu amor..., ¿a llorarle?... Yo te consolaré..., y escucha..., yo no he tenido quien me consuele... Mi esposo... ¡Oh!, mi esposo me ha tratado con dureza..., ha sido muy cruel conmigo..., ha tenido celos..., celos de mí..., celos de su esposa..., como si su esposa no hubiera sido capaz de morir antes que deshonrarle... Y he llorado..., he llorado todas mis lágrimas... Y nadie, nadie, me ha consolado...; pero yo te consolaré, sí; yo te consolaré..., porque sé cuán desesperado es llorar sin que nadie recoja nuestras lágrimas.

—¡María! ¡María!—exclamó el rey con acento desesperado.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces!—exclamó doña María, a quien parecía haber vuelto a la razón el acento de don Pedro—. ¿Eres tú..., tú..., esposo mío?... ¿Y yo? ¿Dónde estoy yo? ¿Qué es esto? No me acuerdo de nada... Muero..., muero..., me siento morir...

Y cayó sin fuerzas en los brazos del rey.

—¡María! ¡María! ¡Vuelve en ti!...—dijo el rey llevándola al diván—. Soy yo..., yo..., que siempre te amo.

—¡Perdonadme!... ¡Perdonadme, señor!...—exclamó doña María—. Yo no he tenido la culpa... Dios... Yo... te amo, Pedro... La muerte... me vuelve tu amor más intenso que nunca... ¡Oh! He soñado..., sí..., sí...; un sueño horrible...; no, no podía ser..., yo no amo... a nadie..., a nadie... más... que a ti..., a ti..., espo...so mío...; mis hi...jos; perdón...

Doña María no habló más; cayó sobre el diván; sus ojos, fríos, mates, rodaron en sus órbitas, apretó con sus crispadas manos las manos del rey, lanzó un grito terrible de dolor, se estremeció en una convulsión horrorosa, y al fin se desplomó. El rey, pálido, tembloroso, con la mirada lúcida, inmensa, sobrenatural, fija sobre el cadáver, permaneció un momento inmóvil, y luego cayó de rodillas, exclamando de una manera terrible por lo solemne y desesperado:

—¡Muerta!

En aquella palabra se había exhalado toda la cólera, toda la amenaza, toda la insensatez, toda la pasión volcánica e inmensa que se revolvía en el alma del rey. El golpe le había herido en medio del corazón, y aquella palabra «¡Muerta!» había sido su grito de muerte. Por algún tiempo permaneció de rodillas a los pies del cadáver arrojado sobre él; luego se retiró un tanto y contempló el rostro lívido de su esposa; inútil sería que pretendiéramos hacer sen-

tir a nuestros lectores la expresión suprema de agonía, de rabia, de desesperación del rey.

—¡Oh! ¡Esto es imposible! ¡No; no! ¡Esto no puede ser! ¡Yo no quiero que sea! ¡No será! ¡María! ¡Vuelve en ti! ¡Respóndeme! ¡Yo no quiero que mueras! ¿Quién se opone a mi voluntad?

—¡Dios!—exclamó el monje, saliendo de entre los tapiques de la puerta y adelantando.

—¡Dios! ¡Dios!—exclamó el rey con acento rugiente—. ¿Dónde está Dios?—y alzó al cielo los puños cerrados y el rostro trémulo de cólera, en esa terrible e insensata blasfemia que brota de la desesperación de los seres enérgicos en presencia de una desgracia suprema.

Luego, mirando con una sombría mirada al monje:

—¡Paso! ¡Paso!—exclamó—. Necesito beber sangre para calmar mi sed; ¡necesito exterminar, exterminar! ¡María! ¡María! ¡Muerta María! ¡Y aún hay a mi alrededor seres vivientes! Y ese hombre..., ese hombre que la ha matado. ¡Ese infame Men Rodríguez!—y el rey rompió adelante, apartó violentamente al monje, y salió con la fuerza y el estruendo de una tempestad.

—¡Juan!, ¡Juan!—gritó el Monje Negro.

Presentóse inmediatamente el balletero.

—¡El rey está furioso!—exclamó el monje—. La muerte de doña María le ha vuelto loco.

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Poder de Dios!—exclamó Juan Diente—. Y el rey..., venid, señor, venid; hay que temerlo todo; es necesario sujetarle, contenerle; sería capaz de incendiar a Sevilla.

—Y de matar a Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Ah!—exclamó el balletero, y salió corriendo, desalado, de la estancia mortuoria; el monje le siguió.

En aquel momento Leila se separó de la puerta secreta murmurado:

—¡Rey don Pedro, rey don Pedro! ¡Eres mío! Con la muerte de tu hermano don Fadrique, te herí en la conciencia; con la de doña Blanca, en la honra; con la de doña María, te he herido en el corazón; ahora sólo me falta herirte en la cabeza.

—Juan, mi valiente Juan—decía en aquellos momentos el rey a Juan Diente—. Tráeme la cabeza de Men Rodríguez de Sanabria.

—¡No!—contestó con firmeza el balletero.

—¿No? ¡Infame, traidor!

—Esperad, señor; volved en vos, y si, cuando vuestro dolor se haya calmado, cuando escuchéis la voz de la razón, me pedís la cabeza de Men Rodríguez, os la traeré.

Poco después, Alvar Yáñez, conduciendo una carta de Leila para el conde de Trastamara, cabalgaba hacia la frontera, acompañado de uno de los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, armado hasta los dientes. Aquella carta contenía lo siguiente:

Ha llegado el momento de que rompáis por los reinos de vuestro enemigo; aprovechad su dolor y su asombro por la muerte de su amante. Yo os ayudaré, sublevando contra él Sevilla. Sed rey, señor, y vengadme.—Doña Ana Téllez de Ulloa.

Sevilla se estremeció al saber la muerte de doña María de Padilla, que fué anunciada de una manera regia por las lenguas de bronce de la iglesia mayor de Santa María de la Sede, a las que contestaron las de las demás iglesias, conventos y cofradías.

En el estremecimiento de Sevilla había por parte de unos miedo, por la de otros, un sentimiento profundo. Los nobles, los clérigos, todos, en fin, los que tenían que recelar, creyeron llegada la hora en que, excitada la crueldad del rey por la pérdida de la mujer a quienes todos sabían que amaba antes que a sí mismo, se desenfrenase y exterminase e hiciera tanto, que dejase atrás, y como en olvido, las atrocidades cometidas hasta entonces. Los menos cobardes se prepararon a evitar la acometida del rey al primer indicio, mientras que los más comprometidos o tímidos se ausentaban de Sevilla e iban a engrosar las fuerzas del rebelde conde de Trastamara. Lo que entonces podía llamarse clase media, esto es, los mercaderes, los industriales, etc., sentían al par que el pueblo, la muerte de doña María, porque ella había sido siempre el paño de lágrimas del pobre, la madre del desdichado.

Esta muerte causó, pues, una profunda sensación en Sevilla, y aunque nadie acusaba de ella al rey, notábase que por ella había perdido sobre el pueblo de su corte gran parte de su influencia. El ángel, al tender sus alas y remontarse al cielo, se había llevado consigo el prestigio de la virtud, de la caridad y de la hermosura, que hasta entonces había servido de contraposición a la dureza, a la crueldad, a la ejecutiva justicia del rey. La blanca figura de paz y consuelo había desaparecido, y sólo quedaba sobre el trono el fantasma rojo, siempre sediento de sangre.

Nada, pues, tiene de extraño que Sevilla se estremeciese a la muerte de doña María. A sus exequias, en las que se desplegó una pompa más que regia, asistió todo el pueblo de Sevilla y de veinte leguas a la redonda, a pesar de la peste que aún se ensañaba en la costa, y el mejor panegírico de sus virtudes fué la muchedumbre, que, silenciosa, triste y desconsolada, siguió durante dos leguas fuera de Sevilla su cadáver, que Men Rodríguez, por un extraño capricho del rey y acompañado de Juan Diente y de doscientos ballesteros, además de la clerecía y de la servidumbre indispensables, llevaba a enterrar a Castilla la Vieja, al monasterio de Santa María de Astudillo, que ella a su expensas había formado.

Entretanto el rey, asistido únicamente por el Monje Negro, estaba apartado de la vista de todo el mundo, doblegado por el dolor, entregado a intervalos al llanto y a la cólera.

Así pasaron algunos días, y como la reunión de las Cortes se prorrogase, muchos diputados pidieron licencia para volverse a sus casas. En vista de esto, el rey reunió las Cortes.

Presentóse a ellas rígidamente de luto, llevando junto a sí, asimismo enlutado, en los brazos de un ricohombre, a su hijo don Alonso, de edad de dos años. Allí, en presencia de los tres brazos del reino unidos, es decir, de la nobleza, de la Iglesia y del estado llano, declaró que la difunta doña María de Padilla había sido su legítima esposa, por haber contraído matrimonio clandestino con ella; que ésta, por lo tanto, no había podido ser su esposa legítima; que por esta razón, y no por otra, no había hecho vida con doña Blanca; y que, en fin, si había tenido secreto y escondido su matrimonio con doña María había sido por temor de empeorar las turbulencias del reino; presentó después como prueba de su declaración el testimonio de cuatro personas, que eran Juan Fernández de Hinestrosa, su camarero mayor, y de su consejo, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava; Alonso de Mayorga, canciller del sello privado, y Juan Pérez de Orduña, su capellán.

Los hijos de doña María de Padilla fueron, pues, legitimados, y don Pedro, presentando entonces a las Cortes su hijo el infante don Alonso, le declaró heredero de su corona y le hizo jurar como tal por los tres brazos desnudos.

Por más que a muchos repugnase este juramento, pudo más el terror que inspiraba la cólera del rey que sus escrí-

pulos, y el infante don Alonso fué jurado heredero de don Pedro, en la forma y con la solemnidad acostumbradas.

Disolviéronse en seguida las Cortes, y un mes después una numerosa comitiva de damas y caballeros fué al monasterio de Astudillo por el cuerpo de doña María de Padilla, y le trajo con el ceremonial acostumbrado en los funerales de las reinas a la capilla de los reyes de la iglesia mayor de Santa María de la Sede de Sevilla, y fué enterrada en ella definitivamente, predicando con esta ocasión y haciendo la apología de la conducta de don Pedro con doña María de Padilla el arzobispo de Toledo, primado de las Españas.

Una vez declarada reina doña María, reconocida como tal por el reino, sepultada entre los reyes de Castilla, legitimados sus hijos por las cortes y jurado por las mismas uno de ellos heredero de la corona, el rey se volvió, furioso, irritado y decidido como nunca, a la guerra.

Al despedir las cortes, el rey había anunciado que iba a recurrir muy pronto a la adhesión de la nobleza y a la lealtad de su reino para una guerra decisiva: había llegado, pues, la hora de que aquella guerra se emprendiese. Las Cortes, que veían amenazadas las fronteras por un azoté devastador, concedieron un servicio de hombres y dinero, bastantes para un armamento general.

CAPITULO XXVII

Don Pedro salió de Sevilla hacia el Norte con un poderoso ejército, que debía engrosarse a su paso, y acampar entre las fronteras de Aragón y Navarra, por donde amenazaba la invasión de Duguesclin y de los bandidos aventureros que formaban la gran compañía, en cuyo número y esfuerzo, más que en sus partidarios, se fundaban las esperanzas de don Enrique.

El rey, por su parte, contaba con un numeroso ejército, con la alianza forzada del rey Carlos el Malo de Navarra, y con la de su primo el rey don Pedro IV de Aragón (robustecido con el contrato de matrimonio celebrado por los dos monarcas entre el duque de Gerona, primogénito del rey de Aragón, y de doña Isabel, hija tercera de don Pedro y de doña María de Padilla) y le obedecía ciegamente el reino, del que había arrojado a sus enemigos interiores.

Don Pedro, pues, sin avisar a su aliado Pedro IV, invadió el bajo Aragón con un formidable ejército de treinta mil peones, doce mil caballos y treinta y seis tiros gruesos de artillería; se apoderó sin disparar una ballesta de gran número de ciudades y castillos, y sólo se detuvo ante Calatayud, la única ciudad que se atrevió a resistirle, a pesar de no tener un solo soldado que la defendiese.

El rey la cercó; en aquel cerco le acometió una nueva aflicción: aquel hijo a quien había hecho jurar su heredero, el infante don Alonso, en quien había reconcentrado su amor, murió víctima de la peste negra, que se cebaba en la ciudad sitiada y en el ejército sitiador. Irritado el rey por este nuevo revés de la fortuna, apretó el sitio, y la ciudad se rindió al fin, pero no sin haber pedido a su señor natural, el rey de Aragón, le dispensase del pleito homenaje para entregarse a un rey que, a pesar de su alianza con el de Aragón, trataba sus estados como país enemigo.

Esta conducta fué fatal para don Pedro. Desde la muerte de doña María de Padilla, pareció perder la sagacidad y el tino que hasta entonces había demostrado en todas sus empresas: era un insensato; desoyendo los consejos de sus capitanes, se empeñaba en empresas descabelladas, y su falta de fe a los tratados con el rey de Aragón fué una de ellas. El pretendía aterrar, unir por el pavor, no por la conveniencia mutua. Pedro IV se aterró, es verdad; pero su terror no respondió a las esperanzas de don Pedro. En vez de someterse el monarca aragonés, buscó su apoyo en los enemigos de don Pedro; envió secretamente emisarios al conde de Trastámara y concluyó con él una alianza ofensiva y defensiva contra el rey de Castilla.

No era menos imprudente el rey con sus propios reinos que lo era con los extraños: los oprimía con tributos; sacaba de las ciudades para llevarlas consigo las milicias que le hubieran defendido leal y bizarramente, en el caso inminente de una invasión, detrás de sus propios muros; pero que seguían violentamente sus banderas, porque dejaban abandonadas sus familias. Esto ocasionaba las deserciones, falseaba el buen espíritu del ejército, llevando a él un germen de indisciplina, cuyos efectos debían sentirse muy pronto. Y no bastaba esto: el rey, furioso, sediento de exterminio, sólo necesitaba para entregarse a horribles y sangrientas ejecuciones el más ligero síntoma de desafección en un solo noble. Recorría las villas y ciudades de sus reinos, sacándoles oro y hombres y dejando siempre sobre sus almenas algunas cabezas cortadas por sus ballesteros.

Nunca el rey se mostró más feroz; nunca su ferocidad fué tan inoportuna. Cuando empezó la campaña, contaba con un numeroso ejército; con la alianza de Aragón, Navarra, Portugal y Granada, es decir, con toda España, contra la invasión de la «gran compañía». No había visto aún los estandartes de don Enrique, y ya sus aliados (excepto el rey de Granada, que sostenía a sus órdenes un cuerpo de seiscientos jinetes) le habían abandonado; el descontento había cundido en su ejército; muchos de sus nobles habían ido a ofrecerse al Bastardo, y la mayor parte de las poblaciones de Castilla, empobrecidas y cansadas, estaban predispuestas a entregarse a merced del conquistador, apenas se presentaba entre ellos.

Parecía que un enemigo encarnizado aconsejaba al rey, y que el rey, fascinado, se apresuraba a poner en ejecución sus traidores consejos. Leila, al contar con que la muerte de la Padilla enloquecería al rey don Pedro, no se había engañado.

Añadíanse a esto las más extrañas vacilaciones. Aquel mismo hombre tan audaz, tan arrojado, tan activo en sus anteriores campañas, cejaba ahora ante supersticiones incalificables, y, sin embargo, era fuerte, más fuerte que nunca, y como si su propia fuerza no le bastara, se le unió en alianza un auxiliar formidable; era éste Eduardo, príncipe de Gales, heredero del reino de Inglaterra, y conocido por el sobrenombre de guerra del Príncipe Negro. Los embajadores de don Pedro, que fueron a encontrarle en Burdeos, encontraron la más favorable acogida. Era bastante que Francia favoreciese a los enemigos de don Pedro, para que Inglaterra se apresurase a auxiliarle. Concluyóse, pues, en Burdeos un tratado de alianza entre Castilla e Inglaterra, por el cual los reyes de estos dos pueblos se aseguraban mutuamente la integridad de su territorio y declaraban, usando de una fórmula caballeresca de aquellos tiempos, que se hacían amigos y se unían contra todos los hombres del mundo.

Hecho esto, don Pedro, después de una inútil correría, se volvió a Sevilla, y en aquella ciudad otorgó su testamento. Este testamento, que la índole de nuestro libro no nos permite insertar, es uno de los documentos más curiosos que nos quedan del rey don Pedro, y que nuestros lectores pueden conocer en la crónica de Pero López de Ayala, en que se inserta íntegro. En él se establece la sucesión de la corona en los hijos de doña María de Padilla y, a falta de

éstos, en otros hijos bastardos del rey; se ratifica la declaración del matrimonio clandestino con doña María de Padilla, y se hace la división de los tesoros del rey.

Llegó entretanto la primavera, y las gentes del Bastardo avanzaron hacia la frontera castellana; un grupo de aventureros ingleses, al servicio de don Enrique, mandados por sir Hugo Calverly, atravesó Borja, guarnecida por tropas del rey, que al llegar los ingleses abandonaron precipitada y vergonzosamente la plaza. Después de este felicísimo triunfo se puso en movimiento don Enrique con todo su ejército, atravesó Navarra, pasó el Ebro y rompió por la frontera de Castilla cerca de Alfaro. Sin detenerse a tomar esta plaza, defendida por el valiente Iñigo de Orosco, pasó adelante y marchó sobre Calahorra. Don Fernando de Tovar, obispo de Calahorra y algunos ricoshombres, a quienes el rey había encargado la defensa, abrieron sus puertas al Bastardo y se le entregaron, pasándose a su partido.

Al recibir la noticia de esta traición, don Pedro supo que su rebelde hermano había proclamado públicamente sus pretensiones y había sido elegido rey de Castilla por todos los desafectos que se habían dado cita en Calahorra. Don Enrique fué aclamado, a la usanza de aquellos tiempos, y sus heraldos fueron a llevar esta nueva a todos los reyes sus aliados.

A esta noticia el furor del rey no conoció límites: marchó con todo su ejército en busca de don Enrique y llegó a Burgos. Parecía inminente una batalla decisiva. Los dos hermanos enemigos estaban marchando el uno contra el otro y, sin embargo, don Pedro se detuvo en Burgos mientras que don Enrique marchaba denodadamente hacia la antigua corte de los condes de Castilla.

Entonces empezaron a notarse los resultados del excesivo rigor con que don Pedro acababa de tratar a sus pueblos; las villas y las ciudades colocadas en el camino del invasor no esperaban a que éste les intimase la rendición, para entregarle sus llaves, y de todas partes acudían con ansia nobles y villanos a rendir pleito homenaje al usurpador. Sólo una población, Briviesca, se mostró leal al rey y opuso resistencia, pero fué tomada en pocas horas.

Esta noticia llenó de confusión y de espanto a la corte de don Pedro. A pesar de que los burgaleses estaban decididos a defender a su señor a todo trance, se conocía claro en la apatía del rey que no aventuraría una batalla; encerrado en el alcázar, se mostraba inaccesible a todos, y ni

daba órdenes ni se cuidaba de alentar partidarios, todavía muy numerosos entre el pueblo; parecía que una extraña manía le dominaba y que no pensaba más que en satisfacer venganzas particulares. Pocos días antes de la aproximación del ejército de don Enrique había hecho dar muerte por mano de sus maceros a Juan de Tovar, hermano del obispo de Calahorra, que había entregado la ciudad al Bastardo, como si el hermano leal hubiese sido responsable de los hechos del hermano traidor.

Entretante don Enrique seguía adelantando rápidamente y al fin sus campeadores se presentaron a la vista de la ciudad. Al mismo tiempo los burgaleses notaron un movimiento inusitado en el alcázar. Se ensillaban caballos y mulas y se cargaban apresuradamente las acémilas; seiscientos jinetes moros, guardia ordinaria del rey, con el Wali que los mandaba a la cabeza, estaban en forma de batalla delante de las puertas y esto hizo cundir el rumor de que el rey se disponía a marchar. Inmediatamente una diputación del vecindario se presentó en el alcázar, y pidió ver al rey. Don Pedro les recibió con muestras de turbación.

—¿Qué queréis?— les dijo.

—Queremos defendernos—contestaron—; tenemos víveres y armas, y sangre que verter por vuestra señoría.

—Yo os agradezco vuestra fidelidad, amigos míos—les respondió el rey con voz insegura—, pero es necesario que yo vaya a Sevilla, allí están mis hijos, allí están mis tesoros, y estoy perfectamente informado de que el Bastardo sólo pretende distraerme con un sitio mientras la «compañía blanca» marcha sobre mi corte y se apodera de ella, de mis hijos y mis tesoros.

—Señor, señor—le replicaron—, nosotros sabemos también que don Enrique apresta todas sus fuerzas contra Burgos, tenéis un numeroso y valiente ejército, nosotros juramos defenderos hasta morir; esperad al traidor, destrozadle, acabad la guerra de una vez.

—Vuelvo a daros gracias por vuestros buenos y leales ofrecimientos—dijo el rey con voz más firme—, pero estoy resuelto a partir y partiré.

Aquellos buenos plebeyos se arrojaron a sus pies y con las lágrimas en los ojos le suplicaron que desistiese de su propósito.

—¡Partiré!—repitió con acento decidido el rey.

Entonces los magistrados de la ciudad que habían acompañado a la diputación le preguntaron respetuosamente qué

habían de hacer, puesto que les dejaba, si les acometía el enemigo.

—Haced lo que mejor podáis—contestó el rey con impaciencia.

—¿Y cómo podremos nosotros defender la ciudad—dijeron—, cuando vos, señor, no creéis poder defenderla teniendo tantos y tan buenos caballeros? ¿Qué queréis que hagamos?

Don Pedro guardó silencio, mientras uno de sus escuderos acababa de enhebrarle el arnés.

—Si lo que Dios no quiera, señor—continuaron los magistrados—, nos fuese imposible resistir y nos entregásemos, ¿nos tomaréis a traición nuestra entrega? No, eso no puede ser; por ello os pedimos una, dos y tres veces que nos levantéis el juramento y pleito homenaje que os hemos hecho.

—¡Sea!—dijo el rey.

En el mismo momento un escribano libró testimonio de que el rey levantaba a su buena ciudad de Burgos el juramento de fidelidad y pleito homenaje que aquella le había hecho y, como a seguida uno de los tesoreros de don Pedro le preguntase qué haría del dinero que tenía en guarda en el castillo, el rey contestó secamente:

—Defended el castillo.

—Pero el castillo no puede defenderse, si toman la ciudad.

—El rey no contestó, salió de la cámara rápidamente como huyendo de la diputación, bajó al patio, montó a caballo, le apretó los acicates y partió rodeado de los jinetes granadinos y seguido de su corte y de su ejército hacia Sevilla, dejando abandonado a Burgos.

En el momento en que don Pedro salió de Burgos desalentado, los vecinos no esperaron a que don Enrique les intimara la rendición y le enviaron una diputación. Don Enrique juró mantener las franquicias de Burgos y exceptuar a la ciudad de todo impuesto; inmediatamente Burgos abrió sus puertas y don Enrique entró en la ciudad en triunfo. Al día siguiente se coronó con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, coronación a que asistieron multitud de ricoshombres y de diputaciones de las grandes ciudades de Castilla, que el día anterior se llamaban vasallos del rey don Pedro. La fuga inmotivada del rey don Pedro había parecido una señal de impotencia y todos le volvían la espalda; era en fin, como había dicho el experi-

mentado Duguesclin al saberla, la renuncia de don Pedro a su corona.

Don Enrique pagó a sus mercenarios con el oro del rey, que se apresuraron a entregarle sus tesoreros, y liberal con exceso, concedió a todo el que le pidió gracias y heredamientos en los reinos que aún tenía que conquistar.

Beltrán Duguesclin recibió el condado de Trastámara, que le cedió don Enrique, al ser proclamado rey, con más el señorío de Molina con sus extensos dominios. Sir Hugo de Calverly, el título de conde de Carrión con sus estados anejos, y al conde de Denia el marquesado de Villena, con todos los bienes que habían constituido el dote de doña Juana Manuel, esposa de don Enrique.

Don Tello recuperó el señorío de Vizcaya, que don Pedro había incorporado a la corona, y la investidura del señorío de Castañeda. Don Pedro, su hermano, recibió la inmensa fortuna que fué de don Juan Alfonso de Alburquerque.

Castilla fué hecha jirones; repartida, dividida en lotes antes de ser conquistada. Las dignidades de duque, conde y marqués que hasta entonces sólo se habían dado a los miembros de la familia real, se prodigaron dándose a ricos-hombres y aun a extranjeros. Se repartieron ejecutorias y cartas de privilegio y excepción a todo plebeyo que tuvo valor para pedirla. No parecía sino que el rey don Pedro había acrecentado el patrimonio de la corona, para que su enemigo tuviese bienes bastantes con que comprar las traidoras espadas que le servían.

A tal punto llegó la prodigalidad del nuevo rey, que fué por mucho tiempo proverbial en España, y se llamaron mercedes enriqueñas las gracias que se obtenían antes de merecerlas.

El rey se encaminó a Toledo y entró fugitivo en aquella ciudad, en tanto que su enemigo se coronaba en Burgos. Allí permaneció muy pocos días, pareciéndole extraño que no le persiguieran. Aun se le temía y esto hizo que se conservase fiel gran parte de su ejército y aun que vinieran del reino de Valencia en su auxilio algunos miles de soldados. A pesar de esto, las noticias de defecciones que recibía de todas partes aumentaban su desaliento y, no creyendo buen lugar de defensa a Toledo, se replegó a Sevilla. En vez de hacerse seguir por todas sus banderas las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla, llevando únicamente consigo las mesnadas de algunos

ricoshombrés andaluces, los ballesteros de su guardia y los jinetes auxiliares granadinos.

Poco tardaron en demostrarse los resultados de aquella imprudencia: los que había dejado atrás se apresuraron a someterse al invasor; Iñigo de Orosco, entregó a Guadaluajara; el maestro de Santiago a Toledo; y don Diego García de Padilla, maestro de Calatrava, hermano de aquella misma a quien había declarado reina, no fué de los últimos en hacer traición a don Pedro, rindiendo pleito homenaje a don Enrique; Juan Fernández de Hinestrosa y Pero Lope de Padilla no tardaron en seguir su ejemplo, y cuando don Pedro entró en Sevilla, cuando buscó sus vasallos en medio de su desierto alcázar, sólo encontró junto a sí, a Men Rodríguez de Sanabria, a Juan Diente y al Monje Negro, que hacía mucho tiempo que le seguía tan encubierto con su sombrío arnés, como lo había estado antes con su hábito y su capucha.

Los demás caballeros andaluces que aún seguían al rey no le inspiraban confianza: mirábalos con un sombrío recelo, y ellos por su parte se veían embarazados en su presencia. Don Pedro se encontraba reducido al alcázar, y estaba encerrado en él con sus ballesteros, sus moros y su escaso número de hombres de armas. Men Rodríguez de Sanabria, cuya lealtad sin tacha se había visto obligado a reconocer el rey, tenía la alcaidía del alcázar; el maestro de Alcántara, Martín López, la del castillo de Triana; el Monje Negro guardaba la torre del Oro; Mateos Ferrández, su canciller, tenía en guarda a las infantas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel, y una hija bastarda de don Enrique llamada Leonor de los Leones, a quien el rey guardaba cuidadosamente como en rehenes; Martín Yáñez su tesorero había ido a guardar sus tesoros a Carmona, llevando al mismo tiempo una terrible orden del rey de cuya ejecución le había encargado.

Esta orden era una nueva crueldad, inútil, incalificable: esta orden mandaba matar a los últimos hijos de doña Leonor de Guzmán, don Juan y don Pedro, el uno de edad de diez y nueve años y de catorce el otro. El rey se acordaba con recelo de que a esa edad ya era don Enrique un terrible jefe de partido. Los dos desdichados fueron muertos en su prisión, pero no tan secretamente que no se supiese en Sevilla.

Estas crueldades incalificables hacían más daño al rey don Pedro que los ataques mas vigorosos de sus enemigos

armados; horrorizábase el pueblo y como si no hubieran sido bastantes tantos asesinatos, una nueva y terrible ejecución vino a aterrar a los sevillanos. Nos referimos a la ejecución de doña Urraca de Osorio: el único crimen de esta dama era la defección de su hijo don Alonso de Guzmán.

El sentimiento de horror que causó la muerte de esta desdichada fué profundo, y el pueblo, que ya se había mostrado hostil al rey don Pedro, que estaba afligido aún por la peste y por el hambre, que se veía invadido y vejado por el ejército musulmán, con que Mohamed V había venido a pagar su deuda al rey don Pedro, empezó a dar claras señales de insurrección.

Y esta insurrección era motivada: los andaluces habían visto arrasados sus campos por aquellos musulmanes auxiliares y habían oído exclamar más de una vez al rey, en sus momentos de cólera, que, si era víctima de la traición de sus vasallos, siempre podría contar con la ayuda de Mohamed, que le era deudor de su corona.

No faltaba quien extendiera y comentara estas imprudentes palabras del rey. Leila gastaba su oro a tiempo; porque veía llegada su hora, y judíos y gentes pagadas ex profeso propalaban por todas partes que don Pedro iba a entregar a los moros Andalucía, que había prometido al rey de Granada renegar de la religión cristiana y que, nuevo don Julián, iba a causar, por vengarse, la pérdida de España. El populacho, hambriento, apestado, miserable, horrorizado por otra parte de las crueldades del rey don Pedro, dió oídos a estos rumores absurdos y las calles y las plazas se poblaron de grupos tumultuarios.

Amaneció un día en que al asomarse al adarve del alcázar Men Rodríguez de Sanabria, percibió en las calles circunvecinas un rumor sordo, semejante al quejido del mar antes de la tormenta que iba creciendo y acercándose. Muy pronto la plaza de armas del alcázar se vió invadida por una muchedumbre armada y furiosa y se escucharon los gritos de:

—¡Castilla por don Enrique! ¡Abajo el renegado! ¡Mueran los traidores!

Sobre aquellas turbas se veían escalas, antorchas encendidas, picas, lanzas, partesanas, todo género de armas y pertrechos de asalto. El alcázar estaba bloqueado y, a pesar de los disparos de los ballesteros, que se ensangrentaban en la multitud, esta seguía adelante, se aprestaba, se empujaba y empezaba a batir las puertas del alcázar.

—¿Qué quieren esos furiosos?—exclamaba el rey, lívido de cólera—. ¡Quieren mi cabeza! ¡Proclaman al Bastardo! ¡Pues bien, mis buenos ballesteros, disparad sin compasión sobre ellos! ¿No llaman a las puertas del alcázar? Pues bien, ¡abrid la poterna y que salgan mis lanzas!... ¡Que salgan y que no quede uno vivo! ¡Ah! ¡Ah! ¿Qué es aquello? ¡Un escuadrón, y sobre ese escuadrón el estandarte de los Téllez! ¡Ira de Dios! ¡A caballo, Sanabria, a caballo; Sanabria, a caballo! Mira: allí tenemos a esa infame mujer que hemos buscado en vano durante tanto tiempo. ¡Prendámosla, para poder saciar nuestra venganza! ¡A caballo, Sanabria, a caballo, y a ellos!

En efecto, Leila, armada, a caballo, llevando a su lado el estandarte de su casa, había aparecido de repente al frente de los trescientos hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, a caballo y armados de punta en blanco; aquel escuadrón se encaminaba a la portena, sufriendo las descargas de la ballestería del alcázar, y echando pie a tierra para forzar las puertas con sus hachas de armas.

Entretanto el rey corría furioso por el alcázar vacío, que retumbaba sonoro bajo sus pasos, y alentaba a su reducido número de defensores. No encontró ni uno solo de sus ricoshombres, y Men Rodríguez de Sanabria y Juan Diente se negaban a abrir las puertas del alcázar para cargar a los rebeldes, protestando que era una temeridad oponerse con tan pocos medios de defensa a aquel torrente, que dentro de poco tiempo debía inundar el alcázar.

El rey en su furor se lanzó solo a la poterna seguido por algunos ballesteros, que no se atrevieron a desobedecerle. Men Rodríguez y Juan Diente se le pusieron por delante de rodillas, y le rogaron con las lágrimas en los ojos que, vista la imposibilidad de la defensa, se salvase.

—¡Que me salve, traidores!—exclamó el rey transportado de furor—. ¡Es decir, que abandone mi ciudad real sin haberla incendiado, cuando se me subleva! ¡Que les abandone mi alcázar, mis riquezas! ¡No! ¡No! ¿No se atreven a retar a su rey? Pues bien, ¡su rey acepta su reto, y ay de ellos si no me hieren en la cabeza! ¡Yo cortaré las suyas como si se tratase de un solo hombre. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Plaza al rey!

—¡No será!—gritó Juan Diente, arremetiendo a don Pedro y sujetándole con sus fuerzas de toro—. ¡Que nadie me impida salvar al rey! ¡Atrás, atrás, todos! ¿No oís que ya

rechina la porterna?—y se lanzó en el interior del alcázar forcejeando con don Pedro, que lanzaba rugidos de rabia.

En aquel momento las puertas del alcázar cayeron hechas pedazos, y Leila y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador se lanzaron dentro, hacha en mano.

—¡Rendíos!—gritó Leila, al ver delante de los ballesteros y de los escasos hombres de armas a Men Rodríguez de Sanabria.

—¿Que nos rindamos?—gritó Men Rodríguez, embistiendo a Leila—. ¡Que nos rindamos a ti, miserable, infame! ¡Oh, ha llegado tu hora, mujer infernal! ¡Estás armada y rodeada de tu gente! ¡Pues bien, pide al diablo que te ayude!

Trabóse un combate cuerpo a cuerpo al arma corta. Por uno de esos accidentes tan comunes en este género de lucha, Men Rodríguez y Leila se encontraron aislados; los ballesteros y la gente de armas del rey cubrían la entrada del patio conteniendo a los invasores y Leila y Men Rodríguez se encontraban dentro.

Leila atacaba con un furor incansable, pero cuidando de no herir de muerte a Sanabria; el joven, a pesar de su valor, de sus puños y de su destreza, se sentía dominado y cejaba: Leila era un demonio; su bravura, su fuerza, su serenidad, eran incomprensibles en una mujer; Men Rodríguez retrocedía, conociendo en Leila visibles intenciones de desarmarle; Men Rodríguez comprendió que nada conseguiría con la espada, y la arrojó lanzándose con los brazos abiertos a Leila.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Quieres abrazarme, Sanabria!—exclamó Leila—; pues abracémonos; abracémonos; yo te probaré que mis brazos, que hubieran sido dulces para tu amor, son de acero para tu odio—y arrojando su espada, fué a cerrar con Men Rodríguez; pero en aquel momento, por una puerta inmediata apareció al frente de algunos hombres de armas un atlético caballero, mientras por otra avanzaba Juan Diente.

Los ballesteros y los hombres de armas del rey, aunque disminuídos en el número, contenían aun a los invasores. Leila se vió perdida. Juan Diente se precipitó sobre Men Rodríguez, y le apartó entregándole a algunos ballesteros, mientras el caballero atlético de la armadura negra, embestía con Leila. La terrible joven se replegó a un ángulo, y empuñó su hacha de armas, que llevaba pendiente de la cintura.

—Quiero que sepas quién te va a matar, infame—exclamó el caballero encubierto alzándose la visera.

—¡El Monje Negro!—gritó palideciendo y aterrándose Leila.

—Sí; yo; Juan-sin-Alma—gritó el caballero—; yo, el antiguo amigo de tu padre; que se ve obligado a castigar los crímenes de la hija.

Una fascinación poderosa se apoderó de Leila, que muda, aterrada, temerosa, cayó de rodillas delante de Juan-sin-Alma.

—¡Oh! ¡Quién me hubiera dicho—exclamó el monje—, cuando yo te tenía sobre mis rodillas y besaba tus cabellos, doña Ana, que me había de ver precisado a exterminarte!

—¡Herid!—gritó la indomable joven—. ¡Herid! ¡Y maldito seáis vos, que aun así me aterráis y me impedís mi venganza.

Los defensores del alcázar empezaban a ceder: Juan-sin-Alma asió violentamente a Leila, que lanzó un grito de terror: el Monje Negro desnudó su puñal, cerró los ojos horrorizado por lo que iba a hacer, y descargó tres terribles puñaladas sobre el pecho de Leila, exclamando:

—¡Que se cumpla la justicia de Dios!

Leila cayó desplomada: el Monje Negro la miró: estaba inerte, inmóvil.

—¡Oh!—exclamó Juan-sin-Alma—. No pensaba yo que me vería obligado a ser tu verdugo—y como los sublevados empezasen a inundar el patio, huyó por una puerta cercana y alcanzó a Juan Diente, que conducía a viva fuerza a Men Rodríguez a la torre del Oro, por el muro que la unía con el alcázar.

—¿Y esa mujer?—exclamó Sanabria, al ver a Juan-sin-Alma que se había calado de nuevo la visera.

—Esa víbora humana está en este momento rindiendo cuenta a Dios de sus crímenes.

—¡Muerta!—exclamó Men Rodríguez.

—Sí, muerta—contestó lúgubrementemente el monje.

—¿Y le habéis cortado la cabeza, señor?—dijo Juan Diente.

—Yo no soy verdugo—contestó Juan-sin-Alma severamente.

—¡Oh! Pues si no le habéis cortado la cabeza, no habéis hecho nada: y aun sin cabeza creo que había de resucitar para darnos guerra esa maldita mujer.

—¿Está el rey a salvo?—dijo el monje.

—Sí, sí, señor—contestó Juan Diente—; no me ha costado poco trabajo; el almirante don Gil Bocanegra boga en este momento llevando consigo al rey, a sus hijas, y a la hija bastarda del Bastardo.

—¡Y mi esposa!—exclamó Men Rodríguez.

—Lo que importa, es salvarnos: una galera nos aguarda al pie de la Torre del Oro. Después volveremos, conquistaremos a Castilla, y muerta esa mujer maldita y cortadas algunas cabezas de traidores, viviremos en paz.

Poco tiempo después una galera castellana conducía a su bordo a Men Rodríguez de Sanabria, al Monje Negro, a Mateos Ferrández, a Martín Yañez y a Juan Diente. Por un milagro habían podido salvarse algunas arcas llenas de oro y pedrería, que estaban depositadas en la Torre del Oro, y que eran por entonces todo lo que quedaba al rey.

El populacho le buscó inútilmente en el alcázar, y no encontrándole, se entregó al pillaje.

Pocos días después el conde de Trastámara, ya don Enrique el Segundo, entraba triunfante en Sevilla, mientras el rey don Pedro, fugitivo, proscrito, acompañado sólo de Men Rodríguez de Sanabria, del Monje Negro y de Juan Diente, se dirigía a Burdeos, a mendigar la ayuda de Eduardo, príncipe de Gales, para reconquistar su reino.

Han pasado algunos años. Durante ellos una terrible guerra civil había devorado a Castilla. El Príncipe Negro había cumplido leal y buenamente sus compromisos con el rey don Pedro; Duguesclin y su famosa «compañía blanca» habían sido vencidos en Nájera; don Enrique se había visto obligado a huir a su vez, y don Pedro volvió a ser rey de Castilla.

Pero todos sabemos la poca duración de su segundo reinado: las crueldades de don Pedro, siempre en aumento, le robaron la ayuda del Príncipe Negro; sus reinos, espantados, empezaron de nuevo a sublevarse; don Enrique perdió otra vez en Castilla y, al fin, después de algunas vicisitudes, le venció en Montiel y le encerró en su castillo.

Era la noche del 23 de marzo de 1369. Brillaba la luna en lo más alto del cielo, e iluminaba las blancas tiendas de un campamento en que reinaba una agitación extraña. A la derecha se alzaban la villa de Montiel y su castillo, y en él se veían luminarias, se escuchaban gritos de triunfo y de alegría.

En medio del tumulto, consiguiente a una victoria decisiva, era muy extraño el estado de soledad y de abandono

en que se encontraba una tienda situada al extremo del campamento de don Enrique, y aislada de las otras. Aquella tienda pertenecía a un capitán de aventureros de la «compañía blanca» llamado Ibon de Lakonnet. Entremos en aquella tienda, porque allí está el desenlace de esta historia.

Al escaso resplandor de la luna que iluminaba débilmente el interior, se veía un cadáver arrojado sobre un ensangrentado lecho de campaña; un rayo del astro de la noche, penetrando por la abertura de la tienda, iluminaba el lívido rostro del cadáver, en el que se notaba una terrible expresión de odio, de rabia y de cólera, que aún no había podido borrar la muerte; del cuello del cadáver brotaban aún algunas gotas de sangre, señal clara de que el asesinato acababa de cometerse. Aquel rostro, terrible aún, daba a conocer al rey don Pedro I de Castilla: el Cruel, según unos; el Justiciero, según otros.

Parecía que el horror aislaba aquella tienda, maldita por un fratricidio, cobarde por una traición, que será siempre una mancha roja en medio de la gloria del Cid francés, de Beltrán Duguesclín, caballero sin tacha hasta la muerte del rey don Pedro.

A pesar de este horror, de esta soledad, dos seres vivientes se acercaban en opuestas direcciones a la tienda del capitán Ibon. El uno de estos seres marchaba de una manera decidida; el otro se recataba, se encogía, se replegaba unas veces tras de una piedra, otras, tras de un matojo; después avizoraba y sólo adelantaba cuando estaba seguro de no ser observado.

El primero de estos seres llegó por fin a la tienda, entró, se detuvo delante del cadáver del rey y llegó, se sentó en el suelo y se puso a contemplar a don Pedro. El mismo rayo de luna que iluminaba al de la persona que le observaba. Era Leila. Leila, que había sobrevivido a las heridas del Monje Negro, como había temido Juan Diente; Leila, en cuyo semblante, a pesar del odio que profesaba al rey don Pedro, no había alegría. La causa de su expresión profunda, terrible, sin esperanza, nos la explicará ella misma si la escuchamos.

—¡Muerto! Muerto!—decía—. Yo creía que después de haberte deshonorado, después de haberte despedazado el corazón, no me restaba más que matarte. Yo he hecho que Beltrán, el noble Beltrán, faltase a su fe de caballero y te entregase a tu enemigo; y... has muerto, has muerto, como

un perro, bajo el puñal de tu hermano y, embargo, no me siento vengada; y no puedo vengarme más porque ya no existes... Si te pudiera volver a la vida, para hacerte probar cien veces la rabia del vencimiento... ¡Oh! Imposible..., y yo, yo... te ofrezco una venganza completa sobre mí misma, con mi desesperación, con mi rabia... Tú has descansado ya y yo padezco aún... Y Sanabria, ese Sanabria, que te ha servido hasta la muerte, ese Sanabria, a quien tengo en mi poder, me desprecia... ¡Oh! En vez de gozar mi venganza te envidio, rey, porque tú has dejado de sufrir y yo sufro todavía!

En aquel momento una sombra interceptó el rayo de la luna. Leila alzó el rostro y vió ante sí un hombre; quiso ponerse de pie; pero aquel hombre, que había lanzado un grito de asombro al reconocerla, la sujetó, asiéndola del cuello con la fuerza de unas tenazas de hierro. Aquel hombre era el balletero de maza Juan Diente.

¡Oh!—exclamó apretando cada vez más el cuello de Leila—. Ya decía yo que el valiente Juan de Villafranca, el Monje Negro, Juan-sin-Alma, como mejor quieras, no ha sabido matarte...; pero yo, Juan Diente, el verdugo, el asesino, como tú dices, tengo más experiencia. Yo te juro que no escaparás de mis manos—y la tiró contra el cadáver.

—¡Mátame!—le dijo Leila—. Estoy desesperada.

—¡Oh! ¡Oh! Sí, te mataré, porque..., porque sólo el deseo de ver por última vez a mi pobre señor, a mi desdichado don Pedro, a quien he amado como si hubiera sido mi hijo, me ha traído aquí; necesitaba verle por la última vez; mojar mis manos en su sangre y decirle: «Señor, señor, el infame Bastardo cree que con vuestra muerte está seguro..., pero se engaña, porque aún vivimos tres vasallos vuestros que perecerán, u os vengarán; vivimos Men Rodríguez de Sanabria, Juan de Villafranca y yo, Juan Diente... ¡Oh! Y es un buen presagio señor, cuando vengo a juraros venganza, encontrar aquí a la infame; a la miserable que os ha rasgado el corazón, que ha ayudado con su oro y con sus artes al infame asesino, al vil bastardo, y voy a sacrificarla, señor, a tu memoria..., voy a verter su sangre sobre tu sangre; pero no; la sangre de esa infame no merece mezclarse a tu noble sangre, rey—y arrojándose sobre Leila, la asió, sin que esta le opusiese resistencia.

Juan Diente gritó:

—¡Y no te defiendes!

—Quiero morir, mátame—contestó Leila.

—¡Oh! Si estuviéramos en otros lugar yo no te mataría..., te atormentaría lentamente día por día, mes por mes, año por año...

—Mátame—repitió Leila.

Juan Diente, ciego de furor, la arrojó por tierra, desnudó su ancho puñal, la asió por los cabellos y se inclinó sobre ella.

—Espera un momento—le dijo Leila.

—¿Qué quieres?

—Toma esta sortija; averigua dónde está preso Men Rodríguez de Sanabria y por esta sortija te permitirán entrar en su prisión y salir con él.

Juan Diente tomó la sortija y se inclinó de nuevo sobre Leila.

—Espera, espera aún—dijo la joven—; cuando salves a Men Rodríguez, dile que muero amándole.

—¡Oh! ¡Maldita seas tú y tu amor!—exclamó Juan Diente, y sepultando su puñal en el hermosísimo cuello de Leila, le cortó la cabeza.

—¡Oh!—dijo—. ¡De esta vez juro que no resucitarás!

Cuando algunas horas adelante entraron en la tienda para cortar la cabeza a don Pedro y enviarla a Sevilla, como una muestra indudable de la muerte, encontraron el tronco decapitado de Leila y un pergamino en que estaban escritas estas palabras:

«¡Guarda, fraticida, guarda! ¡El ha caído del trono herido por tu puñal, y tú caerás como él!»

Dis que en mucho tiempo no pudo olvidar don Enrique el Segundo esta amenaza.

Men Rodríguez de Sanabria estuvo mucho tiempo preso, y desde la muerte del rey don Pedro abandona su nombre la historia.

COLECCION "JIRAFÁ"

Esta Colección pone al alcance de todos los públicos, en texto íntegro y en ediciones cuidadísimas, las obras más famosas de los mejores autores nacionales y extranjeros, con una presentación moderna e impecable.

Ptas.

- | | | |
|------|--|----|
| E-1. | <i>Capitán de Castilla</i> , por S. Shellabarger (volumen gigante) | 30 |
| E-2. | <i>Juana de Arco</i> , por Mark Twain (volumen gigante) | 30 |
| E-3 | <i>Ivanhoe</i> , por Walter Scott (volumen gigante)..... | 30 |
| 1. | <i>Eran tres soldados</i> , (Gunga Din), Rudyard Kipling | 20 |
| 2. | <i>Locura de amor</i> , por Francisco J. Orellana | 20 |
| 3. | <i>Recuerda</i> , (Spellbound), por Ben Hecht | 20 |
| 4. | <i>La Hermana San Sulpicio</i> , por A. Palacio Valdés | 20 |
| 5. | <i>Juana Calamidad</i> , por Ethel Hueston | 20 |
| 6. | <i>Luna sin miel</i> , por Homer Croy..... | 20 |
| 7. | <i>La selva maravillosa</i> , por W. H. Hudson..... | 20 |

COLLECCION - LIBRERIA

The Collection of the Libreria is composed of the following books, in Latin, Italian, French, Spanish, and English, which are now in the possession of the Libreria, and are for sale at the following prices:

1. The History of the World, by Voltaire, 12 vols. 100
2. The History of France, by Voltaire, 41 vols. 150
3. The History of England, by Voltaire, 10 vols. 50
4. The History of Italy, by Voltaire, 10 vols. 50
5. The History of Spain, by Voltaire, 10 vols. 50
6. The History of the East Indies, by Voltaire, 10 vols. 50
7. The History of the West Indies, by Voltaire, 10 vols. 50
8. The History of the North America, by Voltaire, 10 vols. 50
9. The History of the South America, by Voltaire, 10 vols. 50
10. The History of the Africa, by Voltaire, 10 vols. 50
11. The History of the Asia, by Voltaire, 10 vols. 50
12. The History of the Europe, by Voltaire, 10 vols. 50
13. The History of the Asia, by Voltaire, 10 vols. 50
14. The History of the Europe, by Voltaire, 10 vols. 50
15. The History of the Asia, by Voltaire, 10 vols. 50
16. The History of the Europe, by Voltaire, 10 vols. 50
17. The History of the Asia, by Voltaire, 10 vols. 50
18. The History of the Europe, by Voltaire, 10 vols. 50
19. The History of the Asia, by Voltaire, 10 vols. 50
20. The History of the Europe, by Voltaire, 10 vols. 50

